

ANDREA LONGARELA

*Caótica
Jimena*

· NEÏRA ·



Caótica Jimena

Escrita por Andrea Longarela

-Neira-

Título original: Caótica Jimena.

Neïra, 2017.

© Andrea Longarela Gómez.

1ª edición: junio 2017.

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los escenarios y personajes han sido inventados, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

[Dedicatorias](#)

[*En una playa del Caribe. 7:03 pm.*](#)

[El control](#)

[El desequilibrio](#)

[El caos](#)

[Simplemente, Jimena](#)

[*En una playa del Caribe. 6:45 pm.*](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

Dedicatorias

*A mis lectoras, gracias por hacer que el viaje sea tan bonito.
Sobran las palabras.*

Tres reglas básicas:
En el caos está la sencillez.
En el conflicto está la armonía.
En el medio de la dificultad está la oportunidad.

Albert Einstein.

En una playa del Caribe. 7:03 pm.

Bruno me contó que había llegado a odiar a Jimena. Que en aquellos días malos en los que su vida no dejaba de torcerse y asfixiarlo, pensaba en ella y quería romper cosas.

Sin control. A lo loco.

Que la odiaba por todo lo que era.

Por esa expresión de suficiencia que ponía cuando quería tener la razón. Por la forma de hincarse las uñas en la palma de la mano para no mordérselas. Por su mirada airada. Por esa sonrisa falsa que no le llegaba a los ojos.

Mucho y muy fuerte.

Tanto y tan fuerte como la quería.

Por esa expresión curiosa que se le ponía cuando algo captaba su atención. Por esa forma de tocarse el labio cuando se ponía nerviosa. Por esa sonrisa sincera que la hacía brillar.

Supongo que debería empezar diciendo que ninguno de los dos era una mala persona. Quizá tampoco la mejor, pero ¿quién lo es cuando te encuentras con alguien que te mantiene permanentemente despierto, que no esperabas, que ni siquiera quieres en tu vida y que no llega en el momento adecuado?

Bruno y Jimena eran tan imperfectos que dudabas al verlos que de lo suyo pudiera salir algo bueno.

Sin embargo, la vida acaba por enseñarte que la perfección es soberanamente aburrida. Bruno ya lo sabía, pero conocerla a ella, con todas sus contradicciones, le dio la razón una vez más.

Por otra parte, siempre han sido de los que creen que los límites del bien y del mal son cuestionables cuando la vida te sitúa en determinadas situaciones.

El caso es que no eran unas malas personas, ni mucho menos, aunque sí que se portaron mal. Jimena con Bruno, Bruno con Jimena...

No sabría decir en qué momento dejó de ser algo bueno para convertirse en un castigo para ambos.

Hablo de quererse, aunque fuese en silencio.

Y dejadme decir que querer en silencio es, como poco, doloroso.

El amor debería gritarse siempre.

La primera vez que Bruno me habló de Jimena lo hizo sonriendo...

Jimena, tan pequeña, tan frágil en apariencia, con los ojos tan llenos de vida y tan perdida en un mundo que creía quedarle demasiado grande y que al final se le quedó pequeño. Una apariencia de muñeca de pelo negro, mirada intensa y sonrisa dormida que caminaba por el mundo de puntillas para no hacer ruido ni molestar.

Lo que pasa es que las cosas bonitas suelen dar pasos atronadores sin darse cuenta y así fue como Jimena llegó a la vida de Bruno, sin avisar, poniéndolo todo patas arriba y componiendo con sus pies la canción más bonita del mundo.

Reitero que no era una mala persona, no sabía serlo, solo estaba asustada y tenía un orgullo escondido muy dentro que solo él supo liberar.

Sin embargo, quizá él sí que lo fue.

Quizá se portó mal sin querer, porque quererla le parecía suficiente para que lo demás dejase de importar tanto. Quizá lo fue por rendirse antes de tiempo. Quizá por retrasar tanto lo inevitable, incluida su propia felicidad.

No lo sé... ¿Cómo puedo saberlo yo sin haber estado en su piel?

Lo único que sé es que se quisieron tanto que fueron incapaces de besar a otros, tocarlos, olerlos y no buscarse en sus manos.

Solo sé que el amor a veces puede tomar forma y palpase, aunque sea a través del papel fotográfico.

El sol comienza a no brillar tanto sobre estas aguas cristalinas. La brisa es cálida y salada, y en el ambiente se respira algo bonito.

Hago una última foto y me marcho, sonriendo, pensando que serán instantáneas suficientes para rellenar los espacios en blanco.

El control

Dominio que una persona tiene sobre sus propios sentimientos, emociones o impulsos.

Jimena

Estaba tan nerviosa que me sentía las manos temblorosas sobre el teclado y una ligera capa de sudor en la parte superior del labio. Que me sudaba el bigote, vaya, y me aterraba que se notara el brillo a través de la pantalla.

«Jimena, relájate. Solo es una entrevista y no quieres cegar a nadie con el reflejo de tu sudor, ¿verdad?».

Me había cambiado tres veces de ropa para al final elegir la más neutral que tenía en mi armario, una camisa gris de cuello cerrado, acompañada por un moño bajo recogiendo mi pelo y unos sencillos pendientes de plata. De cintura para abajo, unos vaqueros negros con rotos en las rodillas y calcetines de colores. Me sentía un poco como esas chicas del telediario a las que por todos es sabido que solo les preparan lo que se muestra en pantalla y después, al levantarse, descubres que van en mallas y zapatillas de deporte.

Al menos pensar en eso me hacía sentir menos ridícula por no haberme dado cuenta antes, siendo ya demasiado tarde como para arreglarlo, de que estaba tan nerviosa que aún iba en zapatillas de estar en casa. No debes olvidar mi sudor como complemento.

Joder... No tenía muchas esperanzas de que saliera bien, pero tampoco quería que me recordaran como la chica del bigote brillante entre un montón de candidatos mucho más preparados que yo, que ni siquiera tenía aún muy claro cómo había llegado a estar en esa situación.

Un blog personal que había ido aumentando en visitas, un par de recomendaciones en revistas destacadas y una propuesta de presentarlo a un concurso para ganar una beca en una importante compañía de comunicación.

Bueno, más que una propuesta había sido una decisión tomada exclusivamente por mi primo Adrián y que había llevado a cabo a mis espaldas al enterarse de la oportunidad que presentaba una de las empresas con la que él llevaba colaborando tres años como informático.

El caso es que un día había recibido un correo de dicha empresa interesándose por mi proyecto y un mes más tarde allí estaba, incluida en el grupo de finalistas para luchar por la beca, que consistía en anexar el blog ganador a la web de su revista de moda más prestigiosa como parte de su carta de entretenimiento virtual. Una posibilidad de hacer lo que yo hacía en mi casa en pijama, pero en una ciudad llena de oportunidades, colaborando además en otras secciones como parte de la formación que ofrecían y cobrando por ello.

Era acojonante.

Entre otras cosas porque en el blog en cuestión yo no solo hablaba del sector textil, sino que lo intercalaba alegremente con las chorradas que se me pasaban por la cabeza, como lo enfadada que estaba con mi amiga Laura por su manía de organizarme citas con hombres que ni conocía ni deseaba conocer, la incapacidad que aún, con mis veinticinco años, seguía teniendo de decirle a mi madre que cocinaba de pena y siempre con demasiado aceite, o lo mal que llevaba tener que buscar modelito cuando me invitaban a una boda y no sentirme disfrazada. Esas cosas que a todas nos amargan la vida, pero que en realidad no tienen la más mínima importancia y que parecen hasta ridículas en cuanto las comparas con problemas de verdad.

Es cierto que me esforzaba por mantener al día algunas secciones dedicadas a las nuevas tendencias, un espacio sobre complementos imprescindibles y artículos esporádicos sobre la historia de la moda. Pese a ello, podía categorizarse más como una especie de diario virtual que se había convertido, sin yo pretenderlo, en una exposición pública del mal funcionamiento de mi cerebro que como un lugar en el que encontrar algo interesante relacionado con el tema en cuestión.

El único rincón de mi vida en el que me permitía ser más yo y menos el ideal que tanto me esforzaba por conseguir.

No tendría muchos amigos, pero aquel blog había llegado a la friolera de cinco mil seguidores en un lapso de tiempo demasiado corto, lo cual me indicaba lo triste que era mi existencia, cuando lograba ser más atrayente en la red, escondida en la seguridad de mi habitación, que en carne y hueso.

Porque sí, antes de que te lo preguntes, te lo confirmo yo, no se trataba de esa clase de blog en el que la dueña luce palmito cada día vistiendo modelitos dignos de admirar y de querer imitar, no. Yo amaba la moda, pero desde la barrera. Sentía adicción por el tacto de los diferentes tejidos en las yemas de los dedos. Por la belleza de las medias con costuras de los años veinte. Por la sensación de unos flecos de antelina al caminar o de la seda de un vestido entre las piernas.

Por ese motivo, entre muchos otros, seguía sin comprender cómo a alguien le podía parecer interesante un blog de ese estilo, cuando había miles pululando por la red llenos de fotografías de chicas bonitas exhibiendo las prendas como una segunda piel.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, sudando como un pollo, con una camisa que odiaba, pero que reservaba para las entrevistas de trabajo y que estrenaba ese

día porque era la primera de cierta categoría que me hacían, sentada en el escritorio de mi infancia y esperando a que la videollamada que podía cambiar mi vida llegara.

A las seis en punto, la imagen cambió y apareció ante mí una mujer rubia de mediana edad sonriente y vestida con un traje de chaqueta gris marengo. Sonreí satisfecha por haber acertado con mi ropa, y después me sujeté a la silla para no derrumbarme y desaparecer de su visión en plan truco de magia, porque los nervios comenzaban a tomar el control de la situación antes ni siquiera de que me diese tiempo a abrir la boca.

—Señorita Abellán. Buenas tardes, soy Malena Carrión, la directora del departamento de recursos humanos de C&H y encargada de hacerle esta entrevista.

—Buenas tardes, señora Carrión.

¿Señora? ¿Señorita? ¿Iba a meter la pata tan pronto?

Noté cómo el sudor de mi bigote aumentaba su volumen por dos.

—Llámame Malena y nada de usted, por favor. Esto no es un examen, así que dejemos los formalismos, ¿te parece?

Sí que lo era, pero hacerme creer que no consiguió que mis piernas dejaran de parecer gelatina, y asentí complacida.

Quizá no fuese tan difícil, después de todo, y pudiera controlar la situación. Quizá no fuera más que una charla entre amigas; al fin y al cabo, el proyecto becado tenía un punto juvenil y desenfadado, lo más lógico sería que todo el proceso lo tuviese. El mundo creativo y esas memeces, ¿no?

—De acuerdo, Malena. Gracias por dedicarme tu tiempo y darme una oportunidad.

—El placer es mío. Empecemos. ¿Por qué crees que tu presencia en nuestra compañía sin un currículum que te respalde puede ser favorecedora para la empresa?

O quizá no.

Mi esperanza duró diez segundos exactos y me desinflé como un globo.

Había estudiado Comunicación, Estilismo e Imagen de Moda en Madrid, sí, y lo había hecho con buenas notas, aunque no con la media suficiente para destacar, sino que era una chica más del montón con un título y unas prácticas firmadas por el gerente de un taller textil de los mil quinientos que abundaban sin nombre en la capital; una chica que, por más que se había esforzado, se había demostrado a sí misma que no era nadie con nada especial que la hiciera

resaltar en un grupo de gente.

Al terminar mi formación y verme obligada a volver a la calidez del pueblo en el que nací y donde seguía encontrándose mi hogar, no había trabajado más que como azafata en la feria gastronómica (y de la cerveza) que cada año se organizaba en mi barrio (sobre todo era de la cerveza). También había llenado una carpeta con diplomas de cualquier curso online que se cruzaba en mi camino y que pudiese aportarme algo. Ah, y para no aburrirme por las noches y no volverme loca encerrada con mi madre y con mi abuela en casa, escribía en un blog sobre lo que se me pasaba por la cabeza.

Nada más.

Esa era Jimena Abellán y, al contrario de lo que pueda parecer, la mayor parte del tiempo mi vida tranquila y anodina me agradaba.

—Bueno, es cierto que prácticamente acabo de finalizar mis estudios y que, como usted... perdón, tú has dicho, no dispongo de experiencia en el sector, pero creo que podría aportar juventud, nuevas perspectivas y un...

Blablablá.

Seguí hablando sin titubear con mi tono más profesional, ese que llevaba ensayando frente al espejo toda la semana (y casi toda mi vida), durante unos minutos en los que me imaginé a mí misma de vuelta a la cola del paro, aceptando un puesto en la fábrica de recambios de piezas automovilísticas que sostenía al pueblo entero y despidiéndome de mi sueño efímero y poco realista de hacer las maletas y comenzar una nueva aventura nada menos que en Barcelona, compartiendo piso con mi primo, trabajando para una gran empresa de comunicación y dando largos paseos por la playa al atardecer.

Volví a meter mis sombreros de paja y mis bikinis en mi maleta imaginaria y con ellos parte de mis fantasías estúpidas.

—¿Qué supone para ti trabajar en la moda y por qué has decidido enfocar tu carrera hacia el sector de la comunicación y no hacia otro?

«¿Que por qué? Y yo qué sé. Porque ver a mi abuela traquetear con su vieja máquina de coser es el mejor recuerdo que albergo de mi infancia. Porque encerrarme a hacerles vestidos a mis muñecas con los retazos de tela que a ella le sobraban en la soledad de mi habitación fue y sigue siendo, aunque ya no me lo permita, el mejor modo de diversión que se me ocurre. Porque cualquier cosa que pueda ayudarme a encontrar esa estabilidad e independencia que tanto ansío me vale. Porque soy de las que se leen cada letra de cualquier revista; horóscopo, necrológicas y publicidad incluidos. Porque hablar sobre ropa, leer y escribir es lo único que sé hacer

medianamente bien en la vida y este trabajo engloba todas esas cosas. Porque, pese a todo ello, lo que más me sigue costando en el mundo es expresarme y comunicarme con los demás y necesito aprender a controlarlo. Porque ya no coso. Por eso».

—La comunicación es lo que nos mueve, Malena. Creo que es el medio que nos distingue y nos permite avanzar como especie...

Blablablá.

Que sí, que un coñazo tremendo.

A mí me gustaba escribir sobre los cosméticos que me compraba, probarlos en casa y compararlos en función de sus resultados. Hacerme una cartera con los bajos de unos viejos vaqueros y explicar el procedimiento paso a paso. Despotricar contra las modas que encontraba absurdas y alabar aquellas que de tan absurdas que eran me fascinaban. Analizar letras de canciones. Exponer los motivos de mis relaciones fallidas, y no solo amorosas, que eran inexistentes, sino de las relaciones en general. Hacer listas de objetivos que, por mucho que me esforzaba por cumplir, siempre se me resistían. Reseñar los libros que devoraba. Un montón de chorradas que no podía explicarle a nadie con dos dedos de frente y que por eso escupía en un blog que nunca pensé que nadie leería.

Malena y yo hablamos de un montón de cuestiones, más técnicas que otra cosa, con las que le demostré que sí, que me había preparado a conciencia para que viese que era capaz de memorizar una cantidad de datos suficiente y soltarla después frente a un ordenador. Que no era tonta del todo, vaya, pero poco más.

¿En eso consistían las entrevistas de trabajo? ¿En escupir conocimientos que todos debíamos conocer por haber estudiado años? ¿Y con qué rasero medían las diferencias que hacían que unos fueran aptos para un determinado puesto y otros no?

Pensaba en todo eso, mientras seguía hablando con ella con expresión fría y gesto serio y responsable, pero a la vez era capaz de sentir el sudor que aún perlaba algunas partes de mi cuerpo, como el del final de mi espalda, de recordar que no sabía por qué estúpida razón había sido tan despistada como para no ponerme unos zapatos en vez de seguir con mis zapatillas rosas en forma de osito, pensaba que cuando me dijeran que el puesto no era mío debía reorganizarme y comenzar a hacer algo con mi vida; en un montón de cosas, como siempre, porque así era yo, una obsesiva nata, un intento de controladora que se quedaba en eso, en intento, porque en cuanto algo me descolocaba o me

descuadraba, ¿qué ocurría? Pues que una parte de mí que me esforzaba por mantener oculta salía a la superficie, estropeándolo todo.

—¿Por qué *Jimena y el caos*?

Y ahí estaba. La pregunta que hizo que perdiera el hilo, el control, el punto de vista, la postura de la chica que quería ser a toda costa. La pregunta que más me temía y para la que no tenía una respuesta aprendida, porque no importaba lo que me inventara de cara a la galería, ya que todo sonaba fingido, falso, inventado para intentar aparentar ser algo que no era; que nunca llegaría a ser.

Yo sabía que alguien con la experiencia de Malena se daría cuenta y me tacharía automáticamente de su lista de finalistas y, si algo había aprendido yo en mis años devorando revistas de ese estilo, era que la autenticidad suponía la clave de todo para triunfar. Daba igual la excentricidad de algunos, el estilo innato, la elegancia o el intelectualismo que derrocharan, porque, si no transmitían autenticidad, algo que los hiciera diferentes, únicos, que les diera luz frente al resto, no servía de nada.

¿Y yo qué tenía que ofrecer? ¿En qué destacaba?

—¿Cómo que por qué?

Mi pregunta no fue más que un intento para ganar tiempo y el suspiro casi inexistente de Malena me confirmó que ella también lo supo. La estaba cagando por momentos y odiaba esa sensación de pérdida de control que comenzaba a asentarse en la base de mi estómago.

—Sí. Por qué ese nombre y no otro.

Así que era mi única oportunidad.

Ya sabía de antemano que mis anteriores respuestas no habían sido más que las que daría cualquier entrevistado en cualquier otro sector: correctas, simples, directas y vacías en todo lo que no fuera mostrar lo bien adoctrinados que estábamos tras la formación pertinente. Nada que me diferenciara de los demás.

Hasta la camisa que llevaba puesta me parecía de pronto una idea pésima, porque no decía nada de mí; no era *Jimena y el caos*, que era lo que yo intentaba vender, a pesar de que ni siquiera supiera muy bien en qué consistía lo que hacía.

La había jodido y había perdido.

Sin embargo, recordé a mi amiga Laura poniéndose filosófica una noche de verano antes de salir en busca del tío que le gustaba, acabar en su cama y seis meses después con un anillo en el dedo, mientras bebíamos licor de almendras

en el jardín de su casa.

«Si actúas como si supieras lo que estás haciendo, puedes hacer lo que quieras».

Con el tiempo descubrí que esa frase no era suya, sino de Frida Kahlo (Laura tenía una camiseta que lo demostraba), pero el caso es que en ese momento supe que Frida tenía razón; supongo que Laura también, pero dársela a ella era una de las cosas que más me costaban en el mundo. Porque sí, yo me sentía continuamente perdida, como si estuviera flotando sin rumbo sobre una balsa en mar abierto, pero... Malena no tenía por qué saberlo.

Entonces, ¿qué fue lo que hice? La dejé de nuevo libre; me dejé llevar por esa parte de mí que tan poco me gustaba, que tanto trabajaba por ocultar a los demás y que tanto mal me había hecho en el pasado, jugándome la entrevista a una última carta.

Me llevé las manos al pelo y deshice el moño bajo que me había hecho con la intención de parecer seria y responsable, y no la chica confusa y perdida contra la que luchaba el resto del tiempo. Me quité también los pendientes de plata de mi madre ante la mirada cauta y neutra de Malena, que ni siquiera pestañeaba, y los dejé sobre la mesa. Después me levanté y me alejé un par de pasos, dejando a la vista mis calcetines de rayas y mis zapatillas de peluche.

Miré a aquella mujer que me evaluaba con ojos fríos y dejé de fingir; dejé de intentar simular que controlaba la situación, porque lo cierto era que, pese a que me pasaba la vida intentando mantenerlo todo bajo control, rara vez lo conseguía. El despiste tonto de mis pies era una prueba irrefutable de ello.

—Porque así me siento. Me paso la vida intentando controlarlo todo, pero no tengo ni idea de nada. Si te soy sincera, estoy bastante perdida en general. Tengo veinticinco años y la mitad del tiempo la duda en mi cabeza de no saber quién quiero llegar a ser. Y lo que es peor, de ignorar quién soy. Vivo con mi madre y mi abuela en un pueblo pequeño en el que la gente se gira si te pones un sombrero y, pese a que me gusta estar sola y pasar desapercibida, los uso constantemente sin saber muy bien por qué. Bueno, porque me encanta lo bien que me siento cuando me miro en un espejo con uno puesto. Estudié Comunicación y moda porque soy una enamorada de la palabra escrita, pero lo soy más aún de las telas y los patrones. No obstante, soy incapaz de sentirme cómoda delante de una cámara ni de una multitud. Siento que busco algo sin cesar, pero aún no he descubierto el qué. Y mientras la gente de mi edad que conozco viaja, se casa y abre negocios, yo escribo en un blog sobre cosas intrascendentes que no me llevan a ningún sitio. Simplemente... el blog surgió

como un desahogo, una especie de diario virtual y público en el que sentirme un poco más amarrada al mundo. Lo único en mi vida que parece tener cierto orden. Y ni siquiera lo tiene. Solo me dejó llevar cuando siento que todo me supera un poco. Sé que quizá no es la respuesta que esperaba, pero es la única respuesta posible. Porque esto soy yo.

Me señalé y me miré de arriba abajo según ella también lo hacía.

Parecía patética, con el pelo suelto sin ninguna gracia, la elegante camisa metida por dentro de ese pantalón que había cortado yo misma por las rodillas y con esas zapatillas que parecían brillar con luces de neón gracias al efecto de la brillantina de las orejitas. La Jimena que convivía conmigo y que nunca llegaba a gustarme del todo. Una Jimena que no tenía ni idea de moda, aunque se dedicara a ello, porque aún no había encontrado su sitio.

Sorprendentemente, alcé la mirada y le sonreí. Una sonrisa de verdad, porque no me sentía para nada ridícula, sino más bien un poco aliviada y más yo que en los últimos meses.

¿Acababa de perder la oportunidad de mi vida? Quizá, pero el futuro aún podía esperar para mí, solo era cuestión de seguir buscando. En perseverancia no me ganaba nadie.

Malena escribió algo en sus notas y asintió con la cabeza. No fue un gran gesto, ninguno que me transmitiera nada más allá de que la entrevista ya había concluido con mi alegato final.

Había sido un desastre, pero nadie podría nunca echarme en cara que no había actuado con valentía. Ya sabes lo que se dice, que el que no se consuela es porque no quiere.

—Gracias, Jimena. Recibirás un correo o una llamada en unos días con nuestra decisión final. Te agradezco tu tiempo.

—Igualmente.

Y, sin más, la pantalla se volvió negra.

Bruno

—¡Lárgate!

—Pero, nena, si...

—¡Ni «nena» ni nada! ¡No quiero volver a verte!

—En serio, ha sido un malentendido, no pensaba...

—¡¡Por tu madre, Bruno!! ¡Lárgate!

Vi cómo mis cajas de fotografías caían y hacían un ruido espantoso contra la acera, antes de derramarse por la calle sobre el asfalto mojado por la lluvia que llevaba cayendo a intervalos desde el amanecer.

En ese momento fue cuando la odié.

Me daban igual la ropa, las cosas de casa que habíamos comprado a lo largo de los años y los recuerdos compartidos; me daba igual todo lo material, menos las fotos.

Y ella lo sabía.

—¡¡¡Me cago en la puta, Iris!!! ¿¡Era necesario!?

—¡Sí!

Cogí dos que habían caído sobre un charco y gruñí, cabreado.

—Eres una egoísta. ¡De acuerdo! ¿Esto es lo que quieres?

—¡Sí!

—¡¡Pues vale!!

No, no era lo que quería. Era lo que quería querer.

Sin embargo, yo sabía que volvería, que me llamaría llorando de madrugada, me pediría perdón y volver a casa sería como una rutina más de esas a las que acabas acostumbrándote, por mucho que las aborrezcas más que a nada en el mundo. Y yo estaba harto de pelear con Iris, de querernos mal, a trozos, a ratos que cada vez eran menos y a gritos.

Dios... lo que le gustaba gritar. O quizá gritarme. El límite entre una opción y otra estaba bastante difuso.

Recogí como pude parte de mi vida esparcida por la calle a la vista de la mitad del vecindario y la metí en una caja que el bueno del frutero me había ofrecido al ser testigo del espectáculo.

—Bruno...

—¿¡Qué!?

—¡Que te jodan!

—¡Ojalá lo hiciera alguien!

Su respuesta fue lanzarme un zapato.

La mía había sido inmadura e infantil, lo asumo, pero así éramos nosotros, un jodido desastre que en algún momento del camino había conectado; lo que pasaba era que ya ni siquiera recordábamos cuándo había sucedido eso. Y sí, llevábamos dos meses sin apenas sentir la tentación de rozarnos, lo cual ya era un motivo en sí mismo para intentar sopesar la posibilidad de que algo iba realmente mal.

—¡Eres insufrible! ¡¡Te odio!!

Y no lo hacía, eso también era parte del problema.

Ojalá lo hubiera hecho ella, ojalá lo hubiese hecho yo; todo hubiera sido infinitamente más fácil. O no más fácil, pero sí más comprensible que aquella circunstancia en la que nos encontrábamos.

Tiró una última bolsa llena de ropa y vi cómo mis calzoncillos ponían color a esa mañana oscura. Rojos, verdes, azules, blancos. De estampados geométricos y con dibujos infantiles. Motas de color tiñendo la calzada de una mañana gris de un lunes de finales de septiembre.

Uno se quedó colgado del tendedero del primero y me eché a reír.

—¿Quieres que a la señora María le dé un infarto al recoger la colada?!

Iris dejó escapar una risa también antes de sacarme el dedo corazón y desaparecer cerrando la ventana de un golpe seco.

El frutero salió de nuevo y me tendió otra caja palmeándome la espalda con complicidad.

—Un mal día, ¿eh, chico?

—Si solo fuera uno...

Compartimos una sonrisa triste y volví a quedarme solo, recogiendo por tercera vez lo poco que me quedaba material de una vida que se resumía en dos cajas de cartón llenas de ropa y montones de fotografías que en algún momento significaron algo.

Estaba harto.

Harto de tirar de una relación que no avanzaba, que solo retrocedía, porque cada vez que me veía allí sentado en esa acera lo hacía con menos cajas. Llegaría el día en que no tendría nada con lo que cargar a la espalda, solo con reproches y malos recuerdos, y ¿entonces, qué?

Estaba harto de simular querer a una persona que solo me proporcionaba ratos felices de vez en cuando, pero que no me llenaba lo suficiente para que el resto del tiempo las carencias se compensaran.

Harto de sus chantajes, de sus dobleces, de sus juegos de manipulación en

los que me veía atrapado y en los que el precio a pagar por plantearme la opción de no regresar nunca más era demasiado alto.

Y, por encima de todo, harto de seguir esforzándome en formar algo con alguien que se pasaba la mitad de su tiempo intentando cambiarme, en vez de aceptarme por cómo era, por muy idiota que fuese.

Cuando terminé, me senté en la acera y saqué el teléfono.

Dudé.

Otras veces había llamado a mi hermana, pero en aquel momento con un bebé ya tenía bastante trabajo como para encima tener que cargar con otro niño, aunque fuese con uno que se acercaba peligrosamente a la treintena. Además, sabía lo que opinaba al respecto y no me apetecía aguantar ninguno de sus sermones.

También podía llamar a Pau, mi mejor amigo, pero acababa de irse a vivir con Amanda, su chica, y no veía muy apropiado el ocupar su sofá recién estrenada la convivencia. O a Cooper, otro buen amigo que no solía hacer preguntas, pero Pau y yo teníamos la teoría de que vivía en su bar, el *Hendrix*, y no me apetecía nada acabar durmiendo sobre un barril de cerveza.

Normalmente me sobraban los colegas, pero no se me ocurría nadie a quien llamar con la suficiente confianza como para mandarlo a la mierda si me preguntaba qué era lo que había ocurrido y sin sentirme un completo idiota. Otra vez.

Los problemas de dos son de dos, y nadie más tiene la capacidad de entenderlos, e Iris y yo éramos un puzle extraño que encajábamos de un modo que solo nosotros comprendíamos. Y a veces me daba la sensación de que, incluso así, no le encontrábamos un sentido a aquella definición de «hogar» que habíamos construido.

Me sentía solo y exhausto. Así que llamé a la única persona que se me pasó por la cabeza que sabía que no haría preguntas, que no me conocía lo bastante para saber que estaba jodido y que aceptaría en el acto sin dudar, porque decía que me lo debía. Una persona que se había cruzado en mi vida en el momento exacto como para poder convertirse en una tabla de salvación para mí.

—Eh, tío. Soy Bruno.

—¿Qué pasa, colega? Tú sabes que esta llamada nos cuesta a los dos, ¿verdad?

Mierda. Cerré los ojos y me apreté los párpados con los dedos. No recordaba que estaba en el extranjero por trabajo y que no regresaría hasta

dentro de unos meses.

Todo se torcía aún más por momentos.

Saqué un cigarrillo del bolso con nerviosismo y me lo encendí.

—Lo sé, perdona, no me acordaba de que no estabas aquí. —Chasquéé la lengua y me di cuenta de que no podía pedirle aquello cuando él no iba a estar conmigo en su piso; que se saltaba todas las normas morales que me habían enseñado, porque no nos conocíamos lo suficiente como para un favor de ese tipo. Ni siquiera había estado en su casa antes de eso—. Hablamos a tu vuelta, ¿de acuerdo?

—En realidad no importa, paga la empresa. ¿Qué ha pasado, Bruno? —preguntó, preocupado.

Entonces suspiré, agradecido por que hubiera personas en el mundo como el chiflado de Adrián, al que le importaran también un pimiento las convenciones sociales.

Exhalé nuevamente el humo y lo solté sin más.

—Necesito un favor. Uno enorme.

—Lo que sea, hermano. —Sonreí; parecía hasta aliviado de poder por fin echarme una mano. Era lo que necesitaba en ese instante.

—Necesito un sitio donde pasar una temporada. Iris me ha echado de casa.

—Oh, mierda. ¿Es serio?

—No es la primera vez, si es lo que me preguntas.

No, no lo era; había ocurrido tantas veces que en ocasiones me daba la sensación de que era una rutina más entre nosotros, como celebrar los aniversarios yendo a patinar o discutir por el mando de la televisión. Algo así como: «los lunes comemos con tus padres y a las seis y media me echas de casa».

—No hay problema. Ahora mismo te mando la dirección. Pídele la llave al vecino del 1ºB, tiene un juego para emergencias; ya lo aviso yo cuando te cuelgue de que vas a pasar por allí.

El alivio fue bestial.

Así quería que fuese. Sin preguntas. Sin explicaciones. Sin tener que abrir una caja de Pandora interior para la que aún no estaba preparado. Simplemente un: «¿Necesitas una casa? Toma la mía».

—Gracias. Te debo una muy grande. Y te devolveré la parte del alquiler en cuanto pueda. Y el coste de esta llamada. Y todo lo que quieras a un interés jodidamente alto. —Él se rio—. Ahora me es imposible.

—No me debes nada. Y estás en tu casa, ¿de acuerdo? Menos prenderle

fuego, lo que sea.

—Vale.

—Tengo que dejarte, me pillas a punto de entrar en una reunión. Nos vemos pronto.

—Nos vemos.

Cogí las cajas como pude, me subí a la bici candada en el portal y, antes de perderme en el tráfico, eché un último vistazo a la ventana.

Los ojos de Iris me fulminaron con la mirada antes de cerrar las cortinas con brusquedad.

Si no hubiéramos vivido en un sexto piso, le hubiese lanzado un zapato de vuelta.

Jimena

Salí de la estación y aspiré el olor a mar. Bueno, no a mar exactamente; olía a metal, a población y al humo de los coches que nos rodeaban y que se hundían en el tráfico de la ciudad de forma incansable.

Sin embargo, aquel día, Barcelona me pareció preciosa sin apenas ver más de ella que lo que me permitía la ventanilla de un taxi. Un taxi conducido a velocidad de Fórmula 1 por un tal Mohamed que me contó que también llegó allí para cumplir el sueño de su vida de montar un restaurante con su hermano y había acabado metido catorce horas al día en un taxi que olía permanentemente a perfumes rancios y sudor ajeno. Incluso a pesar de su monólogo desmotivador, de que se me rompiera el asa de la maleta grande, de que lloviese y de que mi primo no se encontrara allí para recibirme como merecía porque iba a pasar el cuatrimestre impartiendo una asignatura en una universidad de Oslo, a pesar de todo eso, nunca había visto una imagen más bonita que Barcelona saludándome a través del cristal de aquel coche. Ya había estado antes, pero el motivo de mudarme allí lo cambiaba todo, hasta mi percepción de la ciudad.

Era la instantánea que mi cerebro almacenaría bajo el título de *Libertad*. Era la ilusión de comenzar un sueño, una nueva etapa en mi vida que había empezado con una llamada telefónica dos semanas atrás, una llamada que nunca me hubiera imaginado.

Estaba escribiendo una entrada en el blog sobre los lunes de mierda y el interesante mundo de la ropa que habitualmente usaba para estar en casa. Sí, ese era el título, y el contenido no era mucho mejor. Todavía me costaba creer que, en algún momento, a alguien con formación en el sector de la moda le hubiera parecido que en aquel escaparate virtual hubiese algún indicio de talento.

Llevaba tres días en pijama, después de haberme pasado una semana pateándome el pueblo entregando currículums en cualquier sitio con mi mejor sonrisa fingida. Lo mismo había hecho en todas las páginas webs de ofertas habidas y por haber.

Lo mismo me daba, solo necesitaba encontrar una estabilidad. Y dinero; siempre el maldito dinero.

No obstante, no le veía futuro a nada, la verdad.

No teníamos ahorros en casa que me permitieran irme sin un contrato de antemano bajo el brazo, y tampoco estaba dispuesta a dejarlo todo por un empleo que no me aportase nada más que un sueldo, por mucho que trajese consigo la posibilidad de poner mi culo en una gran ciudad. Estaba dispuesta a intentarlo, a no tirar la toalla, a demostrar que algún talento debía de tener dentro de mí antes de aceptar lo que fuera con tal de no enloquecer, pero nada llegaba.

Y dos años en casa sin hacer ya nada más que compadecerme comenzaban a pesar. Me sentía una carga, pese a que mamá en ningún momento me tratara como tal.

Así que ahí estaba yo, desahogándome del único modo que sabía, dirigiéndome a cinco mil seguidores que en mi cabeza eran la nada más absoluta, una masa sin rostro que me escuchaba y me comprendía sin pestañear, que eran un poco parte de mí y, verlos así, como formas sin identidad, el único motivo por el que aquel blog seguía adelante.

Con un moño en la cabeza, en pijama y sin duchar.

Harta de todo.

De sentirme un cero a la izquierda, parte de esa generación que está preparada pero que no tiene cómo demostrarlo. Harta de ver cómo los demás avanzaban a mi alrededor, mis amigos se enamoraban, se mudaban con sus parejas, viajaban por el mundo o incluso se casaban, y yo seguía sintiéndome una adolescente en el nido materno incapaz de sentirse ligada a nada. Harta de no echar un buen polvo desde hacía casi un año; y no hablo de tener sexo sin más, de eso sí que había tenido, sino de sexo del bueno, del que suelta tensiones y te hace andar más ligera durante una temporada. Harta de que los días pasasen y yo sintiera precisamente eso, que pasaban, sin más, sin hacerlos memorables.

Ese modo de vida que me había hecho sentirme segura y cómoda durante tanto tiempo comenzaba a resultarme asfixiante.

¿Alguna vez aprender a haceros florecitas en las uñas ha sido el mejor plan de toda vuestra semana? Eso y buscar excusas verosímiles para evitar tener que acompañar a vuestra abuela a clase de danza del vientre. Pues ese es el resumen de lo que van a ser mis días hasta que acabe septiembre. Triste, ¿verdad?

Supongo que podría serlo más. También podría descubrir que mis esmaltes están secos y que no tengo dinero para comprarme unos nuevos;

porque sí, sigo sin trabajo. Siempre podría ser peor y descubrir que mi abuela octogenaria tiene mejor ritmo que yo y es capaz de llevar con alegría, y sin parecer un espantajo, un top de moneditas con el ombligo al aire.

Lo sé; pésimo, sin contenido ni un mínimo de calidad literaria.

Igual de vacía que me sentía yo.

El teléfono sonó y lo cogí con un gruñido.

—¿Sí?

—¿Jimena?

—Sí, soy yo.

—Soy Malena Carrión. Te llamo del departamento de recursos humanos de C&H para hablar sobre la plaza becada de la que tu blog fue finalista.

Tragué saliva y me entró la tos. Mucho. Muy fuerte. Sentí las orejas calientes y que no podía respirar. Después de levantarme, de beber los restos de agua de un vaso que preferí no pensar en el tiempo que llevaba sobre mi mesilla de noche (porque, según mi primo Adri, puedes encontrarte tropecientos mil partículas que acabarán haciendo nido en tu estómago) y de conseguir recuperar el habla, contesté.

—¿Sí! Hola, Malena. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —dijo, soltando una risita; supongo que estaría más que acostumbrada a reacciones de ese tipo—. Llamo para comunicarte que has sido la elegida para comenzar tu formación dentro de poco más de dos semanas con nosotros. Felicidades. —Me quedé sin voz, y ya no fue por el atragantamiento tonto, ni por nada que no tuviese que ver con que lo había conseguido, con intentar asimilar que acababa de abrirse una puerta enorme que llevaba mi nombre en un letrero y que por fin Jimena estaba lista para empezar a vivir de verdad; dispuesta a encontrar aquello que llevaba toda la vida buscando. Y Jimena era yo—. ¿Jimena? ¿Sigues ahí? ¿Hola? ¿Jimena?

—Sí, perdona. Estaba...

—Digiriéndolo, lo sé. Te esperamos aquí el día uno de octubre. Tienes tiempo suficiente para buscar alojamiento y mudarte. Te mandaré las condiciones en un correo electrónico para que estés informada de todo antes de aceptar. Cualquier duda, puedes llamarme.

—De acuerdo, gracias.

—¿Algo que quieras preguntarme?

¿Algo? Quería preguntarle mil quinientas cuarenta y cinco cosas así de

sopetón y sin casi pensar. Como que en qué iba a consistir mi trabajo. Que si iba a tener que modificar mi pequeño blog en algo que pudiera molestar a las seguidoras fieles que tenía y a lo que me oponía totalmente. Si iba a cobrar lo suficiente como para poder mantenerme allí con vida y no morir de inanición al tercer día. Qué tipo de ropa tenía que ponerme para ir a las oficinas. Que si podía llevar mi propio almuerzo. Que... que... infinidad de cosas, pero, sobre todas ellas, había una pregunta que sabía que no debía hacer y que no pude evitar soltar antes de mordirme la lengua.

—No, bueno... sí. ¿Por qué yo?

—Por muchas cosas que no pienso decirte, pero que me hagas esta pregunta me dice que, de momento, no me he equivocado contigo. Hasta pronto, Jimena.

Me senté, abrí el último cajón de mi mesilla y saqué el pequeño alijo de chucherías que siempre tenía escondido para casos extremos como era ese. Me comí media bolsa casi sin respirar, meditando sobre todo lo que iba a suponer aquel cambio, sobre todo lo que tenía que hacer y preparar antes de irme, sobre todos los aspectos a controlar, porque era mi oportunidad y no iba a permitir que no saliese como esperaba.

Cuando el azúcar recorrió mi organismo, reaccioné por fin y comencé a saltar y a chillar como una lunática, haciendo que mi madre y mi abuela entraran en tromba en mi habitación al borde del infarto.

Solo necesitaron verme la cara para dedicarme uno de sus bailes de la victoria conjuntos.

—¡Te lo dije, cielo! —exclamó la abuela, con los brazos en alto y meneando las caderas.

Mi madre asintió orgullosa y después se puso a llorar a mares al darse cuenta de que estaba a un paso de decirle adiós a su niñita. Tardamos más de una hora en consolarla.

Por la noche, después de llamar a mi primo Adrián para comunicarle que por fin iba a tener una compañera de piso que no pensaba pagarle las facturas (al menos hasta que tuviera claro que podía hacerlo sin dejar de alimentarme a diario), me senté de nuevo frente al ordenador y terminé la entrada con una sensación nueva en la base del estómago.

O quizá todo sea cuestión de cómo veamos el vaso, si medio lleno o medio vacío. O de recibir una llamada de alguien dispuesto a llenarlo por ti. O de darte cuenta, por fin, de que tú lo has ido llenando poco a poco sin

saberlo, y de que un día, sin más, recoges los frutos.

Porque la vida está llena de sorpresas, de momentos, de regalos, de oportunidades que llevan nuestro nombre y todo, hasta un lunes de mierda, puede convertirse en el comienzo de algo grande. Muy grande.

Prepárate Barcelona, Jimena y su caos están a punto de formar parte de ti.

Mi primo Adrián vivía en un tercero en el barrio de Poblenou desde hacía relativamente poco; tan poco que yo aún no conocía la casa. Hasta el momento había vivido de alquiler compartiendo piso, pero ese mismo año había decidido que invertir su dinero en algo era una opción mucho más rentable.

Se había mudado a la capital a estudiar y ya nunca había salido de allí. Trabajaba de forma fija como informático asociado en una empresa financiera relacionada con algo de suministros eléctricos y de forma esporádica con otros grupos empresariales, como lo era C&H, y también colaboraba esparciendo su conocimiento por el mundo trabajando para diversas instituciones universitarias, aunque nadie que tuviera algún mínimo lazo sanguíneo con él entendía a qué se dedicaba con exactitud. Era un cerebritito, nuestro cerebritito particular, y tenía un modo de ver la vida que resultaba un tanto peculiar, porque era muy bueno en todo lo que pudiera reducirse a números y sistemas de medida, pero en lo que se refería a relacionarse con el resto de su especie sus habilidades no eran demasiado efectivas.

De algún modo, ambos habíamos heredado esas carencias, aunque en su caso al menos las suplía con una inteligencia fuera de lo normal.

Adrián era dos años mayor que yo, hablaba cinco idiomas solo por el placer de poder leer las novelas en su lengua original, coleccionaba figuras en miniatura de *El señor de los Anillos* y tocaba el ukelele. Solía hacer su actuación estelar en Navidad, a petición expresa de la abuela, y durante años me había visto obligada a acompañarlo con una vieja armónica que guardaba polvo en un cajón del salón. Yo no tenía ni pajolera idea de tocar la armónica, pero a la abuela le hacía gracia y también creo que me animaban para que no me sintiera inferior ante las habilidades de mi superdotado primo, a pesar de que obligarme a hacer el ridículo era aún peor que saber que cualquier posibilidad de éxito en la familia se la había llevado él. En esos casos, el champán siempre me ayudaba a pasar el mal trago.

Pese a todo, era mi mejor amigo, un pilar fundamental en mi vida y la única persona hasta el momento que, aunque no fuese muy dado a comprender ciertos

aspectos de las relaciones humanas, me comprendía de verdad.

Me bajé del taxi y la lluvia me mojó el rostro al alzarlo frente al edificio que se iba a convertir en mi casa a partir de ese día. Era imponente y precioso, otro indicativo de que lo que mi primo hacía era importante y le aportaba unos ingresos más que estables.

Me planté uno de mis sombreros, uno de ala ancha en color mostaza que me encantaba y, cogiendo las cosas, saqué la llave del bolso y entré.

Sabía que Adri iba a estar fuera unos meses; le habían ofrecido dar una asignatura en una universidad con la que colaboraba a menudo, algo a lo que, según él, no había podido negarse. Viajaba constantemente para dar conferencias universitarias o para asistir a congresos de trabajo que en mi casa se catalogaban dentro de «esas cosas que hacen los listos y que los demás no entendemos», así que ya me había hecho a la idea de que iba a tener la casa para mí sola con bastante frecuencia; lo que se me hacía raro era tenerla desde el primer día.

Pensaba que no era una situación mala del todo, como un modo de adaptarme primero a esos cambios en soledad antes de hacerlo compartiendo piso con alguien, porque, por mucho que fuera mi primo y lo adorase, no dejaba de ser un tío con sus propias rutinas y yo una obsesa de la limpieza difícil de soportar.

Abrí la puerta con la copia de la llave que me había enviado por correo antes de irse, y metí las bolsas como pude a patadas. Me encontré con un pasillo largo y estrecho cubierto por un azulejado de cuadros blancos y negros, con techos altos y paredes blancas. Dejé el equipaje en el recibidor y eché a andar en dirección al salón, boquiabierta, porque era una casa alucinante. No encendí la luz, ya que, pese a que el día estaba gris y lluvioso, la casa me sorprendió con unos grandes ventanales que permitían disponer de mucha luz natural.

A la derecha del pasillo, había cuatro puertas.

La primera llevaba al que sería mi dormitorio.

Eché un vistazo y sonreí; Adri lo había acondicionado antes de irse. La cama estaba hecha y un par de toallas descansaban sobre la silla puestas de cualquier forma.

La sonrisa se me convirtió en una mueca al darme cuenta de que, a pesar de estar todo limpio, el orden brillaba por su ausencia y unos cuantos libros y papeles descansaban sobre el suelo al lado de la mesita de noche. Asumí que

no iba a ser tarea fácil acostumbrarme a ciertas rutinas, porque yo era muy mía y Adri vivía en una galaxia particular, pero que me esforzaría por adaptarme, teniendo en cuenta la ayuda que me estaba brindando.

La segunda, su despacho. Con una mesa repleta de carpetas, libros y dos pantallas de ordenador. Estaba llena hasta los topes de materiales de trabajo, pero concienzudamente ordenada.

La tercera, el cuarto de baño. Pequeño, práctico y pulcramente blanco.

La última, casi pegada a la entrada que comunicaba con el salón, la cocina, en tonos grises y una encimera de granito en antracita. Un vaso sucio descansaba dentro del fregadero con restos de lo que me pareció algún licor oscuro.

Torcí el gesto extrañada, porque, que yo supiese, Adri no bebía alcohol y tampoco era tan guarro como para dejar cacharros sin fregar antes de irse de viaje.

Me quedé observando el vaso; era como si ese detalle no cuadrara, pero pensé que los nervios me estaban jugando una mala pasada. Al fin y al cabo, conocía a mi primo como la palma de mi mano, pero nunca había convivido con él y debía aceptar que algunos aspectos de su vida se me escapaban.

Terminé de recorrer el pasillo y entré en el salón; allí solo había una puerta, que era la que correspondía a su dormitorio.

Todo era negro y blanco, práctico y pragmático, como lo era él.

Bueno, todo no. Había otro detalle más grande que rompía cualquier esquema posible.

Lo normal hubiese sido que me hubiera asomado y hubiese vuelto hasta la entrada, cogido mis cosas y comenzado a asentarme.

Sí, esa hubiese sido una reacción normal.

Lo que pasa es que hacerlo me resultó imposible, porque me quedé congelada en el sitio. De haberme encontrado un perro rabioso frente a mí, hubiera sido incapaz de mover un pie.

Me quité el sombrero, lo apoyé en la mesa baja acristalada del salón y saqué el teléfono móvil de mi bolso con manos temblorosas, sin dejar de observar aquello que desentonaba en la imagen de ese salón. Aquello que me había hecho perder el control nada más llegar, descolocándome por completo.

Alguien descolgó al otro lado, pero no escuché más que ruidos sin sentido.

—Adri, ¿estás ahí? —susurré, lo más bajo que pude.

—Sí, perdona, estoy saliendo del metro. ¿Qué pasa?

—Estoy en tu casa.

—¿Llegabas hoy? No me acordaba. ¿A qué día estamos? —preguntó estupefacto, seguramente poniendo en funcionamiento el ordenador que habitaba en su cabeza para vislumbrar un calendario. Muy típico de Adri—. ¿Ya te has acomodado? ¡Bienvenida a mi reino, peque!

Tragué saliva, volví a mirar hacia aquello que resultaba ilógico en la habitación y hablé bajito de nuevo.

—Hay un hombre desnudo en el salón.

—¿Qué?

—Que hay un tío desnudo en tu salón.

Lo observé por enésima vez de arriba abajo.

Su cuerpo ocupaba una butaca de anchos brazos de color negro que estaba situada al lado del sofá. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo y dormía plácidamente con la boca abierta. Unos cascos negros colgaban de sus orejas y de ellos salía una música atronadora. Su pelo un poco largo, entre rubio y castaño, parecía un matojo revuelto. Llevaba barba.

Deslicé los ojos por su pecho, observando su tono bronceado y la marca que lo separaba de una franja de piel más pálida que había sido tapada con el bañador en algún momento de su vida. No en ese. Un poco de vello claro le cubría parte del pecho y el estómago, y guiaba la vista hacia una zona a la que no debía mirar, pero que no podía dejar de hacerlo. Una mata de pelo castaña tapaba su entrepierna, eso y una de sus piernas cruzada sobre la otra.

Toda su ropa estaba tirada por el suelo y desprendía un olor leve a tabaco.

Y sí, todo aquel conjunto de formas, curvas y piel componía un cuerpo desnudo en el salón de mi primo Adrián.

Una vez, en clase de Arte en el instituto, me preguntaron dónde encontraba más belleza, si en el cuerpo femenino o en el masculino. Yo contesté sin pensar que en el femenino. Siempre me había parecido más bonito de mirar, con sus curvas sinuosas, con esa elegancia natural que poseía, pero en ese momento quise telefonar a mi profesor y decirle que estaba equivocada, que aquel desconocido desnudo era digno de admirar, esculpir y lo que se terciara.

La voz asombrada de Adri me sacó de mi ensoñación.

—¿Desnudo integral?

—Sí, integral —dije, volviendo a posar mis ojos en lo poco que se intuía de su paquete, aunque no comprendía qué importancia tenía que tuviera ropa interior o no—. ¿Quieres explicármelo?

—Es Bruno —contestó aliviado, como si fuera la respuesta más natural del mundo.

—Bruno.

—Sí, Bruno. Se me olvidó comentártelo.

Cerré los ojos y me mordí el labio antes de hablar para no gritar y despertarlo.

Supongo que podía haberme dado la vuelta hacía minutos y terminar con esa conversación en mi nuevo cuarto, pero no podía dejar de mirarlo; estaba bloqueada, paralizada por el movimiento que su aliento provocaba en su pelo cada vez que respiraba y por las letras de un tatuaje que se intuían en su costado y que yo no era capaz de descifrar desde mi posición. Congelada por lo absurdo de la situación. Por lo absurdo de todo.

—¿Se te olvidó comentármelo, dices?

—Y a él también, ya puestos. Lo siento, peque. —Gruñí ante sus disculpas —. Está pasando un mal momento. Su novia lo ha echado de casa. Me llamó hace unos días y no pude dejarlo en la calle.

—Me pregunto por qué lo habrá hecho —dejé caer con malicia.

Y es que, dejando a un lado el cuerpazo que tenía, yo ya había analizado los detalles en mi cabeza que me ayudaban a categorizarlo como un desastre, uno de esos tíos despreocupados y aún lo bastante inmaduros para llevar un collar con bolitas de colores atado al cuello y unas Converse con agujeros. Parecía un *surfer* venido a menos.

Ah, y creí visualizar migas de gusanitos en su pelo.

—Según él, porque es una egocéntrica sin...

—Estaba siendo sarcástica, Adri.

—Pues, para dedicarte a las comunicaciones, se te da de pena.

Y no fue una broma, sino que su razonamiento era totalmente en serio. Así es Adri.

De todas formas, razón no le faltaba.

Tensé la mandíbula y cogí aire. Conocía a mi primo y lo adoraba, pero en ese momento me hubiera venido bien que fuera un tío un poco más dado a razonar como lo hacía el resto de la humanidad en situaciones de ese tipo.

—¿Me vas a contar por qué hay un tío desnudo en tu salón o tengo que empezar a gritar?

—Un tío cualquiera no, Jimena. Es Bruno —dijo todo digno, como si esa fuera toda la explicación necesaria para entender por qué yo estaba ladeando la cabeza cada vez más, según la pierna de Bruno se caía hacia un lado y dejaba más carne a la vista.

—¿Qué hace Bruno aquí? —lo intenté de nuevo, mostrando una paciencia

que no poseía.

—Su novia lo ha echado de casa.

Estábamos entrando en bucle. Yo ya me veía atascada con mi primo en una espiral infinita que terminaba cuando el tal Bruno abría el ojo y era él el que se ponía a gritar al encontrarme allí plantada babeando con los ojos clavados en su piel.

—Respira, Jimena... Respira —susurré para mí misma.

—Solo serán unos días. Te lo prometo. Cuando yo vuelva de Oslo, se habrá pirado. —Soltó el aire contra el auricular y dejó caer la última palabra en voz baja—. Espero.

—¿Y voy a tener que compartir piso con él? —le pregunté, horrorizada e ignorando su última matización.

—Esa es la idea —maldije por lo bajo y Adri suspiró—. Unos días solo, peque, hasta que solucione sus cosas. Se lo debo. Además, es un buen tío, ni siquiera te darás cuenta de que está allí. Me hago cargo.

—¿Cómo no me voy a dar cuenta si está desnudo en el salón? —Entonces su pierna derecha se deslizó del todo, cambiando de posición y dejando a la vista uno de sus dos muchachos en reposo—. ¡Oh, joder!

Me tapé los ojos con la mano libre y después la boca, porque sin querer había subido el volumen de mi voz y no quería despertarlo.

Lo cierto es que no comprendía cómo, pese a la música que salía por los auriculares, aún se mantenía ajeno a nuestra conversación, porque yo no podía dejar de hacer aspavientos al hablar.

¿Estaría borracho? ¿Drogado? ¿Hasta arriba de calmantes?

—¿Qué pasa?

—Se ha movido y le he visto un... un...

—¿Un qué? ¿Qué pasa? ¿Qué tiene?

Estuve por decirle que tentáculos de color verde, para ver qué tipo de reacción causaba en la mente complicada de mi primo, pero me contuve.

—¡Un huevo!

La risa de Adri retumbó en mis oídos.

—¿En serio?

—No te rías. Oh, joder...

Y entonces ocurrió, su pierna cayó y dejó al aire sus vergüenzas al completo.

—¿Le has visto el otro? —me preguntó; parecía hasta divertido por todo aquello—. A todo esto, ¿qué hace desnudo en el salón?

—¡Y yo qué coño sé! ¡Es lo que llevo un rato intentando que me expliques!
—Me giré, poniéndome una mano en la frente y esforzándome por relajarme, porque con Adri era el único modo—. Ni siquiera te había escuchado hablar antes de él.

—Es un buen tío.

—Eso ya lo has dicho.

—Es que es cierto.

—Pues vale.

—Nos conocimos hace un par de meses jugando al póker en el *Hendrix* —explicó; supe que aquel recuerdo le provocaba una sonrisa sin verlo.

Sin embargo, fue suficiente para que yo me envarase, como si me hubieran puesto recta pegándome un palo de escoba en la espalda.

¿Solo lo conocía de un par de meses y lo metía así como si nada en su casa? ¿Y si era un delincuente? ¿Un asesino en serie? ¿Un perverso? ¿Un actor porno? Bueno, la última opción a mí no me incumbía para nada, pero aun así cualquier posibilidad se me antojaba como el primer obstáculo para que mi nueva vida estuviese abocada al desastre más absoluto. Y yo estaba harta de sentirme a la deriva; necesitaba control, orden, ser capaz de mantener a raya ese caos interno que siempre sentía que guiaba mi vida.

No podía compartir piso con nadie. Esa no era la idea. No era el plan; mi plan.

—¿Dos meses, Adri? ¿Y lo metes en tu casa? ¿Con tu prima pequeña?

—Es de fiar. Hazme caso. —Y eso me tranquilizó un poco, porque mi primo no era una persona muy dada a confiar así como así en los demás. Había dicho que le debía una, lo cual también me sorprendía, porque Adri odiaba deber nada a nadie. Aquello me intrigaba—. Por cierto, ¿y por qué no te lo cuenta él? Pásamelo.

—Está dormido. ¿Te crees que si no lo estuviera iba yo a estar delante de él hablando contigo?

Me había alejado un poco hasta resguardarme en el principio del pasillo, pero la verdad es que seguía observándolo cada dos segundos, porque era... era demasiado sencillo hacerlo.

—Así que estás en plan *voyeur*. Mal, Jimena, mal. Y luego soy yo el que tengo problemas para relacionarme.

—¿Mal? ¿Qué quieres que haga? ¿Que le tire una toalla para taparlo? ¿Una jarra de agua en plan: «¡Sorpresa! ¡Soy tu nueva compañera!»?

—Está desnudo, ten un poco de respeto —me recriminó.

Entonces me giré y seguí hablando, mirando el cuerpo en apariencia inerte que tenía delante; fibrado, bronceado. Y, lo más importante, lo hice sin fijarme en que algo en su cara había cambiado.

—Pero qué coño... ¿¡«Respeto», dices!? ¡¡Es su pene el que me está saludando, Adri!!

—Eh... Oh... Vaya.

Una voz desconocida llenó la estancia; fue apenas un susurro, pero para mí retumbó en mis oídos como si me lo hubiera chillado con todas sus fuerzas.

Me quedé sin aire.

Sus ojos se deslizaron hasta su entrepierna, comprobando que lo que decía iba completamente en serio, y después se cruzaron con los míos abiertos de par en par y llenos de vergüenza.

Fue de ese modo como oí su voz por primera vez. Titubeante, somnolienta, ronca y pastosa, como si tuviera la boca seca y le costara pronunciar las palabras.

—Vaya... —repitió el tal Bruno.

—Oh... Dios. Adri, tengo que dejarte.

—¿Saludándote en plan «me ves» o en plan «aquí estoy, soy el mejor amigo de Bruno, encantado de conocerte»? Ya sabes que a los tíos nos pasan esas cosas entre sueños... En realidad es un mecanismo natural debido a la...

Ignoré la explicación que vino a continuación sobre el porqué de las erecciones matutinas de los hombres. Hice lo mismo con la manera de referirse al pene de Bruno que utilizó Adri. Ignoré también que aquello que le colgaba cada vez lo hacía menos y comenzaba a saludarme con vigorosa energía. Ignoré que era grande. Ignoré el calor de mis mejillas y la insistencia con la que mis ojos me dejaban en evidencia sin poder frenar el impulso de observarlo. Lo ignoré todo. Excepto el brillo en los ojos adormilados de Bruno, su sonrisa ladeada y el movimiento de su mano que, en un giro rápido de muñeca, cogía mi sombrero mostaza de encima de la mesa y se lo colocaba sobre su sexo para ocultarlo.

—En plan que acaba de hacerlo desaparecer debajo de mi sombrero.

—¿Rollo mago? —exclamó mi primo, pasmado.

Si la situación no hubiera sido tan surrealista, hasta me habría reído.

Colgué el teléfono sin ni siquiera decirle nada a Adri. Estaba demasiado impactada con la imagen de mi precioso sombrero sobre las partes nobles de aquel tío, un auténtico desconocido para mí hasta hacía unos minutos y de pronto convertido en mi compañero de piso.

Creo que él estaba igual de impactado que yo; me miraba de arriba abajo continuamente, aunque no parecía nervioso, ni siquiera un poco avergonzado, sino más bien curioso, hasta que por fin se atrevió a hablar, poniendo fin a ese silencio tenso.

—Hola. Soy Bruno.

Alzó una mano, ofreciéndomela risueño, como si de repente despertara del todo y se diera cuenta de lo divertido de la situación.

Su actitud me cabreó, o quizá fue que me descolocó, no lo sé, el caso es que me puse a la defensiva de inmediato y me dirigí a él de forma cortante.

—Ya sé quién eres.

—Pues yo no tengo el placer. Así que tú eres...

Se mordió el labio y, con la mano que yo no había aceptado, se enrolló uno de sus mechones en un dedo, con despreocupación e intentando no cruzar su mirada con la mía para evitar reírse. Eso hacía, contener unas carcajadas que yo no comprendía.

—¿Te estás riendo?

Entonces lo hizo; explotó a reír y yo me erguí, con los brazos tiesos, conteniendo a mi vez la furia por no entender qué le parecía tan divertido, si el hecho de estar desnudo, de tener que vivir conmigo temporalmente o que tuviese mi sombrero sobre su pene semierecto.

Pensé que aquel momento bien se merecía una entrada doble en el blog.

—Sí, joder... Siento lo de... lo de...

Señaló el objeto en cuestión e hizo amago de retirárselo para devolvérmelo, pero lo frené horrorizada.

—¡No! Puedes quedártelo. Un regalo de bienvenida. O algo así.

—Vale. Parece ser que te debo un regalo —me dijo, con una sonrisa enorme.

—No... no es necesario. —Giré sobre mis pies y por fin conseguí hacer algo más apropiado que quedarme allí, mirándolo como una idiota—. Voy a... mi cuarto.

Entonces cerré los ojos con fuerza al ser consciente de que él era el motivo de que la que iba a ser mi habitación tuviera las sábanas puestas y esos indicios de vida por los rincones.

—He dormido allí estas noches. Lo siento. Al bueno de Adri se le olvidó comentarme el detalle de que iba a tener una compañera. —Asentí y chasquéé la lengua con fuerza—. Enseguida la vacío y es toda tuya. Creo que es mejor que yo ocupe la suya, ya que espero irme en unos días.

—Gracias —le dije sincera; después me dirigí a la cocina, con la intención de dejar de tenerlo delante y darle espacio para que volviese al cuarto, se vistiese y lo vaciase.

—¿Vas a decirme al menos con quién tengo el gusto de compartir piso?

Me paré; ya me lo había comentado, pero seguía sin creerme del todo que mi primo fuese tan imbécil como para que se le hubiera olvidado para ambas partes el pequeño detalle de que ya había ofrecido su casa a otra persona.

Me giré y no pude evitar que me temblase la voz al decirle mi nombre, un poco incómoda y avergonzada por todo lo que había ocurrido, y sobre todo por su mirada. Una mirada que no me agradaba, porque era demasiado limpia, demasiado expresiva, demasiado viva. Y que no dejaba de sonreír desde que había despertado.

—Jimena. Me... me llamo Jimena.

—Bienvenida a casa, Jimena.

Y el muy cretino se quitó el sombrero sin pizca de pudor, pero sí con mucho descaro, y me hizo una reverencia con él antes de ponérselo en la cabeza, levantarse y echar a andar con su ropa bajo el brazo hasta desaparecer por el pasillo, dejándome una visión espléndida del culo más espectacular que yo había visto en toda mi vida.

Así que sí, el caos me acompañaba adonde quiera que fuera.

Era mi destino. Mi cruz. Pero también el motivo por el que estaba allí, a punto de comenzar una nueva etapa, con o sin hombre desnudo en mi salón. Nada iba a impedirme encontrar por fin ese «algo» que me hiciera conseguir aquello para lo que estaba predestinada, pese a que siguiese sin tener muy claro en qué consistía.

Estaba lista y era mi momento. Tenía que serlo...

Bruno

Me encerré en la habitación y me tiré sobre la cama aún con el sombrero puesto. Entonces no me contuve más y exploté a reír con la boca contra la colcha.

Llevaba unos días bastante jodido, sin poder ir a casa más que a cenar una noche en la que Iris consideró que era un buen momento para hablar, pero sin mucho éxito, y hacerlo me vino realmente bien.

Unos cinco días sin reírme y me daba la sensación de que llevaba sin hacerlo toda la vida.

Busqué el teléfono, que apareció debajo de la cama aunque para mi sorpresa con batería, y marqué el número de Adrián todavía sonriendo.

—¡Bruno! ¿Cómo estás?

—Desnudo, pero eso tú ya lo sabes.

Nos reímos. Me gustaba la forma de reírse de Adri, porque nunca era fingida como la de los adultos, sino que se asemejaba a la de los niños, que no conciben hacerlo con educación ni compromiso ni nada que no sea la reacción natural ante una emoción positiva.

—Perdona, tío. Se me olvidó decirte que mi prima va a pasar una temporada en mi piso. Creo que no es conveniente que te pasees sin ropa mientras ella esté.

Por eso me gustaba Adri también, porque no se escandalizaba por el hecho de que yo estuviera sentado desnudo en su sofá, sino que simplemente me aconsejaba no hacerlo delante de aquella chica que me había regalado un sombrero.

Recordé la situación vivida minutos antes y me reí de nuevo, sin poder evitarlo.

—Intentaré llevar ropa interior, al menos, pero no prometo nada — contesté, bromeando, aunque él percibió que hablaba en serio.

Era muy especial este Adri.

—Gracias —contestó con alivio—. Puedes ocupar mi cuarto mientras tanto.

—Hecho.

—¿Tú cómo estás?

—Bien. Bueno, me he quedado dormido en tu salón escuchando música moñas. Borracho y desnudo. Supongo que podría estar mejor.

—Es cierto.

Sonreí, aunque con menos ganas que antes, y después la imagen de Jimena boquiabierta me vino a la cabeza otra vez.

—¿Qué hace tu prima aquí?

—Le han concedido una beca en C&H. En una de sus revistas de moda.

—Vaya.

Conocía las publicaciones de esa empresa; Iris las devoraba continuamente.

Fruñí el ceño al pensar en ella y en su experiencia en aquel mundillo que tantas discusiones e infelicidad nos había regalado. Un mundo superficial y frívolo que no comprendía y por el que nos habíamos peleado infinidad de veces. Aunque, bueno, nos pasábamos la vida haciéndolo por cualquier tontería.

—Cuidala por mí hasta que vuelva, está bastante perdida.

Su sinceridad me sorprendió y no pude más que aceptar.

Lo hice porque sí, porque yo era así, pero también porque se lo debía y porque había atisbado un sentimiento único en sus palabras, cuando Adrián no era una persona emocional que digamos, lo cual ya le daba a esa confesión mucho más significado.

—Claro.

—Nos vemos, hermano.

—Nos vemos.

Colgué el teléfono y suspiré contra la almohada, pensando en lo irónico de que hubiera acabado en la misma casa con otra chica que decía estar perdida. Una chica a la que había prometido cuidar cuando parecía incapaz de hacerlo conmigo mismo. Y es que mi mundo se desmoronaba.

Los siguientes minutos los gasté en mirar al techo y recordar lo que había hecho la noche anterior y el motivo por el que había acabado desnudo en un salón que no era el mío.

Pau me había llamado para jugar una partida de póker que organizaba nuestro amigo Cooper en su bar y había acabado confesándole entre cervezas que las cosas con Iris seguían torciéndose. No había podido evitarlo.

Tras sus ya consabidos sermones, habíamos acabado tomando copas hasta las tantas. Al llegar a casa me había desnudado sin ser muy consciente de lo que hacía, había encendido el iPod y me había echado a llorar al escuchar que estaba activada una de las listas de reproducción coñazo de Iris. Una que guardaba canciones de desamor que harían desear suicidarse al más duro. Y

yo no era precisamente uno de ellos.

Poco después había caído inconsciente como consecuencia de mis niveles de alcohol, tristeza y rencor en sangre.

Estaba jodido.

Y así me había encontrado esa chica, Jimena, dormido y hecho polvo en pelota picada en una casa que no era la mía.

Mi vida seguía siendo un maldito desastre.

Jimena

Aquel primer día no salí de mi cuarto más que para ir al servicio. Escuché a Bruno trastear por la casa de vez en cuando, pero fui incapaz de enfrentarme a su inesperada compañía. Estaba tan centrada en empezar con buen pie que no quería que nada pudiera estropear mis primeros momentos en la ciudad, incluido él.

Llamé a mamá para decirle que estaba bien y que ya me había asentado. Ventilé la habitación, deshice las maletas, ordenando el armario por tipos de prendas y colores, esparcí todos mis complementos en la cómoda de cajones que había bajo la ventana, hice la cama, sin poder dejar de pensar en que Bruno había estado durmiendo allí, y malcomí un sándwich que llevaba en la mochila y una manzana.

Sobre las diez, me acosté con la intención de leer un poco.

Dos segundos después, me levanté de un salto, perfumé el dormitorio con mi colonia y conseguí respirar algo más tranquila, escondiendo así los restos de que otra persona que no conocía había estado alojada allí mismo hasta solo unas horas antes.

El teléfono sonó al poco rato.

—Lau...

—¡Nena! ¿Qué tal? ¡Todavía no me puedo creer que te hayas marchado! ¡Y nada menos que a convertirte en una ejecutiva de éxito abandonándome a mí por el camino!

Miré mi pijama lleno de bolas y sonreí. Creo que querer a alguien hace que lo sobrevalores hasta la locura, porque yo seguía muy lejos de parecer una mujer profesional con alguna idea sobre la vida.

—Lo sé. Yo tampoco.

Laura era mi amiga desde la primaria. Mi única amiga de verdad, siendo sincera. Tenía conocidos, colegas y personas con las que me relacionaba a menudo, pero ella era la única en la que confiaba al cien por cien, además de Adri. Y es que... no era una persona demasiado sociable. No me costaba entablar conversación, pero tendía a reservarme, a contenerme, a no dejarme ser del todo; ellos dos eran los únicos, junto con mi madre y mi abuela, que me conocían de verdad.

Por otra parte, me gustaba estar sola. Durante mi infancia, los libros y las agujas habían sido mis mejores amigos a partes iguales, y no me avergonzaba

por ello. Además, siempre había sido así por voluntad propia, lo cual no significaba que alguna vez me hubiera sentido sola.

—¿Hasta cuándo estás sin tu primo en el piso? Debería ir a verte y hacer una fiesta de bienvenida contigo. Eres tan pava que seguro que te encierras en la casa a cultivar telarañas en vez de calzarte los tacones y comerte la ciudad.

Sonreí, porque me conocía demasiado bien y evité decirle que de hecho no había salido de mi habitación en todo el día, pero después recordé la presencia de Bruno al otro lado del pasillo y suspiré hondo.

—En realidad... no estoy sola. Un amigo de Adri está pasando unos días aquí.

—¿Un amigo? ¿Cómo es? ¿Tiene novia? ¿Novio? ¿Trabajo estable? ¿Cara de golfo? ¿Un chalet en la sierra? ¿Quieres hablarme?

—Si me dejaras...

—Desembucha, Jimena —exclamó, autoritaria—. No me hagas mandarte un guantazo telefónico.

—Su novia lo ha echado de casa. No sé más.

—¿Nada más?

—No. Bueno...

—¿Bueno qué?

—Estaba desnudo.

—¿Cómo?

—Cuando he llegado. Estaba sentado desnudo en el sofá, Lau.

La imagen del cuerpo de Bruno volvió a mi cabeza con fuerza, con demasiada claridad como para ser capaz de dibujarlo a la perfección si se me hubiese dado bien alguna vez en la vida eso del dibujo.

Tragué saliva hasta hacerme daño.

—¡Venga ya! ¿No estás de coña? ¿Y era un desnudo en plan: «por tu madre, échame ácido en los ojos», o en plan: «por tu madre, échame tu ácido en otros agujeros»?

Sus carcajadas retumbaron en mis oídos.

—¿Para qué te lo habré contado?

Adoraba a Laura, pero desde que había salido definitivamente del mundo de la soltería y vivía feliz con Íñigo, su principal meta en la vida había sido intentar encontrarme una pareja a mí, a pesar de que sabía de sobra que en ese sentido yo no era como ella, que a mí el compromiso a largo plazo no me atraía, que no creía más que en el matrimonio como un contrato y que más allá del sexo nunca había encontrado nada.

Silencios incómodos, quizá. Problemas que acababan en decepción, también. Ese tipo de cosas que siempre traían las relaciones y que yo no deseaba tener que experimentar nunca más.

Ella, en cambio, creía en el amor por encima de cualquier otra cosa y estornudaba confeti cada vez que pronunciaba el nombre de su marido. Ah, porque sí, se habían casado ese mismo verano. Eran el claro ejemplo ñoño de las comedias románticas americanas; hasta se terminaban las frases el uno al otro y conjuntaban su ropa en los eventos.

No los soportaba, pero adorarlos hacía que me viese obligada a hacerlo.

—¡Vamos, Jimena! Dime que te dio la bienvenida que mereces.

—Algo así.

Y me tapé los ojos con una mano al pensar en su entropiada.

—Eso ya me gusta más. ¿Está bueno?

—Podría ser.

—Me estás tocando la moral. Voy a llamar a tu primo para que me mande una foto del nudista ipso facto.

—¿Y por qué iba a tener mi primo fotos de Bruno desnudo? —pregunté, extrañada.

—No fotos de su cosita, sino que quiero ponerle cara, pánfila. Así que Bruno, ¿eh? —Sentí su sonrisa añorada al otro lado del teléfono—. Me gusta. *Jimena y Bruuuuno se besan en un portaaaal...*

Comenzó a cantar horrorosamente mal canciones de esas que aprendimos en la escuela y con las que martirizábamos a cualquiera que hiciera ojitos a otra persona.

—Lau, por favor. Déjalo. Esto solo es un contratiempo. Se irá en nada. O eso espero. Además, tiene novia.

—¿No lo ha echado de casa?

—Sí, pero...

—Entonces no hay pero que valga. Se ha deshecho de él, tienes todo el derecho a disfrutar de su compañía.

—Por una vez, deja tus habilidades de casamentera, ¿quieres? No estoy de humor.

Fui brusca, pero es que aquello me agotaba. Ella cambió el tono de voz también y supe que ya no sonreía, sino que seguramente estaría sacudiendo la cabeza con resignación, como siempre hacía cuando mi carácter de mierda la decepcionaba, que no era pocas veces.

—Vale, pero prométeme que, ahora que has empezado una nueva etapa, vas

a soltarte un poco. Solo te pido eso.

—Lo intentaré.

Y ambas supimos antes de colgar que yo no había sido sincera.

Al día siguiente, me levanté temprano.

Tenía intención de, después de pasar por un supermercado para llenar la nevera, acercarme hasta las oficinas de C&H y poner en práctica mis dotes de espía, como un método de preparación para lo que estaba por venir, y tenerlo todo perfectamente calculado y planificado cuando llegase el día de incorporarme a mi puesto.

Me di una ducha rápida, me puse unos vaqueros estilo *boyfriend*, un sencillo jersey de punto blanco y unas deportivas con plataforma del mismo color para andar cómoda, y entré en el baño a terminar de arreglarme antes de salir a comerme las calles.

Cuando estaba lavándome los dientes, la puerta se abrió y me encontré con un Bruno adormilado y con los pelos enredados como un salvaje. Parecía que una manada de leones se hubiera peleado por un trozo de comida en su cabeza. Estaba en calzoncillos, solo en calzoncillos, y no eran de esos bóxeres apretaditos que a mí me gustaban, no, sino que eran unos sueltos de tela como los que me imaginaba que llevaban todos los padres del mundo. De esos de cuadritos con dos botones; ya sabes a cuáles me refiero, ¿verdad?

Se situó a mi izquierda frente al espejo, ignorando mi expresión de alucine y de estupor a partes iguales al observar el diseño de su ropa interior, antes de sonreírme de medio lado y abrir el grifo para lavarse la cara. Yo ni pestañeé, quizá por miedo a que, si lo hacía, esa visión desapareciera, no lo sé. El caso es que de repente me cabreeé, más por lo estúpida que parecía cada vez que lo tenía delante que por la situación en sí, escupí la pasta y me encaré con él.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¿No has visto que estaba ocupado?

—La puerta estaba abierta.

—No estaba abierta, solo que no hay pestillo.

—Quizá deberías hacer un cartel —dijo, burlándose de mí.

—¿Pero tú de qué vas? ¿No ves que estoy arreglándome?

Levantó el rostro somnoliento y suspiré.

Así, tan de cerca, era bastante guapo.

—Venga, Jimena. Soy incapaz de enfocar la vista si no me lavo la cara; mucho menos de discutir. Aunque dejo que me grites mientras tanto, si quieres. Prometo no mear hasta que termines.

Abrí la boca estupefacta, pero me costó encontrar las palabras.

—¡Faltaría más! —Entonces alzó la mano hasta mi cara y, con un dedo, me rozó la comisura de los labios en un gesto rápido, pero demasiado íntimo para dos personas que no se conocían de nada. Además, odiaba que me tocaran—. ¿Qué...? ¿Qué cojones haces?

—Tenías pasta aquí.

Me mostró su dedo manchado de dentífrico y después se lo llevó a la boca. Aquello me pareció repugnante y mi cara desencajada se lo confirmó.

—Oh, ¿¿por qué has hecho eso??

No contestó. Solo se metió su cepillo en la boca a mi lado y me quedó mirándolo como una imbécil de nuevo, intentando comprender por qué había tíos como Bruno en el mundo, gente tan despreocupada, con esa apariencia de pasota, de no tener responsabilidades, ni nada que se le pareciera. Como si todo fuese sencillo. Y, por encima de eso, intentando encontrar un motivo que me hiciera merecer tener la mala suerte de encontrarme compartiendo techo con alguien como él.

Cuando terminó de enjuagarse, me miró arqueando una ceja y se dirigió al váter. Tardé dos segundos en reaccionar antes de soltar una maldición y salir huyendo de allí a tiempo de no verlo haciendo sus necesidades. Porque no lo conocía, pero sus actos hasta el momento me decían que sí, que sería capaz de mear como si nada delante de mí y yo no estaba dispuesta a presenciar aquello.

—¡Bruno, joder!

Su risa fue lo último que escuché antes de salir de casa.

El día estaba soleado, aunque una ligera brisa otoñal hacía que la cazadora no sobrara. Barcelona se desperezaba a mi alrededor y yo un poco con ella. Fui soltando la tensión según caminaba y a sentirme un poco menos a la defensiva y más yo.

Hice una pequeña compra básica para sobrevivir los primeros días y, tras unas cuantas paradas de metro, me acerqué paseando a la calle donde se encontraba el edificio de oficinas de C&H. Era alto, con grandes cristaleras y con un montón de gente entrando y saliendo a un ritmo vertiginoso.

Me senté en un banco en la acera de enfrente y me bebí a sorbitos un café solo que había comprado para llevar, mientras observaba el ritmo de la ciudad y asumía que, en unos días, una de esas personitas que andaban corriendo atolondradas en su hora del almuerzo buscando un sitio donde picar algo iba a

ser yo. Bueno, yo no, porque yo era de las que llevaban su propia comida a todas partes.

«Somos lo que comemos» era una de tantas premisas que gobernaban mi vida hacía tiempo.

La idea me fascinaba, aunque también me asfixiaba, porque seguía sintiéndome una niña perdida que aún no estaba preparada para dar el salto a la madurez que suponía empezar en un cargo de determinada responsabilidad.

No es que no confiara en mis capacidades, ya que me había preparado para ello y sabía que mi vena perfeccionista y exigente me iba a hacer luchar hasta demostrarle al mundo que era capaz de hacerlo mejor de lo que cualquiera pudiera esperar.

Sin duda, no se trataba de eso.

Era el miedo a la decepción. A decepcionar a mamá, a la abuela, a Adri. De decepcionarme a mí por no ser aquella decisión la esperada, por no conseguir mis objetivos, por no encontrarme allí tampoco.

Volví cerca de las dos. La casa estaba vacía, aunque los restos de un bocadillo a medio hacer me dijeron que Bruno había pasado por allí. Tuve que hacer serios esfuerzos para no recoger hasta la última miga.

Entré en mi dormitorio y me descalcé. Saqué un pantalón viejo azul marino de algodón y me lo puse para estar cómoda, ya que no tenía que hacer nada más en todo el día que dedicarlo a comerme la cabeza con un trabajo que aún no tenía muy claro en qué consistía y en leer, si era capaz de desconectar un rato. Lo acompañé con una camiseta lisa y salí de la habitación en el mismo momento en que Bruno entraba por la puerta con algunas bolsas de la compra. Me giré y aligeré el paso hacia la cocina, disimulando que me incomodaba su presencia como lo hacía.

Ni siquiera lo miré cuando su voz risueña rompió el silencio.

—¡Hola! ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien.

Metí la cabeza en la nevera buscando algo rápido que no supusiese tener que cocinar para pasar el menor tiempo posible a su lado, pero sentí un leve toque en el brazo y me di la vuelta con brusquedad. Entonces me encontré con el rostro de Bruno sonriendo y mostrándome el contenido de una bolsa de tela. Con sus ojos verdes hablándome antes de que lo hiciera él. Y me sentí estúpida por haber pensado que había sido él el que me había tocado, cuando solo había sido el roce de una de las bolsas.

—¿Quieres que comamos juntos? He comprado algo de verdura. Pensaba hacerla a la plancha.

—No, gracias. —Mi tripa rugió antes de que terminara de expresarle mi negación y sacudió la cabeza, haciendo mover sus mechones de pelo.

—Venga, Jimena. Vamos a pasar unos días juntos. ¿No es más agradable llevarnos bien?

Colocó una tabla de madera y, cogiendo un cuchillo enorme, comenzó a cortar un calabacín haciendo unos trozos irregulares y espantosos.

—No lo tengo muy claro.

—Qué graciosa. —Sonrió, como si mis palabras hubieran sido un intento de chiste y no un pensamiento real—. ¿Sabes? Me he acercado hasta el mercado de este barrio, nunca había estado porque yo vivo a una media hora andando de aquí. Deberías ir un día. Tienen una máquina de esas de zumos que...

Él hablaba sin cesar, mientras yo no podía retirar la mirada de lo que estaba haciendo. En lo mal que se le daba cortar un simple calabacín. En la manera tan despreocupada de bajar el cuchillo mientras miraba a todas partes menos a sus dedos. Dios... era un desastre, y yo también, era verdad, pero en su caso parecía estar cómodo siéndolo y no lo comprendía. Me cabreaba enormemente, cuando yo vivía en una guerrilla constante conmigo misma para intentar mantener un cierto orden en mi vida.

—Vas a cortarte.

—¿Qué?

—Un dedo. Vas a cortarte.

Le señalé su mano, mientras yo me pellizcaba el carrillo por dentro para evitar morderme una uña; él me ignoró y siguió haciendo malabarismos con el cuchillo.

—¿Por qué eres tan desconfiada? Comer solo es un asco, ¡ánimate! —me dijo, dándome con el puño en el hombro—. Cocino yo. Prometo hacerlo vestido. —Y alzó las cejas un par de veces con picardía.

Y no sé qué fue, si que temía de verdad que acabase amputándose un dedo y llenando todo el piso de sangre, si que en realidad pensé que me vendría bien no sentirme tan sola cuando acababa de llegar allí y no contaba con el apoyo de nadie, o que su última apreciación me hizo gracia y consiguió que se disipase esa tensión que siempre me acompañaba cuando estaba él delante. No sé qué fue, pero acepté.

—Vale.

Tuve que ocultar una sonrisa al darme cuenta de que era la primera vez que lo veía vestido, lo cual era surrealista. Llevaba un pantalón corto beige atado con una especie de cinturón que en realidad era una cuerda fina de yute y un polo azul marino con pequeños dibujos de bicicletas. En los pies, unas alpargatas dobladas por la parte del talón. Después de haberlo visto solo desnudo, lo cual me hacía tragar saliva al recordar aquel momento, me di cuenta de que verlo vestido cambiaba ligeramente la impresión que me había llevado de él.

Las personas nos forjamos primeras impresiones con una facilidad pasmosa y yo había creído que Bruno caminaría en bañador por la vida, con collares hechos con trozos de coco y liándose cigarrillos que sujetaría detrás de sus orejas. Y no. Tampoco parecía salido de un catálogo de moda y sí recién llegado de vacaciones... pero aquellas prendas tenían cierta personalidad. Algo que decían que él sabía lo que llevaba puesto y lo hacía suyo.

Envidiaba a las personas capaces de eso, de ser moda en sí mismas, pese a que no siguieran ninguna de un modo consciente.

Me ofrecí a cortar yo las verduras, después de ser testigo de cómo casi se rebana un dedo, y él aceptó. Se colocó a mi lado y preparó la plancha, untando la superficie de aceite de oliva con una brocha, mientras hablábamos como si fuéramos dos personas que se acaban de conocer en una cita a ciegas. Lo curioso de todo era que nosotros compartíamos techo y nunca antes habíamos mantenido una conversación; al menos una normal.

—Adri me ha dicho que estás becada.

—Sí.

Seguí a lo mío, porque no me sentía cómoda ni me apetecía lo más mínimo simular ser una persona amigable con él. Bueno, porque no lo era. Estaba a la defensiva sin poder evitarlo, pero es que era mi modo. Yo funcionaba así.

Hasta que él me miró fijamente y me preguntó, intentando alargar la conversación, a pesar de mi clara reticencia.

—¿Y eso?

Suspiré.

—Estudí un curso de Comunicación, Estilismo e Imagen de Moda y, gracias a un concurso en el que Adrián me inscribió, he conseguido un puesto en una revista.

—¿Artículos superficiales y frívolos? ¿De esos de «dime cómo vistes en una primera cita y te diré el tipo de mujer que eres en la cama?» —preguntó

divertido, pero sin esconder que lo pensaba de verdad de aquellos puestos o de aquel tipo de publicaciones.

—No. Bueno, eso espero. —Dudé seriamente y él se rio, así que opté por ser sincera; era mejor eso a parecer imbécil por no saber qué contrato estaba a punto de firmar—. Aún no tengo muy claro qué es lo que voy a hacer con exactitud. La verdad es que... nunca pensé acabar en un sitio así, no creo que pinte nada, pero el caso es que es una oportunidad.

No me sentí cómoda ni segura al exponerle tan claramente mis dudas, esas que me acompañaban desde hacía tiempo por no saber de verdad qué era lo que quería.

No era habitual encontrarse a personas en aquel mundillo cargando con esa incertidumbre sobre sus hombros; al menos no de cara a la galería. Me había acostumbrado a verme rodeada por compañeros de estudio cuya vocación destilaba tal pasión que asustaba, así que yo había aprendido a fingirla también y a defenderla con ahínco, aunque por dentro siguiera con la sensación de que aquel sitio no me correspondía.

¿Por qué había estudiado aquello entonces? Porque había pensado de la forma más práctica posible.

«¿Qué se me da bien? Escribir. Leer. Aconsejar sobre moda a los demás».

Cosas muy básicas por las que siempre había escuchado que me alababan, así que me había planteado mi futuro profesional como un análisis realizado a mí misma, donde esas supuestas virtudes que tenía, más el porcentaje de salidas profesionales que me auguraban estudiando aquello, me habían hecho decidirme con ilusión por ese curso y no por otros.

—Por supuesto que lo es —asintió; yo levanté la vista y su expresión me dijo que, a pesar de que no parecía gustarle mucho ese mundo, lo decía en serio—. Estaba de broma. Y seguro que encuentras tu lugar.

Una de las razones por las que me gusta el mundo de la comunicación es porque esta se esconde detrás de un montón de actitudes y no solo en las palabras. Porque las miradas, los gestos, los movimientos, incluso los suspiros que deja escapar una persona, pueden concedernos mucha más información sobre ella que una ponencia.

La moda funciona igual.

En ese instante, mientras Bruno y yo nos mirábamos, supe que estaba ocurriendo, que Bruno era de la clase de personas que más me incomodaban, porque eran capaces de expresar de más con un simple movimiento de ojos.

Decidí cortar aquel silencio cargado y centrar la conversación en él.

—¿Tú trabajas? —Su sonrisa fue inmensa.

—Soy fotógrafo. —Alcé las cejas, impresionada, aunque, sin saber muy bien debido a qué, me resultó fácil imaginármelo con una cámara colgada al cuello—. Tengo un estudio en el Raval. Es un agujero.

Se encogió de hombros, quitándole importancia a ese hecho, pero supe que aquello lo hacía sentirse orgulloso; que, sin duda, amaba lo que hacía.

Lo envidié.

—¿Horario comercial? —pregunté, intentando adivinar cuánto tiempo estaría fuera de casa y, por lo tanto, lejos de mi vista.

—No. Solo abro bajo cita concertada por internet o por teléfono. En realidad me gano el sueldo trabajando de noche en discotecas fotografiando borrachos, en eventos tipo bodas haciendo lo mismo o en graduaciones escolares. ¿A que no adivinas haciendo qué?

—¿Fotografiando al futuro del país? —le devolví la pregunta, cargada de sarcasmo.

—¡No! —Y sacudió la cabeza decepcionado por mi respuesta—. No tienes pinta de ingenua, Jimena. Fotografiando el antes de la primera borrachera de sus vidas.

—Muy serio todo... —solté, sin poder evitar dejarle claro lo inmaduro que me parecía su modo de resumir su trabajo.

Había pasado de resultarme interesante a un niño.

—Es lo que me mantiene, aunque de vez en cuando me sale algún trabajo más... estimulante.

Lo observé sacar un bote de aceitunas y volcarlas en un platillo. Intenté contenerme, pero la palabra «estimulante» me estaba provocando una tirantez en las tripas insoportable. Necesitaba saberlo, por mucho que me doliese preguntarlo, ya que el brillo de sus ojos me decía que él estaba deseando que lo hiciese.

—¿A qué te refieres con... «estimulante»?

—Algún reportaje para alguna revista interesante con la que trabajo de forma puntual, para un blog de viajes o un *book* para una futura modelo. —Me guiñó un ojo con picardía y yo puse los míos en blanco, conteniéndome para no lanzarle una aceituna y dejarlo ciego—. Cosas así.

Se metió él una en la boca y me miró con chulería.

Me di cuenta de que, aunque no había atinado del todo en lo referido a su estilo de vestir, mi primera impresión sí que había sido acertada en lo demás, porque notaba un coqueteo por su parte que no me gustaba. Y no hablo de que

estuviera mostrando interés por mí tonteando conmigo, sino que era su forma natural. El típico tío que habla y suelta tonterías sin pensar en lo que sus gestos, su tono o sus palabras pueden afectar al otro.

O peor aún, sabiéndolo.

Bruno era el típico guaperas con labia que atontaba a jovencitas solo con soltar cuatro chascarrillos y dos piropos. La clase de tío que yo más aborrecía.

Fruncí el ceño y decidí centrarme en un tema más serio, mientras ponía la mesa.

—¿Has expuesto alguna vez? —Y no me pasó por alto que su expresión se ensombreció.

—Una. Hace unos años.

—Vaya. Suena interesante.

—Lo fue.

Intenté imaginármelo como el protagonista de una exposición. Con un traje azul y camisa blanca. Después lo sustituí por unos vaqueros gastados y una americana de cuadros *tweed* con coderas, porque lo del traje no lo veía en él. Al final le planté en mi cabeza unas bermudas de flores y una camisa de lino.

Me lo imaginé saludando a los visitantes con una sonrisa, del brazo de una de esas modelos de sus *books*, una que no pasaría de los veinte, y bebiendo vino mientras explicaba el mensaje de una de las fotografías y se escondía gusanitos en el pelo.

Suspiré resignada.

¿Qué fotografiaría Bruno? ¿Bodegones? ¿Paisajes urbanos? ¿Desnudos? ¿Sería bueno en su trabajo? ¿Haría sentirse a sus modelos cómodas o todo lo contrario?

Mil cuestiones pasaron por mi mente, llenándola de dudas que no pregunté, porque yo no hacía eso, porque Bruno no me importaba y ya bastante me había sobrepasado preguntándole si exponía su trabajo.

Cenamos en silencio.

No, no fue exactamente así. Yo cené en silencio, mientras Bruno me relataba lo divertido que a veces resultaba trabajar de noche, porque, aunque como fotógrafo no era nada estimulante, siempre le regalaba anécdotas divertidas.

Yo asentía a sus palabras, pero no prestaba mucha atención a las cosas que me decía, porque mi cerebro estaba centrado en analizar la situación.

Hacía eso todo el tiempo cuando algo no me gustaba, me incomodaba o se escapaba a mi control. Observar lo que me rodeaba, estudiar todo lo que formaba parte de ello y memorizar los pormenores para adaptarme cuanto antes. No lo consideraba una virtud precisamente, pero no podía evitarlo, era parte de mí. Y Bruno había sido un bache en el camino que no esperaba.

Pensé en que Adrián se iba a llevar una bronca de campeonato por no haber compartido conmigo ese contratiempo, pese a que mi parte menos egoísta asumía que no la merecía, ya que, al fin y al cabo, era su piso y yo ni siquiera le iba a pagar de momento por vivir en él.

¿Le pagaría Bruno? ¿Y a qué se había referido Adri al decirme que le debía una?

Se me escapaban tantas cuestiones que la inquietud asentada en mi estómago seguía creciendo.

En un momento dado se calló y noté sus ojos puestos en mí. Me metí un trozo de berenjena en la boca y le sonreí levemente, aunque nunca se me ha dado demasiado bien hacerlo de modo fingido y supe en el acto que él lo había notado.

Era bueno captando los detalles.

—Está muy rico.

—Gracias.

Me miraba serio, sin pestañear, analizándome.

—De verdad. La pimienta le da un toque que nunca había probado — escupí, descolocada por la tensión repentina.

—Mi madre siempre las prepara así.

—Un acierto.

Sus ojos se deslizaron por mi cara hasta llegar a mis labios.

No. No exactamente. Más bien al espacio entre la nariz y el labio. Un trozo de piel en mi cuerpo al que nunca le había prestado especial atención.

—Tienes tomate ahí —susurró.

—¿Dónde?

—En el labio.

Levanté la servilleta de mi regazo y me la pasé con exagerada rapidez.

No entendía qué estaba pasando. Cada vez me sentía más incómoda y no lo comprendía. ¿Tensión sexual? Podría haberse llamado así de no ser porque me resultaba desagradable en vez de una sensación placentera.

Era... no lo sé, era otra cosa.

—Gracias.

—No. Espera.

Entonces él se incorporó y me quitó la servilleta.

—Oh. Vale.

—Déjame.

Lo lógico hubiese sido que cogiera mi servilleta y la usara él mismo, pero, en cambio, lo que hizo fue levantar un dedo y pasarlo por esa zona. Percibí su yema áspera sobre mi piel, rozándola apenas dos segundos, pero sin duda presionando más de lo necesario.

Después, sentí algo extraño. Fue como si me estrujaran las tripas. Fuerte y sin el menor cuidado.

No era que Bruno me atrajera, porque no era una mojigata en cuanto al sexo y desde el primer instante yo ya había estudiado esa posibilidad de manera fría y práctica, como me había obligado a hacerlo todo en relación al sexo opuesto, llegando a la conclusión de que Bruno me excitaba, porque era guapo, atractivo y ya lo había visto desnudo, por lo que conocía ciertos aspectos de su anatomía que me llamaban poderosamente la atención.

Sin embargo, lo que me pellizcó por dentro fue otra certeza. Una que me decía que Bruno tenía todo eso que yo tanto me esforzaba por esconder, por controlar, por contener. Esa naturalidad, ese ser... sin más, esa libertad que transmitía enseguida.

Todo de lo que yo huía espantada.

Después se acercó la mano a su boca, dejándola abierta unos segundos antes de acercar su dedo manchado por mi tomate y limpiarlo con la lengua; con una sonrisa pícaro, tonteando como un quinceañero que quiere dejar fuera de juego a una chica. Igual que había hecho esa misma mañana con la pasta de dientes. Con la misma actitud chulesca que había adoptado desde el principio y que me hacía tensar la mandíbula.

—¿Por qué siempre tienes que hacer eso? Es asqueroso.

Me metí otro trozo en la boca; ni siquiera me di cuenta de que era pimiento, con lo que lo odiaba, y tragué a regañadientes, intentando rehuir su mirada, que se había transformado de una atrevida y divertida a otra mucho más seria, más cauta.

—No te gusta el pimiento.

—El rojo, no —confesé, porque mi cara había sido demasiado expresiva como para que no se diese cuenta.

—¿Y por qué te lo comes?

—Porque es bueno. Tiene vitamina A, C, B6 y magnesio. —Mi respuesta

hizo que me mirase extrañado.

—¿Tienes planes para esta noche, Jimena? —preguntó, modulando la voz hasta sonar incitante y juguetona.

Me puse nerviosa. Más aún. Había sido tan directo que ya no dudaba de si aquello era una simple proposición como la que le haría a un amigo o si implicaba algo más.

No era tonta ni era de las que se lo hacían, pero tampoco estaba acostumbrada a la gente así; ni siquiera tenía claro que esa actitud me gustara. No, definitivamente no me gustaba, porque me incomodaba y me descolocaba, y Bruno me había dado esa impresión desde el primer momento, la de ser una persona tal cual se mostraba, transparente, sencilla, directa.

Todo lo que quizá yo no era.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Ya sabes por qué lo digo. —Chasquéé la lengua, molesta por su arrogancia expuesta—. Hoy trabajo de madrugada en un par de pubs. ¿Te apetece acompañarme? Puedes verme trabajar, tomarte una copa, tomarte después una conmigo. Bailar. Lo que nos apetezca.

—Bruno, yo... No quiero ir contigo.

O quizá sí lo fuera; al menos lo de directa, aunque con mi voz resultaba más una borde de mierda que cualquier otra cosa.

Me puse a descolocar las verduras que aún quedaban en mi plato. Creo que si Bruno no hubiera decidido sonreírme como si no hubiera pasado nada para evitarme el mal trago que estaba pasando, hubiera acabado pintando un cuadro con un trozo de tomate y dos tiras de berenjena.

—Entendido, no importa —aceptó, simulando que se clavaba un puñal en el corazón.

Se levantó y salió de allí después de colocar sus cubiertos en el fregadero. Tuve que morderme la lengua para no echarle en cara que lo dejara ahí hasta que yo lo lavase. En otras circunstancias se lo hubiera dicho, pero necesitaba más aún que me dejase sola.

Estaba claro que no se me daban muy bien las relaciones sociales.

Decidí fregar los cacharros con tal de no pensar; también porque era incapaz de verlos sucios sin gritar. Odiaba el desorden y la psicótica de mi interior no podría respirar tranquila hasta verlos en su sitio, limpios y relucientes.

Cuando estaba terminando de secar el último vaso, Bruno entró y me ofreció una pequeña bolsa con algo dentro.

—Ah, por cierto. Esto es para ti.

—¿Qué...? —pregunté asombrada, mientras me secaba bien las manos antes de cogerla por el asa con dos dedos, evitando tocar los suyos.

—Por tu sombrero. He pensado que, después de aquel desafortunado incidente, te merecías tú también mi ofrenda de paz. Así que ahí lo tienes. Mi regalo de bienvenida. Lo vi y pensé en ti. No me preguntes por qué. —Lo saqué y me encontré con un gorro de lana en color mostaza, con dos orejas pequeñas en su punta, como si fueran de gato. Era precioso; un gorro que yo me hubiera comprado de haberlo visto primero—. Yo es que soy más de gorros. El ala ancha no me favorece.

Me guiñó un ojo con coquetería y desapareció. Yo me quedé ahí, observando el gorro, un poco alucinada por que él lo hubiera comprado para mí y otro poco por la risa que tuve que contener al imaginármelo con mi sombrero mostaza caminando alegremente por la calle.

Cuando, minutos después, oí su voz gritándome en la puerta antes de salir por ella, sonreí.

—¡Ah! ¡Y gracias por fregar, Jimena! ¡Mañana me toca a mí, prometido!

No lo creí; Bruno no tenía pinta de ser un buen amo de casa, pero sonreí de todas las maneras, porque quizá aquello no saliera tan mal como yo había presagiado. Solo era cuestión de adaptarme a la situación hasta que Adri regresara y todo se quedara en una simple anécdota.

Bruno

Decir que Jimena no me gustó desde el primer momento en que la vi sería faltar a la verdad. Porque me gustó; mucho. De un modo físico que me hizo imaginarme follándomela contra la pared de la cocina desde el primer instante.

Tenía esos detalles que me hacían girarme por la calle al ver una mujer. El pelo moreno, largo. Los ojos grandes, que gritaban cosas constantemente sin ella ser consciente. La boca... joder, la boca. Los tíos somos así y, cuando vemos una boca que nos gusta, lo primero que pensamos es en tenerla en nuestra polla. Es simple; no hay más. O sí que lo hay, pero no lo hubo en aquel momento, no voy a dármelas de nada.

Su piel era morena, tersa. Y era pequeña, perfecta para agarrarla de todas las formas posibles y llevártela a donde hiciera falta.

Pues sí, Jimena tenía todas esas cosas que me atraían de las chicas. Y eso que ni siquiera había podido fijarme mucho en su cuerpo, detrás de la mesa de la cocina, sentada con aquel pantalón de chándal que le quedaba grande y una camiseta que apenas dejaba intuir sus curvas, que parecían pocas, pero lo suficientemente bien puestas para volverme loco.

Y era guapa. Jodidamente guapa.

Había querido comer con ella como un intento de ser civilizado y de conocernos un poco, teniendo en cuenta la situación improvisada que ambos estábamos compartiendo. Eso y que el despiste de Adrián me había caído del cielo, regalándome una estampa con la que divertirme y no pensar demasiado en lo que cargaba a mis espaldas. Una manera de desconectar, de dejarme llevar y reencontrarme con el Bruno de siempre, ese que se perdió un día y que tanto echaba de menos.

El paréntesis en la vida que todos de vez en cuando necesitamos.

¿Y qué me había encontrado? Pues una niña borde y contestona. Un rostro frío y, en apariencia, inexpresivo. Un muro de hormigón. Un jodido bloque de hielo.

Y... Dios... cómo me ponía a mí eso. Como una moto. Llevaba cachondo desde que me había empezado a observar como si yo fuera un animal de laboratorio que ella tuviera que estudiar a fondo, con el ceño fruncido y el cuerpo tenso, preparada para el ataque.

Si es que no aprendía...

La había invitado a acompañarme al trabajo con ganas de acabar empotrándola en algún rincón después de unas copas y comerle la boca, pero me había salido mal la jugada. Las hormonas, que a veces nos hacen desactivar el cerebro y pensar con otras partes del cuerpo.

Al salir de casa, coger la bicicleta que escondía bajo el hueco de la escalera en el portal y dirigirme pedaleando al estudio, me había dicho a mí mismo que era lo mejor que podía haber pasado, porque no sabía en qué momento y lugar tirarme a la prima de Adri, al segundo día de ella mudarse a Barcelona y yo de haber cenado en casa con la intención de hacer méritos por los que poder regresar, hubiera sido una buena idea.

De hecho, como idea era pésima, pero ya se sabe lo que se dice... que cuando el mástil ordena no manda marinero. ¿He dicho «mástil»? Bueno, capitán, patrón o lo que sea, pero lo que rige el barco, y por entonces me dejaba bastante llevar por lo que me pedía el cuerpo, la vida o lo que se terciara. El carpe diem y esas memeces.

Y así me iba, claro; Iris me lo echaba en cara constantemente tachándome de inmaduro emocional y de muchas otras cosas que no me gusta demasiado recordar.

Iris... Pensaba en ella y me destemplaba. En sus ojos azules acusadores, abrasadores; pero no por pasión contenida ni nada de eso que hace que los ojos cálidos sean apetecibles, sino llenos de ira, de desprecio, de cosas que no tienen nada que ver con el amor que juraba sentir.

Tenía que llamarla, pero no me atrevía. Era un cobarde.

No, no era cobardía, era desidia, una pereza inmensa solo de pensar en que tenía que enfrentarme a ella y a sus reproches.

Me dio igual, porque con Iris siempre era lo mismo y algo mucho más grande que tiraba de dentro de mí me obligó a hacerlo en cuanto puse un pie en mi estudio.

—Eh, soy yo —dije, con voz suave.

—Ya sé que eres tú, Bruno. —La suya fue afilada y dura.

Me costaba reconocerla como la misma que en algún momento de aquellos años me había dicho que me amaba y yo lo había creído.

—Ya... yo... Hoy trabajo de noche, pero mañana libre. ¿Te apetece que me pase por allí?

El silencio duró unos segundos. Tragué saliva, porque lo cierto es que, en aquel momento, no había nada que me apeteciera más que estar en esa casa. Tenía tantas ganas que me dolían.

—¿Para qué?

—Para hablar, Iris, joder, para hablar —contesté, más pesaroso que irritado, pero la mezcla de ambas cosas sé que no le agradó; me obligué a dulcificar el tono—. Vernos. Charlar un poco. Cenar tranquilos. Quizá una peli... Estoy dispuesto a ver *Love Actually* otra vez sin quejarme. Por favor...

—Lo pensaré.

—Eso ya me vale. —Mi voz se tiñó de una esperanza que no pude esconder.

Y es que... qué mal se me ha dado siempre eso de ocultar las cosas.

—No es un sí, Bruno.

Me mordí el labio y apreté el teléfono con fuerza para evitar cruzar el límite de nuevo y hacerle más daño. Hacémoslo a ambos.

—Ya lo sé. Contigo nunca lo es.

Me colgó el teléfono y suspiré, apoyando la cabeza en la pared y cerrando los ojos.

Qué difícil era todo con ella de un tiempo a esta parte.

Cuando la impotencia me llevaba al límite y la rabia comenzaba a llenarme por dentro de un modo que me asustaba, cerraba los ojos y recordaba a esa Iris que había conocido nueve años atrás en una fiesta. A esa chica de pelo oscuro y mirada azul que bailaba como loca con sus amigas y que en cuanto me vio comenzó a insinuarse; poco sutilmente, todo hay que decirlo, pero ella era así, y yo también, y por eso todo había sido tan bestial, tan arrasador, tan devastador.

—¿Cuánto tiempo tengo que seguir bailando así para que me saques de aquí y me lleves a algún lado donde estemos solos?

—El suficiente para que dejen de apretarme los pantalones y pueda caminar sin correrme.

Una primera conversación que no pasaría a la posteridad como la más romántica del mundo, pero sí como una que describía a la perfección lo que éramos por entonces nosotros. Jóvenes, impulsivos y algo locos.

Soltó una carcajada, comprobó apretando mi entrepierna con su mano que lo que le decía era verdad y desaparecimos de allí.

Una noche en un motel de mala muerte fue lo que necesité para enamorarme de ella; de una chica de diecinueve años un tanto salvaje que tenía aires de grandeza y que había trabajado como modelo adolescente de lo preciosa que era, pero que se había visto obligada a dejar ese mundillo demasiado pronto; de esa chica que estudiaba para ser profesora de Educación Física, de cuerpo

esculpido por el deporte y las dietas a las que ya era adicta, y ojos atrevidos. Una chica desinhibida y alocada que guardaba secretos que descubriría pocos días después.

Una puta noche que había hecho que yo me enganchara a lo mejor y a la vez lo peor que me había pasado en la vida.

Pasé un par de horas en el estudio, adelantando trabajo y preparando el de esa noche y, con esa sensación de calma que siempre me provocaba el hacer lo que me gustaba más el poder del cansancio acumulado, salí de allí en dirección a la zona de bares que me tocaba cubrir aquella noche.

Supuse que quizá aquel día podría buscarme la distracción que necesitaba en alguna que otra extraña.

Jimena

Siempre había tenido una vida tranquila.

Bueno, podría decirse que, al menos exteriormente y de cara a los demás, yo era una persona tranquila. Había tenido una infancia normal, del montón, sin grandes sobresaltos, traumas ni desengaños, y una adolescencia parecida, aunque un tanto rebelde, que me esforzaba por olvidar.

Podía resumir mi vida en hechos vitales que para otros tenían gran trascendencia, pero que para mí solo habían supuesto un paso más, un tachón en una lista de objetivos o un simple salto de una etapa a otra.

Primera amiga de verdad a los seis; aún la conservaba. Primer beso a los trece; apenas lo recordaba. Primer novio a los quince; no lo había vuelto a ver. Primera vez a los dieciséis; no sentí nada más que un dolor agudo entre las piernas y un ligero escozor que me acompañó un par de días. Primera pérdida a los veintidós; mi abuelo, lo único que sí que dolía.

Todo bastante corriente, sin marcarme más de lo debido, sin suponer un cambio vital importante, exceptuando que esas vivencias me habían ido enseñando quién no deseaba ser.

Y quería que siguiera siendo así.

Mis primeras semanas en Barcelona fueron extrañas. Pasaba las mañanas estudiando los dossiers que Malena había comenzado a enviarme con las que iban a ser mis funciones y mis rutinas diarias. Me sorprendí queriendo saber más; más de la empresa, de la revista, de moda en general y de todo lo que estuviera tan de actualidad como para aparecer en los medios.

De entrada, ya sabía que no era mi trabajo soñado, porque la revista estaba más guiada por el mundo del «famoso» de lo que parecía a simple vista, más que por la moda en sí como entidad propia, pero sí que me aportaba la posibilidad de escribir no solo sobre lo que me asignaran cada semana, sino sobre lo que quisiera en el blog, dejándome libre para seguir explotando esa imagen de chica normal y perdida de la generación más preparada de la historia del país, pero con menos posibilidades laborales.

El caos de Jimena a la vista de todos los que quisieran sentirse menos solos y un poco más comprendidos.

Ese era el motivo principal por el que Malena me había escogido, porque había visto en mí eso que compartía con la mayoría de los lectores, lo cual me

halagaba y me hacía sentir minúscula a partes iguales.

Estaba deseando empezar las jornadas en la oficina al día siguiente, aunque el hecho de haber podido familiarizarme con el trabajo desde casa también lo valoraba enormemente.

Por las tardes, paseaba por la ciudad descubriendo sus rincones, leía o pasaba el rato viendo la televisión.

Apenas me cruzaba con Bruno.

Sí que habíamos coincidido un par de veces a la hora de comer y habíamos compartido conversaciones un tanto incómodas por mi parte y amigables y lo más naturales del mundo por la suya, pero nada parecido a esa del primer día en la que creí que su invitación escondía una insinuación que no esperaba.

Él se pasaba casi todo el día fuera y, cuando llegaba por la noche, yo procuraba estar encerrada en mi cuarto, así que evitaba encontrármelo más de lo necesario.

Confieso que la convivencia pasó a un segundo plano, porque enseguida me acostumbré a saber que estaba allí compartiendo espacio conmigo, como cuando me encontraba la toalla de la ducha en el suelo o la tapa del váter levantada y la rabia me ahogaba unos minutos hasta que conseguía serenarme, pero, por lo demás, fue como si Bruno ya no supusiera un incordio.

Como si nunca se hubiera plantado en medio de mi planificado camino.

Por las noches, hablaba con Laura. Todas, sin excepción. Nos echábamos de menos y habíamos establecido la rutina de charlar sobre cómo nos había ido el día, chorradas que no venían a cuento o sobre esas cuestiones filosóficas que de vez en cuando ella soltaba sin necesidad de fumarse nada.

—¿A qué aspiras en tu vida, Jimena?

—¿A qué viene esa pregunta?

Laura bufó al otro lado del teléfono y después se echó a reír con esa voz de tonta que ponía siempre que Íñigo estaba cerca. La que bufó entonces fui yo.

—Estate quieto...

Me los imaginé haciéndose carantoñas y mirándose a los ojos de esa manera en la que yo miraba el escaparate de la heladería del final de la calle. Supuse que la interrupción de Íñigo me había venido bien, porque no estaba dispuesta aquella noche a dejarme envolver por los juegos de Laura en los que acababa obligándome a meditar sobre mi vida, mis aspiraciones y a dejarme llena de dudas por no estar haciendo nada reseñable, según ella, como encontrar a un príncipe azul que no destiñera o ayudar a la especie a que no se

extinguiese teniendo descendencia. Era especialista en eso y a mí me aburría soberanamente, por mucho que la quisiese como a esa hermana que nunca tuve.

—Dile a tu marido que, o te deja de tocar cuando estés hablando conmigo, o te cuelgo el teléfono.

—Ya la has oído. —Sentí su mano tapar el aparato y después una risita—. Dice que eres una estirada.

—Si no sabe mantener sus instintos controlados, no es mi problema.

—Es amor, Jimena. Amor —recalcó, pronunciando la palabra con deliberada lentitud—. Claro que tú no sabes lo que es eso.

—¿Por qué lo llaman «amor» cuando quieren decir «fornicio»? —pregunté con inocencia, pero con la clara intención de cabrearla.

Sonreí ante su silencio.

A veces no entendía cómo podíamos ser amigas y complementarnos tan bien, cuando éramos como los dos polos opuestos de un medidor emocional. Ella, una romántica incurable, y bastante tradicional, que soñaba con parir un equipo de fútbol y pasar la madurez horneando repostería casera para que su marido disfrutase antes de hacerle el amor y prometerle las estrellas. Quizá también después de hacérselo. Nunca durante, por muy divertido que fuera, ya que, según Laura, con la comida jamás se juega. Yo, que no creía en el amor más que como una excusa para tener sexo justificado por algo más allá de los instintos y que lo más cerca que pensaba estar de un bebé en mi vida sería de alguno suyo, y solo para que no me dejara de hablar.

—Soy yo quien debería colgarte el teléfono.

—Perdona, Lau... En serio. ¿Cómo va todo?

Me refería al tema que últimamente la tenía loca y que se había convertido para ella en su principal prioridad y casi razón de existir; un asunto que, teniendo en cuenta mi inexistente instinto maternal, yo no comprendía.

—Bien. Hoy toca... ya sabes... fornicio de ese que tú dices. —Se echó a reír y crucé los dedos mentalmente por que no volviese a darme la charla sobre los ciclos fértiles femeninos. También lo hice por ella, por que tuviera suerte y pronto cumpliera su sueño.

—¿No deberíais hacerlo cuando os apetezca?

—¿Y lo dices tú, que controlas hasta tus horarios para ir al baño? —exclamó, molesta; después cambió de tema, como hacía siempre que me ponía insoportable—. Hablando de eso, ¿cómo llevas el compartir piso? ¿Cumple tus normas de institutriz?

—¿Bruno? No mucho —confesé, diciéndole que sí, que lo de hacer mis

necesidades lo llevaba bastante mal, teniendo en cuenta que el cuarto de baño no disponía de cerrojo y que Bruno parecía no comprender ciertas normas básicas de convivencia tales como no entrar en el lavabo cuando está ocupado —. Esta semana apenas nos hemos visto.

Y era verdad. Comenzaba mi tercera semana allí y me daba la sensación de que vivía sola. No, eso hubiese estado bien, pero era algo peor, porque su presencia se percibía como la de un fantasma que vagaba por la casa y que había ido perdiendo energías hasta ser casi un espectro insignificante. Así veía a Bruno. Estaba pero no estaba, y nunca me han gustado las medias tintas.

—Con lo interesante que parecía...

—¿Quién te ha dicho a ti que lo fuese?

—Estaba desnudo, Jimena —replicó con decisión—. Una persona que se duerme desnuda en un salón ajeno siempre lo es.

—Si tú lo dices...

—¿No habéis vuelto a hablar?

—Poco. Lo cierto es que es como si... No. Nada. Es igual.

Rememoré los escasos encuentros que habíamos tenido y fruncí el ceño.

Había estado tan centrada en que todo fuera como yo creía que debía ir y en evitar forzar un encuentro con él que no deseaba, que no me había percatado de lo extraño de todo aquello. De su actitud decaída y cabizbaja. De cómo sus primeras sonrisas amigables habían dado paso a miradas perdidas que escondían algo que yo no era capaz de vislumbrar, porque no lo conocía.

—¿Como qué?

—¿Sabes? El primer día tonteo conmigo. —Laura ahogó un gemido y después refunfuñó por lo bajo, seguramente irritada por que le hubiera ocultado información de ese tipo—. Se presentó como uno de esos tíos tan... tan... Esos que saben lo que son y cómo ofrecerse, ¿me explico? El típico payaso que con decir dos gracias pretende bajarte las bragas.

—¿Como cuando Mario Vélez te las bajó a los diecisiete? —preguntó con sorna.

La odié un poco por recordarme aquello, pero supe que era su venganza por haberme reído de ella minutos antes, así que le permití regodearse en la única experiencia de mi vida en la que dejé que mis sentimientos guiaran mis pasos con un chico del pueblo mayor que yo que nunca volvió a llamarme.

—Sí, pero precisamente por eso. Puede funcionar a los diecisiete, pero pasados los veinte...

—Vale. Sigue.

—Y ya. Me invitó a acompañarlo por la noche, le dije que no y de repente... pasó a comportarse como una persona normal unos días.

—Bueno, Jimena, le dijiste que no. ¿Qué esperabas? ¿Que te dorase la píldora? No eres de esas.

—No me refiero a eso, sino a que después... después nada. Es como si fuera otro.

Me dormí dándole vueltas a esa revelación.

Yo no pretendía iniciar con Bruno ningún tipo de relación, me bastaba con respetarnos en los espacios comunes y poco más, pero tampoco era tan fría e inhumana como para no intuir que él no estaba pasando por su mejor momento.

Adri me había contado que la historia con su ex, o lo que fuera, era complicada, pero no sabía mucho más. Tampoco lo quería. Lo que estaba claro era que, desde aquel primer día, algo había cambiado en él.

¿Qué pasaría por la cabeza de Bruno? ¿Cómo sería su vida fuera de esas paredes? ¿Cómo transcurriría su día a día con aquella mujer que había acabado echándolo de casa? ¿Quizá era Bruno algo más que un hombre atractivo con tendencia a hablar demasiado y a buscar sonrisas en el rostro de las chicas que se cruzaban en su camino?

Pero... ¿quién era en realidad Bruno?

Bruno

La vida está llena de etapas. Buenas, regulares, pésimas y exultantes.

Aquellas semanas fueron una auténtica mierda. Yo me sentía así, como una mierda.

Lo que pensaba que únicamente iban a ser unos días, se había transformado en tres semanas. Tres jodidas semanas en las que Iris me había tratado como una puta marioneta, manejándome a su antojo, dándome una de cal y otra de arena, y volviéndome tan loco que la situación me estaba superando.

Por otra parte, me sentía solo.

A pesar de que tenía a mi familia pendiente de mí, como si fuera un crío al que le han dado de lado. Y a Pau que, aunque no comprendía ni un ápice de mi vida, aceptaba mis decisiones y me dejaba llorar sobre su hombro de necesitarlo, por mucho que odiase a Iris. También contaba con Adrián en la distancia, que me había cedido su casa sin pensárselo dos veces, pese a que no fuera a regresar aún hasta tres meses después y tuviera que compartirla con su prima, una chica que vagaba por la casa como un fantasma y el resto del tiempo jugaba al escondite conmigo, por mucho que yo fingiese no darme cuenta.

Además, tenía un trabajo que amaba y que me hacía dejar de pensar y evadirme por unas horas. Dinero suficiente para no tener que pensar en cómo llegar a fin de mes en las cosas básicas, pese a que en esa situación, de seguir cargando con los gastos de la que aún era mi casa, alquilar un piso por mi cuenta no iba a ser tarea fácil. Salud. Todas esas cosas con las que se consuelan los que no creen tener motivos para encontrarse tristes.

Pero, qué hostias, la tristeza es un derecho como cualquier otro. Ni siquiera debe tener razón de ser; la sientes y punto. Como el amor. Y yo me sentía triste.

Mis motivos tenía, es cierto, pero también lo es que la última conversación que habíamos mantenido me había dejado lo suficientemente roto como para concederme una tregua y dejar que ese estado se exteriorizara de algún modo.

—No creo que sea buena idea que nos veamos mañana, Bruno.

Esas habían sido sus palabras. Las había pronunciado con un tono incluso amigable, pero ya las podía haber cantado que el resultado hubiera sido el mismo.

Como si me hubiese dado una patada en las pelotas.

—Mañana es mi cumpleaños, Iris. No me jodas —contesté, sin poder ocultar mi enfado.

—¿Y a mí qué me importa? Ya te lo he dicho. O todo o nada, Bruno. No me vale que vengas, me des un poco y te vayas de nuevo cada noche por ahí, a saber con quién...

Cerré los ojos y apoyé la frente en la mesa.

No podía hacerme eso. Sabía que era importante para mí, lo sabía, y por eso me lo negaba. Y aun así, pese a ello, no podía odiarla. Era incapaz.

Supongo que es algo bueno no poder odiar a alguien que se lo merece, dice mucho de uno mismo como persona, pero eso no evitaba el que yo me sintiese como un imbécil, un inútil y un crío asustado que no sabía gestionar su vida sentimental.

—No... no... Eso no es justo.

—Tampoco es justo que yo te quiera mucho más a ti de lo que tú nunca me has querido —escupió ella con desprecio.

—Eso... eso no es cierto.

Lo era. Y también era parte fundamental del problema.

Yo quería a Iris. Lo había hecho en el pasado, mucho y a lo loco, que era el único modo de amar que conocía. Lo seguía haciendo a otro nivel, de otra forma, con otra madurez y con otro fondo, pero lo hacía, estaba seguro de ello y me esforzaba por que ella se lo creyera. Sin embargo... para Iris siempre había sido más fácil, o más complicado, según cómo se mire, y para ella quererme había resultado ser algo instintivo, innato, casi adictivo, con lo bueno y lo malo que conlleva cualquier tipo de adicción.

—¿De verdad? ¿Me vas a decir que me quieres como el primer día? —Suspiré. Abrí la boca para decírselo, para confesarle esa verdad que no lo era, pero no pude, porque ambos lo sabíamos y con Iris... con ella mentir estaba de más. Ese silencio fue suficiente respuesta—. No vengas. Mañana, no.

Y colgó el teléfono.

«Mañana, no».

Podía haberme arrancado un brazo que hubiese dolido menos.

Pasé la tarde caminando; lo hacía mucho, echar a andar sin destino fijo.

Me acerqué a la playa de la Mar Bella, una de mis favoritas de la ciudad, y anduve con los pies descalzos por la orilla hasta que dejé de sentirlos por el frío. Después mis pasos me llevaron al *Hendrix*, el bar de mi amigo Cooper;

tres cervezas en silencio a veces ayudan más que la conversación más reflexiva del mundo.

Ya era de madrugada cuando entré en casa arrastrando los pies y me quité la cazadora antes de llegar al salón. No tenía ganas de nada más que de desconectar; de encontrar algo que me prohibiera pensar; algo que me evitara sentir lo que me quemaba por dentro y que me repetía en mi cabeza lo idiota que era por dejarme manejar de ese modo por Iris; algo que me ayudase a dormir, porque sabía que aquella noche no lo haría hasta lo bastante tarde como para al día siguiente estar agotado.

Cuando llegué al salón con la intención de poner la televisión a un volumen suficiente como para dejar de escuchar mis jodidos pensamientos, frené en seco.

Me había acostumbrado a no verla, así que encontrarme con Jimena en el sofá fue como una sorpresa inesperada. Pensé en que la situación se parecía bastante al primer día en que me encontró ella a mí allí también dormido, aunque con la diferencia de que en mi caso había sido a plena luz del sol y como mi madre me trajo al mundo.

Tenía la cabeza apoyada en el reposabrazos y dormía con la boca medio abierta. Llevaba puesta aún la ropa de la calle, a pesar de que ya pasaban las doce de la noche. La camiseta negra se le había deslizado por un lateral y se le veía un hombro y la tira de un sujetador verde. La televisión estaba encendida, pero sin volumen. La luz, apagada. Apagué yo la del pasillo y me colé en aquella imagen que parecía congelada, hasta situarme a su lado y dejarme caer sin hacer ruido en el sofá.

Era tan pequeña que su cuerpo encogido ocupaba menos de la mitad.

Apoyé la cabeza en el respaldo, echándola hacia atrás, y cerré los ojos unos segundos.

Su respiración sonaba pausada y rítmica; tranquila. Sus pies rozaban la tela de mi pantalón. Percibía los cambios de luces de la pantalla a través de los párpados cerrados.

Y el silencio.

No sé por qué lo hice. Por qué me senté al lado de una chica dormida que no me conocía y a la que yo tampoco conocía de más que de un par de intercambios que no habían salido como me hubiera gustado, pero que tampoco tenían la menor importancia.

No lo sé. Pero el caso es que lo hice, porque necesitaba sentirme calmado y aquella situación me lo proporcionaba.

Mi cabeza hizo sonar un «clic» y me guardé el instante.

Hacía eso desde pequeño, ver el mundo como si estuviera detrás de un objetivo, congelar momentos en mi memoria, recuerdos que asociaba a cosas en concreto, como sensaciones, y cuando las necesitaba las recuperaba. Deformación profesional, supongo, o que simplemente era un modo como cualquier otro de adaptarme a lo que la vida me daba. Un recurso para comprender el mundo de la mejor forma posible.

La manera de controlar mi propio caos.

Aquella fotografía mental, con Jimena a mi lado apaciblemente dormida, con el salón monocromático, práctico y minimalista de Adrián como paisaje de fondo, y con mis nudos internos deshaciéndose lentamente, tranquilizándome por momentos y aceptando que siempre estaría en manos de Iris, se convirtió en una instantánea en el acto. Una de la que, sin saberlo aún, echaría mano más adelante en múltiples ocasiones para serenarme. Una que ocuparía siempre el primer puesto del álbum mental cuya única protagonista era Jimena.

A las dos, abrí los ojos y parpadeé confundido. Sentí calor bajo la mano y, al descender la vista, me vi cogiendo un pie enfundado en unos calcetines negros con rayas blancas.

Miré a mi izquierda y recordé dónde estaba y por qué.

Jimena se había dado la vuelta y, al hacerlo, se había estirado, acabando con sus piernas sobre las mías. Uno de sus brazos estaba bajo su nuca y con el otro se abrazaba a sí misma por la cintura, como si tuviera frío.

Me fijé bien en su rostro y me sorprendió ver una sonrisa; cálida y tranquila, la primera que le veía. Me di cuenta de que era cierto, de que en las ocasiones en las que nos habíamos cruzado siempre daba la sensación de estar tensa, a la defensiva, en posición de ataque con todo lo que la rodeaba y apostaría que hasta con ella misma, así que aquella expresión tan serena era algo nuevo que me llevaba a preguntarme cómo sería en realidad Jimena. ¿Cómo habría sido su vida antes de acabar en ese piso? ¿Habría hecho amigos desde su llegada? ¿Tendría algún novio esperándola en su hogar?

Fui consciente de que llevábamos tres semanas bajo el mismo techo y no sabíamos nada el uno del otro más allá de cosas intrascendentes, como que era tan ordenada que asustaba o que le encantaban los sombreros.

Y es que... ¿quién era Jimena?

Me levanté sin hacer ruido y evitando que mis movimientos la desvelaran,

después cogí una manta que Adri guardaba en el cajón derecho del aparador y la tapé con ella.

Al sentir la suavidad de la franela en su cuello, sonrió. Y solo aquel gesto tan nimio fue suficiente para hacerme pensar que quizá las cosas fueran a mejorar, que Iris entraría en razón y que el mundo podría ser incluso un sitio bonito.

Una sonrisa, sí; a veces las cosas más simples de la vida tienen el poder de cambiarlo todo.

Jimena

Rara vez me acordaba de lo que soñaba, pero aquella noche sí, y había sido un sueño extraño. En él, Laura e Íñigo venían de visita a Barcelona en un autobús escolar lleno de todos esos niños que habían conseguido engendrar en las escasas tres semanas que yo llevaba fuera del pueblo. Cenábamos juntos en un tailandés y después me despedía de ellos y volvía a casa.

Al entrar, todas las luces estaban apagadas, pero de la habitación de mi primo, la que ocupaba Bruno de forma temporal, salía una música que me hizo acercarme; era la típica de «perreo» cuya única razón de existir es el restregar de un cuerpo contra otro. La puerta estaba abierta solo una rendija, pero era suficiente como para poder entrever lo que estaba ocurriendo allí dentro.

Una chica estaba tumbada en la cama; llevaba una sábana envuelta en su voluptuoso cuerpo y se movía como una culebra, deleitando a su observador con posturas inverosímiles dignas de cualquier espectáculo circense. Al otro lado del dormitorio, Bruno estaba arrodillado y, cámara en mano, immortalizaba el momento. Que estuviera sin camiseta demostraba lo perverso que podía llegar a ser mi subconsciente, sobre todo cuando llevaba cinco meses sin sexo. Me alejé silenciosa de allí hasta dejarme caer en el sofá, desde donde, inexplicablemente dada la distancia real, podía ser testigo de la escena que acababa con Bruno tumbado sobre la chica en cuestión fotografiándole con sus labios otras partes más íntimas de su anatomía.

Después no recordaba más, porque me había quedado dormida dentro de aquel pasaje onírico, en la misma posición en la que había amanecido, con un dolor de cuello importante y la ropa del día anterior aún puesta.

Joder, me había sentado unos minutos en el sofá a descansar después de una jornada interminable y me había quedado frita allí mismo.

Me incorporé y entonces caí en la cuenta de que el hecho de que mi cuerpo estuviera templado se debía a la manta que me cubría, una manta que yo no había colocado ahí antes de tirarme a ver la televisión al llegar de un día agotador en la oficina. Una manta que habría puesto sobre mí Bruno, y no el que tenía un gusto para la música más que cuestionable según mi sueño, sino Bruno el de verdad.

La doblé y me estiré, intentando desentumecerme. Después me hice un café rápido, me di una ducha y me arreglé a todo correr, porque odiaba llegar

menos de diez minutos antes de mi hora.

Antes de salir disparada al metro, me acerqué a la habitación de Bruno y apoyé la oreja en la madera. No esperaba encontrarme señales de que la mujer del sueño estuviese en su cama, pero tampoco sé qué esperaba oír, porque lo cierto era que reinaba el silencio más absoluto. Estaría dormido, lo cual era lógico, teniendo en cuenta que tenía un horario de lo más raro y flexible en el que madrugaba poco y trasnochaba mucho.

Levanté la mano y la posé sobre la puerta, pero ¿qué pensaba hacer? ¿Despertarlo para agradecerle el detalle de la manta después de días sin dirigirle la palabra? ¿Después de ignorar tan concienzudamente su existencia?

No era muy inteligente y, como yo por norma sí que lo era, decidí darme la vuelta y salir de casa, diciéndome a mí misma que ya habría otra ocasión para darle las gracias.

Antes de hacerlo, un ronquido repentino me hizo dar un brinco y echar a correr.

Me había adaptado con una rapidez asombrosa a mis rutinas laborales en solo una semana.

C&H se encontraba en un edificio inmenso de oficinas, y mi revista ocupaba la totalidad de la planta cuarta. La mesa que me habían asignado estaba situada fuera del despacho de mi supervisora, Carmen, una chica poco mayor que yo que había conseguido un puesto fijo en la empresa después de cinco años comiéndose la mierda de los demás, palabras textuales tuyas, y que era la responsable del estilismo de todas las publicaciones. No había nada que no pasara por su consentimiento.

El trabajo era un mix de todo lo que se puede hacer en dicho departamento de una revista, desde lo bonito, como controlar el vestuario de una sesión fotográfica a las que de vez en cuando me dejaban asistir, hasta lo no tan bonito y que poca gente conoce, como por ejemplo hacer inventario de un montón de papeleo acumulado y sin revisar desde hacía meses que Carmen guardaba en cajas en su despacho.

No me importaba, porque me gustaba la posibilidad de aprender lo que fuera de un montón de temas diferentes que pudieran aportarme algo, pero a la vez no me permitía centrarme en nada demasiado tiempo. Era algo así como el comodín de la plantilla y, pese a lo que había pensado en un principio, me agradaba, aunque solo a ratos. A otros, me entraban ganas de tirarme por una de sus imponentes ventanas. Sobre todo cuando veía que mi blog estaba

estancado.

En mi sección se llevaba a cabo todo el trabajo relacionado con la publicación digital de la revista, los contenidos de su página web, que diferían levemente de los del ejemplar en papel teniendo artículos propios, como era el caso de mi blog. Y eso era lo que más me había llamado la atención en un principio, que *Jimena y el caos* tenía su propio espacio.

Le habían dado una nueva imagen desde el departamento de diseño. El fondo había pasado de ser rosa palo a blanco, y ahora la cabecera era la silueta de una chica de espaldas con el pelo negro suelto y una bola del mundo girando en sus manos. Era yo. Con toda la responsabilidad que conllevaba eso. El problema era que, por mucha libertad que tuviera para seguir haciendo mi trabajo allí como deseaba, de algún modo mis publicaciones estaban guiadas por el espíritu de la revista, y aquello sí que no me gustaba. Además, las tareas que me encomendaban sin parar me obligaban a dejarlo de lado hasta terminarlas y acababa casi todas las jornadas dedicándome al blog en mi casa.

Como hacía antes, vaya.

Pasé el día liada escribiendo un par de artículos que Carmen me había encargado sobre la influencia de la música en la moda y otro sobre la vuelta del terciopelo a las pasarelas mundiales. Hice un pequeño descanso en el que me comí una manzana y charlé un poco con algunos compañeros con los que ya había entablado algo así como amistad en la sala común de la que disponíamos, pero mientras ellos comentaban sus planes para el fin de semana y cotilleaban sobre la presentación de una nueva marca a la que Carmen había sido invitada y que a mí me importaba más bien poco, yo pensaba en el sofá de mi primo Adri y en una manta. Pensaba en que, si quería que me trataran como a una persona normal, tenía que empezar a serlo. Pensaba en que quizá Bruno se merecía un poco más de atención por mi parte; al fin y al cabo, Adri tenía razón y él no estaba allí para apoyarlo en una situación tan delicada. Y, además, de algún modo necesitaba agradecerle el detalle; sentía que se lo debía y no me gustaba deberle nada a nadie.

—Jimena, estás en Babia.

Alcé la mirada y me encontré con los ojos azules de Oliver, uno de los chicos del departamento de marketing y relaciones públicas.

Él, una chica que se llamaba Yolanda y que era becada, como yo, pero en otro departamento y Edgar, uno de los maquetadores, amigo íntimo de Oliver y

que tenía una especie de rollo raro con Yolanda, solían esperarme para salir a almorzar, y la verdad era que, para lo difícil que resultaba yo de entrada, habían sido de lo más agradables conmigo y me habían adoptado enseguida como una más en su reducido grupo.

Supongo que una de las razones de Oliver era más que obvia, ya que hacía unos días había tenido que rechazarlo al proponerme una cena.

—Lo siento. Tengo mil cosas en la cabeza.

Me sonrió, y no lo hizo solo con la boca, sino también con los ojos.

Admitía que era atractivo, de hecho tenía a la mitad de la plantilla babeando y, por algún motivo que desconocía, había sentido fijación por mí desde el primer día.

Alto, moreno, ojos azules, mirada sincera y sabía llevar un traje.

—¿Y alguna de ellas es reconsiderar mi invitación? —preguntó con picardía.

—Yo... No, lo siento.

Asintió, aceptando una segunda negativa con elegancia y sin perder el tipo. Después se encogió de hombros.

—Bueno, sigue en pie, por si te lo piensas mejor.

Le sonreí comedida, sacudiendo la cabeza, y seguí a Yolanda, con la que compartía casi todas mis rutinas y que se había convertido en algo así como en mi única amiga desde que me había asentado.

—¿Tienes novio?

—No. ¿Por?

Abrió los ojos alucinada y me agarró del codo con tanta fuerza que me puse rígida en el acto.

—¿Y le has dicho que no? —susurró pegada a mi oreja y mirando a Oliver de reojo—. ¿¡Estás loca!?! Yo me haría un sándwich con él, si Edgar quisiera.

—Supongo que no es mi tipo.

—¿Eres lesbiana? —preguntó con suspicacia.

Yo solté una carcajada, y no una fingida, sino una de verdad. Yolanda y su naturalidad me gustaban.

—Vamos, anda.

Volví a casa cerca de las seis.

Me cambié de ropa, ocupé el tiempo en hacer algunas tareas, como poner una lavadora o recoger la cocina.

A las nueve, Bruno aún no había llegado, así que decidí olvidarme de

forzar un encuentro y me entretuve haciendo la cena.

No estaba obsesionada con las dietas por un motivo de peso ni nada parecido, de hecho siempre había sido una persona pequeña y delgada, era un calco de mi madre y de mi abuela, pero me gustaba comer sano porque era bueno.

Quizá «gustar» no fuese la palabra más apropiada, porque, desde que estaba allí, abría la nevera y veía la comida basura de Bruno que abundaba por los rincones y mi cuerpo reaccionaba, rebelándose. Eso sí, sus provisiones insanas se mezclaban con frutas y verduras de todo tipo, como si alimentarse de algo verde de vez en cuando lo compensara.

Un detalle más que me hacía odiarlo un poquito.

Cuando estaba sirviendo un revuelto de setas en el plato, la puerta se abrió y sus pasos llenaron el silencio que me rodeaba. Al pasar por delante de la cocina, se paró al verme y me saludó alzando la cabeza en un gesto leve, pero me di cuenta de que hasta eso parecía costarle. No me hizo falta analizar mucho más, ni sus ojos turbios, ni sus ojeras marcadas, ni la ausencia de calidez en su rostro, porque supe enseguida que algo iba mal. Parecía agotado, enfadado y triste. Muy triste. La tristeza lo cubría todo, siendo mucho más visible que cualquier otro sentimiento.

Y es que da igual lo fríos que nos consideremos, hay algo innato en las personas que nos hace captar enseguida según qué estados de ánimo; creo que se le llama «humanidad». Y yo procuraba mantener las distancias con el mundo en general, pero había situaciones en las que era tan blanda como todos los demás.

Me di cuenta, con solo observarlo unos segundos, de que aquel chico que suspiraba profundamente no se parecía en nada al que había tonteado conmigo en esa misma mesa días atrás. Le faltaba esa manera de ir como levitando por la vida que había visto en él, ese halo de despreocupación, esa imagen de chico sano, enérgico, vivo.

En aquel instante parecía que le pesara el cuerpo veinte kilos más y se fuera arrastrando.

No me gustaba.

—¿Estás bien? —le pregunté, rompiendo el hielo, ya que él no parecía ni querer moverse de la puerta de la cocina ni tampoco entrar.

Era como si estuviera esperando algo por mi parte.

—No.

—Oh. Vale. —Dejé el plato en la mesa y me pasé las manos por el pelo,

confundida por su respuesta tan directa. ¿Qué esperaba? Pues que hubiera dicho: «sí, gracias», como cualquier persona que agradece la preocupación de otra, aunque sea mentira, pero no que de verdad fuese sincero. Por el amor de Dios, ¡nadie con sentido común lo era de un modo tan aplastante! Me moví nerviosa por la cocina y me pareció ver un inicio de sonrisa en su cara; minúscula, pero un intento—. ¿Quieres que... hablemos? ¿O algo? Se me dan de pena estas cosas, pero si quieres... Ya sabes.

Se quedó mirándome, como analizando el espécimen en teoría humano que tenía frente a él, pero juro que de verdad era pésima para esas situaciones.

Entonces la sonrisa regresó, y Bruno pareció quitarse un poco de la carga que tenía encima, como si con ese gesto se pudiera deshacer de lo que fuese que lo atormentaba.

Pensé que ojalá fuera tan fácil como sonreír para olvidarse de los problemas y borrarlos de un plumazo; quizá así yo lo haría más a menudo.

—Sí que se te dan de pena. —Gruñí por lo bajo y saqué dos refrescos de la nevera, ofreciéndole uno a él antes de arrepentirme de lo que fuese que estaba haciendo—. No quiero hablar. Al menos no me apetece hacerlo de Iris. Es mi novia. Bueno, mi ex. O lo que sea. Es Iris. Punto.

—Bien, porque a mí tampoco —respondí aliviada, dándome cuenta tarde de lo poco apropiado que resultaba lo que acababa de decir.

Él soltó una risa y pareció un poco más animado; me costaba distinguir si cuando reaccionaba así lo hacía porque le resultaba graciosa o porque se reía de mí.

—Pero podríamos cenar. Si quieres. Eso huele genial, supongo que mejor sabrá.

Miré mi plato y después lo miré a él. Tenía una mirada casi infantil, gritándome con sus ojos que dijera que sí, que necesitaba algo como aquello.

En el acto recordé la noche anterior; después suspiré hondo y acepté.

—Cenar se me da bien.

Dividí mi plato en dos y saqué los ingredientes de la nevera para hacer una ensalada rápida que lo acompañara. Bruno puso la mesa y cambió las dos latas de refresco light por una botella de vino, preguntándome primero con una mirada rápida a la que yo asentí.

No hablamos, solo nos hicimos compañía unos minutos, hasta que nos sentamos en la mesa; entonces sí que me miró, y su voz me produjo un temblor en el cuerpo.

—Jimena.

—¿Qué?

—Gracias.

La incomodidad volvió a mí con fuerza.

Era algo en su modo, en su manera de decir mi nombre, de mirar, de ser, simplemente, y fui consciente de que había conseguido traer de vuelta al Bruno del primer día.

—¿Por qué? No hay de qué. Solo es cenar —dije a la defensiva, restándole importancia a un acercamiento que ambos sabíamos que significaba algo, porque era obvio que a mí me suponía algún tipo de esfuerzo—. Y yo iba a hacerlo igual, así que...

—Ya, pero es mi cumpleaños.

Alcé la vista estupefacta y me encontré con sus ojos risueños y su copa levantada, esperando un brindis por mi parte que no tardó en llegar, porque... ¿qué podía hacer si no?

Bruno

No esperaba nada de ella, lo juro.

Había comido en casa de mi hermana y después pasado la tarde en el estudio con Gael, un chico al que había conocido hacía poco en el bar de mi amigo Cooper y que estaba interesado en la fotografía, así que de vez en cuando me echaba una mano a cambio de ser algo así como una fuente de conocimiento para él, a pesar de que me daba la constante sensación de que era yo el que me aprovechaba de su interés para quitarme trabajo de encima. Era como una especie de becario de cara a la galería, aunque en realidad tenía los cojones tan bien puestos que a veces me sentía con él como si fuera al contrario y me estuviera haciendo un favor a mí.

Había rechazado un evento con la intención de pasar tiempo en casa para celebrarlo, pero Iris me lo había negado, así que tenía la noche libre y ningún plan a la vista.

No obstante, al salir sonreí como un chiquillo al encontrarme a Pau apoyado en la pared con un regalo en la mano. Era una caja de botellas de vino, un Ribera del Duero crianza del 2009. Dios... lo quise tanto en ese instante que lo abracé y se lo dije, pese a que él no era un tío muy efusivo en ese sentido y no llevaba muy bien las muestras públicas de cariño. De hecho lo incomodaban en exceso, motivo por el cual yo solía provocarlas en cuanto tenía ocasión.

—Vale, Bruno. Ya está. —Me separé de él a regañadientes—. Nos está mirando tu pupilo.

Gael se reía detrás de nosotros, pero lo hacía más porque intuía la incomodidad de Pau que por cualquier otro prejuicio absurdo. Los chicos no lloran y todas esas memeces; y yo lo hacía, en eso de la emotividad había nacido bastante sobrado y me faltaba poco para besarlo en los labios cada vez que me demostraba alguna de las razones por las que era mi mejor amigo.

—¿Nos las vamos a beber todas hoy? —le pregunté con mirada esperanzada, señalando las botellas—. Dime que sí.

—En realidad, no puedo. Tengo que madrugar y la hermana de Amanda ha venido de París, no...

—No importa. Las guardaré para otra ocasión. O por lo menos alguna. Gracias por venir, tío. En serio.

Intenté que mi voz no sonara a decepción, pero era demasiado expresivo y

lo de fingir no era lo mío, así que me sentí como un niño pequeño deseoso de atención.

—Ya —asintió Pau, frunciendo el ceño. Odiaba hacerlo sentirse fatal porque cada vez nos viéramos menos, pero entendía su situación, y es que trabajaba tanto y tenía tan poco tiempo para estar con su novia que era incapaz de pedirle más, aunque lo echara de menos como si siguiéramos teniendo quince años y vernos a diario fuese una necesidad casi vital—. Venga, vamos al bar. Tienes una hora para beber todo lo que quieras. Pareces necesitarlo. Yo invito.

Cayeron cuatro cervezas, mientras yo me desahogaba todo lo que quería a oídos de mi mejor amigo desde la secundaria y de un chico que me conocía desde solo hacía dos meses y que parecía realmente sorprendido por el culebrón que resultaba ser mi vida. No podía juzgarlo, a veces me daba la sensación de vivir en una película de esas que intuyes desde el primer instante que no va a tener su final feliz.

Brindamos por mis veintinueve y después nos despedimos en la puerta con más pesar del que se supone que debe existir en una celebración de cumpleaños.

Eché a andar hacia casa, pensando en lo mal que habían salido las cosas, pese a que un día nos sintiéramos presos por un amor invencible, como si fuéramos los protagonistas de una buena canción de copla.

Madre mía, lo intensito que he sido siempre...

Echaba la vista atrás y me veía feliz; nos veía felices.

¿En qué momento aquello se había acabado? ¿Cuándo las cosas se habían torcido tanto como para jugar la baza del chantaje y del odio? ¿Qué era lo que había hecho para merecerme esa sensación que me oprimía el pecho y que no me dejaba respirar a ratos?

No lo sabía, pero estaba exhausto, porque siempre he sido de las personas que por sentir lo sienten todo, sin rodeos, sino dejándome enganchar por los extremos, por la intensidad, fuera del sentimiento que fuera.

Si amaba a alguien, lo hacía sin control, dejándome la piel. Si me enfadaba, lo hacía del mismo modo, gritando incluso hasta desgañitarme como un loco. Si estaba triste... bueno, si estaba triste la cosa cambiaba, ese era el problema, que con la tristeza todo era más jodido, porque me hundía rápido y tenía tendencia a agarrarme a ese estado si no tenía a quién hacerlo.

Y, joder, debía estar alerta con eso, porque, como dijo Gustave Flaubert: «Hay que tener cuidado con la tristeza. Es un vicio». Uno horrible que había

tenido la desgracia de probar en varias ocasiones en los últimos años y siempre por Iris. Todo era Iris desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba lo que era mi vida sin ella. Y, desde hacía mucho, aquello no llevaba implícita una connotación positiva.

Abrí la puerta y el olor a comida recién hecha me hizo recordar que no estaba solo y que aquella no era mi casa. Necesitaba ponerle remedio a eso pronto.

Madre mía, ni siquiera tenía una casa...

Al llegar a la puerta de la cocina, la vi. Estaba sirviendo la cena y llevaba un delantal blanco con la frase: «¿has probado a reiniciar?», escrita en el centro. Un chiste de informáticos que siempre me había hecho gracia.

Algo así en Adrián me hubiese provocado una carcajada incluso en ese estado, pero en su prima me generaba una emoción diferente más cercana a la ternura que otra cosa, porque parecía no cuadrar con ella. Y no solo el delantal, sino la casa, todo lo que la rodeaba. Como si Jimena no encajara allí, como si alguien la hubiera colocado en aquel lugar por error... No sabría explicarlo mejor.

Llevaba un moño deshecho y ropa cómoda, de esa que se ponen las tías para estar en casa sin parecer vestir un pijama. Unas mallas negras y una camiseta rosa holgada.

Tuve un recuerdo, la sensación de calma que había sentido el día anterior al compartir sofá con ella sin que lo supiera. Me sentí tan solo de repente que le agradecí en silencio que estuviera allí, aunque solo fueran esos segundos antes de que me dejase claro, con esa tensión e indiferencia que siempre la acompañaban, que mi presencia le sobraba.

Pero no; algo había cambiado sin saber muy bien cuándo ni por qué.

Jimena, de forma inesperada, abrió la boca y habló, me preguntó cómo estaba y yo... pues simplemente se lo dije, aunque sabía que no quería saberlo en realidad y que solo había preguntado por cortesía.

Y juro que no esperaba nada de ella, pero... resulta que me lo dio.

Jimena

Su cumpleaños. Su jodido cumpleaños.

Bruno se sentó a cenar con una sonrisa y su pelo revuelto, mientras yo lo miraba alucinada por esa confesión que no esperaba.

Pero ¿qué esperaba? Nada, en realidad. Solo quería devolverle en forma de amabilidad el detalle de la noche anterior de taparme con una manta, algo tonto y sin demasiada importancia, pero que me había hecho plantearme el dejar de ser tan ogro con él y hacer de la convivencia una experiencia un poco más apacible.

Sin embargo, ahí estábamos, compartiendo una cena y bebiendo una de las botellas de tinto que había traído en una bolsa. Un regalo, porque un lazo rojo asomaba por ella, ahora colocada en una esquina en el suelo.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Te adaptas?

—Sí.

Bebí vino. Pese al sabor amargo que me subía por la garganta, estaba delicioso.

—¿Era lo que esperabas? ¿O te ha sorprendido? Suele ser lo segundo, así que si es así, entras dentro de la reacción estándar post-estudios, no te preocupes. Nadie encuentra lo que esperaba cuando comenzó a estudiar.

—No lo hago.

Cogí la copa y volví a beber. De hecho me faltó chupar el cristal. No entendía de vinos, pero estaba tan bueno que no podía ser malo; o al menos eso fue lo que me dije para justificar mi necesidad de beber tan rápido.

Me costaba. Puede parecer una reacción estúpida, pero es que yo era así y cuando me encontraba con una situación que no había buscado, que no deseaba y que no controlaba, me bloqueaba.

El mundo me venía demasiado grande. Esa era una sensación constante que me acompañaba adonde quiera que fuese.

—Me alegro. —Gimió al tragar y asintió complacido—. Está bueno, ¿te gusta cocinar?

—No mucho.

Escondí la mirada en mi plato. Él suspiró.

—Jimena, ¿prefieres que me levante y me vaya? O que me calle y coma en silencio.

Alcé la cabeza y me encontré con su rostro cansado.

Tenía los ojos un poco rojos, haciendo que su color no fuera tan vivo como el que había visto en las anteriores ocasiones. Su verde estaba algo acuoso, pero menos nítido. Aun así, su mirada seguía diciéndome demasiado. Un demasiado que me daba miedo. Un demasiado que sabía que en Bruno no se quedaría en sus ojos, sino que se deslizaría hasta salir por su boca, porque era de esa clase de personas.

—No. ¿A qué viene eso? —le repliqué a la defensiva, aunque sin levantar la voz.

Bruno soltó su tenedor, haciendo este un ruido seco sobre el plato y consiguiendo que el silencio casi se pudiera tocar. Tragué saliva y tensé los hombros, enfrentándome a su mirada, una mirada que ya no era lo amigable que había sido en un principio, sino una más madura, más adulta y más dolida.

—No lo sé. Dímelo tú. Te incomoda y no pasa nada, puedes decírmelo. Solo... No sé. —Sacudió la cabeza; parecía agotado—. No estoy pasando mi mejor día y me había parecido una idea cojonuda compartir un rato con alguien que no me recordara continuamente el desastre que es mi vida, ¿sabes? Pero lo cierto es que esta situación —me señaló—, tú sentada como un palo y con la cabeza funcionándote a tres mil por hora, pensando en modos de huir porque no soportas estar aquí conmigo, y yo intentando hacerte pasar un buen rato, sonreír o lo que sea que me recuerde que puedo ser algo más que un estúpido inmaduro, me resulta bastante familiar y no me apetece. No te ofendas, no es personal, pero es lo que hay.

Cogió la copa y se la terminó de un trago.

Yo lo observaba, reflexionando sobre su discurso, meditando cómo su confesión me hacía sentir.

¿Incómoda? Sí. ¿Asombrada por ese nuevo Bruno mucho más serio de lo que yo creía que podía llegar a ser? También. ¿Culpable? Mucho. Lo suficiente como para saber que la había cagado por ser como era, por mis miedos, mis dudas y mi puta obsesión por centrarme solo en lo que yo deseaba y desviarme de todo lo que se escapaba a mi control. Por querer ser Jimena la fría, la práctica, la que no se implicaba, la que no me hiciera sufrir de manera innecesaria.

Al final, mientras él limpiaba el plato con el pan en el más absoluto silencio, me lancé, guiada por una parte de mí que procuraba mantener encerrada todo el tiempo.

—¿Siempre hablas tanto?

Bruno alzó la mirada y sonrió. Le salían unas marcas rodeando sus labios al hacerlo que ni la barba podía tapar. No fue más que una sonrisa pequeña, que casi pasaba desapercibida, pero yo supe que escondía un «gracias» por haberle concedido una tregua.

Sinceramente, no tenía ni idea de lo que suponía aquel acercamiento por mi parte, pero sabía que en aquel momento no quería que Bruno me viese como un enemigo; quizá tampoco como una amiga, pero ambos nos merecíamos un descanso de nosotros mismos.

Sobre todo él. O quizá más yo y aún no lo sabía.

El caso es que fue fácil abrir aquella puerta, mucho más de lo que nunca me hubiese imaginado.

—Y solo has pasado unas horas conmigo. ¡Verás cuando coja confianza!

—Eso no va a pasar.

—Eso es lo que tú te crees. —Puse los ojos en blanco y me agarré al borde de la mesa para evitar morderme las uñas; él soltó una risa sincera cargada de un alivio que no se molestó en ocultar—. ¿Más vino?

Y tuve que decir que sí, porque era el único modo de intentar soportar la tensión sin querer salir corriendo de allí.

Bruno

—Hazlo otra vez —le pedí, sin poder refrenar la sonrisa que se escapó de mis labios.

—¿El qué?

El rostro de Jimena se arrugó.

Me hacía gracia. Me hacía reír de un modo extraño.

Era su expresividad, la cantidad de cosas que albergaban sus ojos, pese a que se esforzara por esconderlas; la contradicción andante que me resultaba.

Era rara, pero rara de un modo fascinante; como esos bichos de los documentales que al verlos piensas que quieres uno para ti porque molan demasiado como para no desearlo con todas tus fuerzas. Como un ajolote.

—Eso que haces con la boca.

Frunció el ceño, sin entender a qué me refería. Juro que lo intenté, que no quería reírme de ella ni hacerle enfadar, pero era tan fácil hacerlo... Y tan divertido...

Solté la copa para mover mis labios con los dedos, dibujándome una sonrisa a mí mismo. Ella se crispó en el acto.

—¿Sonreír? Oh, ¡venga ya! —Me dio un golpe en el brazo con el puño; era la segunda vez que lo hacía desde que habíamos trasladado nuestra improvisada reunión al sofá. Después me miró de reojo antes de contestar—. Sonríe muy a menudo, lo que pasa que no contigo.

Cerré los ojos y me froté el pecho a la altura del corazón, fingiendo estar dolido. Puso una mueca de desagrado ante mi gesto, pero empezaba a pensar que toda esa pose de chica rígida e imperturbable no era más que una máscara. Eso o que el alcohol hacía que ese disfraz se le resbalara por momentos.

Habíamos cenado entre silencios que yo rompía de vez en cuando con preguntas que ella aceptó responder cada vez menos monosilábicamente y más como una persona normal. Según los minutos pasaban, se iba relajando, o al menos se esforzaba por intentarlo, y a mí eso me pareció suficiente para disfrutar de una cena en compañía, sin más pretensión que esa, la de pasar un buen rato, sintiéndome un tío de veintinueve años y no un amargado.

Había descubierto que Jimena comía despacio, masticando con lentitud. Que bebía al mismo ritmo también. Detalles sin aparente importancia en los que ya me había fijado en otras ocasiones. No obstante, también esa noche descubrí que no lo hacía por rutina, sino porque era lo mejor para una correcta

digestión, aportación que dejó caer cuando yo ya había terminado mi plato y ella acababa de empezarlo.

Era una controladora nata de todo aquello que estaba en su mano, su cuerpo incluido, al que llenaba con platos saludables, pese a que se le salían los ojos cada vez que me veía sacando alguna bolsa de aperitivos del armario o las mil chokolatinas que siempre compraba de forma compulsiva.

Descubrí también que cuando se ponía nerviosa su mano se acercaba a su boca en un gesto instintivo, pero que en el acto se negaba que la uña llegara a rozar sus labios y se las acababa clavando en la palma o agarrando la mesa con fuerza para evitar morderlas. Que se colocaba los mechones sueltos de pelo continuamente detrás de la oreja como respuesta a un tic que le hacía parecer más débil de lo que aparentaba de entrada. Que adoraba a su primo.

Encontré en Adrián un tema en el que ella parecía sentirse cómoda, en casa. Así que usé esa baza mientras rellenaba las copas de vino y la animaba a sentarse conmigo en el sofá a tomar la última antes de desaparecer cada uno en nuestro dormitorio.

Sabía que me iba a ser imposible dormir, así que hice todo lo posible por alargar aquella velada que tan bien me estaba sentando, posponiendo la vuelta a la realidad.

Hablaba de su primo con un brillo especial en los ojos; fue en el único momento en el que la conversación la guio ella y no yo, sorprendiéndome relatando anécdotas de cuando él aún vivía en el pueblo y se pasaban las horas juntos, sin necesidad de buscar otra compañía para disfrutar a lo grande.

Por sus palabras deduje que Jimena era una persona solitaria, pero que aquello no era algo malo, sino que incluso para ella era todo lo contrario, algo que había supuesto una constante en su vida y que había buscado con ahínco.

En ese instante, había compartido conmigo una tarde de verano de hacía muchos años en la que Adrián le dio el resultado de un acertijo matemático con el que llevaba días atormentándola. Entonces había sonreído y yo me había comportado como el idiota de siempre, pidiéndole que lo repitiese, como si fuese un gesto fuera de lo corriente.

—¿Y hay alguien por ahí con el poder de hacerte sonreír con facilidad?

Negó con tal rapidez que noté enseguida que no era un tema que le gustara especialmente. Nos estábamos divirtiendo, era cierto, pero ya me había tenido que dejar claro en un par de ocasiones que tontear no funcionaba con ella.

No podía evitarlo, yo era así, me salía tan solo como respirar, y con esto no quiero decir que fuese por la vida ligando con cualquiera que tuviera

faldas, sino que era mi modo, el ser jodidamente encantador, sobre todo con el sexo opuesto.

¿Mi propia máscara? Es posible. Eso y que la vida siempre resulta más fácil cuando consigues sacar sonrisas en los demás, aunque tú estés llorando por dentro.

—No. Pero suelo reírme con *Middle*. ¿La has visto? Es genial.

«¿En serio? ¿*Middle*?».

Me la hubiera imaginado mucho mejor analizando los capítulos de *El ala oeste de la Casa Blanca* o sonriendo ante la imagen de cuerpos decapitados en *CSI*.

—Nunca hubiera apostado por que te gustara esa serie. ¿*Middle*? ¿De verdad?

—¿Por qué no? Es divertida. E inteligente dentro de su humor fácil. — Bajó la mirada y le dio otro trago a su copa. Ya nos habíamos bebido casi una botella; bueno, en realidad ella daba sorbitos que parecían interminables y yo rellenaba demasiado a menudo, pero parecía afectarnos lo mismo, teniendo en cuenta la calidez repentina del color de sus mejillas—. ¿Qué te gusta a ti?

«¿Sería capaz de tirarme el vino a la cara de responderle un simple... tú?».

Si hubiera sido otro tipo de chica, por supuesto que lo hubiese hecho, pero con Jimena no había que ser muy listo para saber que las cosas no funcionaban así.

Me imaginé diciéndoselo y a ella sonriendo, aceptando una proposición que acababa con su cuerpo subiéndose encima del mío y acoplándose con descaro. Se me puso dura y me removí inquieto, colocando un cojín en el lugar apropiado.

—Soy simple. Bart Simpson ha sido un ejemplo a seguir desde mi más tierna infancia.

—¿Guardas un tirachinas en los bolsillos?

—Ya no. ¿Más vino?

Jimena dudó. Me miró primero a mí, después a ella y juraría que midió la distancia exacta que separaba nuestros cuerpos, como si el estar allí conmigo supusiera un límite sobrepasado.

«¡Dios, dieciocho centímetros, Jimena!», podía escuchar sus pensamientos.

—Creo que no debería. Me siento... demasiado relajada.

Dejó la copa en la mesa de cristal e hizo amago de incorporarse.

Yo no quería que lo hiciera. Me sentía a gusto, cómodo, disfrutando de

algo nuevo, de una situación que no me hacía recordar lo que había perdido aquella noche, el derecho implícito que Iris me había arrebatado solo por no poder quererla como ella creía merecer.

Había leído un mensaje en el teléfono hacía una media hora con dos simples palabras, pero me había negado a contestarle.

«Lo siento».

Tan sencillo de sentir, tan costoso de pronunciar.

El hecho de que Jimena fuera tan diferente a todo lo que conocía ayudaba enormemente. Así que... ¿qué fue lo que hice? La provoqué, porque eso era lo que sabía hacer, lo que se me daba bien.

—Y claro... Jimena no puede tolerar relajarse, ¿me equivoco?

Fue automático. Se tensó, me dedicó una mirada afilada y se sentó de nuevo, entrando en el juego demasiado rápido.

—¿A qué viene eso?

—No pasa nada —levanté los brazos en señal de inocencia—, pero no me niegues que siempre estás... digamos... tensa, a la defensiva.

Tragó saliva y observé cómo su cabeza luchaba. Por un lado estaban las ganas de seguir controlando sus instintos, por otro, su orgullo, uno que le pedía no darme la razón en eso. Al final ganó este último, como suele pasar siempre, y vi cómo se quitaba las zapatillas y subía los pies al sofá, doblándolos por debajo de sus piernas.

—¿Y es malo? —susurró.

—No, es tu modo de ser, solo que no tiene que resultar sencillo.

—Para mí lo es.

—¿Nunca te concedes una tregua?

—Claro que sí. Sé relajarme. Y divertirme —lo dijo segura, pero sus ojos gritaban todo lo contrario.

—No lo niego, pero me come la curiosidad por saber cómo.

—No te importa.

—No, pero me llamas poderosamente la atención.

Entonces se giró y me taladró con una mirada de lo más acusadora.

Yo no le gustaba a Jimena, me atrevería a decir que hasta le desagradaba mi forma de ser, de reírme todo el tiempo, pese a estar jodido, de preguntarle por su vida sin controlar las normas sociales que nos dicen que no debemos preguntar cosas demasiado íntimas cuando no tienes el suficiente grado de confianza, de estar medio tumbado a su lado cuando apenas nos conocíamos, descalzo, como si me encontrase cómodo ante cualquier circunstancia.

Y es que, por lo general, lo estaba.

No comprendía a las personas como Jimena, que parecían vivir cohibidas, atadas a algo que en realidad no existía, poniéndose obstáculos a sí mismas, encerradas de algún modo.

¿Qué había de divertido en eso? ¿De estimulante? Nada.

Vivir no podía resumirse en eso; vivir era otra cosa muy distinta.

Después de su escrutinio, al que me enfrenté con mi sonrisa de flirteo más potente solo para enrabiarla, gruñó y percibí cómo su máscara caía del todo.

—¿Siempre tienes activo el modo «coqueteo»?

—¿Qué? ¡No! —Me eché a reír y ella me fulminó con la mirada cuando mi mano salió despedida de forma instintiva y le acarició el brazo, demostrándole que quizá sí que lo tenía—. O sí... No lo sé, yo... soy así. No hay más que esto que ves, nena.

Me miró de arriba abajo, alzando una ceja de forma despectiva.

Podía haberlo hecho deprisa, de la misma forma en la que te observaría una madre o una profesora cuando está decepcionada con lo que ve, pero no. Lo hizo de forma lenta, dedicando el tiempo necesario a cada parte de mí como para memorizarme, o al menos así me sentí. Como una puta rata de laboratorio que no sabe lo que le espera.

Mi pelo. Mis ojos. Mi cuello; parándose más de lo debido cuando tragué saliva con nerviosismo. Mi ropa. Mis manos. Mi torso. Hasta llegar a mis pies.

Nunca me había avergonzado tanto de tener unos pies horribles.

El silencio se masticaba, pero nunca me he sentido incómodo ante los silencios; sirven para compartir demasiadas cosas que las palabras no saben transmitir.

Ella entonces tampoco lo pareció; estaba tan ensimismada en lo que fuera que la bloqueaba que creo que no fue consciente de que la situación estaba cargada.

¿De qué? De una tensión sexual por mi parte bastante clara. Quería follarme a Jimena, no es un secreto; creo que, dadas las circunstancias, ni para ella lo era. Pero también estaba cargada de otra cosa que nunca me hubiera esperado; de algo demasiado suyo que nunca me había encontrado en alguien.

Jimena parecía estar tan perdida en su propia vida que asustaba. Como esos libros de imágenes en los que tienes que descubrir qué objeto es el que sobra de una fotografía. Un reloj digital en una imagen de la Edad Media.

Eso era Jimena.

Se observó a ella misma, con los ojos turbios por el alcohol que a todas luces no le sentaba demasiado bien, y dejó escapar unas palabras que ambos sabíamos que eran mentira.

—Yo también soy así.

—¿Estás de coña? Te escondes todo el tiempo, Jimena. Como una tortuga dentro de un caparazón. Es imposible que esto seas tú. Me niego a creerlo.

—Una tortuga —repitió; después sus labios se convirtieron en una fina línea.

Se cerró un poco en banda, pero rectificó rápido para no perderla de nuevo.

—Lo que veo es bueno, pero creo que escondes lo mejor.

Asintió, como si mi explicación significara más de lo que ya lo hacía.

Serví más vino y ella no se negó.

Eran más de las doce y ninguno de los dos parecía querer moverse de allí, a pesar de sus constantes intentos de huida. Me di cuenta de que habíamos compartido mucho más en dos horas que en tres semanas; y también de que Adri tenía razón cuando me había confesado que su prima estaba bastante perdida; que ambos lo estábamos.

—Como chucherías y veo clásicos antiguos.

—¿Qué? —pregunté sorprendido, porque no entendía a qué venía aquello.

—Para relajarme. Me gustan las gominolas y el cine en blanco y negro. También leo, pero eso lo hago todo el tiempo, así que no creo que cuente. Y antes cosía, pero ya no.

—¿Chucherías?

—Sí. —Sonreí y la miré con una expresión tierna que no le gustó, pero que me dio igual, porque eso era lo que me provocaba.

Y es que Jimena comía chucherías para relajarse; era de locos. No salía a bailar con amigas, ni hacía deporte o alguna otra actividad fuera de lo habitual como un modo de darse un respiro, ni follaba en sitios públicos u organizaba viajes con algún chico que la hiciese feliz, sino que comía gominolas. Como una niña pequeña que encuentra algo reconfortante en un acto tan simple.

—Chucherías —repetí.

Enseguida sacó sus garras.

—Son veneno, Bruno, pero también odiosamente adictivas. Como ves, soy bastante aburrida.

Podría parecerlo, teniendo en cuenta que era una chica que vivía para trabajar, para leer, para cuidar su alimentación y mantener su casa como los

chorros del oro, y que como único vicio tenía el saltarse sus normas dietéticas de vez en cuando e hincharse a dulces hipercalóricos. Pero no lo era. No para mí.

—No te creo. Ahora me estoy divirtiendo contigo. ¿Tú no? —le pregunté, con miedo a que me dijera que era un coñazo.

—Puede. —Se encogió de hombros y, ante la risa que tuve que contener mordiéndome los labios, me lanzó un cojín—. No te rías.

—No iba a hacerlo.

—Y no me mientas.

—Vale. Iba a hacerlo. —Y exploté en una carcajada ruidosa. Ella bufó y me llamó «niñato» por lo bajinis—. ¿Qué? Me haces gracia, Jimena. Eres... eres divertida.

Una sombra de sonrojo cubrió su morena piel. Vale, otra pista que me decía que Jimena no llevaba demasiado bien los halagos, lo que me hizo asimilar que, conociéndome, iba a empezar a halagarla sin parar.

—Un chiste andante. —Suspiró—. ¿Qué haces tú? Para relajarte.

«Fotografío todo lo que merece la pena ser mirado. Intento hacer feliz a la gente que quiero, aunque no siempre me lo permitan. A veces paseo por la ciudad cuando todos duermen. Follo. Me masturbo. Me enamoro de cosas. Pienso en sexo cada diez minutos y en el amor cada siete. Vivo, Jimena».

—¿De verdad quieres que te conteste?

Entonces sucedió algo que aún no había conseguido, Jimena se echó a reír.

Su risa era bonita. Tenía la voz ronca, profunda. Su risa también lo era. Como si brotara de sopetón y no fluyera. Verla reír me hizo percibirla más bonita aún a ella.

—Vale, acabo de imaginarte haciendo algo inapropiado. Di lo que sea para borrar la imagen. Ya —ordenó, aguantando la risa sin éxito.

—¿Por qué? A mí me gusta que me imagines desnudo. —Apoyé el codo en el respaldo del sofá y me acerqué a ella.

«¡Jimena, no mires, pero creo que estamos a doce centímetros de tocarnos!».

—¿Por qué crees que estás desnudo en mi cabeza?

—Acéptalo, nena.

—No me llames así —me interrumpió.

—Aquella imagen te marcó.

Me reí, pensando en aquel primer día en el que su cara era un auténtico poema, pero que, pese a la situación que se encontró, no huyó, sino que se

quedó allí, observando al hombre desnudo del salón.

Fui consciente una vez más de esa contradicción andante que era Jimena, que en vez de haberse marchado enfadada y escandalizada, había memorizado mi cuerpo con más descaro del que nunca podría imaginarse que vieron mis ojos.

—No para bien.

—¿Eso significa que has vuelto a recordarla a menudo?

—¡No! —gritó, ofendida pero pillada.

—Joder... ya sé lo que tengo que hacer cuando quiera encontrarme con la verdadera Jimena. Darte vino.

Bufó y se giró también, quedando ambos uno frente al otro, retándonos.

Jimena no lo sabía porque aún no me conocía, pero con esa actitud desafiante solo estaba consiguiendo que me muriese de ganas de seguir tirando del hilo. Estaba cachondo, nervioso y más alerta que en meses, pero había algo más determinante, y es que estaba totalmente asombrado e interesado en saber más de aquella chica pequeña y enfadada con el mundo.

Y Jimena... pues ella simplemente cambió de actitud, dejó de comportarse como una controladora nata y se dejó llevar un poco, lo justo para que el tonto comenzara a engancharnos.

—¿A eso te dedicas en tu tiempo libre? ¿A emborrachar chicas para bajar sus defensas?

—Para bajarles las bragas, pero así suena mucho mejor, ¿dónde va a parar!

—Eres odioso. —Clavó sus ojos en los míos y comprobé que brillaban; eran de un extraño color mostaza, como aquel sombrero que se había visto obligada a regalarme y que yo le había devuelto en forma de lana; el derecho tenía dos puntos negros en su iris. Después, sonrió de medio lado—. ¿De verdad te funciona esto?

—¿El qué? —dije, confundido.

—Esto. —Me señaló con su copa y le dio un trago antes de explicarse—. La caída de pestañas. El pelo de *surfer*. La sonrisa de quinceañero travieso.

—¿Quinceañero travieso? —Y le regalé una de esas sonrisas que tantas camas me había abierto.

—Sí, de niño bueno que en cuanto te giras te la clava por la espalda.

—Por la espalda, por el...

—¡Dios! ¡Para ya! Es horrible —gritó, sacudiendo los brazos.

Me reí y ella no, pero ya no estaba tensa, solo expectante, curiosa.

—Suele funcionarme, aunque contigo ya veo que no tengo nada que hacer

con este pelo. —Tiré de uno de mis mechones incontrolables y ella lo observó volver a su sitio al soltarlo—. ¿Cómo tendría que ser para conseguir bajar «tus defensas» de encaje? Porque solo puedo imaginarte con encaje, no me vengas ahora con que tú usas ropa interior deportiva, sosa y práctica.

—No voy a contestarte a eso.

—¿Por qué no? Vamos, Jimena, ¿de qué tienes miedo? ¿De que use esa información con fines indecentes? ¿Tengo que teñirme de pelirrojo para gustarte? ¿Hincharme a esteroides? ¿Hacerme un *piercing* en la polla? Dime que esto último no, por favor, le tengo mucho cariño a mi polla.

Me escudé en el humor, pero su mirada se ensombreció. Me la sudaba de qué color llevara las bragas, esto no iba de eso y en realidad yo nunca había sido nada exigente con esos temas, pero ella sabía que mi pregunta iba un paso más allá.

¿Por qué se resistía tanto Jimena a entrar en el juego, pese a que se notaba que le podían las ganas por hacerlo? Sabía aceptar un no por respuesta y nunca había sido un problema para mi ego, pero es que allí no se respiraba el no, ni el sí, ni nada. Allí se respiraba otra cosa que Jimena expulsaba por cada poro de su piel.

La contención más bestial y dañina que yo había visto en toda mi vida.

—Yo no sirvo para tener relaciones, Bruno.

—¿Qué estás diciendo? ¿Miedo al compromiso? ¿A perder tu identidad? ¿Tu independencia? ¿Malas experiencias en el pasado? Eres joven, Jimena, ningún tío se merece marcarte tanto.

—No, no es eso. Es que...

Dudó y supe que para ella aquello era un tema importante, algo que le pesaba y que le incomodaba. Que ya la habrían juzgado antes por ello, así que le rocé la muñeca en un gesto rápido, antes de que rompiese la copa contra la mesa como respuesta y me la cortara con el cristal o me mordiese por tocarla sin permiso, qué sé yo, y fui sincero con ella, porque si algo había aprendido a lo largo de los años era que nadie era quien para opinar sobre la vida sentimental de otros.

—Dímelo, no voy a juzgarte. Soy la última persona sobre la faz de la Tierra que tendría derecho a hacerlo. Mi vida es un desastre, ¿recuerdas?

Y, sorprendentemente, ella me creyó.

—Siempre me ha gustado estar sola. No me gusta compartir. Supongo que soy egoísta, pero es que no me atrae la idea de tener que dividir mi espacio ni mi tiempo para algo que no sea de mi interés. No sirvo para esto y no sé

explicarlo mejor. Me he sentido atraída por personas, pero... no soy capaz de sentir nada y eso me hace sentirme mal conmigo misma, como si estuviera defectuosa o algo. Creo que no debería beber más vino —aportó riéndose, pero aquella risa no fue bonita, sino hosca y cargada de reproches hacia su persona.

—¿Nunca has salido con nadie? ¿Me estás diciendo eso?

—Sí que he salido con chicos, pero me refiero a ese «algo más» que todo el mundo desea vivir. Yo ni lo he sentido ni lo deseo.

—Hablas de amor.

—Llámalo como quieras.

—Eso es porque no lo conoces.

Torció el gesto y se colocó un mechón inexistente detrás de la oreja.

—No deberíamos hablar sobre esto. No está bien. Y no me gusta hacerlo.

—Jimena, las personas hablan. Del tiempo, del tráfico, de la inflación de los impuestos y a veces del amor. ¿Podrías comportarte un rato como una persona normal? Como regalo de cumpleaños para mí. —Dejó escapar una bocanada de aire con fuerza y asintió con desgana—. ¿De verdad nunca te has enamorado?

—No. —Hizo una pausa, pero al final su curiosidad ganó la batalla y la pregunta salió de sus labios—. ¿Tú?

—Yo... —Me pasé las manos por el pelo y solté una risotada—. Sesenta y siete veces. Sesenta y ocho si contamos lo de aquel campamento de verano en quinto curso.

—No me pidas que hable en serio si no vas a hacerlo tú.

Puso los ojos en blanco y se tensó, pero mi intención no era quedarme con ella, sino que entendiese que aquello sí que no podía estar sujeto a planificación alguna, como lo estaba el resto de su vida.

—Estoy siendo sincero. Podría enamorarme una vez a la semana. O cinco. O una vez en diez años. El amor es algo libre, Jimena. No se puede controlar.

—¿Me estás diciendo que, siendo algo tan grande para ti, lo has vivido sesenta y siete veces? ¿No estás quitándole valor?

—No, todo lo contrario. El amor rige mi vida, me corre por la venas. Por las de todo el cuerpo —aporté, alzando las cejas con picardía.

—No seas crío.

Clavó la mirada en la mesa y yo la observé, mientras pensaba en lo fácil que había resultado siempre para mí colgarme de las chicas que se cruzaban en mi camino. Llevaba nueve años con Iris en una montaña rusa en la que de

vez en cuando cada uno hacía su vida, como en aquel altibajo que me había hecho acabar en ese sofá con Jimena.

Me había acostado con otras y ella también con otros.

No obstante, siempre volvíamos a las andadas. Iris, porque no soportaba la idea de que yo rehiciese mi vida en serio con nadie más allá del sexo esporádico y yo porque... porque me tenía bien cogido por las pelotas y porque había algo más grande en todo aquello que compartíamos que sí lo merecía.

Por primera vez, allí sentado y mirando el modo en el que Jimena daba vueltas a su copa, me sentí más despierto que en años. Y quise decírselo de la única manera que se me ocurrió, escudándome en la provocación, en mi supuesta inmadurez y en el humor.

—¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Dos. Me he enamorado dos veces en mi vida.

—Me imagino que una es Iris. No me digas que no, porque me levanto y me voy.

Le sonreí y asentí con la cabeza.

—Sí. Iris fue la primera.

—¿Y la otra? —preguntó, con los ojos llenos de esa curiosidad enfermiza que ya había descubierto que vivía en ella, pero que, sin el poder del vino, no hubiese dejado libre.

—De la otra aún no lo estoy, pero lo estaré.

—Eso no vale.

Y dije la mayor tontería que había dicho en la vida, sin saber que un día recordaría ese instante como la mayor realidad de todas.

—Es que aún es pronto para decírtelo, pero voy a enamorarme de ti, Jimena.

Se giró y sus ojos me abarcaron. Aun así, no pareció ofendida, solo asombrada y mucho más perdida que hasta el momento.

—No tiene gracia.

—Es cierto, no la tiene, pero es la verdad.

—Estás borracho.

—Podría ser, pero no ciego.

—No deberías decirme que no soy normal cuando tú te comportas como un niño. Y si piensas que voy a abrirme de piernas por un par de chorradas edulcoradas, vas jodido.

Me encogí de hombros y me eché a reír ante su ataque.

Me moría por un cigarro, pero intuía que a ella no le gustaba aquel vicio y la respeté. Aunque pueda parecer lo opuesto, solo deseaba que se sintiera a gusto.

—Yo solo te lo digo para que no salgas corriendo cuando ocurra.

—Tranquilo. Podré soportarlo —ironizó.

—¿Cuál ha sido tu relación más larga? —pregunté entonces, acabando con esa tensión extraña que había provocado entre nosotros.

—Estuve seis meses follándome a un compañero de estudios.

Sonreí y mi polla dio un brinco dentro de mis pantalones. Fue el modo tan frío y carente de emoción al decirlo, la forma de sus labios al dibujar un «follar» con ellos, la imagen de Jimena entregada a todo aquello.

—¿Sabes que hablas como el ochenta por ciento de los tíos?

—Madura, Bruno. Las mujeres ya no cumplimos un estándar de románticas ni sumisas. Algunas practicamos sexo solo por el placer de hacerlo. Incluso llevamos la iniciativa, ¿sabes? —dijo con sarcasmo.

—¿Y cómo tiene que ser él? Ya sé que no te enamoras y todo eso, pero ¿cómo es el tío con el que repetirías en la cama? —le corté.

Meditó la respuesta, mientras yo la observaba, con una de sus manos masajeando su empuje sin parecer consciente del movimiento y con la otra haciendo bailar el líquido de su copa.

Quise estar dentro de ella.

No, fue incluso algo más allá, algo mejor; quise fotografiarla.

Como no pude, el «clic» sonó en el interior de mi cabeza.

Una sonrisilla astuta cruzó su rostro antes de empezar a hablar.

—Un tipo serio, de esos que no usan el humor como escudo de nada, pero que te hacen reír cuando de verdad lo necesitas con algún comentario mordaz e inteligente. Responsable, con las cosas claras y sin miedo a ser un igual en la relación. Que no me abrace ni me toque, aún menos si estoy nerviosa. Que sepa estar callado. Que no me haga sentir nada más que placer cuando hay sexo. Que no me presente a su familia. Que no quiera tener hijos. Que su vida y la mía no se mezclen, solo se crucen de vez en cuando, lo justo para darnos lo que necesitamos y luego cada uno a su casa. Con un tipo así hasta me casaría. —Se rio de su propia gracia.

Me quedé callado, hasta que encontré algo que decir ante la superioridad de su mirada.

Su frialdad era desconcertante.

—Vaya. Suena aburrido. Empiezo a pensar que es verdad eso de que no eres la alegría de la huerta y esa impresión que me he formado sobre ti se debe al vino.

Alzó una ceja y me regaló una sonrisa fingida antes de continuar con su discurso.

—Moreno. Grande. De ojos oscuros y mandíbula cuadrada. De los que parecen haber nacido envueltos en un traje hecho a medida y oliendo a Armani Code.

No pude evitar analizar mis bermudas de flores y mi sencilla camiseta. Era de publicidad de una conocida marca de ron. Oler no olía mal, porque me había duchado ese día, pero recordé el único perfume que guardaba en mi neceser y suspiré entre avergonzado y divertido.

—¿Eres consciente de que acabas de describir a mi némesis?

—Es posible.

El silencio volvió. Solo la voz de Steve Garrigan, de Kodaline, cantando *All I Want* lo cortaba, llenándolo de acordes y palabras de amor que yo había sentido correr por mis venas una cantidad incontable de veces y que ella se negaba poder sentir. Después se incorporó un poco y me llenó la copa vacía con el escaso vino que quedaba en la botella, antes de levantarse del todo y dejar la suya sobre la mesa.

Se giró y me sonrió a medias, dando por finalizada la velada y desapareciendo por el pasillo en dirección a su dormitorio.

—Ese tipo no tendría nada que hacer conmigo en un duelo a muerte, ¿que lo sepas!

—¿Y qué harías? ¿Le sacarías un ojo con tu collar de bolitas?

Acaricié el viejo collar de bolas de madera que tanto de mí albergaba y que nunca me quitaba, y sonreí.

—¡Esto no va a quedarse así! Lo sabes, ¿verdad?

—Hasta mañana, Bruno.

Su voz fue lo último que oí antes de que cerrara la puerta.

Supe que lo había conseguido, que ella se había acostado aquel día con una sonrisa, y daba igual que soñara con otros tíos rollo ejecutivo que se la follaran en silencio y nunca la abrazasen, porque aquello solo era gracias a mí.

Jodida Jimena... qué rápido se me enredó por dentro sin darme cuenta.

Jimena

Me dolía un poco la cabeza. Era como un temblor persistente en la sien, pero sabía que se me pasaría desayunando y tomándome un ibuprofeno.

Nunca había sido muy tolerante al alcohol, solo necesitaba un par de cervezas para notar su efecto en mí, esa sensación de ligereza, de serenidad en el cuerpo, de que las cosas no pesan tanto y la importancia de las decisiones se atenúa.

Por eso no bebía, entre otras cosas.

Antes sí lo hacía.

Siendo una adolescente lo había hecho como un modo de soltarme más de la cuenta, de actuar sin darles mil vueltas a las cosas, de perder el control sin poder escuchar a esa conciencia que tenía que me decía continuamente que eso o aquello estaba mal, y para sentir todas esas emociones que mis amigas decían conocer y que yo no había llegado ni a rozar con los dedos.

Había acabado con bastantes lagunas que nunca llegaban a completarse del todo al día siguiente, visto amanecer en camas extrañas que no me habían aportado más que un orgasmo, si tenía suerte, y muchos remordimientos, consiguiendo enemistades por no ser capaz de dominarme cuando me pasaba de la raya, con el regusto en la boca extraño que dejaba la resaca y el vacío de que todo aquello nunca me había aportado nada.

Nada.

Lo había intentado y dejarme llevar no me servía. Anular el control de mis instintos solo me había llevado a follar mucho y no siempre bien, y a acumular anécdotas que a nadie le interesaban porque solo mostraban que había una parte de mí que estaba dormida, congelada, que no funcionaba.

A no sentir nada que fuera bueno.

Por eso había aprendido a no dejar nada al azar, a mantenerme cauta, a decidir que yo no era una persona emocional en ese sentido y que no pasaba nada, que no era algo malo, y sí lo era el dejar libre a esa Jimena que no me gustaba.

Y por eso tampoco bebía habitualmente y haberlo hecho con Bruno la noche anterior había sido una excepción movida por vete a saber qué.

Recordaba su cara cuando había aparecido por la cocina como si le pesara el mundo. Después sus palabras, con ese tono triste y de niño desvalido: «Ya,

pero es mi cumpleaños». Su sonrisa de agradecimiento y alivio cuando le había propuesto compartir la cena. Su rostro esperanzado y casi suplicante cuando, ya con los cacharros fregados, me había ofrecido a acompañarlo al sofá y tomar una última copa. Como un crío perdido y con carencias que solo yo podía suplir, haciéndome sentir una bruja en caso de no asentir a sus peticiones.

Así que lo había hecho, porque sabía que era lo correcto, y después... después de todo aquello y de aceptar que estar con él allí era algo bueno que tenía que hacer, más por moral que por otra cosa, el ambiente cambió y me relajé.

Comencé a sentir una placidez en las tripas provocada por el vino que hacía años que no me permitía experimentar. Me centré en escuchar a Bruno, en torear sus continuos halagos y coqueteos, en conseguir que se lo pasase bien por un rato, ya que, al fin y al cabo, era su cumpleaños y me sabía mal que se resumiese en un día de mierda.

Y lo conseguí.

Me di cuenta de que no solo él se estaba divirtiendo, sino que yo también. Que había dejado de estar a la defensiva, al menos todo el tiempo, y que aquello... había estado bien. Lo cual no lo estaba en absoluto.

Me levanté y salí de mi habitación de puntillas, intentando hacer el menor ruido posible para no tener que enfrentarme a Bruno desde tan buena mañana, con la cabeza taladrándome el cerebro y con el pelo revuelto.

Seguramente, de cruzármelo, le hubiera escupido fuego por la boca como un dragón.

Me di una ducha y me preparé, ya algo más tranquila al acercarme al salón a por mi bolso y oír los leves ronquidos que salían de su habitación. Porque sí, también roncaba; lo tenía todo para ser la antítesis de ese supuesto hombre perfecto que yo le había definido esa madrugada. Su némesis, lo había llamado Bruno.

Ni siquiera podía creermelo el haber acabado hablando con él de ese tema, el haberme sincerado de un modo que solo lo había hecho con Laura y con Adri.

No comprendía qué había sucedido, pero de repente me había hecho plantearme de nuevo ciertos aspectos sobre los que prefería no reflexionar y no había podido evitar compartirlos con él, porque con Bruno parecía sencillo.

Él sentado allí, tan tranquilo, tan relajado, como si todas las cosas malas de la vida le resbalaran por encima de una capa de protección. Descalzo, moviendo sin parar los pies, los brazos, colocando la mano debajo de su tobillo, como si estuviéramos en una jodida playa un anochecer cualquiera conociéndonos y compartiendo una botella de vino.

Era todo tan... tan natural, tan directo, tan sencillo en muchos aspectos que se me tornaba complicado.

Desayuné una taza de café, dos barritas integrales y una manzana, y, después de lavarme los dientes, me puse los botines de tacón y me dirigí a la puerta.

Antes de abrirla, frené en seco y, boquiabierta, arranqué de muy malos modos la nota que estaba pegada a la madera.

Gracias por celebrar mi cumpleaños, Jimena. Pese a que te vieras un poco obligada a acudir a la fiesta. Ahora que ya he podido atisbar levemente todo lo que escondes, no pienses que esto se va a quedar así.

*La próxima vez me he propuesto llegar a los diez centímetros.
¡Que tengas un buen día, tortuga!*

—Será imbécil.

Salí de casa refunfuñando y, hasta que no pisé la acera de la calle, no sentí que volvía a respirar.

Fue una mañana movida en la que, a pesar del trabajo acumulado en la oficina y de tener que acompañar a Carmen a recoger una cantidad indecente de ropa a una conocida tienda de firma, tuve incluso tiempo de comerme la cabeza lo suficiente como para adelantar la llamada diaria de Laura y esconderme en mi descanso en los lavabos para telefonarla. Su sorpresa al descolgar fue más que evidente, porque las llamadas de urgencia no eran lo mío, sino más bien lo suyo.

Después de dejarla regodearse un poco en el hecho de que yo no era un robot sin corazón y que a veces la necesitaba, le conté lo acontecido la noche anterior. Lo hice con más detalles de lo que me hubiese gustado, pero me estaba sentando tan bien el desahogo que fui incapaz de parar hasta llegar a la nota pegada en la puerta esa misma mañana.

—Las tortugas son monas.

—No lo son. Son lentas. Torpes. Aburridas. Duras. Rígiditas —repliqué yo,

rechinando los dientes ante su risa.

No comprendía qué era lo que le hacía tanta gracia, porque no la tenía en absoluto.

—¿Sabes que me acabo de dar cuenta de que eso te describe a la perfección?

—Lau...

—Vale, perdona —respondió, cambiando el tono por uno más dulce—. ¿Y qué es eso de los diez centímetros?

—No tengo ni idea.

Llevaba toda la mañana dándole vueltas. A eso y a otro montón de instantes de aquella velada inesperada.

Odiaba los secretos. Las sorpresas. Los acertijos. A mí las cosas claras y el chocolate espeso, de toda la vida, y Bruno, aunque fuera un tío directo y bastante transparente, era de los que jugaban constantemente, con segundas, y aquello me enfadaba sobremanera. Me descolocaba. Me provocaba una curiosidad enfermiza y una rabia difícil de canalizar.

—Dime que no hablasteis de medidas... Tú ya me entiendes.

—¡No! Además, ya lo he visto desnudo y diez es solo el principio... —se me escapó, recordando de nuevo el sublime desnudo de Bruno, porque daba igual lo insoportable que me pareciera la mayor parte del tiempo, era un dato objetivo que Bruno estaba bastante bueno.

—Serás cochina...

Nos reímos. Me di cuenta de que llevaba semanas sin hacerlo de esa manera, con tranquilidad, con la confianza de los años, con verdaderas ganas. Que desde que había llegado a Barcelona mi vida había sido bastante insípida. Superficial. Fría. Tanto en lo que se refería al trabajo como en todo lo demás que quedaba para mí.

Cero pasión por mi parte. Cero emoción.

No me importaba, pero sí que me hacía asumir que Bruno había sido lo único que había conseguido que yo sonriera a menudo. Me había hecho sentir incómoda con la situación, pero no conmigo misma, como me pasaba cada vez que comenzaba a conocer a alguien.

—En serio, fue... raro. Ni siquiera sé por qué cedí y acabamos hablando de tantas cosas que no venían a cuento.

Laura suspiró; supe que se estaba cargando de paciencia para una conversación que ya habíamos tenido innumerables veces. Mi excéntrico modo de pensar ya era demasiado familiar para ella.

—Fue normal, Jimena. Las personas se relacionan. —Puse los ojos en blanco ante su tono de voz, como el que usaría para explicarle a una niña pequeña algo tan obvio como que el sol sale por las mañanas—. A veces de forma superficial y otras veces dos personas conectan porque sí, sin más motivos que el hecho de que, de alguna manera innata, se entienden. ¿Entiendes tú lo que quiero decirte?

Por supuesto que lo comprendía, pero no me apetecía aceptar que era verdad eso de que Bruno y yo habíamos conectado de algún modo, pese a lo ridículo que me parecía el simple hecho de pensarlo; menos aún delante de ella, que estaba segura de que ya me había imaginado con tres trajes de novia distintos.

—No necesito tu sabiduría zen ahora mismo.

—No, lo que necesitas es un guantazo. O un casquete, no lo tengo muy claro.

Sexo. Lo medité y era posible.

Llevaba unos meses sin mantener relaciones y no estaba acostumbrada, porque mi vida sexual en el pueblo había sido bastante activa, nada apoteósica, pero sí que mantenía encuentros esporádicos con un par de amigos que respetaban que era lo único que había. Quizá solo necesitaba eso, soltar la tensión a través de una noche de sexo guarro y sin sentimiento.

Sin embargo, darle la razón a Laura no era una de las cosas que se me dieran especialmente bien.

—No creo que esa sea la solución a nada, porque no fue más que una excepción, Lau. Cuando regrese, Adri estará feliz de que nos hayamos llevado bien sin él. No hay más.

—Entonces, ¿por qué me estás contando esto? Te conozco lo suficiente, para mi desgracia, como para saber que si estás dándole vueltas a tu fiesta con Bruno es por algún motivo.

—No fue una fiesta —me defendí, porque no sabía qué más podía decir ante eso.

—¿No era su cumpleaños? Pues punto pelota. Si no estuvieras rayada por lo que sea que sientes dentro de tu caparazón de piedra, ni siquiera me lo hubieras contado. Lo cierto es que me sorprende. ¿De qué tienes miedo?

No lo sabía. No sabía qué había en todo aquello que me asustara tanto como para mantenerme en un estado de negación del que no salía. El problema radicaba en que me daba más miedo averiguarlo.

—Deja de hacer chistes de tortugas. —Se rio y asumí que esa batalla la

había ganado ella—. Y tienes razón —pude sentir cómo su ego se hinchaba por momentos—, solo que me sorprendió, eso es todo. ¿Qué tal vosotros? ¿Alguna novedad? —pregunté, mostrando más interés del que sentía con la intención de cambiar de tema.

—Bien. De hecho ahora mismo estoy hablando contigo boca abajo.

—¿Boca abajo?

—Sí, ¿no has escuchado nunca que es bueno para que el semen profundice y encuentre antes el óvulo?

—¿Estás de coña?

—No. Lo he leído en internet.

—Dios mío, Lau...

Me la imaginé desnuda, con las piernas apoyadas en el cabecero de su cama, la cabeza sobre el colchón y el teléfono colgado de la oreja. Ah, y con cara de recién follada.

—¿Qué? Es el milagro de la vida, Jimena, ¡la vida en el sentido más literal de la palabra! Cuando te acuestes con Bruno, te dejaré hablar de su semen y tu útero, ¿de acuerdo?

—No voy a acostarme con Bruno.

—¿No? Pues con el que sea.

«Con el que sea».

Ni siquiera me había sonado mal. De hecho, la posibilidad me sonaba bastante bien.

Al volver a casa llovía. No mucho, aunque sí lo suficiente para que notara la humedad colándose por mi cazadora.

Estaba cansada. Terriblemente cansada, siendo honesta.

Después de una jornada larga y aburrida aunque productiva, había decidido acercarme a un gimnasio que no pillaba muy lejos de casa y sacarme un bono de la piscina como un modo para descargar toda esa tensión que comenzaba a acumular. Y es que estaba claro que el trabajo no estaba resultando ser lo que esperaba, pero prefería no pensar en ello.

En realidad nada de aquel traslado estaba resultándolo.

También paseé y entré en una mercería, de la que salí con una bolsa con un par de retales con estampados geométricos que no había podido evitar comprar. ¿Para qué? Para almacenarlos en una caja hasta que guardaran polvo, como hacía siempre.

Di un rodeo para cargar con algo de fruta en un local de comida ecológica

del que me había enamorado y me sorprendí al darme cuenta de que ya eran las nueve. Supuse que no podía alargar más mi encuentro con Bruno sin acabar con una buena gripe.

Abrí la puerta, deseando que él fuese un tipo sensato y adulto que agradeciera mi actitud del día anterior, pero que no esperase nada más. Anduve los metros del pasillo pensando en que ojalá me recibiese con una sonrisa y un «¿qué tal el día?», pero algo cordial, civilizado y después se fuera a vivir su vida, dejándome sola y permitiendo que todo siguiera su curso. Pero no.

Llegué a la puerta de la cocina y me encontré con algo que hizo que me enfadase en el acto.

—Hola, te estaba esperando. Pensé que no te pillaba, porque tengo que irme a trabajar en una hora. Creo que...

—¿Qué es esto?

Cerré los ojos. Olía a curry y a sésamo. Se me hizo la boca agua.

Los abrí y me encontré con los de Bruno. Llevaba un pantalón de chándal rojo con franjas blancas en los laterales. Era algo acampanado, y lo acompañaba con una camiseta blanca ajustada con el dibujo de una bola de discoteca. Parecía recién salido de la serie *Aquellos maravillosos 70* y, pese a ello, el conjunto en sí le quedaba sorprendentemente bien.

—Se llama comida. Sirve para no morirte y todo eso —contestó, señalando los platos ya servidos, mientras mi estómago rugía.

—Ya sé lo que es.

Y ahí estaba de nuevo, esa expresión esperanzada. De niño, de inocencia, aunque ambos supiéramos que Bruno de inocente tenía poco y de pícaro mucho.

Nos miramos. Yo seria, él sonriendo con todas sus ganas puestas en ese gesto. Yo inquieta, él como si recibirme con la cena servida fuera algo tan habitual que no tuviera sentido alguno que me sorprendiera. Yo enfadada, porque una parte de mí quería aceptar en el acto, sentarme y comer en silencio, pero había otra que me gritaba con todas sus fuerzas que aquello no era conveniente, que el presentimiento que me estremecía al pensar en Bruno tenía que deberse a algo.

Al final él rompió el silencio, siendo más valiente que yo, más claro; más inteligente, quizá.

—Entonces ¿qué es lo que me estás preguntando? —dijo, como si no comprendiera mis dudas; seguidamente abrió los ojos con sorpresa y se acercó

a mí con confianza, apretando mi hombro y guiándome hacia la mesa, como si no supiera hacerlo por mí misma—. Ah, claro, ¿me olvidaba de que eras tú! Esto es una cena de compañeros de piso, Jimena. Nada sórdido que nos lleve derechos al infierno. Yo hablo mucho y odio cenar solo, porque nadie me escucha y me siento idiota hablándole a un ficus. —Señaló una planta que parecía mirarnos desde la ventana que daba a la galería; me ayudó a quitarme la cazadora empapada y la puso sobre el radiador—. Tú eres buena fingiendo que escuchas, aunque sea posible que ignores al otro en vez de prestarle atención, pero con eso me vale. ¿No lo ves? Es una combinación perfecta, nena.

—Ya te he dicho que no me llames nena.

—Perdona. Una combinación perfecta, Jimena. Como las uvas con queso. —Fruncí el ceño, porque las palabras «saben a beso» hacían eco en mi cabeza después de haber pronunciado ese refrán de forma incompleta; él notó mi incomodidad y se mordió el labio pensativo, mientras se revolvía el pelo. Le costó dar con otro ejemplo más correcto para mí, pero finalmente sus ojos brillaron y me regalaron una sonrisa traviesa que fue la que me impulsó a sentarme—. ¿Como la cerveza con ganchitos?

—¿No se te ocurre nada mejor? —le debatí con seriedad, manteniendo un poco mi rigidez de siempre, aunque en realidad me sentía más confundida que nunca.

—¿Me estás retando? No me hagas decirte alguna obscenidad, que la tengo en la punta de la lengua y no quiero que salgas corriendo.

Asentí, pero tuve que contenerme para no preguntarle qué podría decirme él a mí que me hiciera salir huyendo, si yo de la vida sabía mucho y poco podría asustarme a esas alturas.

No quería tirar del hilo del tongo, pero flotaba en el ambiente sin poder refrenarlo. Bruno tenía algo, algo sexual que transmitía solo con respirar, algo natural.

Me pregunté cómo sería el sexo con Bruno, si ruidoso y un tanto eléctrico, como era él, o pausado y algo moñas, como intuía que se comportaba en sus relaciones. O quizá guarro y rápido, como el adolescente con las hormonas fuera de sí que a veces me parecía.

Después de plantearme esa cuestión y regañarme por ello, me tensé y negué cuando me mostró una de las botellas de vino que le habían regalado el día anterior.

—Vale, pero nada de alcohol.

—Me parece bien. —Se sentó y se metió una patata en la boca; tras tragar, empezó a hablar, mientras me acercaba un trozo de pan con pipas y partía otro para él. Era obvio que la cena no había salido de sus torpes manos para la cocina, sino que la había comprado en el hindú del final de la calle, pero el gesto me produjo una sensación extraña—. Me muero por contarte lo que me ha pasado hoy. Tenía una sesión en una academia de danza. El caso es que me he visto encerrado en una clase de zumba en la que la alumna más joven rondaría los sesenta. ¿Tú sabes lo que soy para esas mujeres? Un caramelito, Jimena. No tenía encanto para todas.

Sonreí. Fue instantáneo. Porque Bruno era gracioso. Era su modo de contar las cosas; me recordaba a un niño, pero a uno con la capacidad de conversación de un adulto. Y después... pues después mandé a mi conciencia a tomar vientos y nos serví vino a ambos, acallando esa voz constante que me martilleaba la cabeza pidiéndome que no me alejara de mi zona segura.

—Me hubiera encantado verlo.

—Habrías disfrutado de lo lindo siendo testigo de cómo me sobaban sin pudor. Eres tan perversa que no hubieras acudido a mi rescate.

—Ya nos vamos conociendo.

—Sí, supongo que sí.

Y quizá aquello no estuviese tan mal, después de todo.

Bruno

Jimena y yo creamos rutinas. Fue un cambio bestial en el que llegar a casa, por primera vez en meses, resultaba algo reconfortante para mí.

Después de aquellas primeras cenas vinieron semanas llenas de calma, sosegadas, en las que nos fuimos acostumbrando el uno al otro y compartimos parte de nuestra jornada como algo normal, dándome la sensación incluso de que llevábamos años haciéndolo.

Yo me mantenía algunos días un poco ausente, entre visitas fugaces que nunca acababan bien a mi antiguo hogar y largas conversaciones telefónicas con Iris en las que era cada vez más consciente de que se me acababa el tiempo, de que por primera vez lo nuestro estaba más cerca del fin que en cualquier otro punto del camino y de que debía encontrar una solución si no quería perderlo todo.

De hecho, llevaba sin saber nada de ella desde hacía una semana y, aunque lo pasaba mal a ratos, seguía creyendo que en algún momento volvería con una bandera blanca. Solo consistía en esperar, como siempre, aunque que tuviese ese poder sobre mí me hiciera sentir un auténtico fracasado.

Nunca hablábamos de ese tema, como un acuerdo tácito que a mí me venía estupendamente y que a Jimena parecía valerle también.

Eso me gustaba de ella, que nunca me juzgó ni me cuestionó por saber que existía otra mujer con la que tenía alguna conexión que desconocía y que poca gente comprendía. Solo me valoraba por lo que mostraba estando a su lado, bajo aquel techo que nos había unido de un modo extraño; eso o que en realidad le importaba tres pepinos mi existencia, porque con ella aquello también era posible.

Adrián tenía prevista su vuelta para la primera semana del año, así que plantearme solucionar el tema del piso subió unos cuantos peldaños en mis prioridades, aunque me encontraba tan a gusto allí que enseguida lo dejé de nuevo en un segundo plano; seguía siendo un auténtico desastre.

Además, mantenía la esperanza de que las puertas de la que había sido mi casa hasta hacía dos meses, antes o después, volverían a estar abiertas para mí. Sin poder olvidarme tampoco del tema económico, ya que seguía ayudando a Iris a pagar los gastos, porque con su sueldo de profesora a media jornada le llegaba justo, y Barcelona no era una ciudad en la que encontrar un piso decente y asequible para uno fuera pan comido, al menos sin alejarme

demasiado.

Por lo demás, la vida era tranquila.

Las mañanas solía pasarlas en soledad, porque Jimena trabajaba. Pese a ello, en ocasiones me levantaba pronto y nos cruzábamos en el baño, mientras yo me lavaba la cara sin preocuparme por que ella estuviera utilizando el lavabo y disfrutaba en silencio a la vez que se quejaba y se enfurruñaba a mi lado.

Me gustaba observarla cuando se miraba al espejo y se echaba rímel en los ojos, haciendo que sus pestañas me parecieran aún más kilométricas. Con modelitos perfectamente estudiados, aunque siempre dentro de un estilo sencillo, cuidado, incluso demasiado normal y correcto para lo que acostumbraban a llevar las chicas de su edad.

Yo no tenía ni puta idea de moda, pero me había pasado nueve años yendo y viniendo con una adicta a las pasarelas como para saber analizar el estilo de una persona. Y Jimena tenía un estilo muy definido, siempre con pantalones y camisas o jerséis lisos, sin apenas estampados, y en colores neutros. Negro, blanco, granate, gris. No la sacabas de ahí. Pero había algo más. Podía llevar el conjunto más sobrio del mundo, unos vaqueros oscuros y una camisa blanca, pero después lo complementaba con un bolso con dibujos étnicos, unos taconazos con tachuelas doradas o uno de sus sombreros.

Esto no significa que yo tenga algún fetichismo extraño con la ropa, sino que era un observador nato, lo llevaba dentro como parte de mi profesión, y en ella veía una contradicción constante, como si vivieran dos Jimenas en su interior que se complementaban de algún modo extraño.

Por un lado la aburrída, la seria, la responsable que vestía siguiendo ese mismo patrón y forzando el no llamar la atención. Y después la otra. La que me moría por conocer y que había visto cenando conmigo en varias ocasiones. La que tenía un bolso en forma sandía colgado de la silla de su habitación y una camiseta con corazones de purpurina que se ponía para estar en casa.

Cuando se iba, yo me desperezaba y me marchaba también de allí al rato, dedicando las mañanas a encerrarme en el estudio si no tenía ningún proyecto o cita, y le daba vueltas a esa gran idea de mi vida que tanto se me resistía. No había vuelto a exponer desde hacía demasiado tiempo y la posibilidad de fracasar, de ser un fotógrafo mediocre, cada vez se cernía más abruptamente sobre mí.

Yo soñaba con hacer algo, algo que me llenase y que transmitiese una emoción grande al mundo, y en aquel momento solo conseguía fotografiar a

parejas casándose, borrachos en eventos dedicándose al bello arte del «postureo» y fotos de familia que llenarían los buzones de media ciudad en breve en forma de felicitación de Navidad.

Cada día, cuando las clases terminaban, me acercaba a la salida del colegio donde ella trabajaba como parte de mantener una rutina que ahora no se me permitía, aunque lo hacía desde la distancia, como un perverso, porque Iris echaba a correr maldiciendo en cuanto me veía ahí plantado como un imbécil sobre mi bicicleta.

Las tardes y las noches variaban según el día.

De jueves a sábado normalmente trabajaba; los pubs y discotecas, sobre todo las zonas VIP, seguían siendo mi mayor fuente de ingresos, así que no podía rechazar ningún trabajo, por mucho que a veces me apeteciera quedarme en casa y compartir una película con Jimena. Sobre todo cuando se ponía esos pantalones de lino de color beige con los que se le transparentaba la tira del tanga.

Seguía siendo el mismo de siempre en muchos aspectos, y verla me producía efectos irrefrenables, pese a que nuestro nivel de coqueteo hubiera menguado con los días. O quizá no menguado, pero sí se había estabilizado en algo que parecía gustarnos a los dos y con lo que ella aparentaba encontrarse a gusto.

Cuando regresaba pasadas las tres de la mañana, en ocasiones estaba dormida en el sofá y yo la observaba unos minutos, como aquel primer día, fotografiándola de mentira, solo con el «clic» de mi cabeza y guardando esos instantes en mi memoria. Después me tenía que controlar para no cogerla en brazos y llevarla a su cama, porque ya la conocía bastante para saber que tocarla de ese modo sería un límite sobrepasado para ella, así que la cubría con una manta y le daba las buenas noches en voz baja, pese a que supiese que no podía escucharme.

Otros días, cuando yo llegaba de trabajar a alguna hora prudente, cenábamos juntos; o incluso nos organizábamos para hacerlo antes de marcharme.

Solía cocinar recetas desconocidas para mí, de las que decía que eran sanas y nutritivas, y que yo decoraba con un chorro de ketchup o mahonesa que le hacía rezongar, pero que aceptaba en silencio. Filetes de tofu. Palitos de mozzarella y seitán. Ensalada de algas y tostadas de humus con tomates secos. Yo qué sé. Yo engullía, mientras le sonreía con ganas y le contaba chorradas con la única intención de que sonriera un poco más. Ella luchaba por no

hacerlo, pero se le escapaban las ganas y acababa picoteando de las patatas fritas o mierdas varias que yo abría y colocaba en un bol para acompañar a su comida sana.

Esos días eran los mejores.

Hablábamos; yo mucho y ella cada vez más.

Escuchábamos música; yo bailoteaba por el salón moviendo las caderas al ritmo de *Emborracharme* de Lori Meyers mientras se la cantaba, como si le dedicase cada palabra de amor a ella, y Jimena me llamaba payaso sin quitarme ojo, sentada en el sofá y conteniendo sonrisas.

Uno escogía una película y la analizábamos, sacándole todos los defectos posibles para molestar al otro; ella siempre elegía clásicos antiguos, yo de ciencia ficción.

Éramos peculiarmente distintos, pero había algo que nos hacía iguales, y es que ambos habíamos decidido que aquellas veladas improvisadas en aquel piso que no nos pertenecía eran algo así como nuestro paréntesis de la realidad, en las que éramos nosotros mismos y respirábamos un poco mejor.

Ojalá hubiera sabido sacarles más provecho antes de que se acabaran.

—¿Qué tal el día?

Era martes, hacía frío y quedaban solo dos semanas para Navidad.

Jimena se había dejado caer en la butaca del salón con desidia y con una expresión en la cara que me decía que estaba rumiando algo importante; quizá no trascendental para nadie más, pero que a ella la tenía inquieta y confundida.

Era increíble cómo había aprendido a leerla, sobre todo a través de esos silencios cargados de información que en ella se magnificaban de un modo brutal.

—Mal. He tenido que escribir un artículo sobre los fetiches sexuales de los famosos.

Me reí. Ella se pasó las manos por los ojos con cansancio.

—¿En serio? ¿Algo interesante que compartir?

—Sí, si te ponen las pelucas a lo Luis XIV.

—No en especial, pero si quieres probarlo...

Me miró el pelo y contuvo una sonrisa; supe que me había imaginado con un pelucón puesto. Me dije que saldría a la calle con uno si con eso conseguía hacer sonreír a Jimena más a menudo. En ese plan estábamos.

Deslizó su mirada, observando mi postura, con las piernas cruzadas apoyado en la pared y devolviéndole a ella una sonrisa que no podía evitar

dibujar en mi rostro, porque me salía sola.

Jimena me seguía poniendo cachondo, era un hecho innegable, pese a que habíamos pasado a establecer una especie de tregua en la que yo intentaba ocultarlo para no incomodarla y ella me lo agradecía en silencio. Sin embargo, en ocasiones, no podía refrenar ese impulso que en mí era demasiado innato, porque era tan fácil provocarla... y porque seguía creyendo que, en el fondo, el seguirme el juego era una de esas cosas que se negaba, pero que ahí estaban, luchando en su interior por salir.

—¿Hemos vuelto a esa etapa? —Alzó una ceja, recorriendo mi cuerpo con sus ojos y refiriéndose a mi callada insinuación.

—Yo nunca me he ido del todo, nena.

—No me llames nena. —Suspiró, cansada de tener que repetírmelo siempre, se mordió el labio, a mí se me puso como una piedra y después se levantó—. Voy a darme una ducha.

—¿Es una invitación?

—Yo que tú no me la jugaría, Bruno.

Me reí y después decidí cambiarme de ropa, mientras me imaginaba su cuerpo bajo el agua.

Llevaba sin sexo más de lo que estaba acostumbrado, lo cual no ayudaba a mi dolor de huevos.

La última vez lo había practicado con una chica desconocida en los baños de un bar la noche antes de mi cumpleaños, pero ni siquiera me había gustado. Me había corrido y todo eso, pero no había sido más que una paja en compañía, y esa clase de sexo no me agradaba del todo. Yo era de los de tocar con ganas, con deseo contenido y sentir el calor del otro cuerpo pegado al mío al terminar. Yo era adicto a una clase de sexo que hacía mucho tiempo que no compartía con nadie.

Me pregunté cómo lo aguantaría ella, porque no la había visto salir con ningún tío desde su llegada. ¿Tendría Jimena algún rollo en su oficina? ¿Follaría sobre la mesa de algún despacho con algún estirado de pelo engominado y pantalones de pinzas? ¿O quizá se masturbaría en la soledad de su habitación mientras yo dormía a apenas unos metros de esa imagen?

Sacudí la cabeza y me reí; estaba claro que no llevaba nada bien la ausencia de contacto femenino durante mucho tiempo.

Cuando salió, yo estaba sentado en el sofá en pijama, con las piernas estiradas y los pies apoyados en la mesa, y con el portátil sobre mis rodillas. Intentaba organizar el calendario de la semana siguiente, en la que estaba

bastante saturado con el trabajo porque eran fechas que a la gente le gustaba immortalizar y recordar. No me importaba, ya que era un modo de tener la mente lo más ocupada posible y de ahorrar un poco más a expensas de solucionar mi mierda de vida, pero, aun así, me preocupaba cómo iba a decirle a Iris que me habían ofrecido cubrir en cotillón en Año Nuevo al que no me podía negar, cuando había aceptado a regañadientes que cenásemos con sus padres aquella noche tan señalada como un último intento de ignorar delante de los nuestros lo rotos que estábamos como familia.

Nos habíamos convertido en expertos en jugar a simular ser felices sin serlo.

Jimena frunció el ceño al verme en esa postura tan relajada y bajé los pies en un acto instintivo. Llevaba puestos unos pantalones de yoga negros y una sudadera rosa. El pelo suelto, aún algo húmedo, y la cara lavada. Nada reseñable. Nada que destacase ninguno de sus rasgos. ¿Y yo qué pensé? En quitárselo todo a lametazos. Así estaba mi nivel hormonal a esas alturas.

—¿Sándwiches? —me preguntó, antes de girar de nuevo y perderse en la cocina.

—Perfecto, yo pongo la mesa. Pero intenta rellenarlos de algo que no me haga cagar verde.

Escuché sus maldiciones, pese a mi risa. Cerré la sesión, me levanté de un salto y fui con la intención de seguir torturándola un poco, una gran pasión descubierta a lo largo de esas semanas, pero la encontré meditabunda, más que de costumbre, con la mirada perdida en un aguacate que tenía en la mano y el rostro compungido.

Había algo que le preocupaba, y no era mi tránsito intestinal. Lo cierto era que llevaba días con ese presentimiento, porque cada vez, al llegar a casa, lo hacía con más cansancio y menos ilusión. Era palpable, visible, por mucho que disimulase.

—Eh, ¿qué te pasa?

Le di un toquecito en la punta de la nariz con el dedo y me apoyé a su lado en la encimera. Estábamos más cerca de lo habitual y ella ni siquiera se dio cuenta, lo cual me indicaba que se encontraba a años luz de mí.

—Nada. Estoy cansada.

Asentí y me puse a su lado a cortar lechuga, siguiendo las órdenes implícitas que me daba al ir entregándome ingredientes en el más completo silencio. Yo la respeté, porque no había motivos para presionarla; no a Jimena, que era de las que necesitaban rumiar un tema una media de mil

quinientas veces antes de plantearlo como un problema que quizá se escapaba a su control y, solo entonces, compartirlo para buscar una solución con la ayuda de alguien más. Y a mí no me importaba ser ese último recurso cuando estuviese preparada.

Así que cuando nos sentamos en la mesa con sendos sándwiches, el suyo normal y el mío de tres pisos y con alguna sorpresa dentro que había pasado su exhaustivo control digestivo por los pelos, su expresión ya era demasiado turbia como para echarle una mano sin que lo pareciese.

—Me he caído de la bici. —Alzó la mirada y vi cómo sus ojos parecían despertar—. En serio. Me he incorporado a la calzada y un cabronazo me ha adelantado sin darme tiempo a reaccionar. He girado demasiado rápido y he perdido el equilibrio.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Reaccionó con una preocupación que me hizo tragar saliva, porque no era eso lo que buscaba, pero verla más cercana que nunca me gustó.

—Estoy bien. En realidad no ha sido más que un susto, pero ¿sabes qué ha sido lo peor? Que al caer se me ha enganchado el pantalón a la cadena y se me ha rajado. Imagina por dónde.

Su expresión cambió.

Jimena tenía los ojos grandes. De un color especial que los demás llamaban marrón pero que en mi cabeza tenía unas cuantas tonalidades que lo hacían un poco único; tirando a mostaza, a un tono miel claro, a los caramelos tofe que mi abuelo siempre llevaba en los bolsillos. Era la luz que desprendían, y yo era un jodido obsesionado de la luz, así que cuando los veía cambiar, transformarse según la información que recibían, me dejaban un poco atontado durante unos segundos.

—Dime que por el trasero —susurró, esperanzada. Era una pequeña bruja de lo más malvada.

—¿Trasero? Yo no tengo trasero, Jimena —le reprendí por la palabra escogida; ella bufó—. Tengo culo. Y uno de sobresaliente, por si no te acuerdas. El caso, que ya has visto mi colada. —Se mordió el labio, conteniéndose; después dejó la comida en su plato y se tapó la boca con las manos; estaba disfrutando de aquello—. Llevaba los calzoncillos de Superman. Así que he pasado veinte minutos pedaleando y aguantando pitidos varios. Y no es por fardar, pero también algún que otro comentario subido de tono que ha ayudado a que la situación no fuera tan vergonzosa.

Aguantó unos segundos y después se echó a reír. Yo la acompañé, pero más

calmado, mientras sus carcajadas llenaban la cocina y un poco los recovecos vacíos que ambos teníamos en nuestro interior.

Me encantó aquel momento, porque parecía natural de verdad y no estábamos demasiado acostumbrados a ello.

—Tú no tienes de eso. Seguro que has disfrutado —me dijo, secándose un par de lágrimas que nacían de sus ojos a causa de la risa.

—No ha estado mal. —Me encogí de hombros; cuando me miró de nuevo, me puse serio, porque quería resaltar la importancia de lo que iba a transmitirle a continuación—. Al menos me ha servido para esto.

Su rostro también cambió.

No hicieron falta más palabras, porque Jimena era lista y entendió a la perfección que aquella confesión, real o inventada, había sido un intento para hacerla desconectar de lo que fuera que la tenía tan apagada.

—Gracias —susurró con sinceridad.

—¿Tu día ha sido peor que el mío?

—No he enseñado la ropa interior, pero tampoco ha sido nada memorable. Como los demás, supongo.

Así que era aquello. De algún modo ya lo sabía, pero escucharlo de su boca hacía que todo fuera distinto. Que lo compartiese conmigo ya lo hacía diferente, para empezar.

—¿No está siendo lo que esperabas?

—No. Sí —dudó—. No lo sé. Es trabajo, supongo. Ni siquiera debería darle tantas vueltas.

—Lo mío también, pero me gusta.

—A mí también me gusta. Hoy me han regalado un top de firma precioso —dijo, fingiendo una emoción que no le llegaba a los ojos—. Se me da bien.

—Claro que se te da bien, pero no hablamos de eso. —Torció los labios en una mueca y bebió sin mirarme. Me di cuenta enseguida de que aquella situación iba en contra de esos principios inquebrantables que había decidido que guiaran su vida. No era quien para cuestionarle nada, pero sí que podía intentar que dejara de exigirse tanto a sí misma—. Jimena, no pasa nada porque no te guste. Estudiaste algo que te emocionaba o que simplemente te llamaba la atención, pero el mundo laboral no siempre es lo que esperábamos. A veces elegimos una cosa con la pasión de la adolescencia y al pasar ciertas etapas de la vida nos damos cuenta de que no fue más que una fase. De que nos equivocamos.

—¿Y qué supone eso? ¿Tirar todo por la borda después de tanto esfuerzo?

—No, pero, si un día lo hicieras, tampoco pasaría nada.

—Ya. ¿Y todo el dinero invertido? ¿Y los años? ¿Y las esperanzas depositadas en ti?

—No has perdido el tiempo, porque habrás aprendido. Al menos a saber qué es lo que no quieres en tu vida. El dinero... Jimena, el dinero... al final es solo eso. Y a la gente que te quiere de verdad nunca podría decepcionarle el que tú busques tu felicidad. O no debería ser así.

Sé que pensó que era un crío. Que estaba hablando como un niño consentido que no valoraba el esfuerzo que ya sabía que su familia había hecho para que ella tuviera el futuro que escogiese. Que me estaba comportando como un soñador y no como un adulto, pero es que no era cuestión de madurez, sino de filosofía de vida, de querer buscar lo que de verdad importaba, saltándome los prejuicios que hicieran falta.

—Las cosas no funcionan así —negó con rotundidad.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

«Tócate los huevos», pensé.

Después le sonreí con esa ternura que tanto odiaba despertar en mí, pero que lo hacía continuamente con actitudes como aquella. Fue ella la que me pareció demasiado niña en aquel momento, mucho más que yo, que era el niño oficial de ese piso la mayor parte del tiempo, pero yo había vivido. Lo seguía haciendo, aunque la vida a veces no fuera como yo esperaba. Y Jimena... pues Jimena parecía no haber salido de un pequeño cascarón lleno de grietas.

—Soy licenciado en Biología.

—¿Qué?

—Que soy...

—Te he oído, Bruno.

—Pues no sé qué me estás preguntando, entonces.

Sí lo sabía, pero quería que fuese ella la que se explicara.

Me observó, analizándome con calma, interiorizando esa información, y en aquella ocasión lo hizo de una manera distinta, como si, de algún modo, me estuviera viendo por primera vez.

No me molestó, pese a que su incredulidad fuese más que palpable.

—¿Y cómo...? Pensé que lo tuyo era la fotografía.

—Y lo es, pero no lo sabía. Bueno, sí lo sabía, pero pensé que tenía que estudiar algo más... «importante». Gracias a la ayuda de mis padres pude

hacerlo, pero solo me sirvió para reafirmar que no era lo mío. Al terminar la carrera, tuve suerte y conseguí un curro en un laboratorio clínico. La ventana de mi despacho daba a un patio de vecinos. El típico con largas cuerdas de tender la ropa y plantas por los rincones. Tenía una luz flipante. Me quedaba embobado con las sombras que las sábanas creaban en el suelo, sobre todo en torno a las tres y media; era la mejor hora. Y me imaginaba haciendo fotos que nunca pude hacer a los dibujos que se creaban en aquel patio en apariencia sin importancia, pero que para mí albergaba todo un mundo. —Hice una pausa, observando sus ojos enormes, más atentos que nunca—. Un día asumí que era una estupidez seguir así si tenía la posibilidad de intentar cambiarlo. Alquilé un pequeño local que se caía a cachos, trabajé en él, lo acondicioné y lo convertí en mi estudio. Después comencé a darme a conocer en mis ratos libres. Cuando conseguí los primeros trabajos y ahorrar algo de dinero para poder mantenernos, dejé el otro puesto y aquí estamos. ¿Ves, Jimena? Se puede. Solo tienes que encontrar qué es lo tuyo y apostar por ello.

—¿Y si no lo encuentro? —preguntó, asustada por lo que englobaba aquella conversación, pero a la vez aliviada por sentirse comprendida. O quizá no tan sola.

—Llegará, hazme caso. No pasa nada por estar perdida, es parte del encanto de esta generación. Demasiada información. Demasiadas opciones. Mucha formación. Poca oferta laboral. Hipotecas. Consumismo. Y un largo etcétera. Un día lo verás claro. —Me dedicó una sonrisa torcida, y la acompañó de un gesto extraño que nunca antes había dirigido hacia mí, con los ojos entrecerrados, como si estuviera asombrada por lo que veía. Eso sí que me incomodaba—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué estás mirándome así? Ah, ya entiendo. No pensabas que pudiera mantener una conversación como un hombre maduro y responsable. Pues me alegra decirte que soy una cajita de sorpresas, Jimena. Traigo regalito dentro, como los huevos Kinder, solo tienes que saber encajar las piezas —bromeé, consiguiendo volver a los roles de siempre; ella, la adulta, yo, el niño. Pensar en dulces hizo que mi atención se dispersase, demostrándole que aquella muestra de raciocinio no había sido más que algo pasajero—. Dios, ¿tenemos chocolate por ahí? —Me levanté y abrí un par de armarios buscando el botín. Vi de reojo el postre que había preparado ella y me disculpé haciéndole un puchero ridículo; Jimena estaba quieta, observándome con sus ojos abiertos al máximo, con una expresión desconcertante que me inquietaba

y que me hacía comportarme aún más como el imbécil que era—. No pienses que tu macedonia de frutas no me parece deliciosa, pero mataría niños ahora mismo a cambio de una barrita Kinder. ¿Has probado alguna vez esas otras rellenas de...?

—Enséñame lo que haces.

Cuatro palabras. Un tono neutro, tirando a frío. Una situación corriente entre dos personas. Pero no. Porque ambos sabíamos que aquella petición le había nacido de dentro, que no había podido controlarla, que de verdad quería saberlo; que Jimena, de alguna manera, se estaba interesando por una de las partes más importantes de mi vida.

Algo íntimo, personal, tan mío que me dejó sin voz, porque hasta aquel instante nunca me había hecho una pregunta personal más allá de cosas intrascendentes que respondían más a la cordialidad que al interés real.

Nunca.

Ni por mi vida fuera de esas cuatro paredes. Ni por mi familia. Ni por mi relación con su primo. Ni por Iris. Nada que no hubiera salido de mí o fuera parte de uno de nuestros juegos dialécticos.

—¿Qué?

—Que me...

—Ya sé lo que has dicho. ¿A qué te refieres?

—Nada, ha sido una tontería. Olvídalo.

Se levantó con rapidez y cogió los platos, dirigiéndose con ellos al fregadero con la cabeza gacha.

La toqué. No solía hacerlo, porque no le gustaba. Bueno, gustar gustar... era probable que sí, me negaba a creer lo contrario, pero era una de esas concesiones que no se permitía.

Puse la mano en su brazo, hasta que levantó la vista y me miró.

—No. Solo dime por qué.

Tragó saliva y sus ojos se deslizaron de arriba abajo por mi cara, de los míos a mi boca alternativamente, haciendo que las tornas cambiaran y fuese yo el que se sintiera inseguro de nuevo.

Tenía ese poder Jimena, el de aplacar a cualquiera solo con tener sus pupilas clavadas en las tuyas unos segundos. Guardaba tanta fuerza que cuando la veías te asustaba.

Después suspiró, dejando escapar un poco de aliento más fuerte de lo debido, y me dijo la respuesta que nunca me hubiera esperado viniendo de ella, pero la que más podía haberme gustado de todas las posibles.

—¿Tiene que haber algún motivo?

Sonreí. Ella también lo hizo.

—No. Lo cierto es que no.

Jimena

—¿Qué es?

Bruno había desaparecido en su habitación unos segundos, dejándome sola en el sofá.

Me sudaban las manos y estaba nerviosa. ¿Por qué? Porque me había descolocado. Del todo. Con su comprensión, su madurez, su sensibilidad, su modo de guiar una conversación que nunca hubiera salido de mí de no ser así. Por muchas cosas que no había sabido ver en Bruno antes. O quizá que no había querido.

Había despertado mi curiosidad de un modo tan enfermizo que no había podido evitar rogarle que lo compartiera conmigo.

Después de aquella conversación tenía la imperiosa necesidad de saber cómo veía el mundo Bruno a través de un objetivo, cómo era el llevar a cabo una afición con tanta pasión como la que irradiaba él por cada poro de su piel cuando hablaba de la fotografía.

Yo nunca me había sentido así. Por nada ni por nadie. Me asustaba ser yo cuando era consciente de esas cosas, de lo vacía que estaba mi vida, y lo que más miedo me daba era que la idea de vivir así me atrajera. Que no ver nada al otro lado de mi propio visor me pareciese bien.

No espero que nadie comprenda por qué yo era así, pero lo que sí que quiero que se entienda sin juzgar es lo complicado que resulta ser uno mismo cuando esa versión de ti no te gusta, no encaja con quien dices ser, no cuadra contigo a un nivel muy interno que nadie más conoce.

Y es que uno a veces tarda más tiempo del habitual en encontrarse.

Bruno había vuelto con una carpeta llena de fotografías. Yo le había dicho que no hacía falta, que con ver alguna en su ordenador bastaba, pero había refunfuñado como un loco explicándome que para valorar bien un trabajo tenía que hacerse sobre el papel revelado de toda la vida. Insistí, hasta que me dijo que iba a quemar mis libros y regalarme un *ebook* y lo entendí.

Era un romántico, creo que a todos los efectos posibles.

Me mostró unas cuantas de lo que parecía una actuación escolar.

—Es una sesión que hicimos en una escuela infantil hace un par de semanas.

—¿Hicimos?

—Gael y yo.

—Pensé que trabajabas solo.

—Y yo, pero resulta que me salió un compañero. —Sacudió la cabeza, al parecer incrédulo por haber acabado adoptando a un aprendiz bajo su ala, pero supe que su compañía le agradaba; era un blando—. Es camarero en el bar de un amigo. Es joven, le estoy enseñando a cambio de explotarlo por unas cervezas y una charla de vez en cuando.

—Son buenas —dije con sinceridad.

—Muy técnicas. Es lo que hay. Los padres pagan por ellas.

—No te gusta.

—No. Esta parte me resulta mecánica y fría, pero me da de comer, ya te lo dije.

—¿Y la otra parte?

Se quedó callado, mirándome, aún con las fotos en mis manos.

Asumí que era una situación diferente a todas las vividas antes, pero me sorprendía que, siendo él como era, de repente pusiese el freno para una vez que yo me saltaba algunas de mis estúpidas reglas.

—No estoy acostumbrado a que me preguntes tanto.

—Ya.

Dejé las fotografías sobre su carpeta e hice amago de levantarme, pero me tocó.

Otra vez.

Sabía que no me gustaba, pero le costaba no hacerlo cada vez más. Era como si le hormigearan las manos si no lo hacía. Así que posó una de ellas en mi hombro y lo obedecí, sentándome de nuevo a su lado y sintiendo aún la presión de sus dedos en mi piel.

—No, Jimena, no es eso... Es que esa parte me cuesta más enseñártela.

—¿Te da vergüenza? —Me reí, incrédula—. Pensé que ya había quedado claro que tú no tienes de eso.

—Y no tengo. No se trata de pudor.

—Me da miedo preguntar de qué se trata entonces.

—¿Pero lo vas a hacer? —Sus ojos brillaron con picardía.

Me estaba retando. Estaba aprovechando que yo me encontraba baja de ánimos, de ganas, de todo. Más perdida que nunca desde que había llegado a aquella casa. Y asentí, porque necesitaba conocer qué era lo que conseguía que a una persona le brillase la mirada de ese modo al hablar de algo.

—Quiero saberlo.

- ¿Estás segura? Porque para enseñártelo necesito tu colaboración.
- ¿De qué estás hablando, Bruno?
- No tienes que hacer nada. Solo estar. Ser tú. Y dejarte mirar.

Bruno me animó a sentarme en el alféizar de la ventana.

Había corrido hasta su habitación como si le fuera la vida en ello en cuanto pronuncié un «sí» inseguro, pero honesto.

Posiblemente el más honesto de toda mi vida.

Tardó en volver menos de un minuto. Creo que lo hizo para que no me diera tiempo a arrepentirme de esa loca decisión a la que ni sé cómo habíamos llegado; y es que, siendo sincera, en ese escaso lapso temporal fui capaz de enumerar en mi cabeza treinta y siete razones que me decían que aquello estaba mal.

Sin embargo, había solo una que me decía que era una buena idea; el hecho de que de verdad me apetecía hacerlo.

Apagó la luz y encendió una pequeña lámpara que estaba sobre un aparador y que yo usaba para leer. La enfocó hacia mí, pero sin darme de pleno, lo que hacía que una penumbra muy cálida nos envolviera. Encendió su iPod, buscando unos segundos hasta dar con algo que le pareció perfecto por el modo en el que asintió para sí, y lo dejó sobre la mesa; me sorprendió que empezase a sonar música clásica, un concierto de piano.

Yo temblé.

Odiaba las fotos. Odiaba sentirme observada y ser el centro de atención. Odiaba ponerme delante de una cámara. Y allí estaba. Con ropa de estar en casa, sin peinar e intentando no parecer un palo de escoba de lo rígida que me encontraba para que Bruno lo inmortalizase.

¿Por qué? No lo sabía, creo que ni ahora lo sé con seguridad.

Sacó una cámara réflex de un maletín, mientras me explicaba que no era la mejor que tenía, pero que serviría, porque lo importante era el captar lo preciso, la perfección de la imperfección y otras cuestiones que no logro recordar porque, al echar la vista atrás, solo lo veo a él, descalzo, recogiendo los mechones incontrolables de pelo en una minicoleta con una de las gomas que llevaba siempre en su muñeca, concentrado en detalles que yo no entendía, en la luz que entraba por la ventana, en rodearme sin mirarme, captando el significado de un momento que yo no comprendía, porque no era capaz de verlo como lo hacía él. Y callado. En un silencio pausado, calmado, tan distinto al Bruno de siempre que no podía dejar de mirarlo, obnubilada.

Entonces habló, de un modo tan suave que fue como si me consolara al hacerlo; como un abrazo a través de esas palabras que tanto necesitaba en aquel instante sin saberlo.

—Relájate, Jimena. No seguimos ninguna norma. Mira por la ventana. Cierra los ojos. Mécete al ritmo de la canción. Habla sola. Lloro. Ríete. Insúltame. Cuéntame una historia. Imagínate un mundo en el que te permitas comer chucherías todo el tiempo. Lo que te apetezca. Este momento es tuyo, no mío.

Y lo hice. Sus palabras me tranquilizaron como si hubieran funcionado igual que un bálsamo. No sé cómo lo hizo, pero me senté allí, miré por la ventana hacia la ciudad que comenzaba a dormir a nuestro alrededor, y me imaginé cómo de diferente sería mi vida si yo fuera otra. Otra más risueña, más divertida, más liberada. Cómo sería Jimena sin querer controlar el caos constantemente. Cómo sería convertirme en una Jimena que aceptaba su caos como una parte esencial de ella misma.

Aquel día descubrí a un nuevo Bruno, uno que se zambullía en una realidad paralela, en un mundo alternativo que solo él conocía cuando se escondía detrás del objetivo de su cámara. Un espacio que solo le pertenecía a él y que después compartía con los demás a través de instantáneas que decían más de sí mismo que cualquier otra cosa. Que te mostraban su modo de ver el mundo con tal belleza que abrumaba.

Su rostro cambiaba, se transformaba en uno que era distante, pero a la vez cercano. Uno que le hacía parecer más seguro que nunca, pero a la vez vulnerable. Uno que demostraba una seriedad despreocupada, una libertad atada a un objeto con objetivo, una desnudez total sin necesidad de deshacerse de nada, si es que esas contradicciones son posibles. Bruno enfocaba algo con su cámara y veía más allá, como si se saltara capas que los demás no éramos capaces de traspasar.

O al menos así me sentí yo la primera vez que me vi a través de él en ese sentido. Desnuda, expuesta, pero a salvo. Liberada después del «clic» y de nuevo contenida en una hoja de papel fotográfico. Más una Jimena que nunca dejaba ver a los demás y menos la niña perdida que me sentía continuamente.

Hasta el caos desaparecía.

Y es que Bruno, en aquella improvisada sesión, me mostró que era capaz de encontrarme cuando yo aún no lo había logrado.

Bruno se sentaba, se tumbaba, se colocaba en posturas inverosímiles de un modo ágil, casi delicado, y movía la cámara con suavidad, cerrando un ojo,

entreabriendo los labios y dejando escapar el aliento en pequeños suspiros rítmicos que eran lo único que llenaba la habitación, hasta encontrar lo que estaba buscando.

Era silencioso, meticulado.

Un artista. Un explorador.

Y a mí me aterraba lo que pudiese encontrar.

—Jimena, necesito que te quites la camiseta.

—No pienso hacerlo.

Pero, según pronunciaba esas palabras a la defensiva, ya me estaba desvistiendo.

Tampoco sé por qué.

Quizá porque no me daba miedo que me viera desnuda, sino solo la posibilidad de que viese algo más en mí que no estaba dispuesta a aceptar; algo que no tenía nada que ver con la piel, sino con algo más interno.

Quizá porque yo también lo sentí necesario, parte de ese juego en el que nos estábamos adentrando sin ser muy conscientes de ello.

Quizá porque compartir con él aquel momento ya bastaba para hacerlo.

Me giré, y él asintió complacido. Los rayos de luz de las farolas de la calle me rozaron el pecho. Llevaba un sujetador blanco de algodón. Sencillo, con dos lacitos en los tirantes de color rosa y otro en el medio. Nada de encaje por ninguna parte.

La claridad de esa luz artificial me calentó la piel, o quizá fue la intensidad que transmitía Bruno y que hacía que sintiese como si me rozara sin tocarme.

Me quedé mirando por la ventana, a todo aquello que nos rodeaba ajeno a ese intercambio en el que estábamos inmersos.

Dos adolescentes corrían calle abajo con sus patines, una pareja acaramelada se reía y besaba en un portal, un hombre paraba un taxi, el ajetreo de los coches, el mar a lo lejos.

La vida seguía, mientras allí dentro, con él observándome a través del visor, la nuestra parecía congelarse en el tiempo.

Cerré los ojos sin darme cuenta y sonreí. Me sentía bien, sin motivo aparente, y tranquila. Y rara vez estaba tranquila.

—Los pantalones.

Fue un susurro, y yo obedecí de nuevo.

Mis braguitas no pegaban con la parte de arriba y no me importó. Eran amarillas con finas líneas blancas. Nada especialmente sexi, ni atrevido, ni siquiera bonito. Más bien aburrido, práctico y soso, como era yo.

Crucé las piernas y apoyé las manos en las rodillas. Después miré a Bruno. En realidad lo hice porque lo sentí; se había acercado y su rostro estaba a la altura de mi cintura. Casi podía sentir el aire que se escapaba de sus labios erizarme la piel; en caso de que respirase, porque parecía que ni siquiera lo hacía.

Yo creo que también dejé de hacerlo.

—Jimena, respira.

Sí; no pude evitar contener la respiración, porque su cercanía había hecho que mi cuerpo sintiese demasiado, con una intensidad desconocida.

En ese momento lo percibí todo de forma lenta, pausada; su mirada, según descendía hasta el punto exacto que él quería retratar, a pesar de que la cámara me la ocultaba, la placidez que nos rodeaba, las motas de polvo que el haz de luz de la ventana descubría, el olor de la cena que nos acompañaba aún, con los platos vacíos abandonados sin limpiar, el modo rítmico, calmado, relajante de respirar de Bruno, que casi parecía inexistente, como el mío.

Compartimos algo. Algo distinto, grande, hermoso. Algo que nunca había compartido con nadie, ni siquiera en una cama. Algo que no sabía que existía.

Entendimiento. Conexión.

La fluidez de la energía que nos corría deslizándose al ritmo de las notas de un piano.

Una última ráfaga de «clics» nos rodeó y después el silencio. Un silencio ficticio, porque la música seguía sonando, pero mágicamente mis oídos no podían escuchar nada.

Bruno separó la cámara de su cara y alzó sus ojos verdes de niño grande hacia mí. Parecía asombrado, como si para él aquello también hubiera sido algo distinto, algo que no comprendía.

Me tendió la pantalla de su cámara y me vi.

—Esto es lo que hago. Lo que soy.

Entonces sentí que eso que se había creado se rompía dentro de mi pecho y me levanté con rapidez. Cogí mi ropa, me la puse y salí corriendo hasta encerrarme en mi cuarto.

Ni siquiera fui capaz de preguntarle qué era eso que había querido captar con tanto ahínco en mi cintura, porque no llegué a ver esa fotografía entre todas las que había en el visor.

Mi rostro. Mis ojos. Mis curvas.

Yo. Yo. Yo.

No podía respirar.

Solo necesitaba estar lejos de él, lejos de su objetivo, lejos de aquella mirada que, incluso sin cámara, era capaz de mirar dentro de mí. Lejos de toda esa intensidad que era Bruno y que había conseguido que algo hiciera «clic» en mi interior, como un disparador en lo más hondo de mis tripas.

Bruno

Por primera vez desde que Jimena y yo nos habíamos cruzado, agradecí que llevase a cabo sus intentos de huida.

Le había propuesto fotografiarla como un modo de mostrarle de verdad qué era lo que yo hacía; lo que yo amaba hacer, siendo más preciso; aquello que necesitaba que comprendiera que aún tenía que encontrar en su vida, porque ambos sabíamos que lo que hacía no respondía a esa emoción.

Podía haberle enseñado algunas de las mil fotos que guardaba en mis cajas, esas de los viajes, de los instantes que habían significado algo digno de ser congelado para siempre, pero no lo había hecho por tres motivos.

El primero, porque no quería enlazarla de ninguna forma con la que era mi vida fuera de lo que ella conocía. Segundo, porque el único modo de que de verdad lo entendiese era que viese algo familiar para ella a través de mi mirada, ¿y qué había más suyo que ella misma? Y tercero, respondiendo este motivo a una necesidad puramente egoísta, el deseo de fotografiarla más que a cualquier otra persona, paisaje o cosa.

—Joder...

Revisaba las fotos, ya encerrado en el dormitorio de Adrián, con la cámara entre mis manos. Lo llevaba haciendo desde que ella había salido corriendo sin decirme ni una palabra, incómoda, asustada, descolocada. No la juzgaba, yo también estaba asombrado, obnubilado por aquellas muestras reales de que lo que habíamos compartido había sido de verdad.

Volví a pasar las páginas que me mostraba el visor. Como en un jodido bucle infinito en el que no podía dejar de mirarla.

Sus largas pestañas tapando sus párpados. La forma sinuosa de sus hombros. El modo de curvar el empeine que le salía solo. Su pelo. El brillo de sus ojos.

Era Jimena y era fascinante.

—Joder.

Me levanté. Me puse unos vaqueros y una sudadera y, cogiendo el abrigo y una mochila, me marché de ese piso, a las dos de la mañana de un martes, en dirección a mi estudio, con la intención de hacer algo con todo aquello que ella me había regalado sin ser consciente de lo importante que era para mí.

Me quedé dormido en torno a las seis en la vieja butaca que había

reciclado y convertido en un lugar donde descansar allí, aunque acabase regalándome siempre una tortícolis. Cuando me desperté, pasaban las doce y el sol calentaba los cristales, haciendo que me levantara sudando.

Aquel era un verdadero agujero, pero mi agujero, al fin y al cabo.

Me dolía horrores el cuello, pero al levantarme y entrar en la sala acondicionada para revelado, volví a ver las fotos que colgaban a mi alrededor y sentí un escalofrío por la espalda. Toqué algunas de ellas con los dedos, sintiéndome orgulloso, porque eran incluso más buenas de lo que recordaba.

Aún no me creía que Jimena hubiera aceptado posar para mí. De nuevo había sido una contradicción tan extrema que me había dejado a cuadros.

Y, joder, había sido acojonante.

Tenía una cara preciosa, expresiva a más no poder, pero no era solo eso.

Una mirada intensa, pero no era solo eso.

Un cuerpo grácil y atractivo, pero no era solo eso.

En su caso se trataba de cómo expresaba, de cómo miraba, de cómo se movía.

Ella no se daba cuenta de lo que tenía, pero yo sí. Me pagaban por ello. Y había encontrado en Jimena algo que me moría por ver de nuevo, por congelar a través del objetivo. Solo necesitaba que ella accediese, pero intuía que no iba a ser tarea fácil.

Aquel día no la vi y no me sorprendió. Supuse que necesitaba tiempo para ella, porque ya había sido exponerse demasiado cuando hasta contar tonterías sin importancia le costaba un mundo.

Al día siguiente, tampoco hubo manera de cruzarme con ella, porque cuando yo ya tenía que irme a trabajar, Jimena aún no había pasado por casa.

El viernes, ya no podía más. No soy una persona que se caracterice precisamente por su paciencia cuando algo me mantiene todo el día alterado, así que me puse el despertador a las siete menos cuarto, pese a que había llegado a casa a las cinco de la mañana.

Escuché cómo se levantaba, aunque fue sigilosa a más no poder y, cuando entró en el cuarto de baño ya vestida con uno de sus pantalones negros y un jersey de rayas blanco y negro, la abordé sin más.

—Jimena.

—¡Bruno! —Dio un salto y se llevó las manos al pecho—. Qué susto me has dado, joder. ¿Quieres dejar de entrar cuando estoy yo? —me dijo, de muy

malas maneras.

—No. ¿Podemos hablar?

—¿Te parecen horas?

Siguió peinándose sin mirarme, como si yo no estuviera a su lado, pero la tensión de todo su cuerpo no pasaba desapercibida.

—No nos vemos desde...

—Tengo que irme —me interrumpió.

No quería recordar lo de aquella noche, vale.

Entendía que había sido raro, lo había sido para ambos, pero éramos dos personas supuestamente adultas y tampoco comprendía del todo su reacción, su puta manía de huir de todo lo que la incomodaba en vez de enfrentarse a las cosas.

Eso hacía Jimena; si no le gustaba algo, lo esquivaba con una frialdad asombrosa.

Fue a salir de allí, pero la agarré del brazo, impidiéndoselo, porque comenzaba a cansarme de todo aquello.

—Espera, dame un segundo.

—¿Qué quieres, Bruno? —preguntó con desidia.

—Hoy trabajo, pero ¿puedo ir a buscarte al mediodía y almorzamos juntos?

—No.

—¿Por qué no?

Entonces giró la cara y clavó sus ojos en los míos; tres segundos, pero que parecieron treinta.

Quise mandar al carajo todo, el cuidado que llevaba siempre con Jimena para que no se sintiera incómoda, su negativa constante a que ni siquiera me acercase más de la cuenta a ella, el saber que aquello solo podía estropear las cosas. Quise olvidarme de todo y besarla. Y no hablo de follármela a lo bestia y sin mucho mimo, no. Hablo de besarla para decirle con mi boca que no estaba sola, que no tenía por qué estarlo siempre.

—Hasta luego, Bruno.

La solté y se marchó. Y yo me quedé ahí parado como un completo gilipollas, pensando en por qué me hormigueaban las manos de ese modo, en por qué había pasado de ver a Jimena como un objetivo más a alguien que de verdad me importaba. En si el poder de una simple sesión de fotos era tal como para unirme a otra persona de una manera que a ninguno de los dos nos beneficiaba en absoluto.

Ignoré sus negativas.

Busqué el teléfono de su empresa y me hice pasar por su primo, utilizando todos mis encantos para sacarle a la recepcionista la información sobre dónde podía encontrarla a la hora del descanso y darle una supuesta sorpresa.

Cogí la bicicleta y pedaleé, con la intención de pillarla desprevenida y obligarla un poco a actuar como una persona normal por una vez y no como un jodido robot.

Tuve que esperar cinco minutos apoyado en una farola, mientras me fumaba un cigarrillo de esos que Jimena ni siquiera sabía que fumaba, porque había evitado hacerlo delante de ella por algún motivo que no comprendía, pero estaba demasiado inquieto como para negármelo.

Finalmente, la vi salir. Tenía el pelo recogido en una coleta baja que no llevaba cuando había salido de casa, y sonreía a un tipo que le seguía el paso como podía, pese a que se notaba que ella no deseaba su compañía. Un tío con traje y pelo repeinado que la miraba con un deseo más que evidente.

Me tensé. ¿Quién cojones era? ¿Y por qué no me había hablado de él?

Entonces Jimena se giró y le sonrió. Sí, joder, le sonrió como a mí no me había sonreído nunca, incluso teniendo en cuenta lo que me esforzaba en cada encuentro para lograrlo.

Aquello me enfureció. Después seguí observándolos; el modo en el que él levantaba la mano y la colocaba en la cintura de ella; la manera en la que su pequeño cuerpo se tensaba, pero también el hecho de que no le negase ese acercamiento.

Odiaba que la tocaran; yo lo sabía. ¿Por qué entonces le dejaba hacerlo con una familiaridad que era obvio que no tenían?

Empalidecí al ser consciente de que ahí mismo, delante de mis ojos, tenía otra versión de Jimena, una que estaba coqueteando con un tío, y lo hice más aún al darme cuenta de lo poco que conocía a esa chica.

Me di la vuelta, me subí a la bicicleta y me marché sin mirar atrás, porque, en realidad, ¿qué coño sabía yo de Jimena?

Jimena

Necesitaba echar un polvo y me daba un poco igual con quién, por muy mal que esa afirmación pudiese sonar.

Excepto con Bruno, claro.

Con Bruno todo era tan extraño que prefería mantenerme alerta.

Solo era cuestión de esperar que de una vez por todas tomase una decisión acerca de su vida, o como última solución pasar las semanas que quedaban hasta que mi primo regresara esquivándolo y volviendo a la táctica del principio: la de ignorarlo todo lo posible.

Desde aquella sesión improvisada, lo había estado evitando. Y sin disimular. Incluso él me había acorralado esa misma mañana en el baño, como si fuera un animalillo asustado que no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Lo que Bruno no entendía era que lo que me daba miedo no era mirarlo, ni plantarle cara, sino algo que había descubierto en él que a la Jimena de mi pasado, esa que me esforzaba tanto por ocultar, le llamaba poderosamente la atención.

Algo que no comprendía del todo.

Algo que me había transmitido a través de su cámara.

A la hora del almuerzo, Yolanda me fue a buscar a mi puesto, pero necesitaba tomar el aire y le dije que no me esperase. A veces me agobiaba con facilidad y entonces la necesidad de estar sola era demasiado fuerte.

Salí y no me di cuenta de que tenía compañía hasta que la mano de Oliver se posó en mi hombro.

—Eh, Jimena. ¡Eres rápida! —dijo respirando a trompicones, como si me hubiera seguido corriendo, y con una de esas sonrisas tuyas tan carismáticas.

—Perdona, hoy me apetecía estirar las piernas y pasear.

—¿Te importa que te acompañe?

—Lo cierto es que... me vendría bien estar un rato sola.

Asintió, pero no lo hizo decepcionado, sino curioso, casi divertido.

—Vale. Eres... olvídalo.

—No quiero. ¿Qué ibas a decir? —le pregunté, dejando a la curiosa que yo también llevaba dentro quedarse bien a gusto, por muy inapropiado que resultase.

—¿Ves? Demasiado directa. Y diferente. Pero eso me gusta.

—A veces eso no es algo bueno.

—Y otras es lo mejor que te puede pasar. —Me guiñó un ojo y puse los míos en blanco ante su halago un tanto forzado; aun así, no desistió, sino que volvió a la carga—. ¿Tienes planes para esta noche?

—No voy a salir contigo.

Se metió las manos en los bolsillos, riéndose entre dientes por mi respuesta, que parecía hacerle gracia en vez de resultarle cortante. Me fijé en el modo en el que se le marcaban los pantalones al hacer ese gesto y me dije que no podía negar que sabía cómo llevar un traje.

—Tengo dos entradas de cine. Las han enviado a la redacción y han sorteado las sobrantes entre la plantilla.

—¿Ah, sí?

—Supongo que los becarios no entráis en estos sorteos. Lo siento —se disculpó, avergonzado por aquella desigualdad.

—No puedo. Pero gracias por pensar en mí.

—Venga, Jimena. —Su voz se transformó en una más dulce—. Solo es una película. No tenemos que hacer nada que tú no quieras.

Se mordió el labio; los tenía mullidos, gorditos, y me pregunté cómo sería hacerlo yo.

—Lo que me sobra es la película.

Lo solté de sopetón y luego me arrepentí, porque no sonaba demasiado bien y la sociedad sigue juzgando con bastante ligereza el hecho de que una mujer pueda comportarse así, cuando los hombres llevan siglos haciéndolo; pero su expresión de asombro y también de sincera curiosidad me hizo pensar que quizá Oliver fuese una persona sin prejuicios en ese sentido.

No perdía nada por probar.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué esperas de mí, Oliver?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Me gustas.

—¿Te gusto o soy una especie de reto por ser la única de la plantilla que no te dora la píldora? —Soltó una carcajada.

—Vale. Me pone tu actitud, no voy a negártelo.

Colocó su mano en mi cintura y me tensé en el acto. Él no pareció darse cuenta.

Al sentir su tacto sobre mi jersey, pensé en Bruno. Fue automático. Me vinieron a la cabeza todas esas veces en las que su mano había salido disparada sin poder evitarlo y me había rozado; aunque enseguida se contenía,

porque desde el primer instante había respetado mi deseo de espacio sin necesidad de decirle nada.

De algún modo, Bruno había sabido lidiar con esas cosas que me hacían un poco complicado relacionarme, como si él hubiera visto más en mí de lo que yo mostraba a simple vista.

Como si me conociera.

Pensar en aquello me enfadó.

Clavé los ojos en los azules de Oliver, que brillaban con descaro, estaban fijos en mi rostro y de vez en cuando se deslizaban a mis labios. Era guapo. De un modo un tanto clásico, pero guapo; muy guapo. Y él lo sabía. Y sabía que yo también lo sabía.

Era todo demasiado obvio, así que no tenía sentido andarnos por las ramas. Pensé que la solución estaba tan delante de mis narices que era casi una obligación aceptarla.

—Hagamos una cosa, Oliver.

—¿Por qué me da la sensación de que lo que me vas a proponer me va a gustar? —preguntó meloso, apretando los dedos en la curva de mi cadera.

—Porque es posible que lo haga, pero a mi manera.

—Te escucho.

—Pasamos del cine.

—¿Qué tiene de malo el cine? —dijo, extrañado.

—No es el cine, es que no quiero que pienses que esto es una cita ni que lo parezca. Quedamos en algún bar que te guste, yo aún no conozco mucho la ciudad. Tomamos una copa y hablamos. Y después, si se nos da bien, me acompañas a mi casa.

—¿Qué quieres decir con «si se nos da bien»?

—Si ambos queremos que pase, pues pasará —susurré, notando cómo mi cuerpo despertaba al notar la tensión sexual que comenzaba a formarse entre nosotros por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Yo ya quiero que pase —confesó, bajando la voz.

—Pero yo no.

Lo quería, pero necesitaba encontrarme con él en una situación un poco más íntima que en mitad de la calle y a las puertas de la empresa como para saber con seguridad si había la suficiente atracción y comodidad entre nosotros.

Quería tenerlo todo bajo control.

—Acepto. ¿A las diez?

—Mándame la ubicación al móvil y nos vemos allí.

—Vale.

No se movió. Se quedó quieto, con los ojos clavados en mi boca y después sonrió.

No había que ser muy lista para saber la clase de imágenes que su cabeza había recreado conmigo como protagonista en un momento. Supongo que, de haber estado en un lugar un poco apartado, hubiera intentado besarme.

—¿Qué pasa?

—Nada. Te veo a las diez.

Me guiñó un ojo y volvió a entrar en el edificio. Yo eché a andar, aunque ya me sentía menos tensa ante las expectativas generadas de que pronto iba a solucionar esa tensión constante que acompañaba a mi cuerpo.

Cuando llegué a casa, Bruno estaba allí; lo supe por el sonido de la televisión encendida.

Me encerré en el baño para arreglarme, sin ni siquiera saludarlo. El encuentro de la mañana había sido... raro, y lo que menos me apetecía era provocar uno nuevo.

Cuando salí, ya duchada, vestida y peinada, la casa estaba completamente a oscuras y en silencio. Me había dejado el cargador del móvil en el enchufe del salón y andaba corta de batería como para salir de casa sin él, así que no me quedó otra que recorrer descalza el pasillo y buscarlo a tientas.

Al agacharme para cogerlo, las vi.

Se trataba de unas fotos tamaño folio dejadas sobre la mesa acristalada del salón, unas encima de otras. No había encendido la luz, pero no me hizo falta claridad para saber que eran fotografías de Bruno, y que eran importantes.

Me senté y las observé como pude, conteniendo el aliento.

Eran desnudos. Piel. Retazos de cuerpos unidos en uno. Sexo. Pasión encerrada en una instantánea.

Sentí un burbujeo en las tripas y una calidez repentina más abajo. Imaginarlo realizando esa sesión tan íntima me resultaba excitante.

Aparté la primera con la intención de ver la segunda y me estremecí al sentir unos brazos rodeándome para escondérmelas y su aliento en mi oído, erizándome la piel.

Ahugué un grito.

—Eres curiosa de un modo que te duele, ¿verdad?

—Bruno... Yo... Perdona —me disculpé, tartamudeando; pero es que su

aparición en la oscuridad de aquella sala me había descuadrado por completo; sobre todo al saberme pillada observando las fotos.

Tan íntimas. Tan tuyas que casi percibía la misma vergüenza que si lo hubiera encontrado protagonizándolas.

Intenté levantarme, pero estaba atrapada contra la mesa y su cuerpo.

Podía haberlo empujado. Haberle echado en cara que me había asustado. Que si no quería que curioseara sus cosas lo suyo sería que no las dejase en cualquier sitio. Pero no lo hice, porque sentí cosquillas en el lóbulo de la oreja cuando sus labios pronunciaron aquellas palabras con tanto descaro, con esa picardía que en Bruno estaba de más, con su calor traspasando la tela de mi minivestido negro, que se me había subido por los muslos por la postura hasta resultar indecente y que dejaba a la vista el comienzo de mis medias unidas por un ligero de encaje, por su mano izquierda abarcando mi cintura.

—Eres curiosa, Jimena, aunque te lo niegues. Guardas en tu cabeza detalles de conversaciones que se te escapan, pero no preguntas qué significan, sino que les das vueltas, intentando descubrirlo por ti misma. Como acertijos. Dices que los odias, pero no es así. Te vuelven loca.

—¿Y qué si es así? —pregunté bajito, sintiendo la boca de repente seca y la suya acariciando mi piel.

—Nada. No pasa nada. A mí me encanta, lo que no entiendo es por qué a ti no. Por qué te resistes. — Presionó su mano, abriéndola sobre mi estómago, acercándose a él, dándole otro significado a aquella frase. Me encontraba de rodillas en el hueco que quedaba entre sus piernas, sintiendo cada parte de su cuerpo en mi espalda, su forma de respirar, su polla endurecida contra mi culo. Suspiré, dejándome caer más aún, presa de eso que tenía Bruno que conseguía entorpecer mi autocontrol—. Me pregunto si te comes la cabeza por las noches en tu cama con algún acertijo que lleve mi nombre.

—No —mentí.

—Venga, ne... —Le clavé el codo en las costillas antes de que usase ese apelativo que tanto odiaba conmigo—. Jimena.

—Puede —respondí sincera, mordiéndome el labio, porque las sensaciones me superaban.

—Cuéntamelo.

—No.

Giré la cabeza y lo miré.

Estábamos muy cerca. Sus ojos brillaban incluso en la oscuridad del salón. Su aliento salía rápido, algo furioso, contra mis labios. El mío lento, pausado.

Podíamos habernos besado. Sí, supongo que aquello hubiese sido lógico, que ambos lo deseábamos y que el ambiente era propicio para una locura así, pero no lo hicimos. Solo nos miramos. Nos oímos. Nos respiramos.

Yo vivía contenida dentro de un disfraz que había adoptado como propio, era cierto, pero Bruno también demostró en aquel instante un gran autocontrol que no esperaba por su parte.

Nos mantuvimos así, en aquel abrazo extraño, unos segundos, aguantando, alargando esa sensación tan eléctrica todo lo posible antes de que yo huyera de nuevo, hasta que Bruno alzó las fotografías que había sujetado con su otra mano al acorralarme para que yo no pudiese verlas.

—Hazlo y te enseño una foto de mi exposición.

—¿Son de tu exposición?

Asintió, demostrándome que llevaba razón en todo aquello al sentir la curiosidad golpearme con fuerza.

Era bueno; jodidamente bueno jugando, eso tenía que reconocérselo.

Acepté antes de ser consciente de que lo estaba haciendo.

—Dijiste «uvas con queso». Luego «cerveza con ganchitos». Y después dijiste que...

—Ya sé lo que dije.

Levantó la mano y me mostró la siguiente foto sin más, con tal facilidad que tragué saliva ante el miedo a no saber dónde me había metido al preguntarle aquello.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, así que pude distinguir las líneas enmarcadas dentro. Piel, curvas, estaba claro, pero no sabía lo que era, no lograba identificarlo. Era un cuerpo, pero no llegaba a descubrir qué parte, ni nada que tuviera forma ni sentido para mí.

—¿Qué es?

—Ese no es el trato. —Sonrió de medio lado.

Yo volví a girarme y pasé los dedos por la imagen. Me transmitía algo... algo muy puro. Aquella foto no era sexo ni nada que se le pareciera como lo era la anterior. Era inocente y tierno; no sabría explicarlo mejor.

—Es... es increíble —confesé sincera, porque era cierto.

Bruno creaba arte, tenía talento.

—Gracias.

Y el silencio nos envolvió, mientras su mano dibujaba formas en mi estómago.

Me di cuenta de que ahí estaba otra vez, eso que me había hecho notar a

Bruno bajo la piel mientras me fotografiaba. Eso de lo que necesitaba huir a toda costa.

—Tengo... Tengo que irme. He quedado.

Me levanté y él aceptó mi decisión; demasiado rápido como para que mi cuerpo se quejase ante la ausencia de su contacto. Otro motivo más por el que tenía que salir de allí.

—Como quieras.

—Hasta mañana.

Me coloqué bien el vestido, sintiendo cómo sus ojos estudiaban cada movimiento que llevaba a cabo, y eché a andar con rapidez por el pasillo, pero, antes de llegar a la mitad, su voz me frenó.

—Espera, casi se me olvida.

—¿El qué? —Parpadeé, confusa.

—Un trato es un trato, ¿no?

—Claro —dije con una sonrisilla tonta, quitándole importancia.

Ni siquiera recordaba ya a qué había venido aquello; estaba bloqueada; Bruno me bloqueaba.

Entonces se acercó a mí a pasos lentos, deslizando su mirada turbia por todo mi cuerpo, provocándome, retándome. Lo hacía constantemente y yo había caído en ese juego sin darme cuenta.

No me moví.

Cuando llegó a mi altura, se agachó un poco, cogió un mechón de mi pelo con dos dedos y lo colocó detrás de mi oreja. Después acercó su boca y me habló. Bajito y rozándome la piel al hacerlo; y sabiendo que lo hacía y que eso me afectaba de un modo que me gustaba y desagradaba a partes iguales.

—Hay una combinación que aún no conozco, pero apuesto a que tiene que ser alucinante.

—¿Cuál?

Ojalá me hubiera mordido la lengua. Ojalá hubiese recuperado el escaso control que me quedaba, me hubiera dado la vuelta y lo hubiese dejado ahí plantado. Ojalá hubiese sido un poco más la Jimena que quería ser y no la que despertaba Bruno solo con estar cerca de ella.

Ojalá.

—Tu coño en mi boca, Jimena. Tu coño en mi boca.

A las diez menos cinco entré en el local que Oliver me había mandado al teléfono.

Me costaba averiguar cómo había llegado allí, porque desde que Bruno me había susurrado semejante ordinarietà al oído y después desaparecido con lentitud por ese mismo pasillo dejándome anonadada, excitada como en mi vida y con la ropa interior mojada, había pasado a ser una versión de mí misma torpe, insegura y demasiado acalorada.

Sí, lo que necesitaba más que nunca era echar un polvo.

Oliver ya estaba allí. Llevaba un pantalón gris de traje con una camisa blanca. Elegante, atractivo. Su pelo estaba perfectamente despeinado y sus ojos brillaron al verme.

Me había puesto un vestido negro corto y unos taconazos del mismo color; el mismo vestido que Bruno había tocado con sus manos apenas una hora antes.

Necesitaba borrar aquello de mi mente, así que anduve hacia él, obligándome a hacerlo, a buscar lo que fuera para desviar mi atención.

Me había decidido por el pelo suelto y por un maquillaje ahumado, resaltando mis ojos. Le gustó lo que vio. Era expresivo, pero no de un modo vulgar como lo era Bruno.

¿Por qué estaba pensando en él de nuevo?

Me clavé las uñas en la palma antes de llevarlas a mi boca para morderlas y sonreí con esa expresión fingida que siempre usaba para coquetear.

Me acerqué y recibí su beso en la mejilla. Olía bien, a un perfume masculino fresco y su aliento al vino que había pedido.

Me gustó. Nos gustábamos.

Era seguro. Fácil. Cómodo. Normal. Correcto.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—¿Qué quieres tomar?

—Una copa de vino está bien.

Pidió al camarero y pagó en el acto.

No me sentía tensa; esas situaciones no me ponían nerviosa, lo cual en mi interior no me agradaba del todo, porque me daba por pensar qué clase de persona no se inquieta cuando tiene intención de acostarse con alguien y sí lo hace cuando tiene que mantener una conversación cordial con su compañero de piso.

—¿Por qué hoy has aceptado? No pienses que no me parece bien, pero me has sorprendido —fue lo primero que dijo Oliver para romper el hielo, y su franqueza me hizo pensar que quizá no me había equivocado con él y que

podíamos aportarnos lo que ambos deseábamos.

—No lo sé. Porque me apetecía.

—Yolanda dice que eres de las que van de misteriosas para ligar más.

—Yolanda está loca. No sabe lo que dice.

Se rio y yo lo acompañé.

—Puede ser, pero ¿tiene razón?

—No. Aquí no hay misterio.

Me observó de arriba abajo y negó con la cabeza, incrédulo por lo que veía en mí, fuera lo que fuera.

Yo pensé en tortugas.

—¿Y qué es? Esto, digo —preguntó, señalándonos a ambos un poco confundido—. Quería hacerlo bien, porque yo soy así. Llevarte al cine. A cenar. A tomar una copa. Y quizá besarte si funcionaba lo anterior, pero así... Me descolocas, Jimena.

Lo entendía. Oliver era un buen tío, de esos que se lo curraban para que una chica se sintiera cómoda, deseada, respetada. Una cena elegante para conocerse un poco y romper la tensión inicial, un coqueteo sutil, una copa en algún lugar de música y luz tenue, un beso en un portal. Y, después, la posibilidad de elegir si ir a más o no, sin presiones.

Era un partidazo, lo sabía, se le veía venir, aunque también tenía pinta de ser de los que conseguían todo lo que se propusieran, porque estaba como un tren, era inteligente y tenía carisma. El lote completo.

¿Y yo qué quería de él? Que me follara fuerte hasta deshacer esos nudos internos que tanto me oprimían. Hasta conseguir olvidarme de la sensación de tener a Bruno pegado a mi espalda y respirando en mi oído. Y que después se marchase.

—¿Quieres que te sea sincera? Del todo, aunque puede que no te guste.

—Claro.

—No quiero salir contigo, no en el sentido más literal de la palabra.

Le dio un trago a su copa y después suspiró con profundidad, mientras se pasaba la mano por el pelo. Me imaginé haciéndoselo yo en una cama y me excitó.

No necesité pensarlo mucho más; ya había tomado una decisión al respecto, solo faltaba la suya.

—No sé si te estoy entendiendo bien o fatal y voy a recibir un tortazo por esto.

Sonreí, esa vez más sincera.

—Estás entendiéndolo perfectamente.

—¿Me estás ofreciendo sexo sin ninguna implicación más?

—Sí.

Analizó mi rostro, como esperando encontrar la trampa en todo aquello, pero no la había. Yo era así. Yo era el tío cabrón y promiscuo que había roto el corazón a muchas de mis amigas, por muy sexista que eso sonase.

Oliver dudó; supongo que no estaba acostumbrado a encontrarse a mujeres como yo. Así que posé la mano sobre su muslo como una muestra de que iba en serio, la observó y finalmente reaccionó.

—Y entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Oliver besaba bien. De un modo que me resultaba un tanto mecánico, pero era agradable.

Olía bien. Sabía bien.

Su cuerpo era perfecto, con los músculos marcados lo justo, depilado, cuidado.

Y sabía lo que se hacía.

Me manejaba con delicadeza, pero solo la necesaria para que aquello no pareciera lo que no era.

Habíamos decidido ir a mi piso, ya que Bruno trabajaba por las noches los fines de semana y en el suyo estaba su hermana, con la que compartía apartamento.

Habíamos llegado allí sin tocarnos, pero en cuanto cerré la puerta se había lanzado a mi boca sin miramientos. No habíamos tardado en desnudarnos mutuamente y en tumbarnos en mi cama, hechos una madeja de piernas y brazos. Su lengua enseguida había encontrado otro divertimento más plácido que el bailar en mi boca, y se había deslizado por mi cuello, por mis pechos, por mi estómago.

Sentirla posarse en mi sexo me hizo gemir.

—Jimena...

—No digas mi nombre. Por favor.

Lo agarré del pelo y lo guie de nuevo hacia el centro de mis piernas.

No quería sentirme Jimena. No quería sentir nada más que eso, que lo que era en aquel momento, un cuerpo dejándose explorar por otro, el instinto animal sin nada más que lo acompañase, el camino a un orgasmo que me hiciera desprenderme de toda la tensión acumulada. Que me hiciera olvidarme de lo que había ocurrido con Bruno.

«Tu coño en mi boca, Jimena».

Me estremecí.

Uno de sus dedos se internó en mí y me corrí entre jadeos; no pude evitarlo ni tampoco quise. Dios... aquello era bueno, estaba bien y me sentía cómoda.

Levantó la cabeza y vi sus labios mojados. Se incorporó, poniéndose de rodillas y su erección se presentó frente a mí, dura, rígida, preparada también. Me levanté y lo empujé para que se recostase él contra el colchón, tomando el control de la situación.

Oliver me miraba con los ojos brillantes y las pupilas dilatadas, mordiéndose el labio y apresando uno de mis pechos en su mano antes de acomodarme sobre él, colocarle un preservativo con rapidez y montarme encima.

Estaba bien. Yo lo estaba. Y él también.

En eso debía consistir el sexo.

—Joder... más rápido —rogó, con la respiración cortada.

Lo hice. Cabalgué sobre él, llevándolo al límite, cerrando los ojos y disfrutando de esa sensación de libertad absoluta y calma extrema que me aportaba follar sin más, sin implicaciones de ningún tipo.

Volvía a estar tan húmeda que me resultaba fácil moverme, recorriendo su longitud, mientras Oliver me apretaba los muslos con fuerza, intentando aguantar y no acabar antes de lo deseado.

—Ji... No puedo...

Le tapé la boca con la mano con firmeza, porque no solo no quería sentirme yo, sino que no me gustaba cómo sonaba mi nombre en sus labios.

Y no sabía por qué.

Tragué saliva, me tensé un poco y percibí que mi respiración se cortaba, porque nunca antes me había comportado de ese modo en medio de un polvo.

«Jimena, respira».

Su voz volvió como un recuerdo fugaz. Ví a Bruno arrodillado frente a mí, con la cámara a la altura de mi cintura y me estremecí de nuevo. Él lo pronunciaba diferente, como si tuviese una fuerza especial; como si supiera algo más de mí que los demás desconocían.

No se me iba de la cabeza.

Apreté más aún los dedos contra los mullidos labios de Oliver, reprendiéndome a mí misma por estar muy lejos de aquella cama, en otro lugar, en uno que no debía.

Ese gesto, algo rudo, lo enloqueció y pude notar cómo se corría, con

fuerza, palpitando y dando sacudidas en mi interior; lo hizo en el mismo momento en el que me pareció oír el ruido de la puerta de casa y unas pisadas que se perdieron por el pasillo.

Cerré las piernas y gemí. Fuerte y con más ganas de las que tenía, pero no me corrí. Creo que lo fingí bastante bien, porque él ni se lo cuestionó.

Después me despegué de Oliver, que parecía estar en trance, me tumbé a su lado y me quedé mirando el techo, mientras meditaba qué era lo que acababa de ocurrir.

—Jimena, eres alucinante.

Su brazo me rodeó por el torso y yo me giré, dándole la espalda y dejándole claro que aquello no iba conmigo.

—Ya. ¿Gracias? —pregunté, porque no sabía qué responder a un halago de ese tipo después de haber echado un polvo.

—De nada.

Y se hizo el silencio, solo roto por el ruido de los armarios de la cocina abriéndose y cerrándose.

Me imaginé a Bruno comiendo cualquier cosa, uno de sus bollos industriales y cebolletas en vinagre. Le gustaba hacer eso, comer sin sentido, mezclando sabores, texturas y comiendo primero el postre y después el primer plato.

Era un jodido desastre y lo odiaba por ello.

La respiración de Oliver era calmada. La habitación olía a sexo, a sudor y a su perfume, que ya sentía pegado a la almohada, a mi piel e incluso a mi paladar.

Estaba repentinamente incómoda.

—Oye, estoy cansada.

—Oh. Quieres que... —No lo dejé terminar.

—Sí.

—Vale.

Suspiró hondamente y se levantó.

No pareció molestarle; creo que incluso se sintió complacido, aunque algo desconcertado. Me sonrió comedido y le devolví el gesto, diciéndole con los ojos que todo estaba bien. Creo que no deseaba que aquello fuese incómodo ni que se rompiera esa nada entre nosotros que compartíamos; tampoco equivocarse haciendo algo incorrecto que me hiciese sentir mal.

Era un buen tipo.

Se vistió bajo mi mirada. Admiré su cuerpo y me dije que sí, que aquello

había estado bien. Oliver era un caballero en la calle y un buen amante en la cama. Guapo, correcto y lo bastante inteligente para saber lo que había ocurrido aquella noche.

Oliver estaba hecho a mi medida.

Cuando comenzó a abrocharse la camisa, me levanté y me puse unas bragas y una camiseta larga que usaba para dormir y que me llegaba por los muslos.

—Te acompaño a la puerta.

—Bien. Nos vemos el lunes —susurró, guiñándome un ojo.

—Claro.

Salí, cruzando los dedos a mi espalda para no encontrarnos con Bruno. La casa estaba en silencio, por lo que deduje que estaría en su cuarto.

Oliver abrió la puerta y se giró antes de salir, dejándome un beso en la frente con naturalidad antes de desaparecer por el pasillo.

Así es como me gustaban a mí las cosas.

Así sí tenían sentido.

Bruno

El viernes, después de aquel encuentro con Jimena que me dejó excitado, nervioso y algo descolocado por lo inesperado, decidí que no tenía la cabeza donde debía para hacer las cosas bien y dejé a Gael a cargo de una fiesta para la que nos habían contratado.

Me dirigí al estudio con la intención de desconectar, de centrarme en qué era lo que estaba pasando entre nosotros, porque aquello que había sentido al tenerla atrapada entre los brazos no había sido ni medio normal.

Ni siquiera sabía qué me había llevado a hacer aquello al salir del cuarto y encontrármela arrodillada sobre mis fotos. Un impulso me había guiado hasta allí sin pensar, una necesidad de tocarla, de pillarla desprevenida, de provocarla, de seguir tirando de aquel hilo de coqueteo sutil y transformarlo en otra cosa; en fuego.

Pasé las horas en el estudio. Pensando. Mirando fotografías que me temblaban en las manos. Fumando más de lo que debía. Y cabreado con el mundo en general, porque sentía que nada me salía bien. Cansado y nervioso, así que fumaba de nuevo, entrando en un bucle que me hizo volver a casa pasadas las doce con los ojos rojos del puto humo, la garganta reseca, oliendo a bar de carretera y con los ánimos por el suelo.

Me convencí para hablar con Jimena si no estaba dormida y, si ya lo estaba, sentarme con ella al día siguiente y proponerle aquello que no dejaba de rondarme por la cabeza del modo más profesional posible.

Necesitaba hacerlo de nuevo. Necesitaba fotografiarla.

Y es que no había sentido nada igual desde que había expuesto a ojos del mundo mi definición de «hogar» hacía ya años.

Como último recurso, siempre me quedaba la estupidez hortera y manida de suplicarle como un artista tarado que había encontrado a su musa en ella. Eso si no acababa lanzándome a su boca en otro ataque inesperado, porque me costaba controlarme cada vez más.

Entré en el piso y enseguida lo sentí. Creo que hay algo inherente al sexo que se puede oler, palpar y respirar incluso si entras en una habitación silenciosa con los ojos vendados. Y en esa casa alguien estaba follando y no era yo.

La oí y me quedé quieto, dos segundos apenas, pero lo suficiente para

demostrarme a mí mismo que aquello me había dejado más fuera de juego aún. La recordé diciéndome que había quedado, pero nunca me hubiese esperado que sus planes se basaran en acabar revolcándose con otro en su cama, menos todavía después de lo que habíamos compartido.

Me perdí por el pasillo, busqué algo de comer en la cocina y me encerré en mi habitación.

Apenas dormí. Cada vez que cerraba los ojos oía sus gemidos, como una canción horrible que acababa siendo ruido en mi cabeza, nublándome con mil mierdas que no tenía por qué sentir, pero que me cabreaban enormemente.

Cambié de idea, claro. Me pareció algo mucho más maduro y responsable pasarme el sábado rumiando, trabajando por la noche y después bebiendo como un idiota resentido.

Creo que eran las ocho de la mañana cuando conseguí abrir la puerta del piso tras un par de intentos. La luz del amanecer ya iluminaba el salón de forma cálida. Entré en la cocina e hice café. También picoteé un poco aquí y allá, mientras buscaba algo que me sirviera de cenicero, porque necesitaba fumar y hasta entonces la había respetado tanto, porque sabía que no le gustaba, que no lo había hecho en aquella casa.

En ese momento casi deseaba hacerlo solo por molestarla.

Encontré un pequeño cuenco de cerámica y me encendí un pitillo, inhalando con fuerza y exhalando casi con alivio. A la tercera calada, sus pies retumbaron por el pasillo. En realidad era tan ligera que no hacían más que un sonido leve, casi una caricia sobre los azulejos, pero en mi mente todo era mucho más caótico y excéntrico.

Me vio y se paró en seco, porque no me esperaba. Yo sonreí, pero no era una sonrisa buena, no. Englobaba mucho más, mucho más de aquel Bruno que cuando estaba cabreado podía ser muy cabrón sin proponérselo siquiera.

Miró mi cigarro a medio consumir y frunció el ceño. Después entró y se sirvió un café del que yo había hecho. Le gustaba el café solo y sin azúcar a Jimena, como si fuera otro rasgo más acorde con su dureza.

Aún estaba en pijama, con los ojos somnolientos y despeinada; era la primera vez que la veía así, porque, siempre que me levantaba, ella ya estaba arreglada.

—No sabía que fumaras. Al menos nunca lo has hecho en casa —soltó, sin esconder su desagrado por aquel vicio.

—Ni yo que tú usases pijama. Al menos, no de ese tipo.

Recorrió su cuerpo y se tensó. Como hacía siempre, vaya.

Llevaba un pantalón de piruletas rosas y una camiseta del mismo color. Otra de sus contradicciones.

No lo soportaba; el no entenderla, el no captar su atención, el no conseguir entrar en su mundo.

Quizá fue el alcohol, todo lo acumulado o que mi paciencia con ella se había acabado, yo qué sé, el caso es que estaba cabreado. Mucho. Y su actitud hacía que esos niveles subieran de forma considerable solo con tenerla al lado y sentirla distante, fría y lejana como era Jimena conmigo.

«No con otros», sonó una voz malvada en mi cabeza.

¿De dónde había salido aquel pensamiento? No importó, porque aquello me nubló del todo e hice lo que se me daba demasiado bien: cagarla.

—¿Siempre follas así o es que él era pésimo en la cama?

Se le resbaló la taza de la mano y parte de su café tiñó el suelo.

—¿De qué coño vas? —exclamó furiosa, mientras cogía una bayeta y lo limpiaba con excesiva fuerza. Yo me mantuve impertérrito, como si aquella conversación fuera una de lo más corriente.

—Yo no voy de nada, pero, si tengo que escuchar cómo finges correrte, qué mínimo que suplas mi curiosidad.

Se estiró todo lo pequeña que era y me fulminó con la mirada, pero no la apartó en ningún momento.

Era realmente dura esta Jimena. Tenía una fuerza interior que de vez en cuando salía a la superficie y que ni ella conocía, y un orgullo muy fácil de dañar; y, por alguna extraña razón, a mí me flipaba hacer ambas cosas.

—Yo no finjo.

Me reí.

Lo hice porque ahí estaba de nuevo, una actitud que no esperaba y que me descolocaba.

¿Qué esperaba? Que me diera un tortazo. Que me tirase el café a la cara. Que me insultara. Que se largara sin decir ni una palabra y no volviese a hablarme. Que telefonease a Adrián y que me echara del piso. Pero... ¿que se defendiera de mi acusación? Ni por asomo.

Joder, era fascinante.

—¿No? Entonces eres de esas. De las que una vez vieron porno y pensaron que follar trataba de eso.

Le hice un gesto obsceno con la boca, riéndome como un imbécil, porque estaba borracho y aquello me resultaba gracioso, pese a que no tuviese ninguna gracia.

—No pienso jugar a esto.

Dejó la taza en el fregadero y se dio la vuelta, decidida a dejarme solo y a huir de mis salidas de tono, pero mis siguientes palabras la frenaron.

—Un día me follé a una que gemía así, parecido a ti. Ya sabes. —Y dejé escapar un ruidito ridículo, imitándola y humillándola, por mucho que Jimena pareciese imperturbable—. Recuerdo que fue como follarme a una culebra, no paraba de moverse.

De nuevo reinó el silencio.

Yo me encendí otro cigarro; ella se quedó parada, aún de espaldas, pero sin abrir la boca, hasta que lo hice yo, porque no entendía tampoco su actitud.

Ni huía ni se enfrentaba a mí.

Era como si estuviera conteniéndose, aunque en el fondo lo que más deseaba era hacerme frente y sacar las garras. Como si esperase otra provocación. Como si luchara nuevamente consigo misma, entre la que quería largarse y no volver a cruzarse conmigo y la que buscaba una excusa para seguir peleando.

Hasta que hablé.

—¿No vas a decirme nada? Vamos, Jimena. Ahora es cuando tienes que insultarme y todo eso.

—Cabrón.

Fue un susurro, neutro, sin ningún matiz expresivo.

—Esperaba más de ti, pero me vale —le dije, con la voz cada vez más baja; habíamos pasado de hablar a un volumen demasiado alto a hacerlo mediante murmullos suaves que no correspondían en absoluto con la carga de aquella conversación—. Y yo ahora te contesto que no me insultes. Entonces tú me preguntas que por qué me estoy comportando como un malnacido y por fin te confieso que pasar por delante de tu puerta el viernes y oírte jadear me provocó una erección que no me gustó. Entre otras muchas cosas en las que no quiero pensar.

—Cállate —ordenó con frialdad.

—Eso está mejor —la alabé, consiguiendo que su cuerpo se tensara más aún—. Y te digo que no puedo callarme, porque yo soy así. Porque si no suelto las cosas se me enquistan. Y también te cuento, sin la más mínima vergüenza, que me encerré en mi cuarto y me hice una paja en la cama de tu primo. Tuve que hacerme una paja, Jimena. ¿Y sabes por qué? Di que no. Dilo, venga.

Tragó saliva, pero se giró un poco, lo justo para abrasarme con sus ojos, y aceptó el reto.

—No.

Di una última calada y apagué el cigarro, mientras nos observábamos.

Supe al instante que me arrepentiría de eso, de todo lo que estaba diciéndole, pero que no podía dejar de hacerlo, porque yo era así, de los que se quedaban con la culpa y no con las ganas.

La miré y le susurré, con la voz ronca por el deseo que me provocaba, por el enfado, por la anticipada resaca que avecinaba. Por lo que me gustaba ya Jimena. Por todo.

—Porque me moría de ganas de llegar a casa y verte la cara después de haberte susurrado al oído que me he imaginado tu coño en mi boca. ¿Y qué me encuentro? Pues no lo sé con seguridad, pero en mi cabeza tus jadeos de estrella del porno se debían a la boca de otro.

Sus pupilas se dilataron y su respiración la traicionó, demostrándome una vez más que sí, que Jimena no era de piedra cuando se trataba de mí, sino que solo se lo hacía.

—¿Has terminado?

—Sí. Creo que sí. Deberías probarlo alguna vez, no sabes lo bien que te quedas —le comenté, animado por el alivio repentino de haberlo soltado todo—. Quizá te ayudaría a relajarte un poco, ya que ni con sexo lo consigues.

Ella se giró por completo y, apoyando los codos en la mesa para que su rostro estuviera a mi altura, habló, con una dulzura que no era real, pero que me atontó por un instante, como la presa fácil que era.

—Pues si has terminado, escúchame bien. —Hizo una pausa y yo asentí; también quise lamerle la boca—. A partir de hoy, tú y yo vamos a hacer un trato.

—Me gusta cómo suena —dije, con la vista clavada en sus labios.

Entonces se incorporó y fue como si desapareciera, como si volviese a tener el control y ver a aquella Jimena contestona y guerrera solo hubiera sido un espejismo.

—Tú no te metes en mi vida y yo no te mando a la mierda. ¿Estamos?

La resaca no me dio tregua.

Me levanté el domingo cuando ya había anochecido, oliendo mal, con un sabor amargo en la boca y con ganas de volver a meterme en la cama. Sobre todo al recordar la conversación mañanera que había mantenido con Jimena.

Sin duda, era un experto en joderla.

Salí del cuarto después de llamar a Gael para pedirle disculpas por no

acompañarlo de nuevo esa noche a un cumpleaños para el que nos habían contratado, y me la encontré sentada en el sofá, con un libro entre las manos.

Después de encontrarme, de Saray García, leí en la portada. No lo conocía.

Levantó la cabeza y me miró unos segundos que se me hicieron eternos, sin parpadear siquiera; después volvió a agacharla y a clavar sus ojos en la página.

Lo hacía de nuevo, descolocarme, porque me hubiera imaginado que volviese a esquivarme, a esconderse de mí, y en aquella ocasión era consciente de que me lo merecía, pero no que estuviese allí tan tranquila.

Me pasé la mano por la cara y lo solté sin pensar, ya que no soportaba un segundo más sin que ella lo supiese.

—Lo siento.

—Vale.

No me miró.

No lo aceptaba. O sí. Yo qué sé.

Era Jimena, la mitad de las veces no la comprendía, así que lo repetí, acercándome a ella un par de pasos.

—Siento lo que te dije.

—Ajá.

Seguía igual, ajena a todo. Lejos.

Di otras dos zancadas, hasta hacerle sombra sobre su lectura.

—Me había tomado unas copas y...

Chasqueó la lengua de forma repentina, dejó el libro cerrado sobre la mesilla y se incorporó, cogiendo el mando de la televisión y encendiéndola.

—No importa, Bruno.

La melodía de *Modern Family* comenzó a sonar y sonrió complacida.

Le gustaban las serie sencillas, familiares y con sentido del humor; todo de lo que ella aparentemente carecía.

—En realidad sonabas muy bien. En la cama. —«Bravo, Bruno. Tú sí que sabes arreglar las cosas», me reñí—. Y no escuché tanto, pero en mi cabeza bastó para imaginármelo todo.

Cerró los ojos un instante y juro que se sonrojó; aunque el sonrojo en la piel morena de Jimena era algo parecido a una capa de calor que se palpaba enseguida, algo menos visible y más tangible.

—Ya es suficiente, Bruno.

Me acerqué y me senté en el sofá a su lado, pero dejando la máxima

distancia posible entre ambos.

«Son más de treinta centímetros, Jimena. Puedes estar tranquila, todavía estás a salvo».

—No. No lo es. Me cabreeé después de lo del otro día. Quiero follar contigo desde la primera vez que te vi, Jimena. —Percibí que tragaba saliva—. Pero tú no, así que no importa. Lo entiendo. Me pillaste con la guardia baja y me puse «celososexual».

—«Celososexual» —repitió, alzando las cejas.

—Sí. No me importa que folles con otros, pero me jode que no lo hagas conmigo, sobre todo cuando fui yo el que te puso cachonda.

—Tú no... —replicó ofendida, aunque su enfado repentino se debía más al hecho de que yo tuviese razón que a cualquier otra cosa; lo sabía y ella también, por mucho que lo ocultase.

Flotaba algo entre nosotros que ninguno podía ignorar a esas alturas sin parecer imbécil.

—Lo haríamos muy bien. Que lo sepas. —Me miró de reojo—. Follar, digo.

—Ya.

Sus labios se curvaron.

—Yo solo dejo caer la información. Por si lo dudas y eso.

Suspiró. Yo sonreí abiertamente y me acomodé en el sofá, cogiendo la novela que había dejado sobre la mesa y abriendo una página al azar.

«Estoy seguro de que también te duele aquí —dijo pasando la lengua por mis pezones, poniéndolos rígidos sin esfuerzo—. Creo que vamos a tener que hacer algo con esa espalda, antes de que ese horrible dolor, que parece propagarse, llegue más abajo— sugirió dejando que su mano se colase entre mis piernas—, no vaya a ser que tengas que pasarte todo el fin de semana retozando en la cama».

—¿¡Lees porno!?! —pregunté, con los ojos abiertos de par en par y la boca seca ante la sorpresa de que la seria, responsable y fría Jimena leyera novelas de esa clase.

Ella me quitó el libro de un manotazo, pero no antes de poder leer otro párrafo que me daba una respuesta que decía aún mucho más de la Jimena que comenzaba a conocer.

«El agua empezó a caer sobre nuestras cabezas mientras sellábamos aquella declaración de intenciones con un beso, que no hacía más que demostrar mi teoría de que todo suena, sabe, y se siente diferente, con la persona de la que estás perdidamente enamorada».

—Cállate ya. Empieza un nuevo capítulo.

Y con esas simples palabras en apariencia sin importancia, Jimena me dijo que estaba perdonado, que las cosas podían volver a ser como habían sido hasta entonces.

Quizá incluso que ella lo deseaba tanto como yo.

Jimena, la que decía no creer en el amor, pero que lo leía, lo veía en las películas y había empezado incluso a respirarlo, pese a que no estuviera aún preparada para vivirlo en su propia piel.

Jimena

No sé por qué me quedé esperando a Bruno en el salón aquella noche, pero lo hice. Quizá el hecho de que ya empezaba a asumir que yo también me estaba enganchando a eso que teníamos, fuese lo que fuese. A la familiaridad de sentirlo a mi lado mientras veíamos la televisión en silencio, a oírlo silbar por el pasillo recién levantado antes de irme a trabajar, a cenar con él, a compartir momentos que cada vez me inquietaban menos; o quizá más, pero que me estaban haciendo un poco adicta a esa tirantez en las tripas casi sin darme cuenta.

Me había hablado mal, es cierto. Había sido borde y un imbécil inmaduro al echarme en cara cosas que no venían a cuento, porque nosotros no éramos nada, pero, de algún modo, yo también me había sentido culpable. Me incomodaba que hubiera sido testigo, aunque fuese auditivo, de mi noche con Oliver. Como si que él lo supiera después de lo compartido me provocase remordimientos que no tenían demasiado sentido.

No lo sé... comenzaba a perderme y me asustaba, pero no podía evitar seguirle el juego, era superior a mí. El caso es que volvimos a las andadas rápido, saltándonos aquel episodio en nuestra memoria y centrándonos en disfrutar de aquello que yo me negaba y que él soportaba con digno estoicismo.

Una semana después, al volver a casa por la tarde, entré en el salón y me encontré con Bruno rodeado de imágenes reveladas sentado en el suelo. Llevaba puesto un pantalón vaquero que había vivido (o sufrido) tiempos mejores y un jersey de lana lleno de bolas de color verde. Su pelo recogido en un pequeño moño, pero, aun así, los mechones se le escapaban por la parte delantera. Estaba descalzo y había fumado, a pesar de que la casa olía a un ambientador frutal con el que parecía haber rociado cada esquina habitable para que yo no lo notara.

Parecía más artista que nunca con aquella pinta y tuve que contener el aliento antes de dar un paso más, porque estaba irresistible.

Levantó la cabeza y me sonrió. Yo sentí que algo se retorció en mi interior.

A veces me pasaba eso. Había sido algo así desde el principio, pero con

los días se intensificaba ese dolor; porque sí, era dolor, ya que no era placentero.

—Ven. Quítate todo eso y ponte cómoda. Quiero que veas esto.

Dejé el bolso en la mesa y me acerqué a él, pero tapó las fotografías con sus manos como un niño que ha sido pillado con algo prohibido. Después se mordió una uña con nerviosismo; quise hacer lo mismo, pero me controlé arañándome la piel.

—¿Qué es?

—Hazme caso, anda. Te mueres por quitarte los zapatos. ¿A que sí? —Me miró los pies, enfundados en unos botines preciosos pero que me hacían acabar la jornada con los dedos entumecidos, y asentí; solía anticiparse a mis deseos a menudo con detalles como ese—. Quiero que estés cómoda cuando te lo enseñe.

Lo obedecí. Desanduve el pasillo y me cambié en mi cuarto. Me puse unas mallas negras, unos calcetines gruesos de lana y un jersey viejo en crudo que usaba también para estar en casa. Sonreí al darme cuenta de que no podíamos ir vestidos más acorde.

Al volver, él me esperaba impaciente. Lo notaba así porque Bruno era como un niño, con ese brillo en los ojos que yo no conocía en mi mundo adulto.

Dio dos palmadas en el suelo a su lado y me dejé caer. Entonces comenzó a enseñármelas, en silencio, con lentitud, marcando los tiempos, como si hacerlo a esa velocidad constante y no a otra tuviera algún sentido.

—¿Qué es...? —enmudecí.

—Eres tú, Jimena —me susurró, bajito.

Observé maravillada las instantáneas.

Eran retazos de mí, a pesar de que al principio me había costado reconocerlos. Eran las fotografías que me había hecho aquella tarde y por las que nunca me había atrevido a preguntarle. Porque yo no hacía esas cosas, ya nos había quedado claro a ambos, pese a que había pensado en ellas infinidad de veces en la soledad de mi cama.

La curva de mi pecho bajo la luz de las farolas de la calle con aquel sujetador blanco tan sencillo. Los dedos de mis pies pintados de esmalte rojo cereza. El contorno de mi oreja. Pequeños vellos en mi nuca que apenas eran visibles con la luz del día, pero que él había captado con gran precisión. Trozos de piel que formaban rincones, recovecos, el propio mapa de mi cuerpo.

Cuando terminó de mostrarme todas, las dejó sobre el suelo y entonces me permitió a mí analizarlas a mi antojo, a mi ritmo, pasando de una a otra y después volviendo a la anterior.

Eran tan bonitas... y era yo. Era yo de un modo en el que nunca antes me había visto. De un modo que solo él me había sabido mostrar.

Me planté frente a una y sentí calor en las mejillas. Él se acercó un poco, lo justo para verla mejor y rozar su brazo con el mío. Estaba caliente.

—¿Te gusta? Es mi favorita. —Asentí.

También era la mía.

Era la foto. Aquel momento en el que sentí una conexión extraña con él sentada en aquella ventana. Era mi cintura, pero no era solo eso. Eran tres lunares que nunca había considerado que tuvieran nada en especial, pero bajo su mirada parecían un dibujo, una forma con algún sentido, un paisaje, una constelación.

—Es preciosa.

—Eres tú —repitió.

—¿Es un halago?

—Es una realidad.

Giré la cabeza y la sonrisa de Bruno y ese brillo tan único que solo habitaba en sus ojos lo hicieron de nuevo; provocaron el sonido de un «clic» en lo más hondo de mi ser.

—Déjame hacerlo otra vez. Déjame hacerte más —me pidió, con su rostro cada vez más pegado al mío, imantado por aquello que flotaba entre nosotros cada vez con más asiduidad.

En realidad lo había dejado caer muchas veces durante esa semana, pese a mi rotunda negativa. Me había perseguido por el pasillo, cámara en mano, lloriqueando que le dejase fotografiarme mientras hacía mis tareas, desde trabajando en mi escritorio hasta haciendo la colada. Después había pasado a hacerlo con excusas estúpidas, como que no tenía dinero para pagar a una modelo de verdad y tenía que conformarse conmigo, o que era tan guapa que el mundo tenía derecho a verlo. Esta última me hacía poner los ojos en blanco, pero en el fondo me halagaba.

Mi respuesta siempre había sido la misma, pero en aquel instante tenía que esforzarme de verdad para no hacer caso a mis instintos y el «no» hasta me sonaba forzado, demasiado fingido.

Así que, por primera vez, cedí un poco, preguntándole por la razón de su insistencia.

—¿Por qué?

—¿Hace falta que te lo diga?

No, no hacía falta, porque yo también veía lo que la cámara de Bruno había captado.

—No quiero —contesté, sintiéndome débil.

—Sí que quieres, pero te dices a ti misma que no, porque, por algún motivo que desconozco, te castigas continuamente negándote a ser tú y a hacer las cosas que de verdad deseas.

Indefensa. Cada vez más perdida; más desnuda frente a Bruno.

—No me gusta que me miren.

—Te gustó que lo hiciese yo.

—Eso no es cierto.

Y lo era y no a la vez, porque me había gustado tanto verme a través de sus ojos que precisamente había acentuado eso que tanto me incomodaba cuando se trataba de él; eso que solo Bruno me provocaba.

Me costaba respirar.

—Por favor. Solo una vez más —suplicó, con la vista clavada en mi boca.

No sé en qué momento nos habíamos acercado tanto, pero solo debía dejarme caer hacia delante para rozarlo. Se humedeció los labios y sentí un calor ascendente y devastador.

Aquello tenía que acabar.

—He dicho que no.

Me levanté y lo dejé ahí, sentado y rodeado por todas esas partes desperdigadas de mí.

Al llegar a mi habitación, cerré la puerta y apoyé la espalda en ella, cerrando los ojos. Solo entonces percibí que mis pulmones volvían a estar llenos.

Me decanté por una falda roja con tablas demasiado corta, pero que sabía que le encantaría. Una blusa de seda de manga larga con la que se me transparentaba el sujetador y unos botines con cordones.

Atrevida, sexi, con un claro objetivo.

Diciembre estaba siendo bastante frío para el clima que acostumbraba a teñir Barcelona, así que cogí un perfecto negro y me puse un cuello de lana que me había hecho mi abuela y que terminaba en flecos. Cogí el bolso y salí de casa buscando la dirección anotada en mi teléfono móvil.

Al girar una esquina, sonó la melodía asignada a mi mejor amiga.

—Lau, ¿qué tal?

—Taconazos retumbando en la acera y voz apresurada —me dijo, con sus dotes de espía activándose al instante—. ¿Dónde vas, pingo?

—He quedado.

—¿Con el guaperas del curro?

—Sí.

Oí cómo aplaudía entusiasmada.

Había vuelto a verme con Oliver otro día esa semana. Una hora de sexo perfecto y escasa conversación que me había hecho olvidarme un poco de aquello que comenzaba a tomar forma dentro de mí cada vez con más fuerza, echando raíces que yo pretendía cortar en sus manos expertas esa noche una vez más.

Laura estaba encantada con el hecho de que comenzara a salir por ahí, y nada menos que con un chico que a sus ojos parecía perfecto para mí. Yo la dejaba soñar despierta e imaginarse escenarios que nunca pasarían de ser eso, porque ella era así, y prefería que se montase películas con Oliver a que lo hiciera con cierto fotógrafo que se paseaba cada vez con más insistencia por mi cabeza.

—¿Dónde?

—En su casa.

—Jimena —me reprendió con voz grave—, ¿no te he enseñado nada en diecinueve años que nos conocemos? Acepta aunque sea una cena, pese a que lo que te apetezca sea cenártelo a él. Hazlo un poco más difícil; así pierde hasta la gracia.

Sonreí; esta Laura nunca cambiaría.

—Vamos a cenar allí, listilla.

—¿Antes o después de montároslo? —refunfuñó. Yo me reí.

—Espero que ambas. ¿Tú qué tal?

Miré el reloj y maldije por lo bajo; había quedado a las nueve y media e iba a llegar diez minutos tarde. Y yo odiaba llegar tarde.

Odí a Bruno en silencio por haber torcido mis planes.

Aligeré el paso.

—Bien. Oye, espera, ¿por qué corres tanto? ¡No me digas que Jimena la perfecta va a ser impuntual por primera vez en su vida!

—Me entretuve con Bruno —gruñí, sin pensar; al momento me mordí la lengua, pero ya era tarde.

—¡Oh! ¿Cómo está el *voyeur*?

—¿Por qué lo llamas así?

—Todos los fotógrafos llevan uno dentro. Y, bueno, ¿qué hizo para retrasarte?

—Me enseñó unas fotos.

—¿Qué fotos?

—Unas —susurré al cuello de mi camisa.

—Jimena Abellán.

—Laura Martos.

Su voz sonó autoritaria. Yo le respondí igual, aunque supe que hasta que no se lo contase no me dejaría en paz.

—Unas fotos... ¿o «las fotos»?

Suspiré. Laura respetó mi repentino silencio, y este fue una respuesta en sí misma.

Recordé las imágenes. A Bruno exultante esperándome en casa para enseñármelas. Lo que estas escondían. Su rostro cerca del mío; muy cerca. El calor que todo aquello me producía. El tirón interno. Desear que me besase y prohibirme a mí hacerlo.

Jimena en las fotos y en sus ojos.

Yo en sus fotos y en sus ojos.

Él, yo y la cámara aquel día.

Y las notas de un piano.

Exploté.

—Me enseñó las fotos, Laura. Las mías. Las que me hizo. Había muchas. Por todas partes.

—¿Y?

—Y nada, son buenas. Tiene talento.

—No te estoy preguntando eso.

—Me da igual.

—Ya lo sé.

—Pues ya está.

—Quiero verlas.

—Son tuyas, Lau —repliqué, como si aquello fuese un motivo de peso para no volver a verlas jamás.

—Pues que te haga copias. Alguna compensación tiene que sacar la modelo, digo yo, vamos. O que te haga otras.

Me tensé. Volví a notar el cosquilleo que verme observada a través de su objetivo me producía. Era adictivo, pero no quería hacerlo. No debía hacerlo.

—No quiero que me haga más.

—¿Te lo ha pedido? —No contesté—. ¿Jim...?

—Sí, ¿vale? —le corté, alterada—. Me lo ha pedido. De hecho no ha dejado de lloriquear desde que las hizo.

—¿Y por qué no quieres? —preguntó, escéptica. Me quedé callada, porque no podía contestarle a eso. Solo se escuchaba el repiqueteo de mis tacones por la acera, como si mis pasos fueran mucho más atronadores de lo que eran, retumbando con excesiva fuerza. Entonces Laura gimió—. Oh, Dios mío.

—¿Qué?

—No me lo puedo creer...

—Me estás asustando.

—Nunca pensé que viviría para esto...

Tragué saliva hasta hacerme daño.

«Yo tampoco, Lau. Yo tampoco».

—Laura, voy a colgarte.

—Te gustó. Que te mirase. Que te hiciese las fotos. Que quiera hacerte más.

—¿Qué estás diciendo?

—Te hizo sentir algo. A ti. A Jimena, ¡la reina de hielo! —exclamó, casi eufórica.

—No sabes de qué estás hablando.

—¿Has visto *Frozen*? Pues esa Elsa no tiene nada que hacer a tu lado.

—Déjalo ya.

—La tortuga está sacando la cabeza del caparazón.

—Te estás pasando —repliqué, cabreada por que ella hubiese escogido precisamente las palabras de Bruno.

—Te conozco, Jimena. Te estás controlando. Te estás cohibiendo. Siempre lo has hecho.

—Estoy llegando al portal.

—Te proteges, llevas todos estos años haciéndolo, pero con Bruno...

No quería seguir escuchándola. No quería escuchar nada más que tuviera que ver con él. Solo quería llegar ya, dejarme llevar y deshacerme por dentro.

—Lo siento, tengo que dejarte.

Me mordí los labios, cerrando los ojos con fuerza, y dejé caer el teléfono dentro del bolso antes de llamar al timbre.

En lo que Oliver tardó en abrirme asumí que sí, que Laura tenía razón y que yo era una embustera, porque, por mucho que no me gustara la idea, yo era

débil y más egocéntrica de lo que nunca pensé, y verme de esa forma en las fotos de Bruno me había hecho sentirme bien, poderosa, bonita, especial. Cosas buenas. Y yo nunca había sentido cosas buenas en ese sentido.

Aceptar eso me asustaba, pero también hacía crecer en mí el deseo de repetirlo.

Y no era solo eso, sino que había algo en Bruno que me atraía de una forma dolorosa, de una forma que sabía que no me hacía bien.

Que la reina de hielo, como Laura me había llamado miles de veces, comenzaba a derretirse.

Subí andando hasta el primer piso y me encontré con el rostro sonriente de Oliver asomado en el descansillo.

—Hola, estás guapísima.

—Cállate.

Me lancé a su boca, cerré la puerta dándole una patada con el tacón y me dejé llevar por la sensación de abandono que necesitaba en aquel momento, mientras Oliver me follaba con furia contra la pared de su recibidor y yo intentaba olvidar, esconder o hacer desaparecer el nudo que se había asentado en mi estómago y que luchaba por abrirse paso por mi garganta después de escuchar a Laura.

Después de haberme visto en aquellas fotografías que decían más de mí que mil palabras.

Después de aceptar que Jimena, la controlada, la tenaz, la constante, la que se sentía cómoda, protegida y segura en esa apariencia imperturbable que se había creado a medida, comenzaba a mecerse por el caos del que tanto huía.

Por un caos encabezado por la existencia de Bruno.

Volví tarde a casa.

Después de un polvo de escándalo en la entrada, Oliver insistió en que cenara con él y nos tomáramos una copa. Acepté, pero más por el hecho de que no quería regresar tan pronto que por pasar más tiempo con él.

A ratos me sentía una persona horrible.

Aun así, Oliver no era tonto y tampoco forzaba nada; sabía lo que había, lo respetaba e incluso lo agradecía, pese a que lo ocultara tras esa imagen de chico diez.

Charlamos sin más, de trabajo sobre todo, aunque también lo hicimos de otras cosas más personales. Él de una novia que había tenido y con la que aún tenía algo pendiente; yo de Laura, de mis estudios y de poco más, sin

interiorizar demasiado en nada, como siempre.

Fue agradable. Cómodo. Correcto.

Sin embargo, en algún punto de la velada, me perdí en mis pensamientos.

—Eh, Jimena. ¿Todo bien? ¿Tan aburrido soy? —Un toquecito en mi hombro me despertó del ensimismamiento.

Me incorporé y me peiné con los dedos en un acto reflejo. No me había quedado dormida, tal y como tenía la cabeza de revuelta hubiese sido imposible, pero sí que me había perdido del todo en el caos que era en ese instante.

—No. Lo siento. Es que...

—No importa. ¿Quieres que te acompañe a casa? Es tarde.

Me sonrió y le devolví el gesto agradecida por que no se ofendiera. Era una gran tipo y me alegré de haberlo conocido un poco más.

—No. Cogeré un taxi.

—Como quieras.

Entonces una idea cruzó mi mente. Estúpida, irracional y guiada por mi parte más destructiva, esa que tanto odiaba.

No obstante, no podía llevarla a cabo sin hacer una cosa antes.

—¿Te importa que me asee antes de irme?

—Claro que no. Siéntete en casa.

Abrí la puerta del piso sin ser yo del todo; o quizá más yo que nunca.

Las dos cervezas bebidas con Oliver se me habían subido a la cabeza ligeramente, pero no fue eso lo que me hizo caminar decidida a través del pasillo con un objetivo marcado.

Fue otra cosa mucho más interna, más instintiva, más animal. Algo más; algo que ya me resultaba adictivo sin haberlo casi probado.

La necesidad de que Bruno me mirase de nuevo a través de su cámara.

Entré en su cuarto después de llamar con los nudillos una vez y que él me respondiera.

Lo encontré tumbado, solo con unos calzoncillos sueltos negros de algodón y con una camiseta gris dada de sí. Llevaba el pelo recogido en un moño y ojeaba unos papeles bajo el foco de una lámpara de noche.

Me miró confuso, pero no dijo nada; no fue necesario.

Bruno ya sabía por qué estaba yo allí. Quizá incluso antes que yo misma.

Se levantó, dejó los papeles sobre el escritorio y estiró la ropa de la cama. Después cogió el flexo y lo colocó de modo que iluminase la estancia como él

deseaba. Se agachó sobre una bolsa de deporte que aguardaba a los pies del armario y sacó una de tantas cámaras de las que disponía.

Yo me quité los botines y las medias. Después me desabroché la falda y la dejé caer contra el suelo laminado de madera.

Cuando se giró, me encontró en ropa interior. Aquella vez era negra con partes de encaje, más atrevida; unas prendas que yo había escogido para acostarme con otro.

Bruno sabía que había salido; creo que también intuía con qué objetivo, pero, si lo supo, no pareció importarle. Me alegré profundamente de haberme aseado en casa de Oliver, porque no quería sentir su olor, su tacto ni nada en la piel.

Me observó de arriba abajo con lentitud; su mirada era oscura, pero ahí estaba, ese brillo que yo solo había visto en Bruno.

Sentí que tragaba saliva antes de seguir preparando la estancia como creía necesitar.

Entonces ocurrió. Fue inevitable. Creo que de haberlo podido controlar tampoco lo hubiese hecho. Me di cuenta de que allí, en esa casa que no nos pertenecía a ninguno de los dos pero que habíamos convertido un poco en nuestra, me había despojado de todo y solo estaba yo, la Jimena de verdad, la que escondía al mundo. La que un día me había hecho daño. La que negaba a todos menos a Bruno, por la razón que fuese. La que él sacaba a la luz de un modo espontáneo, con facilidad, como si Bruno solo me viese de esa forma.

Que con él tendía a ser yo, sin más.

Y lo fui.

El «clic» de mi sujetador fue lo que le hizo volver a girar sus ojos y posarse en los míos, esforzándose por no deslizarlos por mi pecho descubierto.

—¿Qué estás haciendo?

—Desnudarme.

—No es necesario. Nunca te lo he pedido.

Era verdad, pero era yo la que se lo estaba pidiendo, la que necesitaba volver a sentirse como Bruno solo había conseguido de una forma que nunca me hubiera imaginado que fuese posible. Y hacerlo del todo. Sin ninguna parte de ese disfraz con el que me movía por la vida.

Quería ser solo Jimena. Y solo con él.

—Pero quiero hacerlo.

Quería verme a través de su mirada, de su objetivo, de sus ojos. Quería

sentirme visible, que alguien me mostrara de nuevo quién era Jimena, porque ya no me encontraba. Quería ser algo más que una mujer que se sentía una niña en un mundo que le quedaba demasiado grande.

Entonces Bruno decidió que, si yo podía ser Jimena del todo, él también, y paseó sus ojos por mi cuerpo, sin cortarse, respirando con fuerza y con sus ojos brillantes. Noté mis pezones endurecerse cuando clavó la vista en ellos y después su cuerpo respondiendo también bajo su ropa interior, abultándose.

Pensé que ese intercambio silencioso e intangible era infinitamente más sexual que mi encuentro de hacía unas horas con Oliver.

Sobre todo porque ambos sabíamos que allí nadie iba a tocarse.

Atrapé el borde de mis braguitas y las bajé con lentitud. Se puso tan nervioso al verme deslizarlas hasta caer al suelo que se le resbaló un pequeño trípode que sujetaba entre los dedos. Entonces se me escapó una risa y él soltó una carcajada antes de reaccionar, arreglarse el moño para que el pelo no le molestara en la cara y ponerse como un loco a preparar el cuarto, rompiendo esa tensión y poniéndose en la piel del profesional que era.

—No quiero que se me reconozca, Bruno.

—Confía en mí. Solo alguien que conozca bien tu cuerpo sabrá que eres tú.

«Entonces eso no será un problema», pensé. Porque hasta ese momento nadie había tenido esa posibilidad, ese grado de intimidad, de observarme con calma, con exactitud, con tiempo y luz suficientes. Una cercanía que, sin saber muy bien guiada por qué, estaba compartiendo con Bruno.

Puso música, de nuevo un concierto de piano, y no volvió a mirarme directamente, encerrándose en esa actitud competente que hacía que me sintiera cómoda, al menos en ese sentido.

Siempre había estado conforme con mi cuerpo. Era pequeña, bajita, delgada, con poco pecho y caderas estrechas. Un cuerpo que a veces me resultaba un tanto infantil, de muñeca, pero con el que vivía en armonía. Quitarme la ropa nunca había supuesto un problema para mí, ni un tabú, ni nada parecido.

Sin embargo, al plantarme frente a Bruno, ya desnuda y sin saber qué hacer con las manos, si taparme entre las piernas, los pechos o simplemente esperar a que él me ordenase, me sentí más pequeña incluso por unos segundos.

Insignificante. Intrascendente. Una mota de polvo en un cuarto inmenso.

Al final no me tapé, porque ya he dicho que no se trataba de ese tipo de pudor, pero sí que me encogí, me perdí un poco en esas inseguridades, en esos miedos que acechan cuando una menos se lo espera, por muy segura que se

crea.

¿Qué estaba haciendo allí con Bruno? Apenas lo conocía y solo me había faltado abrirme de piernas.

No, era algo mucho peor.

Si hubiera sido sexo, habría sido simple, natural, un intercambio de sensaciones físicas y ya está, pero aquello era algo más, algo más espiritual, más complicado. Y yo siempre huía de lo complicado; hasta ese momento mi vida había sido forjada así. Para no sentir. Para no cargar con nada.

De nuevo la sensación de falta de aire me apremiaba.

—Mírame, Jimena.

Lo hice y me derrumbé.

Me agaché, cogí mi ropa interior y comencé a titubear.

Yo no era esa chica. Yo no era esa Jimena que se dejaba llevar por los deseos de un desconocido. Yo no... Ya no.

—¿Qué hago? Esto es...

En dos segundos lo tuve a mi lado.

Vestido y yo desnuda. Alto y yo diminuta. Seguro y yo tan perdida...

Puso un dedo en mi mentón y me obligó a mirarlo. Ese gesto fue suficiente para que dejara de pensar y saliera de ese bloqueo, porque me vi otra vez en sus ojos y asumí que quizá estaba equivocada y que esa chica también era yo. Que siempre lo había sido y que siempre lo sería, por mucho que renegase constantemente de ella.

—No te escondas de mí, por favor.

Y mis ojos le contestaron sin dudar que era posible que ya no pudiera hacerlo nunca más. No con él. No después de dejarme ver así. No después de eso.

Salió un segundo y regresó con el libro que yo estaba leyendo por entonces, lanzándolo sobre la cama. Después me indicó con una señal que me tumbase. Entendí enseguida qué era lo que quería retratar y lo hice. Me eché sobre sus sábanas azules, abrí la novela y comencé a leer.

Al principio no entendía nada de lo que decía y tenía que empezar una y otra vez para ser capaz de comprender una sola palabra, pero después lo conseguí y me zambullí en la historia, como si estuviera sola leyendo en mi cuarto, como tantas veces había hecho a lo largo de mi vida. Aunque en este caso lo hiciese desnuda y con Bruno deslizándose como una pantera silenciosa a mi alrededor. Con el piano de fondo, el sonido del disparador y la sensación insistente de mi estómago, con la única diferencia de que, en aquel momento,

no dolía.

Me dejé llevar, hasta que los ojos se me fueron cerrando y caí en un sueño profundo y plácido sobre las sábanas de la habitación improvisada de Bruno.

Cuando me desperté, me sorprendió encontrarme en el cuarto de mi primo, tapada hasta la barbilla, pero como mi madre me trajo al mundo.

Me estiré y el olor que ya empezaba a relacionar con el de Bruno se internó por mi nariz. Las sábanas olían a él y me estremecí.

El despertador de la mesilla marcaba las siete de la mañana. Me levanté, me puse las bragas, el sujetador y la camisa y, con el resto de mi ropa bajo el brazo, salí de puntillas.

Sin embargo, al llegar al salón, me frené.

Bruno estaba dormido sobre el sofá, tapado con una manta ridícula que solo le llegaba hasta la mitad de las piernas y con el cuello torcido hacia un lado. La misma manta con la que él me había tapado hacía lo que ya me parecía una eternidad.

Lo observé unos segundos, admirando la curva de su cuello, sus hombros, su estómago liso que subía y bajaba bajo la fina tela de la camiseta.

Bruno respiraba inocencia, naturalidad, libertad.

Suspiré, fui hasta mi cuarto y volví a salir con una manta más grande, porque a esas horas ya refrescaba y me daba apuro dejarlo allí helado después de haberme permitido dormir en su cuarto.

Le quité la pequeña y lo cubrí con cuidado de no despertarlo.

Antes de irme, no pude evitar retirarle un mechón de pelo que le cubría la frente.

Era un poco áspero, encrespado, y me pregunté cómo sería acariciarlo entre mis dedos otras mañanas.

Bruno

Jimena me concedió más espacio con aquella aparición nocturna en mi habitación que en los meses que llevábamos compartidos. Fue como si no solo se desnudase físicamente, sino más bien como si ella hubiera decidido con aquel paso darme algo más, algo que estaba claro que le costaba y que no mostraba muy a menudo.

Su cuerpo; joder, su cuerpo. Cerraba los ojos y la veía, ahí clavada, taladrándome con sus ojos, toda piel, fuerza, ganas. Me había puesto en el pellejo del profesional que era y controlado mis instintos mientras ella me dejaba hacer en silencio, pero eso no evitaba que, la mañana después, al despertarme en el sofá y recordar lo sucedido, lo hiciese con una erección tan grande que me dolía.

Me había masturbado en la ducha pensando en ella. En cómo se curvaba su espalda, en sus piernas, en la redondez de su culo, en sus pezones izados, en su boca. Pensaba en su boca y la necesidad de correrme era demasiado intensa. Así que lo hacía, pero no dentro de ella como me gustaría, ni sobre su ombligo, sino en mi mano, como un jodido adolescente hiperhormonado.

En aquella ocasión Jimena no huyó, sino que se decantó por la indiferencia y por actuar como si todo fuera normal entre nosotros; como si todos los compañeros de piso del mundo que apenas se conocían se hiciesen fotos desnudos y se pusieran cachondos continuamente en silencio y en la distancia.

No estaba muy seguro de si prefería esa situación al rechazo, la verdad, porque comenzaba a agobiarme el no poder tocarla, aun sabiendo que ambos nos moríamos de ganas. Eso era lo peor, el saber que ella quería, pero que no lo hacía por el extraño mecanismo de funcionamiento de su cerebro.

Agradecí que las fechas navideñas nos obligaran a separarnos días después, aunque no fuese más que por un período breve. Ella regresó a su casa por las fiestas y yo pasé tiempo con mis padres y mi hermana, bebiendo y comiendo hasta la extenuación y trabajando mucho de evento en evento que cubrir.

También vi a Iris.

Estaba guapa; algo más delgada, pero igual de guapa que siempre.

Hablamos, aunque poco y mal.

También nos gritamos; lo hicimos mucho y muy bien.

Y compartimos una cama que en algún tiempo fue un lugar en el que el amor tuvo cabida y que de pronto se nos mostraba fría. No hubo sexo; en realidad no hubo nada.

Una Navidad tensa, rodeados de regalos, que a ella se le hizo eterna y que a mí me supo a poco.

El día que Jimena regresó al piso, sentí que ambos estábamos menos nerviosos y más cómodos al vernos gracias a ese breve espacio de tiempo, pero no menos contentos por estar de vuelta.

Y es que no hay nada como separarte de alguien para descubrir cuánto de ti le has dado.

—Eh, ¿qué tal?

Me acerqué a darle un beso en la mejilla y ella se quedó muy quieta; yo tampoco me esperaba ese gesto por mi parte, pero me salió solo.

—Bien. Traigo una maleta llena de comida casera, pero te confieso que mi madre cocina con tanto aceite que es como comerlo a cucharadas. —Puso cara de asco y yo le cogí las bolsas y comencé a sacar los *tuppers* y a dividirlos entre la nevera y el congelador.

Estaban perfectamente marcados con pequeñas etiquetas blancas.

—Acabaré con ello, tranquila. —Sonrió agradecida, porque Jimena era incapaz de tirar nada de comida, por mucho que la aborreciese—. ¿Has sido buena? ¿Te ha traído Papá Noel muchos regalos?

—Libros y un perfume.

Me dio la espalda y empezó a recoger la cocina rumiando por lo bajo, seguramente maldiciendo porque las cosas no estuvieran tan bien ordenadas como antes de irse ella. Tres días más y, de forma inconsciente, hubiera acabado cambiando la sal y el azúcar de bote.

Me crucé de brazos, apoyándome en la encimera, y la observé. Se movía rápido y con destreza, pasando la bayeta con brío, como si no soportase la posibilidad de ver una mínima gota de grasa. Después envolví mi voz en sarcasmo y le hablé fingiéndome agradecido.

—Yo también he sido bueno. Gracias por preguntar, ¡eres un encanto! —Se tensó, pero al instante me miró de reojo y juro que vi una disculpa en sus ojos. Qué poco acostumbrada estaba a darse a los demás...—. Me han traído calzoncillos y calcetines para abastecer al barrio entero. También una agenda, porque con lo desorganizado que soy mi madre cree que puedo morir si no tengo una igualita que la de mi padre. Y lo mejor, una botella de ginebra de la

buena que pienso compartir contigo, si quieres.

—No es necesario, pero gracias.

—Sí es necesario. Nadie dice que no a una ginebra *premium*, Jimena.

Me acerqué a su cuerpo, tanto que la obligué a dejar su tarea de tener el fregadero más reluciente del país y a que se girase. Le sonreí de medio lado, alzando una ceja, y ella repitió el gesto.

—Yo sí.

—¿Miedo de acabar desnuda si te emborracho? Aunque creo que no me hace falta...

—¡Bruno! —Me atizó con un trapo y solté una carcajada.

Todo era igual que antes de irnos; igual, pero diferente. Más natural. Más comedido. Más... normal.

—Perdona. Perdona.

Sacudió la cabeza, mientras colocaba los vasos secos en el armario; tenía que ponerse de puntillas para hacerlo. Se le escapaba sin cesar un mechón de pelo de la coleta y ella se lo colocaba con premura detrás de la oreja.

No parecía haber nada distinto en ella, pero a la vez era como si se hubiera desprendido de algo, como si parte de la tensión que siempre la acompañaba se hubiese difuminado en el trayecto de vuelta.

La observé tanto tiempo sin decir nada que al final claudicó y su curiosidad pudo con ella.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza. Después me giré y salí de allí, no sin antes decirle lo que llevaba pensando desde que la había visto en la puerta.

—Me alegro de verte.

—Yo también.

Frené en el pasillo ante la respuesta.

Fue un susurro; ni siquiera sé si su intención era que yo lo oyese, el caso es que lo hice y supe que era cierto, que ya descubriríamos si para bien o para mal, pero que algo había cambiado.

Jimena

Tres días en casa habían sido suficientes para entenderlo.

Unas horas bajo el techo del único sitio al que consideraba hogar con mi madre y mi abuela, y pensando en lo que se reiría Bruno de ver a mi madre achispada contando chistes verdes o a mi abuela bailando a la mínima posibilidad.

Estaba segura de que él la sacaría a bailar.

Una noche de fiesta con Laura, su marido y amigos en común en la que me reí, salté e incluso me dejé llevar por la música.

Una mañana de resaca con ella en la que me forzó a hablar y asumí que sí, que algo estaba cambiando.

—¿Quieres hablar de ello?

Estábamos tumbadas en su sofá. Habíamos salido el día anterior hasta las tantas y yo había acabado durmiendo en su habitación de invitados.

Tenía que regresar a Barcelona en un par de horas y me sorprendía que hubiera tardado tanto tiempo en preguntármelo.

—¿De qué?

—Vamos, Jimena. Te he dado dos días de margen y esta tarde te marchas.

—No hay nada de qué hablar.

—Algo te ronda por la cabeza. Lo hemos pasado bien, pero... anoche estabas ausente. Más que de costumbre, quiero decir.

—Pensaba en el trabajo.

Nos quedamos calladas. El sonido de un *reality* de vestidos de novia que estaban dando por la televisión rompía un poco el silencio; eso e Íñigo preparando la comida en la cocina.

Cuando se atrevió a preguntarlo, lo hizo con voz suave.

—¿Lo echas de menos?

—No. Me hubiera venido bien una semana sin pisar la oficina y no solo tres días, pero es lo que he conseguido. Recuerda que soy la becaria pringada.

—Sabes que no me refiero al trabajo. —Fruncí el ceño—. ¿Lo echas de menos a él?

—No especialmente. El sexo... eso sí. Es posible que lo llame cuando llegue.

—Tampoco hablaba de Oliver.

—Ya lo sé.

Me mordí el labio. Sentí sus ojos castaños clavados en mí y me giré, dándole la espalda en el sofá. No se lo merecía, pero seguía siendo la misma de siempre en muchos aspectos. Una tortuga asustada.

—Puedes hacerte la tonta todo lo que quieras, Jimena. Pero engañarte a ti misma no hará que lo que sea que pienses o sientas desaparezca.

—Deberías haber estudiado Psicología.

—Se me daría bien, ¿verdad? —preguntó, orgullosa de sus dotes.

—Así no me darías tanto el coñazo y te limitarías a tus pacientes.

Me lanzó un cojín que me dio en la frente.

—Eres insoportable. ¿Te he dicho que soy más feliz desde que no estás al otro lado de la calle?

—No, pero es lógico.

De nuevo nos rodeó el silencio.

No sé qué pasaría por la cabeza de Laura, pero por la mía volaban instantes a toda velocidad, sensaciones y posibilidades futuras que no había dejado de plantearme desde que había pisado el suelo de mi casa.

Lo había notado la primera noche que había dormido en mi cama. Di vueltas, meditando sobre lo increíble que era que el dormitorio de mi infancia me resultase incómodo apenas tres meses después de haberlo abandonado, sobre que echaba de menos mi cuarto de Barcelona, las rutinas que había tomado como propias al llegar, el modo de hacer las tareas de casa, que allí seguían estando bajo el incuestionable mandato de mi madre. Que había empezado a echar de menos todo aquello enseguida y solo en un día.

Que lo echaba de menos a él.

Respiré profundamente y lo solté.

—Lau.

—¿Sí?

—Me cae bien. Bruno. Es un buen tío.

Su risa me hizo sonreír a mí.

—Tú también lo eres, Jimena.

Era posible, pero me costaba verme como ellos me veían.

Me levanté, más por la necesidad de alejarme un poco de lo que había destapado con Laura que por ganas, y la dejé allí tumbada, remoloneando.

Entré en la cocina y me encontré con Íñigo preparando la comida. Llevaba el pelo de punta y las ojeras le llegaban hasta el suelo, pero no perdía la sonrisa. Nunca lo hacía.

Me miró de reojo y me dedicó una expresión resignada, como si fuese mi padre y pensara que yo no tuviese remedio.

Adoraba a Laura; era mi persona favorita del mundo fuera de mi familia.

Sin embargo, conocí a Íñigo una tarde en los viejos billares que frecuentábamos desde la adolescencia y supe que tenía algo que me gustaba. No en el sentido en el que le gustaba a mi amiga, que había sido la que nos había arrastrado allí a ambas cada día con el objetivo de cruzarnos con él, sino por algo más interno. Me provocaba confianza y una inmediata sensación de protección, y eso pocas personas lo consiguen.

Por ese motivo, cuando él intuía que había algo que me atormentaba, sus consejos solían ser demasiado certeros como para ignorarlos.

—Le ha hecho mucha ilusión verte. Te echa de menos, aunque disfrute diciendo que es más feliz desde que te fuiste.

Sonreímos.

—Yo a ella también. Irá a verme dentro de poco, le he hecho prometérmelo.

—No lleva muy bien lo de...

—Lo sé. —Ambos tragamos saliva; a mí me resultaba un tema incómodo y para él por lo visto el querer ser padre también se estaba convirtiendo en algo menos positivo de lo que debería—. Pero aún es pronto, ¿no?

—Sí, y no hay prisa, pero ya sabes cómo es Laura. Lo quiere todo ya. Nos fuimos a vivir juntos a los cuatro meses. Nos prometimos a los seis. Y ahora quiere quedarse embarazada para antes de ayer. —Torcí los labios.

Era cierto. Laura podía tener muchas virtudes, pero la paciencia no estaba entre ellas.

El rostro sombrío de Íñigo fue lo que me hizo usar la baza del humor.

—Llegará, os pondrá la vida del revés, dejaréis de dormir y de ducharos y entonces te quejarás por la ausencia de sexo.

—Eso no me gusta tanto —dijo, riendo—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Estoy bien.

Me subí de un salto a la mesa, cogí una zanahoria y le di un mordisco.

—Vale, ahora la respuesta de verdad.

—Estoy bien, Íñigo, solo que... Nada está saliendo como esperaba —confesé.

—¿Y qué lo hace? Yo no pensaba sentar la cabeza nunca y mírame.

Se señaló el delantal que le colgaba al cuello con volantes rosas y me eché a reír.

—En el fondo te alegras de esto. Estabas destinado a esto.

A querer a Laura. A hacerla feliz, aunque eso consistiera en convertirse a ratos en un modélico amo de casa. En pasar la vida a su lado.

En algunas personas esa verdad se ve con claridad, e Íñigo era una de ellas.

—Pues aplícate el consejo. Da igual lo que desees que sea tu vida, Jimena. Al final ella solita te acaba guiando hacia lo que tenga que ser. Solo tienes que dejarte llevar. Es fácil. Y sabes hacerlo.

Su última matización me desagradó.

—¿Y si no quiero? Sabes que esa Jimena no era buena.

—Vamos, no vayas por ahí. Eras joven. Y te gustaba experimentar, pasar la línea y todas esas cosas que todos hemos hecho en algún momento. ¿Qué te da miedo?

—No quiero volver a ser esa chica. No me gusta, Íñigo. Es sencillo.

—El problema es que esa chica también eres tú. O vives en equilibrio con ella o... —dejó las palabras en el aire, pero se escucharon a gritos por encima de nuestro silencio.

«O no vives, Jimena».

Salí de casa de mis mejores amigos pensativa; no me lo tuvieron en cuenta, ya que me conocían tan bien que sabían que ambas conversaciones habían hecho mella en mí y que necesitaba meditarlo todo, analizarlo, interiorizarlo.

Pasé por el parque en el que de pequeña me había columpiado y de adolescente me había besado con chicos detrás de los setos. El viejo callejón en el que a Laura le rompieron el corazón y yo practiqué sexo oral con un vecino a los quince años. El portal de mi casa, en el que tantas veces me escondí para meterme mano con algún desconocido con el que me había cruzado en la zona de bares.

Recuerdos de una Jimena que no pensaba en nada más que en ella misma, en buscar algo que la activase, que le hiciera sentir calor por dentro y no tan vacía.

Una Jimena de la que comencé a despedirme cuando me dejé arrastrar por los deseos del novio de una de mis amigas; una que, obviamente, perdí y nunca más lo fue.

Rememorar todo aquello me producía náuseas. Y miedo.

Sin embargo, Íñigo tenía razón. Yo seguía siendo esa Jimena. Lo notaba cada vez que algo me desagradaba, cada vez que Bruno me retaba y tenía que

sujetarme para no dejarme llevar, cada vez que quería besarlo y no solo follar con él.

Regresé a ese piso de Adrián que ya sentía un poco mío con la mente más despejada; hasta que lo vi. Con su pelo revuelto, castaño y con mechas rubias que se le aclaraban en cuanto el sol le rozaba un poco, incluso estando en invierno. Sus ojos verdes, brillantes e infantiles. Su horrible peto vaquero con agujeros; uno que se ponía a menudo, no sé muy bien si porque le encantaba o porque leía en mi rostro cuánto me martirizaba solo verlo. Su sonrisa, esa que me decía que se alegraba de verdad de verme.

«Yo también, Bruno. Yo también».

No parecía demasiado difícil.

No obstante, lo sería, porque me relajé demasiado. Tanto como para que la cosa se complicara en el momento menos indicado.

El año comenzó.

Lo celebré saliendo con Oliver y sus amigos, y amaneciendo entre las sábanas de su cama, mientras Bruno trabajaba sin descanso cubriendo varias fiestas y pasando todo el tiempo libre que tenía con su familia. Como si en esas fechas echara de menos su anterior vida más que nunca.

Era increíble cómo habían transcurrido de rápido los meses, tanto que de repente solo quedaban días para que mi primo volviese.

Me moría de ganas de verlo, a pesar de que habíamos chateado a menudo, pero comenzar a vivir con él me proporcionaba una sensación de seguridad que me agradaba. Como si él fuese una malla para evitar que yo cayese; sobre todo cuando Bruno seguía bajo el mismo techo y sin ninguna aparente intención de marcharse.

Una de esas noches, en las que yo llegué agotada del trabajo y él me esperaba sentado en el suelo con una pizza grasienta al mismo nivel que succulenta, me atreví a sacar el tema.

—El jueves viene Adri.

—Lo sé.

—Tengo ganas de verlo.

—Yo también.

Cogí aire, buscando cualquier cosa que me ayudase a adivinar cuál era el plan de Bruno. Porque tendría un plan, ¿no? No podía ser tan despreocupado, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de tener un techo bajo el que

dormir.

—Espero que no le moleste que haya cambiado la mantelería de sitio.

—No creo que rompa sus esquemas —dijo con burla—. No te preocupes por eso.

—Deberíamos prepararle una cena de bienvenida o algo así. ¿No te parece? Por lo bien que se ha portado con nosotros. —Hice una pausa en la que el silencio resultó denso, como si Bruno ya supiera por dónde iban los tiros, pero obligándome adrede a ser directa. Al final, lo hice—. Si aún estás por aquí, claro.

—Jimena, ¿intentas preguntarme algo?

—No es asunto mío —solté con rapidez.

Después le di un mordisco a mi porción de pizza y un hilillo de queso me golpeó la barbilla, quemándome.

—Ya. Mira... mañana hablaré con mi hermana. —Su seriedad consiguió que me arrepintiera en el acto de haberme metido en una cuestión que solo le incumbía a Adri—. Ahora mismo no puedo pagarme un piso. No espero que lo entiendas, pero se podría resumir en que Iris y yo...

—Bruno, no tienes que darme explicaciones.

—Pero parece quererlas.

Clavó sus ojos, más apagados de lo normal, en mí y suspiré. No me gustaba verlo así. Quería que sonriese, porque, si Bruno no sonreía, significaba que las cosas iban realmente mal. Si Bruno no sonreía, en aquella casa nadie lo hacía.

—No. Solo quería saber cómo... —intenté rectificar, pero no me lo permitió.

—No te preocupes, de verdad. Me habré ido en unos días. Lo he pospuesto porque... bueno, porque estaba a gusto aquí. No has sido tan mala compañera como parecías, pese a tu obsesión por el brócoli. —Sonrió un poco y yo lo acompañé.

—Cállate.

—No, en serio. ¿Sabes esa sensación de posponer inconscientemente las cosas porque sabes que lo que venga no será mejor que esto?

—No.

Por supuesto que no lo sabía, yo nunca actuaba así. Al menos no en aquel momento de mi vida, pero que él lo explicase con tanta simplicidad y sin pudor por lo que yo pudiera intuir que escondían sus palabras me asombraba.

—Bueno, pues eso es lo que me ha pasado. En breve lo arreglaré.

—Bien.

—Bien.

Se me cortó el hambre de repente. Dejé mi trozo sobre la bandeja y me abracé las rodillas con los brazos. Tenía frío.

—¿No comes más?

—Tengo el estómago un poco cerrado.

Asintió y cogió la porción que yo había dejado a medias. Yo lo observaba de reojo, mientras me mordía una uña y me decía que no era posible.

No entendía cómo había ocurrido, pero había algo en mi interior que me apretaba con fuerza, como si una mano me agarrase las tripas.

No podía ser.

Me levanté y me subí al sofá, con las piernas por debajo del culo y tapándome con una manta. Bruno me miraba extrañado, pero no decía nada.

Supongo que siempre lo supo antes que yo.

—¿Jimena?

—¿Qué?

—¿Qué pasa?

—Nada.

Terminó de comer, se limpió las manos con una servilleta y se levantó, haciéndose un hueco a mi lado, como siempre. Pero no. Nada era como siempre. Nada en absoluto.

Me costaba respirar.

Encendí la televisión y busqué algo que me ayudase a dejar de pensar, a dejar de decirme en mi cabeza que era cierto lo que Laura había intuido.

Que no quería ni pensar en la posibilidad de que Bruno se marchase.

—Estás tensa.

—Soy yo. Siempre lo estoy.

—Más que de costumbre.

Cogió uno de mis pies y tiró de él, obligándome a estirar las piernas y ponerlas sobre su regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Ssshhh —me mandó callar y con un movimiento rápido hizo desaparecer mis calcetines por debajo de aquella manta; yo contuve el aliento y comencé a sentir los latidos frenéticos de mi corazón en las sienes—. Déjame.

—No, Bruno...

«Tú y yo no nos tocamos», pensaba.

«No deberíamos hacerlo, porque no sé si podré soportarlo», me decía a mí

misma, pero sin atreverme a poner volumen a esos incansables pensamientos.

—Relájate. Solo es un masaje y no voy a pedirte uno a cambio, tranquila. Pareces a punto de explotar, Jimena. Disfrútalo y no pienses.

Así era Bruno; acababa de compartir conmigo que era obvio que le inquietaba su futuro más inmediato, que las cosas se le seguían torciendo por momentos y él, en vez de recrearse en la posibilidad de que yo lo consolase, se mostraba preocupado por lo que fuera que a mí me atormentaba.

Era generoso. Bueno.

Jodidamente encantador.

Tiré de mi pie hacia mí, pero lo apresó con más fuerza entre sus manos.

Volví a sentir la aspereza de las yemas de sus dedos, igual que aquel día en el que me tocó encima del labio. Parecía que había pasado un siglo de aquello.

—¿Te parece algo muy normal hacerme un masaje en los pies después de trabajar nueve horas?

—¿Tienes miedo de que te huelan mal? ¿Es eso? —preguntó divertido; después hizo una de esas cosas horribles y fuera de lugar que siempre hacía Bruno. Levantó un poco la manta y se colocó mi pie a la altura de la nariz. Quise morirme—. Mmm, no. No huelen mal.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? —Pataleé sobre su regazo como pude.

—Cállate y disfruta —exclamó entre dientes, mientras yo me revolvía como una culebra; con mis movimientos espasmódicos lo único que conseguí fue acercarme más aún a su cuerpo y sentir su calor bajo mis piernas—. Eres un coñazo hasta cuando me ofrezco a darte un masaje.

Me apretó con fuerza y con su aliento tan cerca del mío que hizo bailar un mechón de mi pelo. Al darme cuenta de que estábamos tan juntos, me bloqueé. Clavé mis ojos asustados y algo furiosos en los suyos cálidos y llenos de vida, y me rendí.

Los cerré, intentando ignorar que eran sus manos las que habían sosegado su agarre y comenzaban a dedicar lentas caricias a mi empuje. Las tenía suaves, excepto en las yemas de los dedos, que eran más ásperas, como ya había descubierto antes. Lo que tuve claro fue que eran expertas. Que sabía dónde tocar, con qué presión y de qué modo para que mi piel fuera desperezándose y activándose de una manera que no auguraba nada bueno.

Eché la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en el brazo del sofá, quedando tumbada y con medio cuerpo sobre su regazo. Ni siquiera oía ya las voces que me decían que el hecho de que Bruno y yo nos tocáramos así solo podía

acabar en catástrofe. No escuchaba nada. Nada que no fuera su respiración profunda, sus movimientos bajo la lana y mis suspiros entrecortados.

Me olvidé de todo eso que me mantenía siempre alerta para no sentir y me dejé llevar por esa expansión que mi cuerpo estaba experimentando.

Estaba tan cansada, tan rayada por las dudas, por el agobio de no estar haciendo nada que me provocase alegría al levantarme por las mañanas, el miedo a la decepción...

Y después estaba esa sensación que me había producido el saber que pronto él se marcharía. El asumir de una maldita vez que, por mucho que me protegiese, entre Bruno y yo había algo que saltaba por los aires cada vez que nos acercábamos lo suficiente.

Cuando pasó su pulgar por la planta, un suspiro ronco y más largo que los anteriores salió de mis labios, porque fue como si lo sintiera más arriba; mucho más.

Sobre el vértice entre mis piernas.

Daba igual lo que me dijera, Bruno me excitaba, lo estaba haciendo solo con un simple masaje. ¿Qué podría conseguir de dejarlo aventurarse bajo mi ropa?

Al imaginármelo, me arqueé un poco y apreté el pie sin poder contenerme sobre su cuerpo.

Él se tensó y yo me mordí el labio guardando un jadeo.

Joder...

—¿Te gusta? —susurró, con una ronquera que me confirmó que sí, que aquello que intuía bajo mi tacto era su entrepierna también despertándose.

Nos gustábamos. Nos atraíamos de un modo casi absurdo, porque no teníamos nada que ver. Nos poníamos. Nos retábamos.

—Mucho. ¿Y a ti?

No sé de dónde salió esa provocación envuelta en pregunta. El caso es que, según pronunciaba las palabras, las manos de Bruno ejercieron presión sobre mi pie, apretándolo sobre la forma dura y larga de su sexo, dejándome palparlo sin miramientos, y entonces sí que gemí bajito.

Y no me arrepentí.

Ya todo me daba igual.

Ya estaba perdida.

—¿Tú qué crees? —replicó.

Moví el pie, ya libre de su agarre, rítmicamente sobre la erección que guardaban sus pantalones, sin pensar en aquello que estábamos haciendo, sin

meditar por primera vez desde que nos habíamos encontrado, envuelta en mil sensaciones placenteras que me confirmaban que un simple masaje de pies podría catapultarme a un orgasmo.

Que lo necesitaba.

Sin pensar.

Sin pararme a reflexionar sobre que estaba masturbando a Bruno en el sofá de mi primo como si fuera algo lógico y completamente normal.

Sin centrarme en nada más que no fuera el deseo que me carcomía y me quemaba entre las piernas de oírlo correrse por mí.

Abrí los ojos un instante para encontrarme con los suyos cerrados, su cabeza apoyada en el respaldo echada hacia atrás y su boca abierta, lanzando pequeños suspiros que se me antojaron tan excitantes que sentí un latigazo en mi centro.

Quise besarlo.

Fui consciente un momento fugaz de la situación y mis movimientos cesaron.

Supongo que llevaba demasiado tiempo siendo otra como para que resultase tan sencillo desprenderme de ello.

Iba a incorporarme y a levantarme, cuando sus manos apresaron mis pies y clavó su mirada en la mía, excitada y asustada a partes iguales.

Tenía los ojos más brillantes que nunca, grandes, expresivos, llenos de todas esas ganas contenidas durante tantas semanas y volví a sentirlo, esa intensidad, eso tan grande que era capaz de transmitirme solo con mirarme. Eso que me arrastraba sin remedio y sin ser capaz de plantarme y de decirle que no, que me aterraba perder el control y que con él sentía estar haciéndolo todo el tiempo.

Vi cómo una de sus manos se deslizaba por mi pierna, tocándome por encima de las mallas, hasta llegar a mi sexo y dejar allí una pequeña caricia, ligera, casi un aviso, un modo de pedir permiso.

Y entonces... dejé de pelear y se lo di.

Cerré los ojos de nuevo y mi pie siguió su propio juego con ayuda de su mano, que lo apretaba contra su miembro, guiándome, ayudándome a masturbarlo a su antojo.

Bruno no llegó a tocar piel. Solo me regaló roces, leves movimientos sobre la tela de mis pantalones, pero certeros, precisos, que me hicieron retorcerme de placer hasta que mi cuerpo entero se tensó y exploté en un orgasmo increíble bajo esa manta compartida, abriendo los ojos lo justo para

ver cómo él metía su mano dentro de su ropa interior y se tocaba con firmeza hasta correrse sin dejar de mirarme ni un segundo.

Me quedé tumbada, percibiendo cómo la realidad volvía a rodearnos.

Con mis pies sobre su sexo duro, una de sus manos desaparecida y aún sintiendo los espasmos del mío, el calor de mis mejillas, nuestras respiraciones erráticas.

No hablamos.

Yo fui despertando poco a poco del trance, mientras Bruno me miraba y sonreía.

Su mano libre me acarició la rodilla con cariño y noté el modo en el que la tensión volvía a mí con fuerza, con mucha más intensidad que antes de liberarla bajo su tacto.

Era como si viviese en una montaña rusa constante y después de cada subida tuviera que llegar la caída.

¿Qué acabábamos de hacer? ¿Cómo habíamos llegado a eso?

Me incorporé.

Bruno hizo lo mismo, se quitó la camiseta de un tirón y limpió parte de sus fluidos con ella como si allí no hubiera pasado nada. Como si aquello fuese normal. Pero no lo era.

La situación comenzaba a asfixiarme otra vez.

Me retiré el pelo de la cara y solo necesité oír su voz para levantarme y largarme de su lado hasta verme encerrada en la seguridad de mi cuarto.

—A esto lo llamo yo un masaje con final feliz.

Bruno

Joder.

Tardé unos minutos en reaccionar. Me quedé relajado, con la mirada perdida en su menudo cuerpo desapareciendo por el pasillo. Creo que si hubiera habido una puerta a Narnia escondida por ahí, Jimena la habría abierto sin dudar con tal de desaparecer.

No había sido mi intención acabar corriéndome en la mano; lo juro.

Por una vez, mis razones habían sido buenas e inocentes, porque algo había cambiado en ella después de hablar sobre el tema del piso.

En realidad, algo había cambiado en Jimena desde aquellas fotos. Seguía siendo esquiva y algo agresiva de entrada, pero también era más cercana en otros aspectos, más confiada.

El caso es que volvió a sorprenderme convirtiendo el hecho de darle un masaje normal y corriente, con la excusa de ayudarla a soltar aquello que le hacía fruncir el ceño constantemente y estar un tanto ausente, en un puto encuentro sexual que nos había regalado un orgasmo brutal a ambos.

Había sido alucinante.

Jimena no había usado las manos. Yo no había probado su boca. Ni siquiera nos habíamos quitado la ropa.

Me recordaba a algunos de mis momentos de adolescente escondido en un portal o en la última fila de un cine. Pero mejor, claro; infinitamente mejor.

Sentir su tacto. Ver su cara mientras se dejaba llevar. Oír sus jadeos sin pudor. Su forma de arquearse y apretarme la polla.

Una Jimena liberada, muy diferente a la que no soportaba que la abrazasen.

Una Jimena que me gustaba incluso más que la otra.

No, eso no es cierto, porque a mí lo que me comenzaba a atraer como una puta polilla a la luz era la mezcla de ambas; la constante contradicción que no comprendía, pero que me volvía un tanto loco. Y yo ya lo era cuando se trataba de sentimientos, así que con ella los niveles aumentaban por mil.

Había sido tan tan bueno que no podía esperar a volver a probarlo.

Me levanté y me encerré en el baño.

Supuse que darle un poco de tiempo era la opción más sensata, aunque en esa ocasión me negaba a permitirle tanto como para que después hiciera como que nada había ocurrido. Porque lo había hecho. Vaya si lo había hecho. Y la

Jimena cobarde debía aceptarlo mirándome a los ojos; no iba a dejarle margen a otras opciones.

Me di una ducha y me vestí. Cuando estaba terminando de ponerme la camiseta, oí que su habitación se abría y que se dirigía a la puerta con la intención de marcharse.

«Esta vez no te me escapas, Jimena».

Salí corriendo con una manga sin meter y la pillé desprevenida y algo descolocada por aquel ataque por sorpresa.

—Jimena, tenemos que hablar.

—No hay nada de qué hablar.

Agarró el picaporte con el propósito de abrir y salir corriendo, pero puse mi mano sobre la suya y bloqueé la salida con mi cuerpo.

—¿Tampoco de que nos hayamos masturbado como críos en el sofá hace una hora? —le solté con total naturalidad, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—¡Cállate! —exclamó, entre furiosa e inquieta.

Volvió a tirar de la puerta con fuerza, pero no con tanta como para deshacerse de mí.

Estaba nerviosa, demasiado, aunque creo que también algo triste, pero, por encima de todo, estaba enfadada. Expulsaba rabia por cada poro de su piel. Como si fuera una olla burbujeando al fuego y a punto de quemarlo todo; una puta bomba que podría explotar al mínimo roce.

Yo no entendía el acertijo que era Jimena, qué podía haberle ocurrido para ser tan cerrada cuando de relaciones se trataba, pero me daba igual, porque a mí me gustaba así, como era, con sus locuras y sus manías. Como siempre he pensado que deben gustarnos las personas; como son, como se muestran, independientemente de que encajen o no en un ideal inventado.

Quería decírselo, pero de nuevo se encontraba lejos de mí y supe que nunca saldría nada bueno entre nosotros en aquel momento, así que me separé desilusionado y la dejé huir adonde quiera que fuera, pero no conmigo.

Estaba haciendo de aquella actitud hacia mí una rutina cada vez más perfeccionada.

—Vale. Veo que sigues sin estar relajada. Cuando lo estés, me gustaría hablar contigo.

Entonces se giró y me fulminó con la mirada.

—Te lo repito, tú y yo no tenemos que hablar nada en ese sentido. Ha sido un error. Nos hemos dejado llevar, pero no volverá a ocurrir.

—Como quieras —susurré, resignado.

Después la vi desaparecer escaleras abajo.

Me di cuenta de que se estaba convirtiendo en una sensación familiar, la de verla marchar y no poder detenerla. Y también fui consciente de algo más, de que aquella chica tenía algo que comenzaba a atraparme, como un mosquito insignificante y tonto en una tela de araña.

Jimena

Me arrepentí de haberme ido nada más sentir el aire golpearme las mejillas.

Me sentía una cobarde, una niña pequeña y asustada, pero es que... en realidad lo estaba.

Lo que había ocurrido con Bruno no había sido nada que no hubiera hecho antes con otros chicos. Nos atraíamos y al final no habíamos podido evitar acabar juntando nuestros cuerpos del único modo que yo le había permitido. Había sido sexo y punto; una reacción natural entre dos personas que se desean.

O eso me repetía.

Sin embargo, mis nervios, mis miedos y mis dudas se debían a otro motivo; a uno con mucho más peso. Y es que con Bruno daba igual que hubiese sido una paja como dos quinceañeros en un sofá, porque con él no se quedaba ahí. Ya lo sabía, lo intuía y era la razón principal por la que no había accedido antes a sus insinuaciones constantes.

Me había costado tanto caer porque con Bruno había vuelto a sentir. Él tenía algo que me despertaba, que hacía que esa Jimena que siempre se había sentido vacía se llenara por instantes. Y, por primera vez en mi vida, sentir... me gustaba.

Durante años había asociado el sentir a cosas malas, al arrepentimiento, al rechazo, a la decepción. Nunca traía consigo nada que mereciera la pena y, por eso, había asumido que no era para mí; que algo en mí fallaba que me impedía disfrutar de eso que el resto del mundo tanto ansiaba y buscaba.

Con Bruno era una experiencia nueva y no tenía muy claro querer vivirla.

Llamé al timbre. Tardó un poco en contestar, pero cuando lo hizo no pareció sorprenderlo que fuese mi voz la que se escuchara al otro lado del telefonillo; o si fue al contrario, lo disimuló muy bien.

A día de hoy aún no tengo muy claro el porqué de haber acabado llamando a su puerta. Supongo que, por una vez, el ser una persona solitaria en una ciudad que no era la mía no fue una ventaja, el caso es que Oliver me recibió con una sonrisa y un beso breve en los labios que yo no ansiaba, pero que le permití.

Llevaba puesto un pantalón de chándal y una sudadera. El pelo estaba sin su característica gomina y despeinado, y sus ojos cansados. Lo vi guapo. Lo

era, pero me gustó verlo así, más natural, más él.

—¿Qué haces aquí? Pasa. Estábamos cenando.

«Estábamos».

Me acordé de que vivía con su hermana y de lo poco sensato que era interrumpir de ese modo, cuando Oliver y yo no éramos más que compañeros de trabajo que se habían acostado en un puñado de ocasiones.

—Siento molestar. Y no haberte avisado, es que...

—¿Va todo bien? —preguntó, repentinamente serio al observarme mejor.

Supe que estaba exteriorizando más de lo que deseaba, pero estaba asustada. Y me sentía sola. Y no estaba acostumbrada a ninguna de las dos cosas.

Me di la vuelta y le regalé una sonrisa de disculpa.

—Mejor nos vemos mañana, ¿vale?

—Jimena, ven. —Me agarró del brazo y me metió dentro; no hice ni siquiera el amago de resistirme, porque, por mucho que me costase y que verme en esa situación me desagradase como pocas cosas lo hacían, necesitaba hablar con alguien—. ¡Berta, estoy en mi cuarto!

—¡Vale! —exclamó una voz femenina desde dentro.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Entramos en su dormitorio y cerró la puerta. La habitación me pareció más grande que los otros días. Supongo que fue la consecuencia de sentirme yo más pequeña.

Me senté en su cama y él hizo lo propio girando la silla de su escritorio y quedando frente a mí. Me sudaban las manos, aunque las tenía frías. También me sentía tonta. Mucho. No sabía muy bien qué hacía allí, con Oliver observándome cauto pero preocupado, cuando yo no le había dado nada más que mi cuerpo a ratos.

El mundo está lleno de buenas personas.

—Podemos quedarnos en silencio, no me importa, pero intuyo que esta visita se debe a algo que no está relacionado con el sexo, ¿me equivoco? —habló bajito, sonriéndome comedido.

No sé si fue el que él no me obligase a nada o que de verdad percibí que le interesaba saber qué me había pasado y que quería ayudarme. No lo sé, pero hablé, y lo hice abriendo las compuertas del todo, porque sentía que, si no lo hacía, iba a explotar por dentro y desaparecer.

—No. Soy una idiota. No debería haber venido aquí, pero es que... En

realidad no sabía a dónde ir. Mi primo está lejos, mis amigos también. Y no soy lo que se dice una persona abierta, lo sabes.

—Tú y yo hemos follado, Jimena. Pero somos amigos. O algo así. —Torcí el labio; me sentía una mierda, porque en ningún momento hasta ese instante yo hubiera hablado de Oliver como un amigo. Un colega, sí. Un rollo fácil y cómodo, también—. Al menos yo lo tenía claro. Esto no está mal.

—Pero yo no soy así.

Se rio.

No me molestó, porque lo comprendía. Llevaba años comportándome de modos que ninguno de mis amigos entendía, estaba acostumbrada a ello, pero me agradó que no me mirase con superioridad, ni con lástima por ser como era.

—Tú eres como eres. Haces las cosas que haces y punto. No le des vueltas a cómo deberías ser o a qué deberías hacer. No tenemos un manual de instrucciones.

—Ya. No paro de escuchar eso a todas horas.

En Laura. En Íñigo. En Bruno.

—Quizá el mundo te lo esté gritando y depende de ti prestarle atención o no.

—Quizá.

—¿Quieres contármelo?

—No sé si te va a gustar.

Fruncí el ceño y tuve un ataque de vergüenza repentino, porque daba igual lo que fuéramos Oliver y yo, no me parecía muy correcto decirle que había masturbado a Bruno en el sofá de mi casa. Lo recordaba y sentía un latigazo entre las piernas.

Él pareció leerme la mente y se adelantó, poniéndomelo fácil, pese a que no lo mereciera.

—Tú y yo no tenemos nada.

—Ya, pero el contártelo precisamente a ti me hace ser una puta egoísta. No está bien.

—Pareces no tener a nadie más —dijo, burlón; eso me hizo sonreír—. Además, quiero escucharlo.

—¿Te has acostado con otra desde que tú y yo lo hacemos? —le pregunté sin rodeos.

—No. ¿Intuyo que tú sí?

—No exactamente.

—No es un sí, pero tampoco un no. Vale. —Suspiró.

—Preferiría no entrar en detalles. No por pudor, es que intento borrarlo de mi cabeza.

—¿Quién es?

—Mi compañero de piso.

Asintió y apoyó las manos en las rodillas, acercando su rostro un poco al mío.

—¿Te gusta?

—No. No puede gustarme —exclamé demasiado rápido y negando efusivamente con la cabeza; su carcajada provocó que cerrase los ojos con fuerza y que clavase las uñas en la cama—. Sí. Puede. Un poco. —Lo fulminé con la mirada y le tiré la almohada, que él agarró en el aire con una sonrisa—. No te rías.

—Es que eres... rara.

—Lo sé.

—¿Y cuál es el problema? ¿Soy yo? —Abrió los ojos sorprendido al darse cuenta de que aquella visita podría deberse a lo que habíamos compartido; parecía asustado, como si al final sí que se hubiese equivocado conmigo y yo esperase algo más de él. Eso me sirvió una vez más para asumir lo buen tipo que era Oliver—. ¿Por eso has venido? Creí que lo teníamos claro, Jimena, yo... Me gustas, eres genial, pero...

—¡No! El problema soy yo.

—¿A él le gustas? Bueno, sería imposible que no le gustases. —Puse mala cara ante su halago y soltó una risa antes de levantar los brazos en señal de disculpa; ya había aprendido lo poco que me gustaban esos comentarios—. Perdona.

—Supongo. Quiere acostarse conmigo. Eso es obvio desde el primer día que nos vimos.

—¿Pero?

—Tiene novia. La quiere. Bueno, en realidad eso no lo sé. Solo sé que está viviendo conmigo porque ella lo echó de casa hace unos meses, pero se pasan los días hablando por teléfono. No han cerrado lo suyo, sea lo que sea lo que tengan. Y me da igual, ¿sabes? No siento celos al pensar en ella ni nada por el estilo. Yo no soy una persona de relaciones, tú lo sabes, pero tampoco quiero meterme en nada complicado que pueda salpicarme.

—¿Qué es lo que quieres, entonces?

—No lo sé.

—Yo creo que sí.

Claro que lo sabía. Hasta el asunto con Iris era una excusa que me ponía continuamente, pero que, siendo honesta, me importaba una mierda. La relación, del tipo que fuera, la tenía él, no yo. Siempre me había parecido absurdo culpar a una tercera persona externa de los errores propios.

No obstante, lo que me daba miedo era eso que me envolvía como una manta cuando estaba con Bruno. La calidez. La inquietud constante que acababa calmándose hasta sentirme segura. El poder ser yo de verdad y, a sus ojos, parecer alguien alucinante.

Claro está que eso no iba a contárselo a nadie, mucho menos a Oliver.

—Quiero acabar de una jodida vez con esa tensión sexual que me está matando. Quiero entender por qué no puedo respirar la mitad de los días desde que entré en ese maldito piso y por qué, pese a ello, allí lo hago mejor que en ningún otro sitio. Estoy segura de que, cuando lo hagamos, se acabará.

—¿Y por qué no lo haces? ¿De qué tienes miedo?

—De sentir algo —confesé.

Tres palabras que no sé qué significado albergarían para él, porque no le estaba dando muchas explicaciones, pero que significaban demasiado para mí.

—Entiendo. ¿Sabes lo que pasa, Jimena? —Su mano se posó sobre mi rodilla—. Que la vida consiste en eso. No puedes protegerte de todo. Tienes que elegir. —Asentí; después él tragó saliva y habló más bajito, como si temiese decir más de la cuenta o proponer un límite que me hiciese daño—. De todos modos, sigo sin entender por qué te niegas tanto a sentir. No es malo. A veces sí duele, pero no siempre. E incluso cuando es malo... suele ser porque en el fondo fue maravilloso.

Una sombra cruzó su mirada. Oliver había vivido aquello, supongo que con esa chica con la que aún tenía que cerrar algún capítulo para poder seguir.

La diferencia radicaba en que yo nunca lo había sentido; ni siquiera algo aproximado. Sentía un desapego enorme hacia todo lo que no estuviese en mi zona segura, que se resumía en mi escasa familia y en mis mejores amigos. Lo mismo me pasaba con el trabajo. Había descubierto hacía tiempo que era nula gestionando los sentimientos y que por eso me alejaba de ellos, manteniendo cerca solo lo que me resultaba seguro y cómodo.

Sin embargo, de repente me sentía confusa, y por un chico con el que no compartía nada más que una atracción brutal, como la de dos imanes de signos opuestos.

Y, por encima de todo eso, estaba la creencia de no saber quién era Jimena.

De no conocerme. De vivir perdida dentro de mí.

—No me entiendo, Oliver. Te juro que lo intento, pero estoy jodida. En mi cabeza tiene sentido el contenerme, el seguir mis planes, el controlarlo todo, pero después lo veo reírse de mí por darle el coñazo con que tiene que comer menos grasas saturadas si no quiere acabar con alguna enfermedad cardiovascular a los cincuenta, y me olvido de todo.

Sonrió y me acarició la pierna.

No quería que lo hiciera, pero fui incapaz de decírselo.

—De todo no.

—No. De todo no.

—¿Quieres un consejo?

—Siendo sincera, no.

Su risa rompió la tensión y lo acompañé. Ya me sentía algo más relajada; es increíble cómo confesar algo interno puede hacer que tu cuerpo pese menos.

—Me imaginaba esa respuesta. Aun así, te lo voy a dar, porque estás en mi casa y seguramente mi hermana se haya comido mi postre. Me debes escucharlo. —Le di mi aprobación con un leve gesto—. Deja de exigirte tanto, Jimena. No tienes que demostrar nada a nadie, ni siquiera a ti misma. Disfruta de esa parte de ti que de vez en cuando sale a la superficie en vez de culparla. Eres una controladora nata y hoy has venido aquí en un acto improvisado para hablar con el chico con el que te acuestas de otro, por muy lejos de lo socialmente bien visto que esté.

—Dios, perdona.

De nuevo la sensación de culpabilidad y de ser un auténtico desastre arañándose por dentro.

—No hay nada que perdonar. En realidad me parece guay. Me gustan las personas raras. —Sonrió.

—Y a mí las personas con las que puedo serlo. —Lo hice yo.

—¿Acabas de halagarme?

—¿Ves? Algo me pasa —bromeé.

—En serio. Nada es tan grave.

Me abracé las rodillas, obligándome a acabar con el contacto.

—A veces me da la sensación de que necesito que alguien me entienda para que después me explique, porque te juro que cada vez se me hace más cuesta arriba hacerlo.

—Quizá sea porque estás entrando en una nueva etapa. Las personas cambiamos, Jimena. La vida nos va moldeando.

—Hablas como mi amiga Laura —dije, echándola de menos muy fuerte en aquel instante.

—Para ser un tanto antipática, te rodeas de gente muy interesante.

—Lo sé. —Nos reímos.

De repente sentí que aquello estaba bien. Que era bueno.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Necesito un poco de tiempo. Creo que me vendrá bien tener a Adri de vuelta y que Bruno se marche. Verlo en casa lo complica todo.

—Es buena idea, pero ten cuidado, a veces al darnos tiempo conseguimos justo lo contrario.

Asumí las palabras de Oliver; era inteligente. Después charlamos un rato de tonterías, ayudándome a mí a disipar la tensión que aún me acompañaba y, una hora más tarde, me despedí de él algo más tranquila.

Le di las gracias. Supe que tenía una proposición para volver a vernos otra noche en la punta de la lengua, pero era lo bastante correcto como para guardársela.

Cuando abrí la puerta de casa, me encontré con Bruno caminando hacia mí por el pasillo. Llevaba la misma ropa con la que había salido del baño antes de abordarme, y parecía nervioso. Aunque, bueno, Bruno siempre era un tanto eléctrico cuando algo le rondaba la cabeza, ya lo había aprendido.

—¿Dónde has estado? Llevo más de una hora esperándote —lo dijo con suavidad, pero me sonó a un ataque más que a cualquier otra cosa, así que en el acto me tensé y asumí el mismo papel.

—No te importa.

—Es verdad, pero quiero hablar contigo. Necesitamos hablar, Jimena.

Cuando pronunció mi nombre ya estaba tan cerca de mí que aspiré su olor. Bruno olía a jabón, a piel al sol, a naturalidad.

Intenté esquivarlo, porque necesitaba alejarme de él. Con Bruno cerca, pensar me costaba.

—Lo sé, pero necesito espacio.

—Yo creo que lo que necesitas es lo contrario.

Me agarró por las caderas al pasar a su lado y me apoyó la espalda en la pared en un giro rápido. Después apretó su cuerpo contra el mío, privándome justamente de aquello que le estaba pidiendo.

Su calor se pegó a mí al instante. Su aliento golpeaba contra mi mejilla, mientras yo evitaba su mirada. La casa comenzó a hacerse más pequeña.

—¿Qué estás haciendo, Bruno? Suéltame.

—Dime que no te gusto.

—No me gustas.

Me agarró el mentón con dos dedos, obligándome a mirarlo. Lo hice.

Me hundí en sus ojos verdes y sentí calor en los míos y en el bajo vientre. También me sentí triste, aunque no entendí el porqué.

—Dime mirándome a los ojos que no te pongo cachonda y me iré — susurró contra mis labios, retándome.

—No me pones cachonda.

Colocó una de sus piernas entre las mías y, al sentir su músculo y la fuerza contra mis bragas, me estremecí.

—¿Y por eso acabas de tensarte? Tu cuerpo no opina lo mismo. —Sonrió con malicia; quise pegarle un tortazo, pero estaba bloqueada; no podía moverme—. Te pongo cachonda a morir, reconócelo. Seguro que estás mojada.

Y, si no lo estaba, el hecho de que él lo dijera en alto me humedeció en el acto.

Qué fácil hubiese sido lanzarme a su boca y morderle los labios. Aún no lo habíamos hecho, nunca nos habíamos probado e intuía que iba a ser eléctrico y vivo, como lo era Bruno.

Qué difícil me resultaba dejarme llevar cuando con él sabía que cederle algo de mí suponía el perderme más que con cualquier otro. Más que con nadie que se hubiese cruzado en mi vida. Y perderme... perderme más de lo que ya creía que estaba me aterraba.

—¿Qué quieres? Ya te dije que fue un error, de verdad. Esto no está bien.

—¿El qué? ¿Que me gustes?

—Yo no te gusto. A ti te gustan todas —escupí, con desprecio.

—¿Quién dice eso?

—Yo. ¿Y qué pasa con tu novia?

—No es mi novia, es algo más complicado —soltó entre dientes, enfurruñado; sus dedos se deslizaron por debajo de mi camisa hasta rozar el estómago; quise empujarlo, pero seguía congelada, apresada por esa sensación tan plácida y enérgica que me provocaba Bruno sin apenas tocarme. Porque era así, no habíamos necesitado tocarnos más que lo mínimo para temblar y estar tan excitados que dolía. A mí me dolía y a él, teniendo en cuenta la prominencia bajo su bragueta, también—. Y eso no tiene nada que ver con que me gustes.

—¿Así que es eso? ¿Eres de los que van a saco tengan o no pareja? No es muy bonito que digamos.

—No.

—Ya lo veo.

—Además, no te importa mi vida fuera de aquí, ¿no? Llevas semanas esforzándote por que me quede claro que te importo una mierda.

—Eso es cierto. No me importa en absoluto.

Sonrió y pasó su dedo pulgar por mi mandíbula. Tragué saliva con tanta fuerza que me hice daño; tenía la boca seca y el corazón en la garganta.

Él no dejó de sonreír, observándome con lentitud, poniéndome cardiaca con leves gestos, retándome. Siempre retándome. Me sentía en un *ring* a punto de gritar victoria o de desfallecer. Hasta el momento siempre había salido vencedora, pero comenzaban a flaquearme las fuerzas.

—¿Sabes cómo me gustan a mí las mujeres?

—Ni lo sé ni me importa. Ya te lo he dicho.

—Como tú.

—Como yo —repetí, alzando una ceja.

—Sí. Guerrera. Apasionada. Viva. Un tanto desequilibrada. —Levanté el brazo para quitarlo de en medio, pero lo atrapó con su mano y posó la nariz en mi cuello; quise correrme muy fuerte—. Pequeña por fuera, pero grande por dentro.

—Yo no soy así. No me conoces.

—Eres tú la que no te conoces, Jimena.

—Sí que me conozco.

—Es verdad, lo haces, pero intentas esconder todo eso continuamente. Lo que aún no he descubierto es por qué.

Aquello dolió. Lo hizo cuando me di cuenta de que todas mis intuiciones eran ciertas y de que Bruno me conocía. De alguna manera, había visto en mí todo eso que ocultaba al resto del mundo. Y, como por norma yo era una persona acostumbrada a protegerme, lo hice del único modo que supe: atacándolo.

—¿Y qué escondes tú, Bruno? —Su rostro se ensombreció y se apartó un poco, dejando que el aire volviese a correr entre nosotros—. ¿Ves? No deberías darme lecciones.

—Es cierto, todos tenemos secretos. Yo el día que quieras te los cuento todos, pero hoy no, porque no puedo pensar en otra cosa que en tenerte desnuda. —Desabrochó el botón de mi pantalón y dos de sus dedos bajaron la cremallera; gemí por toda reacción y él se rio, con esa superioridad que tanto me cabreaba—. Hay cosas que no se pueden esconder, ¿no crees?

Juntó sus caderas con las mías y jadeé contra sus labios al sentir su polla dispuesta de nuevo.

Bruno tenía razón.

Me moría por tocarlo con las manos, por palparlo a mis anchas, por hacerlo piel con piel y no con el pie y a través de la tela de un pijama. Era cierto, no podía seguir ocultando esa atracción tan brutal que nos teníamos, esas ganas contenidas y atrapadas, ese deseo que me hacía tener orgasmos entre sueños con la imagen de su cuerpo sobre el mío.

Lo tenía al alcance, solo era cuestión de cerrar los ojos y dejar que sus dedos siguieran aventurándose dentro de mi ropa interior, pero... no lo hice, porque había algo más fuerte que todo aquello. Mi orgullo; un orgullo que me obligaba a no darle nada, a ganar ese juego, y todo porque no quería cederle el control. No quería perderlo.

—Vale. Me pones cachonda, pero eso no significa que quiera ir más allá. —Agarré sus dedos con mi mano temblorosa y ese ambiente creado con nuestros roces desapareció.

—¿Así que quieres jugar con esto? —preguntó, de pronto serio.

—No. Lo que quiero decir es que prefiero jugar sola.

—Entiendo. —Asintió y después dio dos pasos atrás, sin dejar de mirarme con descaro; su erección insistía contra la tela de sus vaqueros—. Yo también pensaré en ti entonces cuando me corra esta noche en la cama.

Y sus palabras, la chulería que desprendía y la mirada pícaro que me lanzó antes de irse sacudiendo la cabeza y encerrándose en su dormitorio, fueron suficiente munición para que la imagen de Bruno masturbándose pensando en mí me regalara dos orgasmos aquella noche.

La vida en aquel piso se convirtió en una tortura.

Mirarnos, rozarnos sin querer en la cocina y después apartarnos como si quemáramos, sentir electricidad cuando compartíamos el espacio. Negarme el lanzarme a sus brazos y arrancarle con los dientes la ropa zarrapastrosa que usaba a menudo.

Lo hacía porque me daba miedo. Estaba de paso e Iris lo llamaba habitualmente; charlaban, a veces incluso de forma amistosa, y evitaba meterme en un triángulo que no me pertenecía. Además, Bruno era amigo de Adri y tampoco quería que eso pudiera influirnos en un futuro.

Y después estaba lo otro. Lo que me recorría la columna cuando nos reíamos viendo la tele o lo encontraba observándome de reojo. Daba igual lo

que yo lo esquivase, porque todo en aquel piso era Bruno y cada vez sentía el aire más pesado, más cargado, más insoportable.

A veces lo pillaba haciéndome fotos. No en plan *voyeur*, sino que en ocasiones yo hacía algo que él decía que lo inspiraba y corría a por la cámara y yo se lo permitía, porque me gustaba. Era adictivo convertirme en una especie de musa casera.

Todos tenemos un lado egoísta arraigado que pocas veces aceptamos, y si yo he sido algo toda mi vida es una persona egoísta.

Con Bruno lo era; mucho. Le daba una de cal y otra de arena, jugaba con coqueteos sutiles sin hablar y lo entremezclaba con comentarios dañinos y una actitud indiferente. Y él aguantaba. Me soportaba. Incluso parecía que mi forma de ser lo fascinaba más aún cuando me comportaba como una tarada que no sabía gestionar lo que le estaba ocurriendo.

Un día salía de la ducha con la toalla enrollada en mi cuerpo y descalza. Se me había olvidado coger las zapatillas antes de entrar, como siempre, y eché a correr de puntillas por el pasillo, hasta que su voz, casi al final, me detuvo.

—Para.

El cosquilleo volvió. Aquella vez lo hizo en la espalda. Era como una culebra que subía deslizándose por mi columna y despertando la piel a su paso.

Lo hice. No me moví.

Ya nos entendíamos de una forma extraña cuando sucedía eso, cuando Bruno encontraba algo que merecía ser guardado antes de perderse de nuevo.

Se acercó hasta quedar agachado frente a mis pies y pulsó el disparador. Gotas de agua caían mojando el suelo a mi alrededor y la piel se me erizó del frío, pero no di ni un solo paso hasta que el silencio nos envolvió y nuestros ojos se cruzaron.

Los míos desde arriba. Los suyos, aún de rodillas, desde abajo.

—Gracias.

—De nada.

Me sonrió. Una de esas sonrisas infantiles y llenas de verdad que siempre regalaba Bruno, y sentí cómo el agujero de mi estómago se abría un poco más.

Me encerré en mi cuarto y cogí el teléfono.

No pensé. Solo lo hice.

Supongo que era una auténtica experta en el bello arte de escapar.

Bruno

Habían pasado tres meses y medio desde que había llamado a Adrián para decirle que necesitaba un favor. Tres meses y medio en los que Jimena y yo habíamos compartido techo y algunas vivencias; también un orgasmo y muchos otros estando cada uno en una habitación diferente.

Y allí me encontraba de nuevo, teniendo que enfrentarme a él por Skype para decirle que seguía siendo el mismo niño de siempre, porque no había sido capaz de solucionar nada en todo ese tiempo y se me estaba acabando.

—Eh, tío. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Con ganas de volver?

—La verdad es que sí. ¿Cómo van las cosas?

—Bien. Bueno, no voy a engañarte, en realidad van como el culo.

—Vaya. Lo siento.

Cogí aire y lo solté. Lo hice tranquilo, porque sabía que con Adrián no tenía sentido fingir ser lo que no era, y yo era un desastre. Lo sabían mis padres, mis amigos e Iris; era parte de mí.

Me prometí que en cuanto pusiera un pie en esa casa le explicaría todos mis porqués; compartir con él todo lo que había estado callando era lo mínimo, después de tanto.

—De hecho quería preguntarte si puedo dormir en tu despacho hasta el domingo. Sé que debería haber buscado una solución, pero mi hermana vive en un loft y con el bebé no están pasando una buena época. Se lo pedí a Pau, pero la hermana de Amanda está aquí hasta fin de mes. Y sabes que la casa de mis padres no es una opción.

Mis padres vivían en un pueblo a unos cincuenta kilómetros de la capital. Me había quedado sin opciones.

—Bruno, yo puedo dejarte dinero si lo necesitas.

—¿Qué? No. —Parpadeé confundido y algo decepcionado, por qué no confesarlo, ya que no me esperaba aquella reacción por su parte ni la incomodidad de su mirada a través de la pantalla—. No es eso. Bueno, o no todo. Es complicado. Tengo un colchón hinchable.

—Bruno —dudó—, lo siento, tío, pero creo que tienes que irte. Puedo buscarte un hotel a buen precio, ya sabes que tengo contactos por trabajo.

El rostro de Jimena se me apareció de repente. Me encogí un poco y me pasé la mano por los ojos.

No podía creerlo. ¿Habría sido capaz? Por supuesto que lo había sido.

Jimena la fría, la pragmática, la que odiaba perder el control. Y si me había estado esforzando en algo era precisamente en eso, en robárselo poco a poco con la intención de verla caer en mis brazos.

La rabia me corrió a toda velocidad por el cuerpo.

—Ah. Vale. Entiendo. No será necesario.

—Gracias por comprenderlo.

—Solo dime una cosa. ¿Ha sido ella? Jimena.

No sé por qué se lo pregunté; Adri no merecía verse envuelto en algo de lo que ni siquiera había sido testigo. El caso es que la pregunta salió sola, un poco por la necesidad de confirmarme lo que ya intuía de Jimena, y otro poco por hacerlo más real con la intención de desencantarme del todo y volver a poner los pies en la Tierra.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, pero parecía incómoda. Es como mi hermana, Bruno.

—Lo entiendo. No pasa nada. Siento haberte puesto en un compromiso. — Y en ese instante la desprecié por primera vez, por haber obligado a su primo a involucrarse en algo que solo nos pertenecía a nosotros; después me reí fingiendo ser el tío despreocupado de siempre y le agradecí en silencio que no me hiciera preguntas al respecto—. La verdad es que soy un compañero pésimo, no la culpo.

Después de un poco más de charla intrascendente, finalicé la videollamada y dediqué unos minutos a odiar a Jimena.

Por no ser directa conmigo. Por no atreverse. Por ser tan terca. Por ser cobarde. Por no aceptarse. Por no aceptarnos a nosotros.

Al no llegar a ninguna conclusión más que al hecho de que tenía que conseguir una solución a corto plazo para largarme del piso cuanto antes, me di cuenta de que lo que le había dicho a Adri era cierto. O me buscaba un hotel o hacía lo imposible por volver a mi casa.

Así que cogí aire y llamé a Iris.

—Hola, Bruno —respondió, más tranquila que en semanas.

—Iris, tenemos que hablar. Se me acaba el tiempo y ya hemos dejado pasar bastante, ¿no crees?

—¿Qué insinúas?

—Quiero volver.

—Y yo quiero casarme. ¿Te viene bien en julio? —preguntó con sarcasmo.

—Deja de hacer eso. ¿No ves que solo te haces daño?

Su respiración fue lo único que escuché en los siguientes segundos.

La conocía tan bien que me la imaginé sentada en la mesita pegada a la ventana, mordiéndose una uña y con la mirada perdida en el edificio de enfrente.

Nuestra separación le había venido bien, pero había días en los que aún volvía a encontrarme con esa Iris incontrolable y destructiva.

—No puedes volver, Bruno. No... —titubeó y su voz se volvió dulce, casi infantil, como si fuese una niña pequeña y tímida—. Por fin estoy acostumbrándome a esto. A que no estés.

—Lo sé, pero teníamos un trato. Esto no solo va de tú y yo.

—Ya lo sé.

Era la primera vez en meses que hablábamos como dos personas adultas. Quizá las cosas empezaran a mejorar poco a poco. Al menos pensar eso me consolaba.

—Iris, tengo que dejar este piso y, si sigo pagándolo yo todo, no puedo sumarle un alquiler. Sabes que no puedo teniendo aún el crédito del estudio.

—No me presiones. —Me la imaginé apretando el teléfono entre sus dedos.

—No... no lo hago. Solo... Olvídalo.

—Puedo llamar a Tina —dijo, animada de repente ante la idea—. Podría volver a posar. Así podría ayudarte con los gastos.

—No. Eso no es negociable.

Por supuesto que no lo era. Primero sería una sesión, después volver a retomar viejas compañías, las fiestas, su obsesión por el cuerpo... No pensaba dejarla pasar de nuevo por todo eso.

—Vale.

Su pesar me embargó como si hubiera atravesado el aparato y me hubiese dado de lleno en el pecho. No hizo falta que me dijera nada, no necesitaba verla ni oírla para sentir sus lágrimas. Nos conocíamos tanto que nos traspasábamos hasta el dolor sin estar en la misma habitación.

—No llores, nena. Todo irá bien, ¿de acuerdo? Confía en mí.

—Bruno...

Apreté yo el teléfono en mi mano y me metí el puño en la boca para no gritar.

—¿Está tu madre contigo? —pregunté, porque, cuando se ponía así, no podía soportar que estuviera sola.

—Sí.

—Volveré a llamarte, ¿vale? No te preocupes por nada.

Me dejé caer sobre el sofá después de colgar a Iris.

Deseé estar a su lado y consolarla, aunque también sabía que, de haber estado cerca, ella no me hubiera dejado y hubiésemos acabado chillando.

Estaba nervioso. Y no me gustaba estarlo.

Pensé en llamar a la puerta del cuarto de Jimena y sugerirle ver una película conmigo. Quizá pedir comida china. Quizá preguntarle que cómo podía salir a la calle siendo tan arrebatadoramente hermosa, hasta que ella me lanzase un cojín fingiendo estar molesta por mi exagerado halago, pero en el fondo sonriendo.

Cualquier cosa para animarme, para ayudarme a dejar de darle vueltas al hecho de que no era capaz de manejar la situación como debía, pero después recordaba que ella no me quería allí y mi puta desgana por todo crecía.

Al final me levanté, me puse ropa cómoda y salí a caminar sin rumbo fijo; igual que hacía en muchas otras noches en las que compartir cama con Iris no era una opción y me negaba a dormir en el sofá.

Andar, pensar, ver la ciudad seguir su rumbo mientras el mío se desvanecía bajo mis pies.

Lo que nunca me hubiera imaginado era que alguien más había sido testigo de aquella conversación con Iris; una chica menuda y morena que paseaba como un león enjaulado dentro de su dormitorio intentando comprenderse a sí misma.

Quizá intentando también comprenderme un poco a mí.

Jimena

Puedes pasarte la vida actuando de una determinada manera, diciéndote a ti misma que las cosas deben hacerse así o que pensar en uno antes que en los demás no es un signo de egoísmo, sino de fortaleza, de quererse, de protegerse.

Puedes hacerlo, sí, y nadie tiene derecho a juzgarte.

Sin embargo, un día escuchas una conversación telefónica que no deberías y, en vez de darte media vuelta y largarte, te quedas ahí, pegada a la pared del pasillo, mordiéndote esa uña que siempre te prohíbes morder y conteniendo la respiración para que él no te pille.

Después de hacerlo te dices que no pasa nada, que no es tu problema, por mucho que hayas sentido algo nuevo en la base del estómago, por mucho que te digas a ti misma que, de habértelo pedido en ese momento, lo hubieses abrazado.

Aunque no te guste que te toquen.

Aunque con él los límites estén difusos.

Te vas a tu habitación y te escondes, como una tortuga dentro del caparazón, y dejas pasar el tiempo, hasta que lo oyes marcharse de casa.

Entonces no piensas, actúas sin más, dejando a un lado todo tu control y asumiendo que él no tiene la culpa de que tú seas así, cerrada como una oruga dentro de su capullo de seda.

Bruno no tenía la culpa de que yo no me sintiera cómoda en su presencia. También es cierto que ya era mayorcito como para dejar de vivir al estilo universitario durmiendo en un sofá cuando mi primo regresara, pero ¿quién era yo para juzgarlo?

Y, además, yo sí que sentía el sabor de la culpa en la lengua y no lo soportaba.

Así que lo hice, llamé a Adrián y después salí a hacer un par de compras.

Al volver, el piso seguía silencioso y vacío.

Me encerré en el estudio de mi primo y me puse manos a la obra, sintiéndome extraña, pero reconfortada de algún modo que no conocía. Nunca me había sentido una mala persona tanto como lo hacía con Bruno, pero a la vez con él me sentía mejor, especial e interesante.

Es difícil explicarlo. Como si él acentuara mis contradicciones haciendo

que pareciesen bonitas y únicas.

Me sentía una mala persona porque me hacía ver más que nunca todas mis carencias, pero a su vez la mejor, porque las aceptaba como parte de quien yo era y tendía a ensalzar lo bueno que también formaba parte de mí. Eso diferenciaba a Bruno del resto del mundo, más acostumbrado a olvidar con rapidez las virtudes y llevar por bandera los defectos de los demás. Porque así era él; como un chorro de agua traslúcida, limpia y fresca, resaltando más aún al lado de mi permanente oscuridad.

Pasé unas horas allí encerrada, ordenando y convirtiendo un despacho frío en un cuarto cálido donde él no se sintiese un estorbo ni una pieza que sobraba en aquella casa, como yo le había hecho creer a mi primo. Diciéndome que estaba bien, que él me había dado mucho y que yo nunca había sido una persona agradecida.

Repitiéndome eso constantemente antes de aceptar que Bruno me gustaba más de lo que debía.

Al día siguiente, me levanté temprano, pese a que era sábado, pero tenía miedo de no verlo y de que todo se fuese al traste. Me acerqué de puntillas a la puerta de la cocina, a donde el olor a café recién hecho me guiaba; me lo encontré en la mesa de espaldas a la entrada, con una taza a medias, un cigarro en la boca y apariencia cansada.

Ni siquiera me molestó el olor a tabaco.

Sujetaba el teléfono móvil en la otra mano y marcaba un número que copiaba de una guía.

—Quería alquilar una habitación.

Tragué saliva. Levanté la mano para darle un toque en el hombro, pero dudé.

Me costaba todo cuando de él se trataba.

Cerré los ojos y me di la vuelta.

—Sí. A nombre de Bruno Dávila.

Fue al escuchar su nombre completo por primera vez cuando reaccioné. Fue un impulso. Algo casi vital.

—Sí. Esta noche, pod...

Le quité el teléfono y colgué sin más, bajo su atónita mirada.

Nos quedamos los dos quietos; yo mirando el aparato entre mis manos y él mirándome a mí con el ceño arrugado y la boca entreabierta.

—¿Qué estás haciendo?

—Perdona.

Se incorporó y me lo arrebató de un modo hosco. Nunca lo había visto enfadado.

Volvió a marcar, mientras maldecía por lo bajo, y yo repetí la jugada. Me acerqué y se lo intenté quitar, pero cayó sobre la mesa.

—Jimena, ¿qué coño te pasa? No estoy de humor para tus juegos.

Volvió a las andadas y, solo entonces, posé mis manos sobre las suyas y nos miramos. Nunca lo habíamos hecho así. Tan de verdad, diciéndonos cosas que sobrepasaban la atracción sexual. Cosas como «perdón» y «gracias». Como «quédate, no es necesario que te vayas».

—No estoy jugando. Dormirás en el estudio. Ya lo he hablado con Adrián.

—¿Por qué...? No deberías meterte en esto. No es asunto tuyo.

Se levantó cabreado y se pasó las manos por el pelo. Su camiseta se subió y me quedé con la mirada fija en su estómago.

—Ya lo sé. Pero no tienes por qué irte. —Quise pedirle perdón, pero la palabra se me atravesaba en la garganta como una daga; así que lo hice lo mejor que supe—. No soy una bruja, Bruno, aunque me haya comportado como tal contigo.

Él asintió, mientras no apartaba sus ojos de los míos, como si así pudiera adivinar qué había detrás de ese cambio en mi actitud. Un silencio largo, espeso, en el cual yo quise esconderme o echar a correr. Un silencio en el que Bruno disfrutó de mi incomodidad y que usó como castigo contra mí por haberle hecho daño.

—Me iré pronto. —Lo rompió y yo suspiré, aliviada por su decisión. Agradecida.

—Cuando lo necesites.

—Ni te darás cuenta de que estoy aquí —me dijo, desviando la mirada, como si para él de repente vivir conmigo también fuera un obstáculo.

—Bruno...

Me acerqué un par de pasos, decidida a tocarlo, pero él levantó la mano para pararme y su gesto me dolió. Porque Bruno no era de los que huían; esa era yo.

—No, Jimena.

Bruno

Adrián volvió dos días después de que Jimena me sorprendiera con la primera acción desinteresada dirigida a mi persona.

Convertí el estudio en mi espacio desde el primer momento, dejando libre su dormitorio, aunque él aún no estuviera de vuelta.

Jimena había retirado la mesa hacia un lado y colocado una cama plegable pegada a la ventana. Unas sábanas con pequeñas flores la vestían y un edredón de color azul. Imaginármela moviendo todo ese peso ella sola me hacía alucinar y casi reír. Como si fuera una superheroína de fuerza descomunal y tamaño mini. Después la ternura me calentaba el pecho, porque todo estaba impoluto, limpio y ordenado, preparado para mí.

Llevaba tanto tiempo pendiente de que ella estuviera bien, de que se sintiese cómoda, de ser una buena compañía, que ese detalle me había hecho sentirme sumamente agradecido por recibir algo a cambio; más aún en un momento en el que lo necesitaba de verdad.

Sin embargo, yo había llegado a la conclusión de dejar de agobiarla con esas actitudes que no nos habían llevado a ningún lado más que a acabar con un constante dolor de huevos en mi caso y, en el suyo, con una contractura en el cuello, porque tanta tensión acumulada no podía ser buena en un cuerpo tan pequeño.

La primera noche los tres juntos en aquel piso fue extraña.

Cenamos y después Jimena se acostó temprano con la excusa de un leve dolor de cabeza, aunque supe enseguida que no era más que una invención para dejar de sentirse incómoda entre nosotros dos. Como si el hecho de esconderle a su primo que habíamos compartido algo fuese horrible para ella.

Antes de acostarme también, Adri me acompañó a mi cuarto improvisado a por unos papeles y se quedó mirando la estancia con aparente admiración.

Jimena no solo la había acondicionado para mí, sino que también le había dado un toque diferente; un cactus en la ventana; una foto de su familia sobre la mesa. Detalles nimios que le daban un aspecto más... cercano. Todo lo que ella no era.

—Me gusta cómo ha quedado esto.

—Acogedor, ¿verdad? —contesté, burlón.

—Mucho. Quién lo diría.

—Jimena tiene muchos talentos.

Adri asintió y me insulté mentalmente por haber dicho algo con tantas connotaciones implícitas; después recordé con quién estaba hablando.

Aun así, pese a que Adri no se diera cuenta de mi chiste oculto, parecía preocupado y me tensé. Pensé que antes o después tendría que abrirme con él acerca de mi vida y de por qué su prima había querido echarme de allí días atrás.

—Bruno, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Ha pasado alguna cosa que deba saber? Ella... La noto extraña. Ausente. ¿Sabes si se ve con alguien?

Me quité la camiseta y me puse una que usaba como pijama, disimulando una tranquilidad que no sentía.

¿Qué podía decirle a Adri? ¿Que su prima y yo no habíamos tenido nada más que una especie de revolcón adolescente en su sofá, pero que, incluso con eso, la sombra de algo enorme nos acompañaba? ¿Que no la había besado, pero que guardaba fotografías de ella desnuda? No podía hacerlo, así que hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar, elegir el camino fácil del respeto por la intimidad de Jimena.

—Creo que eso deberías preguntárselo a ella.

—Ya lo sé. Perdona. —Sus labios se convirtieron en una fina línea, avergonzado por haberme puesto en un compromiso, y después me susurró las siguientes palabras a modo de confidencia; me sentí fatal por ocultarle tanto —. Me ha comentado algo de un tipo del curro, pero nunca ha sido demasiado comunicativa.

—No, no lo es.

—Vale.

Sacudió la cabeza, se dio la vuelta y salió.

Antes de quedarme solo, hablé de nuevo.

—Adri, gracias. Por todo.

—No tienes que dármelas tantas veces. Con una basta y sobra.

—Lo sé, pero si no lo digo reviento.

Adrián sonrió con ganas y se colocó las gafas mejor sobre el puente de su nariz.

Estaba bien tenerlo de vuelta, aunque me siguiera pareciendo de lo más surrealista estar acampado en una cama plegable en su despacho.

Decidí que lo demás que quedaba por decir podía esperar.

Cerré la puerta y me tiré sobre la cama después de cambiarme los pantalones.

Oí la música, una canción lenta y triste que salía de la habitación de al lado y que reconocí en cuanto le presté atención.

La pared daba al cuarto de Jimena y escuchaba *N=1*, de Miss Caffaina, como si aquella letra fuera un resumen condesado de en lo que acabaríamos por convertirnos.

Aquellas noches que pasé allí, me la imaginaba tumbada en la cama con los ojos clavados en el techo, entrenando modos de asesinar al mundo con una sola mirada. Escuchando canciones que le hablaban de vidas que ella nunca viviría, porque se las negaba todas. Inventando insultos para mí. Puede que llorando; pero ¿lloraría alguna vez Jimena? Riendo cuando se la oía hablar por teléfono con alguien cuya identidad yo desconocía. Quizá masturbándose pensando en mí, como yo hacía cada vez con más frecuencia pensando en ella.

El teléfono sonó cuando me estaba quedando adormilado con los ojos mostaza de la chica rara con caparazón de tortuga que sentía tan lejana, a pesar de estar a tan solo unos metros de distancia.

Lo cogí con la sorpresa reflejándose en mi rostro, porque eran las doce de la noche y solo había dos razones por las que Iris podía llamarme tan tarde.

El miedo se me acopló en el estómago.

—¿Qué ocurre?

—Bruno, yo...

—¿Ha pasado algo? —Salté de la cama y me bajé los pantalones en un segundo, buscando los vaqueros, mientras sujetaba el teléfono con mi hombro —. Voy para allá.

—No, no. Todo va bien.

Solo había dos opciones y todo iba bien, así que se trataba de lo otro.

—¿Entonces?

—Quería hablar contigo. He pensado que podrías pasarte mañana.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien. Iré a la salida de las clases.

—Puedes traer tus cosas, si quieres.

Y aquella frase lo significaba todo.

—Claro.

Iris colgó. Yo me dejé caer sobre la cama y me sujeté la cabeza con las

manos, descolocado por ese giro de los acontecimientos.

Intenté dormir, pero supe que no iba a ser capaz.

La música seguía sonando bajita y melosa al otro lado de la pared. Me sorprendió caer en la cuenta de que se trataba de la misma canción, como si Jimena hubiera entrado en su propio bucle, buscando soluciones a esos conflictos con los que cargaba analizando las palabras de otros.

Un rato después me levanté, me cambié de ropa y salí a la calle. Necesitaba caminar, cansar el cuerpo y la mente, y quizá así conseguiría dormir un poco.

Anduve deprisa, entrando en calor, hasta que me acerqué a uno de los garitos en los que conocía al camarero por haber trabajado allí algunas noches.

No había decisión que tomar, ya que nunca se trató de una elección, pero sí que me agobiaba la idea de volver a un punto de mi vida que estaba roto. Y luego estaba Jimena; no podía evitar pensar en ella y en que todo eso que no había empezado tenía que acabar.

Regresé un par de horas más tarde y con dos copas encima. No es excusa, pero con el alcohol las ideas siempre parecen mejores de lo que son.

Llamé a su puerta y nadie contestó. Eran las tres de la mañana, así que tampoco resultó algo sorprendente. Abrí despacio, sin cuestionarme nada, y me colé por la rendija que dejó entrar la luz suficiente como para encontrarme con sus ojos abiertos de par en par observándome cauta.

Había escuchado mi llamada y la había ignorado; así era Jimena.

Dormía con la persiana subida, así que enseguida la claridad de las farolas de la calle me permitió verla con detalle. Su pelo enredado sobre la almohada. Una manga de su pijama, llena de estrellas de colores. Su cuerpo, pequeño y hecho un ovillo que no ocupaba más que un rincón de la cama.

—¿Qué estás haciendo, Bruno?

Hasta ese instante no lo sabía, pero de repente lo vi tan claro que las palabras salieron solas.

—Quería darte las gracias. Si me dejas.

—¿Por qué?

—Por lo del despacho. Por todo, en realidad. Sé que no ha sido fácil para ti.

Ninguno de los dos nos movimos.

Jimena seguía paralizada, agarrando la colcha, como si así pudiese

protegerse con ella. Yo en la entrada del dormitorio, con las manos cerradas en un puño y sintiendo estar suplicándole atención de nuevo, pero sin arrepentirme por ello.

—No hace falta. Tienes tanto derecho a estar aquí como yo.

—Sabes que eso no es verdad. También sé que deseabas que me marchara.

—No...

—Tú no mientes —la interrumpí, porque prefería su aplastante sinceridad, por mucho que resultase cortante, a que fuera deshonesta.

—Prefiero tenerte lejos —susurró, sin apartar su mirada de la mía.

—¿Puedo preguntarte el motivo sin que me echas a patadas de aquí?

—Me descontrolas.

Asentí y Jimena parpadeó con rapidez, apartando sus ojos mostaza, como si lo hubiera vuelto a hacer, como si hubiera confesado el motivo sin pensar, mostrándome que era cierto que yo la descolocaba.

—Eso es malo para alguien como tú, lo sé —dije, comprensivo.

—¿A qué has venido?

—No lo sé. Quería verte.

—Bien.

—Me marcho —escupí de sopetón.

—Pues buenas noches, Bruno.

—No —insistí ante su confusión—. Me refiero a...

—Ah.

—Sí.

Ninguno dijimos nada. Ni yo le expliqué el motivo ni ella me preguntó el porqué ni el destino. Nada. Supongo que no había mucho que decir. O quizá todo, porque lo cierto es que Jimena y yo nunca hablamos mucho de lo nuestro, fuese lo que fuese. De nada, en realidad.

—¿Qué hora es? —preguntó, bostezando.

Verla así de natural me hizo sonreír.

—Las tres.

—Oh.

Fue apenas un murmullo. Después su mirada se perdió en algún punto de esa oscuridad que nos rodeaba y el silencio la acompañó. Yo me metí las manos en los bolsillos para dejar de apretarlas contra las palmas.

No quería irme, pero tampoco tenía ninguna estúpida razón para quedarme allí con ella; ya le había dicho adiós a mi modo, así que poco más quedaba por hacer.

Jimena tampoco parecía encontrar nada más que decir, pero igualmente parecía reacia a darme las buenas noches.

Entonces la encontré.

Abrí el álbum mental con todas las instantáneas almacenadas que ya guardaba de Jimena y se lo pedí sin pensar en si aquello estaba bien o mal. Sin pensar en que quizá tenía que haberle dicho lo que significaba mi deseo de pasar más tiempo con ella esa noche, lo que llevaba tiempo sintiendo crecer dentro de mí.

—Déjame hacerlo una última vez. —Sus ojos se abrieron asombrados, y la rabia brilló en ellos al pensar que le estaba pidiendo otra cosa como despedida antes de marcharme; saqué las manos de los bolsillos y las levanté pidiéndole calma—. No, no me refiero a... —«A acariciarte. A ver cómo te arqueas bajo mis dedos. A escucharte jadear mi nombre al oído. A adivinar de una puta vez cómo sabes». Tragué saliva y suavicé la voz—. No me refiero a eso, por mucho que no deje de imaginármelo. No voy a volver a tocarte a no ser que tú me lo pidas, Jimena. No es eso.

Si no hubiera sido un puto acertijo en forma de mujer, habría jurado que parecía decepcionada ante mi negativa.

—Entiendo.

—¿Eso es un sí? —Alcé las cejas con cautela.

Ella se encogió de hombros y se incorporó un poco, lo justo para que sus sábanas se deslizaran hasta debajo de su pecho.

—Supongo que sí. Estoy demasiado cansada como para luchar contigo, Bruno.

—Me gusta eso de luchar conmigo. Es mucho mejor que luchar contra mí.

Sonreí. Le indiqué con un gesto que se tumbara y la tapé de nuevo hasta la barbilla ante su atenta mirada. Después corrí hasta la habitación de al lado y regresé con la cámara.

Encendí la lámpara de su mesilla y me arrodillé en el suelo, mientras ella me observaba en un silencio roto solo por el sonido del disparador, hasta que sus ojos comenzaron a cerrarse y Jimena se dejó llevar por el sueño.

Cuando sentí que ya era suficiente, le dejé un beso en la frente y me marché de allí.

Por entonces no podía imaginármelo, pero Jimena nunca me perdonaría aquel adiós; peor aún, tardaría años en perdonárselo a sí misma.

Jimena

Cuando me desperté, estaba sola, pero la presencia de Bruno seguía flotando en el cuarto.

Me estiré e hice una mueca al recordar sus palabras.

«Me marchó».

Había sido incapaz de preguntarle adónde. Si a casa de su hermana, de un amigo o a un hotel; tampoco me había atrevido a preguntarle por el porqué de aquella repentina decisión. No lo hice porque una parte de mí seguía pensando que era la salida más fácil.

Giré la cara y me encontré con algo que nunca me hubiera esperado. Sobre mi mesilla había dejado una de las fotos que me había hecho a lo largo de las semanas. Una en la que me estaba poniendo mis botines dorados antes de salir con Oliver a celebrar la Nochevieja. En ella salía frente al armario abierto; llevaba un vestido corto negro con el que soy toda piernas y un sombrero color camel. No se me veía la cara.

Le di la vuelta y sonreí.

Un día conseguirás salir del caparazón y será un desastre genial...

Te comerás el mundo, Jimena, y yo contaré que una vez esa chica de ojos mostaza y lengua afilada fue mi musa en la penumbra de un piso de Barcelona.

Fue como si algo se abriera paso a través de mí. Me temblaron las manos y un calor desconocido se aferró con fuerza a mi piel.

Me levanté de un salto y abrí la puerta con determinación.

Quería decirle antes de que se marchara que gracias a él comenzaba a descubrirme de un modo diferente a lo que había sido hasta el momento. No quería que se fuera sin haberle preguntado por su vida; por su obsesión por los conciertos de piano para trabajar o cuál era su color favorito. Comer chucherías a su lado una última vez sin sentirme culpable y confesarle que un día, en un futuro un tanto incierto, nos acostaríamos y provocaríamos un seísmo en algún lugar del mundo por tanta tensión acumulada. Hacerlo reír. Yo qué sé. No quería que Bruno dejase ese piso con la sensación agrídulce de que ese adiós abarcaba tantas cosas aún por decir.

Puse el primer pie en los azulejos de fuera y di los dos pasos que me separaban de la puerta del despacho, pero, cuando iba a girar el picaporte, me encontré con el rostro sonriente de Adrián acercándose por el pasillo.

—Buenos días, peque.

—Buenos días. Iba al servicio —me excusé.

—Yo también, pero tranquila. Esperaré a que salgas. —Bostezó y se apoyó en la pared del pasillo con el rostro adormilado.

Cogí aire y desaparecí en el interior del cuarto de baño, maldiciendo en silencio por tener tan mala suerte cuando por fin me había desprendido de esa parte de mí; cuando por fin había asumido que hay cosas que no se pueden controlar, por mucho que queramos.

Mi conexión con Bruno era una de ellas.

Sin embargo, tenía que mantener a Adri al margen.

Me dije que volvería a la hora de la comida y entonces charlaríamos.

Me aseé y me fui a trabajar.

Pasé la mañana nerviosa, incluso me permití mordirme dos uñas, pero también envuelta en una serenidad que me decía que no estaba tan mal darse una tregua a una misma de vez en cuando. Que dejarse llevar no parecía algo tan malo, después de todo.

Al terminar la jornada, entré en casa deseando verlo.

Pasé como una bala por delante del despacho, ignorando el saludo que mi primo me lanzó desde detrás de su escritorio. Tantas horas de espera habían sido suficientes para que mi cabeza fuese un hervidero a punto de estallar si no hablaba con Bruno.

Recorrí el pasillo con rapidez, deseando decirle que me había equivocado. Que había sido una tonta por haberme negado a aceptar esa atracción que flotaba entre nosotros. Una auténtica estúpida por habernos negado un rato de diversión que estaba claro que ambos necesitábamos.

Sin embargo, al llegar al salón, fui consciente de que había algo diferente. Un escalofrío me recorrió la espalda, como si al girar fuese a encontrarme un monstruo a punto de devorarme.

Desanduve mis pasos y me asomé al que yo había convertido en el cuarto improvisado de Bruno.

—Eh, peque, ¿estás bien?

Su cama doblada y sin sábanas, apoyada en una pared. Sus trastos, normalmente desperdigados por cada rincón, desaparecidos.

Me dio un vuelco el estómago, porque ya era tarde.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Quién va a ser. Bruno, joder —alcé la voz sin poder evitarlo y, al ver la expresión confusa de Adri, me controlé como pude y me calmé en el acto—. Bruno.

—Se ha ido.

—Ya lo sé, pero ¿dónde? Tengo que hablar con él.

—Ha vuelto a su casa.

—¿A la de sus padres? —pregunté, confusa, porque sabía que no vivían en la ciudad.

—No, a su casa.

—¿Qué? ¿Con ella?

Había estado tan centrada en la sensación de euforia que me albergaba después de aceptar que entre Bruno y yo había algo que no tenía por qué acabar antes ni siquiera de comenzar, que no se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que el marcharse se debiera a que hubiese arreglado las cosas con su novia.

—Sí. Parece que han hablado y que por fin Iris ha entrado en razón. Parecía contento.

—Oh. Bien. Es genial —expresé de forma monótona.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

—No pasa nada, tranquilo.

Me di la vuelta y me encerré en mi cuarto. Me dejé caer en la cama y, al posar la cabeza en la almohada, lo hice, vi de nuevo la foto que me había regalado antes de irse.

Le había dicho a Adri que no pasaba nada con la intención de decírmelo a mí misma, pero lo cierto era que ya no había remedio y sí que pasaba, porque entonces lo entendí todo. Comprendí que la noche anterior no había sido más que una despedida, que Bruno ya sabía que aquello que yo no había dejado que empezara ya se había acabado.

Me había regalado una forma bonita y única de recordar su paso por mi vida.

Sí que pasaba, porque al final resultó que el vacío no fue solo físico, sino que me di cuenta, apenas dos días después, de que lo echaba de menos de un modo más profundo, que Bruno se había hecho un hueco en mi vida y que de repente ya no estaba.

Que había sido una estúpida.

Y que yo ya no era Jimena; que la Jimena que había llegado a Barcelona se había perdido en algún punto; que Bruno había despertado a otra y después se había largado, dejándome sola y sin saber qué hacer con ese sentimiento nuevo, desconocido y desconcertante que me desgarraba al pensar en él y en su ausencia.

Que se había ido llevándose el control consigo.

El desequilibrio

Estado de la persona que ha perdido el equilibrio o la estabilidad.

Jimena

Marzo llegó con la brisa primaveral que siempre lo acompaña.

La ciudad se llenaba de terrazas al mínimo rayo de sol, de paseos por la playa y de vida por sus calles, vida que yo respiraba y que veía pasar desde la barrera que había creado tras la despedida de Bruno.

Adrián y yo convivíamos en armonía. Compartir piso con él era perfecto; cálido, cómodo, seguro. Cenábamos juntos cada día y nos contábamos cómo nos había ido la jornada. Veíamos películas en casa en silencio. Íbamos al cine. A pasear. Flotábamos juntos en la placidez de lo conocido.

El trabajo en la revista se convirtió en una rutina más; yo aprendía rápido, pero seguía teniendo la constante sensación de que mi paso por allí no era más que una etapa. Que no era nada definitivo, incluso aunque tuviese la oportunidad de alargar mi contrato cuando este terminara, como Carmen me había dejado caer en alguna que otra ocasión, realmente contenta con mi desempeño.

El blog pasó a ser algo secundario y apenas lo actualizaba más que una vez por semana, lo cual me indicaba lo que yo ya había intuido desde el principio, que aquello no era lo que esperaba.

Lo mejor de todo era que, gracias a la generosidad de mi primo, al que solo le pagaba los gastos básicos y le llenaba la nevera demasiado a menudo pese a sus quejas, estaba ahorrando lo suficiente como para tener un colchón al que agarrarme en caso de necesitarlo. Siempre había sido muy hormiguita, como decía mi madre.

También me había acostumbrado a recibir regalos que las marcas enviaban a la redacción a cambio de los servicios publicitarios y que Carmen repartía con alegría por la plantilla, según cómo nos portáramos. Ropa, accesorios, perfumes; detalles que hacían que yo apenas gastara, a excepción de alguna que otra salida y de lo básico para subsistir.

Era consciente de que cualquier otra persona en mi situación estaría encantada, pero a mí me seguía faltando algo. No es que fuese una desagradecida, pero alguien me había hecho descubrir en apenas tres meses que la pasión tiene mucho más poder que cualquier otra emoción en uno mismo. Y a mí me faltaba eso, la pasión por lo que hacía.

Sabía que no todo el mundo tenía la suerte de trabajar en lo que le apasionaba, pero mis quejas internas no eran por mi puesto laboral, sino por

seguir buscando aquello que hiciera que los ojos me brillaran sin encontrarlo.

Me sentía vacía, y los vacíos acaban por necesitar ser llenados.

Jodido Bruno, que había sido capaz de enseñarme tanto sin ser consciente de ello.

Había hecho contactos rápido en el mundo de la moda y podía decir que mi relación con Yolanda, Oliver y Edgar era cada vez más estrecha. Salíamos los cuatro como amigos de vez en cuando y me divertía; sobre todo porque esas salidas no siempre acababan con el cuerpo de Oliver y el mío encajados.

Eso era lo mejor.

A veces sí que nos acostábamos, pero solo era eso, sexo, y después éramos capaces de hacer como si no hubiera ocurrido nada. Era el mejor «follamigo» que había tenido hasta entonces; uno al que poder decirle que no me apetecía quedar y que al día siguiente me invitaba a almorzar como si nuestra relación de cama fuese algo totalmente ajeno a nuestra incipiente amistad. Otras veces era él el que me decía que no porque tenía una cita, y yo sonreía, le deseaba suerte y después me llamaba para contarme cómo le había ido.

Era genial. Perfecto. Fácil en demasiados sentidos como para querer buscar otra cosa.

Y, a pesar de ello, lo buscaba con una inquietud insana que nunca antes había sentido en mi vida...

Echar de menos a Bruno había sido una sorpresa que no esperaba.

Sin embargo, solo lo hacía en silencio, en la soledad de mi dormitorio cuando Adri dormía y yo recordaba momentos, sensaciones, instantes, fotografías mentales que yo había hecho de mi historia con Bruno, como las que guardaba él de mí.

A veces la tentación de sonsacarle su teléfono a Adri para pedirle esas fotos que de algún modo me pertenecían era fuerte. Después me decía a mí misma que no podía mentirme, porque eran tuyas; y es que, aunque yo fuese la protagonista, las sentía tuyas de un modo casi doloroso, como si con ellas Bruno se hubiera llevado también una parte de mí y yo se lo hubiese permitido.

También soñaba despierta con la posibilidad de volver a verlo si mi primo y él hacían planes en común, pero Adri nunca me comentó nada al respecto y yo nunca pregunté.

Creo que por orgullo; y por miedo.

Y porque me seguía resultando más fácil quedarme con la cosa de que no pudo ser por las circunstancias personales que lo ataban a él que decirme que

fue únicamente por mi culpa.

En los dos meses que ya habían transcurrido, ignoraba si habrían hablado o si se habrían visto fuera de aquel piso. Podría haberle preguntado, pero yo no hacía eso. Además, no tenía sentido.

Como me decía Laura, y hasta Oliver, mi otro confidente en lo referido a esa historia que nunca llegó a serlo, había perdido una oportunidad y debía aceptarlo. Que vivir consistía también en eso, en asumir los errores y las decisiones no tomadas. No solo las escogidas, sino también aquellas que dejábamos escapar entre los dedos.

Y, así, mi vida siguió su rumbo, como si hubiera vuelto atrás en el tiempo y fuese de nuevo una Jimena recién llegada a Barcelona con ganas de empezar una nueva etapa; como si mi camino y el suyo nunca se hubieran cruzado y hubiese borrado todo lo acontecido.

Laura llegó una tarde de abril. Lo hizo con una sonrisa inmensa y lágrimas en los ojos al verme recogerla en la estación con un cartel con su nombre. Había tardado mucho en poder buscar unos días para venir a visitarme y pasarlos ella y yo solas; al final, había sido Íñigo el que había organizado el viaje, porque necesitaba también un poco de desahogo.

Parecía ser que la misión «engendremos un hijo» seguía en activo con escasos resultados y el carácter de Laura se estaba agriando. Así que eso era yo, unas vacaciones para ambos, lo cual me encantaba.

Por mi parte, había tardado bastante en conseguir que me dieran unos cuantos días libres y así no obligarla a pasar tantas horas sola.

Iba a ser perfecto.

Tenía tantas ganas de verla que, al hacerlo, sentí un nudo en la garganta. Y no era algo a lo que estuviera acostumbrada. Me estaba volviendo una blanda.

—Lau... como llores, no te llevo la maleta —le dije, pero más por miedo a acabar haciéndolo yo también que por incomodidad ante sus sentimientos.

—Perdona. Es que... necesitaba esto, ¿sabes?

—Lo sé.

Se secó un par de lágrimas con los pulgares. Supe que se estaba conteniendo y que, aunque estaba contenta de estar conmigo, las cosas no le iban como deseaba con su marido.

—Te lo ha dicho él, ¿verdad? Creo que si no hubiera accedido a venir, hubiese acabado pidiéndome el divorcio.

Su labio inferior se resbaló hasta dibujar un puchero adorable. Al verla

contenerse para no molestarme, no pude más que sonreírle y agarrarla del brazo para acercarla a mí y abrazarla. No solía hacerlo, así que mi gesto le sorprendió.

—No me seas «maridramas», anda. Pero sí, os vendrá bien. Y a mí también.

—Oh, Jimena —sollozó contra mi hombro y me dije que sí, que el hecho de que Laura estuviera allí conmigo era la mejor idea que podíamos haber tenido en aquel momento.

Fueron días maravillosos.

Laura y yo recorrimos Barcelona como dos turistas más, a pesar de que muchos de los sitios emblemáticos ya los había visitado con mi primo o sola. Nos hicimos un montón de fotos y fuimos de compras. Paseamos sin más, con un helado en la mano en las tardes cálidas, y dormimos juntas, por mucho que ella fuera como una lapa que se enroscaba a mí a la mínima oportunidad y yo no lo soportase.

Hasta eso me gustó de aquella visita.

Una noche salimos a cenar y le presenté a mis nuevos amigos; se enamoró de Oliver de un modo platónico, lo cual me esperaba, y se sintió orgullosa de mí por haber dejado un poco el escudo en casa y comenzado a crear una vida lejos de la única que consideraba como mía.

El sábado, un día antes de irse, decidimos salir solas a tomar una copa y bailar.

Nos arreglamos como cuando teníamos quince años, planchándonos el pelo mutuamente y maquillándonos como si fuera la última noche de nuestra vida. Ella se puso una falda midi y una camisa roja con mangas acampanadas, y yo opté por un vestido plateado recto de tirantes y botines negros con sombrero a juego. Y así, riéndonos a carcajadas mientras recorríamos las calles y mirando de reojo a los chicos con los que nos cruzábamos, como dos adolescentes cuando ya no lo éramos, acabamos dando vueltas en mitad de la pista de una discoteca a la que yo nunca había ido, pero a la que habíamos acabado entrando arrastradas por el ímpetu de Laura.

Me había dado cuenta enseguida de que para ambas aquella semana había sido una terapia, a pesar de que ninguna de las dos había querido hablar de lo que le pesaba por dentro.

Ella volvió a parecer la chica risueña y divertida que había sido antes de que su vida se centrara en formar una familia que no llegaba a ser como

siempre había deseado.

Yo fui consciente de lo mucho que la había necesitado cerca durante esos meses en los que había tenido que adaptarme a esa nueva Jimena que Bruno había despertado.

Fui consciente también de que decirle que seguía pensando en él podía hacerme bien, pero que me costaba, porque sería como abrir una puerta que prefería que permaneciese cerrada.

We Found Love de Rihanna comenzó a sonar, y Laura dejó su copa y me arrancó la mía de la mano, arrastrándome en un abrazo lleno de risas a un baile improvisado con el que acabamos desternilladas.

Me gustaba bailar pero no solía hacerlo en público, porque me sentía torpe y tonta, pero aquel día me dejé llevar un poco ayudada por los cócteles y otro poco por esa necesidad de cubrir mis carencias con algo que me ayudara a dejar de pensar. Por la necesidad de volver a sentirme una niña con Laura y no una joven prematuramente anciana, como me pasaba desde hacía tanto que ya no recordaba otra cosa; de que ambas dejáramos todo de lado por un rato y disfrutáramos.

De repente sentí algo, como una caricia en el cuello con una pluma. Lejana, como un recuerdo devuelto a la realidad en forma de aliento sobre mi piel. Una sensación conocida, un estremecimiento, un presentimiento de estar siendo observada, una tontería que solo me confirmaba que me estaba volviendo loca.

Hasta que Laura abrió la boca.

—Eh, Jimena. ¡Gírate, que nos hacemos una foto! Siempre he querido salir en una página de esas de los bares, ¡en la carpeta de macizas, por supuesto!

Lo hice, y me arrasó una familiaridad que había echado demasiado en falta a juzgar por cómo reaccionó mi cuerpo.

Su pelo. Sus ojos. Sus manos. Su pose profesional, natural. Su sonrisa sencilla, que formaba tanto parte de él como ese brillo constante que solo había visto en la mirada de Bruno.

Él se quedó paralizado unos segundos y parpadeó con insistencia.

Sentí su electricidad, ese impulso tan vivo que siempre que algo lo sorprendía o lo descolocaba lo acompañaba. Después, reaccionó rápido y colocó la cámara, enfocándonos como a cualquier otra chica del bar con ganas de pasárselo bien y ver su ego inflado por unos segundos en las redes sociales de una discoteca de moda.

Laura se colgó de mi cuello, puso morritos y sacó pecho como una

descosida, mientras yo me quedaba tiesa, con la mirada un tanto ausente, observándolo, a pesar de que él me devolvía ese contacto a través del objetivo y no podía hacerlo a conciencia.

Daba igual, porque vernos a través de su cámara era mucho más significativo que hacerlo a un palmo de nuestro rostro.

Así que aquello había sido lo que había sentido, la mirada de Bruno puesta en mí.

¿Tanto poder tenía? ¿Tanto le había concedido? ¿Tanto como para sentir la tentación de pedirle que me hiciera sonreír de nuevo? ¿De preguntarle si comía fruta a menudo? ¿De descubrir alguno de esos acertijos que aún me quemaban por dentro cuando pensaba en él?

Bajó la cámara y me encontré de nuevo con ese rostro que, sin querer, había echado de menos. Llevaba el pelo claro recogido en una de sus minicoletas, aunque se le escapaban mechones locos por delante, dándole ese aspecto medio *hippy*, medio *surfer* que resultaba tan atractivo. Unos vaqueros gastados, botas marrones desabrochadas y una camiseta blanca. Una ligera capa de sudor hacía que su cuello brillase bajo el calor de los focos.

Imponente en esa sencilla dejadez. Guapo. Atractivo. Tan Bruno como lo recordaba. Y yo tan Jimena, tan contenida que ni las palabras me salían, cuando lo único que me apetecía era peinarlo con los dedos.

Él también me analizó, pero de entrada solo los ojos, como hacía siempre, sin deslizar los suyos por el precioso vestido que me había puesto esa noche, haciéndome sentir desnuda delante de toda esa gente que nos rodeada, como si volviésemos a estar solos en el cuarto de Adri; él mirándome, yo sin ropa, y con su cámara como único testigo de todos aquellos momentos.

—¿Dónde podemos verlas?

La voz de Laura nos sacó de nuestro ensimismamiento, ajena a todo eso que estaba ocurriendo entre nosotros.

Bruno la miró, de pronto consciente de dónde nos encontrábamos, y le contestó con una media sonrisa.

—En la página web del local o en cualquiera de sus redes sociales puedes encontrar el enlace. Toma, aquí tienes una tarjeta. Hay posibilidad de descarga gratuita si te registras.

—¡Gracias! Si salimos mal nos pones algún filtro, ¿verdad? Es que aquí, la niña, es bastante poco fotogénica. —Me agarró por los hombros y yo respondí con una mueca.

Entonces Bruno clavó sus ojos en los míos de nuevo y sentí un calor

repentino en las mejillas al intuir lo que estaba pensando, lo que ambos estábamos rememorando.

Las fotos. Los instantes congelados. Los recuerdos que almacenábamos y que yo utilizaba para soñar despierta cuando me daba una tregua a mí misma y dejaba de luchar.

—Lo dudo.

Unas chicas suplicaron su atención y Bruno se giró para seguir trabajando.

Y nada más.

Desapareció entre el tumulto de gente borracha, sudada y que saltaba bajo las luces de neón y al ritmo de una música electrónica que nunca me había gustado.

Con la excusa de que me dolían los pies, arrastré a Laura a la barra y pedimos otra copa. Hablamos de tonterías, mientras yo pensaba en aquel encuentro y en el sabor amargo que me había dejado en la garganta.

¿Por qué no nos habíamos dicho nada? ¿Por qué no nos habíamos saludado como los conocidos que éramos? ¿Por qué no le había contado a Laura que aquel era Bruno?

Porque, como siempre desde que había aparecido en mi vida, había esperado que fuese él el que lo hiciera.

A ratos me odiaba tanto que tenía que morderme los labios para no llorar.

Sobre las cuatro de la mañana, decidimos volver a casa. Laura quería quedarse a tomar la última, pero la sensación constante de que Bruno podía estar por ahí pululando y sacando sonrisas a otras chicas bonitas me hacía permanecer en un estado incómodo y agotador de alerta. Así que la convencí con la promesa de hacerle un chocolate caliente antes de dormir.

Salimos a la oscuridad de la noche. Nos pusimos la cazadora y nos abrazamos la cintura, porque se había levantado un viento fuerte. Echamos a andar, pero, antes de llegar a la esquina, su voz nos paralizó a ambas.

—¡Jimena!

Lo de Laura supongo que fue por la impresión al girarse y ver corriendo hacia nosotras al mismo fotógrafo que antes no había dado muestras de conocerme. Lo mío fue un estado interno generalizado, porque lo sentí demasiado dentro, hasta en los latidos de mi corazón.

Bruno me bloqueaba de un modo desconocido.

—¿Lo conoces? —preguntó Laura, frunciendo el ceño. Después, su rostro se transformó en uno de verdadero asombro al caer en la cuenta de su

verdadera identidad—. No me jodas...

—¿Ya te vas?

—Sí.

—Vale. Yo... aún tengo que seguir un par de horas.

—Bien.

El silencio nos rodeó. Un par de chicas hablaban a gritos a nuestro lado y otro grupo de jóvenes reclamaba su atención para ser fotografiado.

Nosotros nos mirábamos.

Laura permanecía callada haciendo lo mismo, observándonos casi sin respirar, como si hacerlo pudiese romper lo que fuese que flotaba allí.

—Me ha gustado verte.

«A mí también, Bruno. Aunque a mí me quema. Me duele. Me descongela y tengo miedo de desaparecer».

Pero no dije nada de eso. Solo me despedí con indiferencia, odiándome tanto que pensaba que me merecía todo eso tan malo que estaba sintiendo.

—Ya. Adiós, Bruno.

Me di la vuelta y caminé en dirección a casa; Laura tardó un par de segundos más en reaccionar y colocarse a mi lado.

Nuestros tacones sonaban rápidos y temblorosos sobre el asfalto. Mi aliento salía furioso. Los ojos me escocían. La expresión de lástima de mi amiga me hacía querer que se marchara a su casa en un autobús. Me asqueaba ser yo, pensar esas cosas y actuar de modos que en realidad no deseaba.

Fueron quince metros, dudo que más.

—¡Espera!

Y su mano rodeó mi codo, con firmeza, obligándome a parar y a girarme en un gesto brusco, hasta tenerlo tan cerca que su brillo me eclipsó.

—¿Qué haces?

—¿Tienes planes para mañana?

Sus ojos volaron de los míos a mi boca, clavándose allí y sintiendo sus labios sobre ella, como un espejismo de algo que aún no había ocurrido, pero que ambos seguíamos deseando tanto que se materializaba solo con tenernos al lado.

Me olvidé de todo.

De mi amiga, a un metro de nosotros, mirando la escena como si se tratase de la espectadora de una película. De lo que ya había ocurrido. De lo que podría ocurrir. De lo que yo quería y de lo que no. De que Bruno tenía una vida de la que yo no sabía absolutamente nada. De que aquello se salía de

cualquier lógica que imperase en mi día a día.

De todo, menos de nosotros.

—Laura se marcha después de comer.

Sonrió comedido; ni siquiera pareció sorprendido cuando yo acepté de un modo tan sencillo después de meses de contención; incluso creí percibir orgullo en su voz.

Y es que ahí estaba de nuevo, la Jimena impulsiva que solo él sacaba con la facilidad de un mago.

—Te recojo a las siete. Me gustaría enseñarte algo.

Y asentí, porque fui incapaz de decirle que no.

Laura me interrogó durante todo el camino hasta casa.

—¿Ese era Bruno? ¿Tu fotógrafo? ¿El mismo Bruno que te hizo fotos desnuda y al que tú viste desnudo sin una cámara en la mano?

Y después siguió parlotando mientras yo preparaba un chocolate a la taza a las tantas de la mañana.

—¿No había vuelto con su novia? Deberías haberle hecho un corte de mangas. ¿Por qué has aceptado? No está bien, Jimena.

Lo siguió haciendo al encerrarnos en la habitación y ponernos el pijama.

—¿Y adónde crees que te llevará? Tiene pinta de ser un tío de esos capaces de ponerte del revés con un plan sencillo y tonto. Como ver las estrellas tumbados en el capó de un coche. O compartir un helado.

Y cuando nos arropamos.

—Disfruta. Te lo mereces, ¿sabes? Pero ten cuidado. Bruno huele a complicaciones, y lo complicado acaba volviéndose cicatriz.

No obstante, nada de lo que me dijo me importó, porque yo no podía dejar de pensar en la mirada limpia de Bruno. En que por una vez en mi vida, por mucho miedo que me diera, me había dejado llevar por ese deseo de volver a verlo, por una emoción desconocida que había nacido en mi pecho al conocerlo y que no había sido capaz de borrar ni con su ausencia ni follando con otros, como había intentado hacer con Oliver. Que no se había evaporado con nada, sino todo lo contrario, había resurgido con fuerza al tenerlo nuevamente delante.

Necesitaba verlo, comprender qué era lo que me pasaba con él y solucionarlo.

Eso era todo.

Lo solucionaríamos, como si fuéramos las incógnitas de un problema

matemático.

Me despedí de Laura con un abrazo y con la promesa de vernos pronto. También lo hicimos con otro pacto, el de darle un informe detallado de mi encuentro con Bruno, tan fuera de lugar y espontáneo que parecía no formar parte de mí.

—Lau, dale un respiro a Íñigo. El bebé llegará, pero, mientras lo hace, disfruta de estar a su lado. No os perdáis por algo que aún no tenéis.

—Gracias. Suena raro, pero podías aplicarte tu propio consejo. No te pierdas por algo que aún no te pertenece. —Sonrió a medias—. Pásatelo bien con el *voyeur*, pero cuídate, ¿vale?

—¿Tanto tiempo pidiéndome que me deje llevar y ahora quieres que me proteja?

—Supongo que mi instinto maternal desaprovechado ha decidido practicar contigo.

Asentí y la vi marchar de vuelta a casa, convencida de que, cuando llegara el momento, sería la mejor madre del mundo.

Bruno llegó diez minutos tarde. Yo ya lo esperaba en el portal.

Estaba inquieta, expectante, pero no podía obviar las ganas que tenía de pasar un rato con él, de descubrir algo más de ese Bruno que había desaparecido durante un par de meses de mi vida después de abrir una brecha en ella que nunca le había permitido a nadie. De entender qué era lo que estaba haciendo allí. De terminar con todo aquello del modo que fuera y decirnos adiós para siempre.

Eso era, de eso trataba, de cerrar un ciclo, una etapa, una puerta abierta que debería estar sellada.

Él llevaba vaqueros, un jersey verde, una trenca marrón y un gorro de lana. Al verme, sonrió y me hizo una reverencia exagerada, cogiendo mi mano y besándola antes de que yo la retirara con brusquedad, y obligándome a mí a contenerme para no chasquear la lengua con desaprobación.

Recordé enseguida cuánto me sacaba de quicio su actitud la mayor parte del tiempo sin poder evitarlo. En realidad, me ponía nerviosa porque no debía gustarme, pero lo hacía.

—Hola. ¿Ya se ha ido tu amiga? Estás guapa. ¿Qué tal las prácticas? Qué frío hace, siento que tengamos que ir andando. Si lo prefieres cogemos el metro, pero la ciudad está preciosa en días como el de hoy.

Parpadeé, un poco intimidada por su verborrea.

—Sí. Gracias. Bien. No importa.

Se echó a reír.

—Jimena, la reina de la comunicación.

—Bruno, y no me hagas decir de qué podrías ser tú rey.

Se rio de nuevo. Yo me mordí el labio con fuerza y giré la cabeza para mirar con aparente interés un escaparate y no observarlo a él, con su eterna sonrisa, sus gestos despreocupados, su modo de hacerme creer que la pasión existía en las cosas que menos esperamos.

La sorpresa por pensar esto último me golpeó con fuerza y de repente me odié por querer estar allí con él y haber aceptado sin más, después y a pesar de todo.

Anduvimos entre calles en silencio, lo cual resultaba sorprendente en alguien como Bruno, que con frecuencia incluso hablaba solo, hasta que llegamos a una bocacalle estrecha y se paró en la puerta de un local de paredes blancas y puerta negra.

Bruno Dávila. Estudio de fotografía.

Era su estudio. Bruno me llevaba a su estudio. A una parte de su mundo importante, muy suya. A mostrarme de nuevo otra parte de él, mientras yo seguía escondida dentro de mi caparazón de tortuga.

Bruno

Estaba nervioso y ella lo sabía, por mucho que lo disimulara del único modo que conocía: hablando mucho y callando a ratos por miedo a soltar por mi boca todo aquello que podría hacerla huir.

—No esperes gran cosa. En cuanto puedo, sigo remodelando y renovando. Cuidado con el escalón, es algo alto.

Le tendí la mano para que no se matara con aquel escalón del demonio que aún no había podido arreglar, y la aceptó. Eso fue nuevo. Todo lo era de algún modo; desde su aceptación, tan segura en apariencia, como la suavidad que me desprendía de repente Jimena; como si hubiese asumido ya un destino contra el que no valía la pena luchar y estar a solas conmigo formase parte de él.

Aún no podía creermelo que el azar o la mierda que fuera nos hubiera hecho cruzarnos en la noche de Barcelona. Me la había encontrado de sopetón en mitad de la pista del brazo de su amiga, con aquel ridículo vestido que parecía metal envolviéndole lo justo para que no resultase indecente, el rostro caliente por la calidez del baile y las copas, y la piel brillante por el sudor.

Tan guapa. Tan atrayente su luz. Tan Jimena.

No debería haberlo hecho, soy consciente. Debería haber seguido trabajando sin pensar en ese encuentro, pero, al verla marcharse, mis pies habían actuado por su cuenta en un acto impulsivo. Lo demás igual me daba.

Solo quería volver a verla. Tenerla cerca. Lo que fuera.

Llevarla al estudio fue una idea que nació sola; me apetecía compartir con ella un espacio que era muy mío y que no solía compartir con nadie, como una muestra que le dijera que ella también podía hacerlo conmigo, abrirse un poco... yo qué sé.

Si Jimena estaba perdida en todo aquello, yo más incluso; lo único que sabía a ciencia cierta era que la había echado de menos desde el primer minuto en que mis pies entraron en la casa en la que había convivido con Iris los últimos años.

Nunca un hogar creado con anterioridad y al que tan unido me había sentido me había llegado a resultar tan insípido, tan vacío, tan carente de emociones que habían despertado con una chica sin darme cuenta.

Yo ya lo sabía; las veces anteriores que Iris me había echado de allí, la vuelta cada vez se cernía más complicada, pero en esa última ocasión había

sido consciente enseguida de que me sentía demasiado ajeno a aquellas paredes y techo. Que ya solo me ataba un hilo a aquel piso; pero un hilo resistente, al fin y al cabo.

Promesas. Responsabilidades.

Y ese echar en falta a Jimena no se debía únicamente al sexo o a la ausencia de él, ya que ella y yo no habíamos compartido más que un estado de tensión constante que llegaba a ser enfermizo, sino otras cosas que me costaba pronunciar, porque las palabras siempre se quedan cortas para hablar de sensaciones. Nunca les hacen justicia.

Lo que jamás me hubiese esperado era que accediera sin tener que pelear.

Y allí estábamos; ella preciosa, con una camisa de cuadros y vaqueros. Sencilla. Sin querer llamar la atención y haciéndolo constantemente. Yo nervioso, como un chiquillo que lleva a una chica por primera vez a su casa. Porque aquello sí que había comenzado a parecer más mi casa y no donde comía y dormía. Al menos en el sentido más físico; en el sentido emocional era de los que pensaban que las personas se convierten en casas y yo hacía tiempo que no me ubicaba en ninguna.

—¿Puedo serte sincera?

—Claro.

—No lo esperaba tan limpio.

Pasó su dedo por una de las superficies y se lo miró después; no había ni rastro de polvo. Yo sacudí la cabeza y me eché a reír.

—Odio decirte que la impresión esa tan buena que tienes de mí no es correcta del todo.

—Empiezo a pensar que tienes razón —dijo con honestidad; y no pudo gustarme más su respuesta.

Se paseó con lentitud, observando las fotos que colgaban en las paredes de la primera sala, la que utilizaba para reunirme con clientes y para trabajar formalmente. No era muy grande, pero la luz de las cristaleras le daba la impresión de amplitud.

Las paredes blancas, los muebles igual. Mostrador, mesa con ordenador y con ciertos equipos de impresión digital al momento. Los marcos, finos y negros, retratando fotografías de las que me sentía orgulloso y que usaba como primera muestra de mi trabajo.

—¿Puedo?

—Sí. Estás en tu casa.

Se tensó un poco ante mis palabras, pero no dijo nada. Solo cogió uno de

los álbumes que descansaban en la estantería y lo apoyó sobre el mostrador de cristal para ojearlo.

—¿Quiénes son?

—Clientes. Si me dan permiso para hacerlo, guardo en los álbumes fotos de sesiones que me parecen interesantes.

Dudó, pero al final siguió dejándose llevar y a mí me resultaba algo tan natural que lo hice con ella.

—¿Tienes alguna mía?

—No. Las tuyas no son trabajo, Jimena. Es distinto.

—Distinto.

—Sí. Como tú.

Asintió, aún dándome la espalda. Después colocó de nuevo el álbum en su sitio con delicadeza y me siguió por la puerta que daba a mi parte favorita del estudio.

Un pequeño pasillo nos llevaba a otras habitaciones.

La primera, el lavabo; nada interesante. La segunda, el estudio en sí. Grande, impoluto, con los flashes, los portafondos y todo lo necesario para hacer sesiones allí mismo. La tercera, el cuarto oscuro, mi capricho personal, en el que solo revelaba fotos a la antigua usanza para disfrute propio, como había hecho con las de Jimena. La cuarta, diminuta y hecha un desastre. Una butaca vieja, una cafetera y un montón de ropa arrugada sobre una silla algo roída.

Mi espacio. Mi rincón.

Ella se rio al entrar.

—No digas nada.

—No pensaba hacerlo.

Entré y recogí parte de la ropa, metiéndola en una bolsa de deporte, mientras ella apartaba la vista de ese sombrero mostaza que se había visto obligada a regalarme el primer día y que yo había llevado allí hacía tiempo.

No dijo nada al respecto.

Después se agachó para estudiar un montón de fotos desperdigadas por el suelo. Lo tenía todo patas arriba.

Cogió una y la analizó con lentitud. Yo tragué saliva, pero en ningún momento me sentí mal ni incómodo.

—¿Quién es?

—Es Iris.

—Es guapa. Mucho.

No lo dijo como algo malo, ni con celos ni nada por el estilo; lo dijo casi con admiración y me gustó más aún Jimena por ello.

—Es verdad. Fue modelo de joven.

—Es lógico. —Asintió y la dejó donde estaba; después, cogió otra, de un atardecer de verano de hacía tiempo y habló en voz baja pero tan firme que no cabía discusión alguna—. No quiero hablar de ella.

—Me parece bien, aunque en algún momento tendremos que hacerlo.

—No lo creo.

Yo no era una persona hipócrita, de hecho había demostrado en muchas ocasiones en mi vida pecar de lo contrario, y era consciente de que antes o después tenía el deber de compartir con Jimena el extraño puzle que era mi vida. Sobre todo si ambos queríamos que formara parte de ella de alguna manera.

Lo que ocurre es que a veces es demasiado fácil dejarse llevar hasta un punto en el que otros instintos más primarios llevan la voz, y las razones, la moralidad y los principios se pierden.

—Bruno, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó, girándose y clavándome sus enormes ojos.

—No lo sé. ¿Tú?

—Yo tampoco.

Y hablé, guiado por ese tirón extraño que su presencia me provocaba; por la necesidad de tocarla de una jodida vez; de acariciar su luz.

—Te echaba de menos. Quería verte. Me gustas. No... Ayer te lo pedí porque en ese momento lo quise. Yo actúo así, ya lo sabes.

—Lo sé.

Se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre su pecho, dándome la espalda; pensativa, reflexionando sobre todo eso que le llenaba la mente y que a mí me hacía actuar sin medir las consecuencias.

—¿Qué estás pensando? Me resulta muy difícil seguirte cuando no hablas. O cuando no me miras.

—¿Cuando no te miro?

—Sí, si te veo los ojos me resulta más fácil intuir lo que pasa por tu cabeza. ¿Por qué accediste tú?

—Porque quise. Porque me arrepentí de dejarte ir del piso sin dar un paso más.

Y yo di dos que me acercaron peligrosamente a su cuerpo.

—Siento haberte presionado.

—No lo hiciste.

—Siento no habértelo contado todo.

—No tienes por qué.

Di otro. Ella respondió sin abrir la boca, dando uno hacia atrás y acortando la distancia que nos separaba. Tragué con fuerza las ganas atravesadas en la garganta que me gritaban que la rompiera de una vez por todas.

«Cuidado, Jimena. Hemos llegado a los diez centímetros».

—Antes de que des otro paso, creo que tenemos que hablar. Mi vida no es fácil y no quiero que pienses que esto es una aventura...

Entonces se dio la vuelta.

Otro paso.

Tan cerca que la anticipación me quemaba; las manos lo hacían.

—No, Bruno. Esto no consiste en eso. Aún no lo entiendes. No quiero saber nada de tu vida. De lo que tengas o no con Iris ni de lo que signifique para ti. —Oírla pronunciar su nombre por primera vez me descolocó por un momento y mi rostro lo reflejó—. No te ofendas, pero no me importa, porque esto no consiste en eso; ya te lo he dicho.

—¿Qué es, entonces? —pregunté, porque me costaba entenderla.

Independientemente de que lo mío con Iris fuese demasiado complicado como para cortar con ello por lo sano, que a Jimena no le importara a mí sí que me molestaba.

—Solo quiero saber qué pasa entre tú y yo. Solo quiero...

Otro paso, uno suyo que hizo que yo diese otro más, imantado por eso que comenzaba a llenarlo todo; esa electricidad que soltábamos al juntarnos.

Su mano rozó la mía sin querer; o queriendo, quién sabe. Mi pecho subía y bajaba desenfrenado. Mi sexo la reclamaba, despertando.

Una confesión de Jimena; una decisión por su parte era todo lo que necesitábamos.

Me miró a los ojos y suspiró; al hacerlo, su aliento me rozó la garganta.

—Dilo —susurré, devolviéndole la caricia con el mío en su frente.

—Solo quiero acabar con esto que no me deja respirar al tenerte cerca.

«Estoy a menos de tres centímetros de ti, Jimena. De nosotros».

—Pero las cosas no se hacen así —repliqué, intentando que mi sentido común diera un último coletazo antes de desaparecer del todo—. Quiero que sepas que esto para mí no es...

Puso su dedo sobre mis labios un segundo para callarme y solté un puto

gemido que en otras circunstancias me hubiera avergonzado, pero que no lo hizo, porque ya solo podía pensar en que por fin la tenía ahí, tan cerca, y no estoy hablando de una cuestión puramente física.

—No. No espero que lo entiendas, pero si he venido aquí es porque tenemos algo pendiente que me pesa, que tengo que intentar entender.

—¿Quieres que yo te ayude a explicarlo?

—Algo así. —Sonrió ante mi coqueteo espontáneo, porque no pude evitar decir aquello con segundas.

—¿Y el tío de tu curro?

—¿Oliver? No es de tu incumbencia.

—Entiendo.

No entendía una mierda, pero así funcionaba todo con Jimena, como un gran acertijo con la misma capacidad de adicción que de volverte loco; o quizá lo que prefería era no entenderlo.

—Tú y yo, Bruno. Lo demás queda fuera. Todo. Si me cuentas algo que no quiera saber, cojo mis cosas y me voy.

—Me lo pones realmente difícil, Jimena.

Su expresión se tiñó de evidente decepción, pero se estiró, orgullosa.

—Entiendo que no estés de acuerdo. No pasa nada, Bruno. Siento haberte incomodado.

Fue a alejarse, pero no se lo permití, dando otro paso y bajando un poco la cabeza hasta rozar mi nariz con su pelo y mis labios en su frente. Los suyos provocaron ráfagas calientes en mi nuez.

—No, no lo entiendes. Me pones muy difícil el decirte que no. Tanto que la posibilidad se ha esfumado antes de serlo.

—¿Eso es un sí?

Mi mano se coló por debajo de su camisa, apresando su cintura desnuda. Las suyas, sobre mi pecho.

—Haces que todo parezca frío, pragmático, carente de cualquier emoción, pero en realidad quemas, Jimena. Estás ardiendo por dentro.

Entonces alzó la mirada y supimos que ya era tarde, que lo íbamos a hacer.

Ambos deslizamos los ojos por el rostro del otro, estudiándonos a conciencia.

No había más pasos posibles, porque la puntera de mis viejas zapatillas rozaba la de sus zapatos, y entre su torso y el mío solo cabían sus manos.

Entonces sus ojos me lo pidieron antes que su voz.

«Acaba con esto, Bruno. Hazlo».

—Hazlo.

Me rogó un beso. Probarnos de una vez por todas. Lamernos. Mordernos.

Me moría de ganas de hacerlo; la tenía tan dura que iba a explotar solo con sentirla entre mis brazos, solo con pensar en la posibilidad de tocarla sin reservas, de averiguar de una vez por todas qué escondía Jimena entre las piernas, por muy obsceno que eso sonase.

Sin embargo, una parte de mí se negaba, porque entonces ya nunca tendríamos una primera vez y quería posponer todo lo posible esa gratificación, ese deseo inmenso y brutal que corría por nuestras venas.

Porque, de alguna manera, intuía que aquello era importante.

Quería conservar aquel momento como una de mis instantáneas mentales que ocupaban un sitio especial.

Ella temblaba.

—Me cuesta.

—¿Por qué?

—¿Tú sabes las veces que me he imaginado este momento? No quiero que se acabe esto.

Me señalé el pecho, agarrando sus dedos y apretándolos hasta sentir mis locos latidos.

—Duele —confesó.

—No es dolor, Jimena. No si te hace sentir tan vivo.

Jadeó y quise callarla con mi lengua, pero la tentación de llevarla al límite solo con palabras pudo conmigo. Quería que desease tanto ese beso como yo; que se convirtiera para ambos en un recuerdo intenso y único.

—Hazlo.

Volvió a pedírmelo con los ojos clavados en mis labios y mi nariz rozando la suya, pero sin dar ella el paso tampoco. Supe que no lo hacía porque le resultaba tan adictiva como a mí esa tensión sexual que acabaría por matarnos.

—No sé yo... me gusta demasiado oírte suplicar.

—Eres insufrible.

Le sonreí, tan pegado a su rostro que tenía que sentir mi gesto sobre su piel.

—Y por eso te gusto.

—Es verdad.

—¿Te gusto?

—¿Tú qué crees?

Resopló exasperada, perdiendo la paciencia y separándose un poco de mí.

Sacarla de quicio incluso así seguía siendo de lo más divertido.

—Una buena combinación. Te gusto y tú a mí me encantas.

—Y no lo entiendo.

—Por eso me gustas más.

Entonces Jimena me sorprendió quitándose la camisa por la cabeza sin desabrochar los botones. Llevaba un sujetador de encaje negro; pequeño, prieto, con sus tetas perfectas asomándose con coquetería por encima.

—Quítatelo —ordenó.

Yo la obedecí. Me quité el jersey y la camiseta, y su mano se posó sobre mi pecho, aferrándose a mi vello y tirando de él. Después pasó los dedos por la frase tatuada de mi costado, leyéndola sin apenas voz, solo moviendo los labios.

—«Me gusta pensar que la Luna siempre está ahí, incluso si no estoy mirando».

—Einstein. —Fue lo único que le expliqué. Volvió a mirarme a los ojos y se humedeció la boca con estudiada lentitud—. Joder...

—Sí, deberías hacer precisamente eso —ironizó, pero no se inmutó.

Solo sus dedos jugueteaban sobre mi piel, esperando que yo siguiese el juego.

Jimena y la contención hasta para follar conmigo. Era como si fueran unidas.

Se mostraba desinhibida y un tanto salvaje, pero aun así se contenía, como si el simple hecho de hacerlo para después romper esa barrera autoimpuesta la pusiera más cachonda.

Conmigo funcionaba; tenía toda la sangre del cuerpo acumulada en un solo órgano.

—Un día deberíamos jugar a esto eternamente. Acabaría corriéndome en los pantalones sin necesidad de tocarte.

—Yo prefiero que me folles.

—He dicho un día, no que fuera a ser hoy.

Se quitó los vaqueros. Llevaba un jodido tanga que parecía una tira, transparente, ridículamente pequeño. Incluso veía sus labios a través de la tela sin necesidad de esforzarme. Dios, necesitaba meter mi lengua en ellos y perderme.

Me los quité yo. Sus ojos inmensos recorrieron mi erección, aún escondida bajo mi ropa interior. Estábamos tan cerca que su frente chocó con mi boca al bajar la mirada y le dejé un beso distraído. Me la imaginé agachándose y

lamiéndome.

Dejé escapar un suspiro y me apreté contra ella.

—Algún día lo haré —susurró con seguridad.

—¿El qué?

—Lo que estabas pensando ahora mismo.

Era tan... tan asombrosa, tan única...

—Me estás matando, Jimena...

Desabrochó su sujetador despacio y lo dejó caer al suelo con una sonrisa llena de promesas. Miré sus tetas. Sus pezones oscuros reclamaban atenciones, duros y con ganas de ser invadidos por mi lengua. Tuve que contenerme, respirando forzosamente.

—Son pequeñas.

Pero no fue una queja; lo dijo hasta con orgullo.

—Son perfectas.

Su tanga fue lo siguiente. Se deslizó por sus piernas como en una caricia íntima y silenciosa. Mis ojos volaron solos.

Era electrizante ese modo; el mirarnos sin tocarnos. Descubrirnos sin rozarnos como si fuéramos un regalo entregado al otro. Algo nuevo. Algo que solo había vivido con Jimena. Poder mirar su sexo, prácticamente depilado excepto por una línea central oscura y perfecta.

Pensé en el poder que tenía la sexualidad sin necesidad de ser física, porque allí estaba compartiendo con esa chica extraña el mejor polvo de mi vida, y aún no nos habíamos besado, ni tocado, ni nada parecido. Solo sentido.

—Estás siendo un poco egoísta, ¿no crees? —insinuó, mirando mi paquete a punto de explotar contra la tela de mi ropa interior.

Reaccioné y sonreí.

Me quité los calzoncillos, dejando libre mi polla tiesa. Ella me observó con la misma libertad que lo había hecho yo, sin vergüenza, sin pudor alguno ni prejuicios de ningún tipo. Lo hizo como si quisiera comerme y me dio un brinco sobre el estómago.

—No es pequeña —dijo, divertida.

—No, no lo es.

Y ya no había nada más que hacer.

Nuestros extraños preliminares no daban más de sí, así que volvimos a acercarnos lo suficiente como para que sus pechos desnudos rozaran el mío por primera vez y nuestras bocas compartieran aire sin juntarse del todo. Ella un poco de puntillas, yo agachando levemente la cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

«Ahora lo es todo, Jimena».

—Ahora prepárate para los fuegos artificiales.

Puso los ojos en blanco, pero creo que se estremeció, porque, bromas aparte o no, ambos sabíamos con anticipación que aquello iba a ser demasiado bueno como para no querer repetirlo.

Quizá, hasta toda una vida.

Jimena

Ni siquiera hubo un roce inicial, sino que fue algo más profundo, más eléctrico, más salvaje. Más como era Bruno y como era yo cuando estaba con él.

Bruno puso su boca sobre la mía y se abrieron a la vez, enredando nuestras lenguas y haciendo de las salivas juntas un sabor propio. Único. Jodidamente adictivo.

Besarlo fue como una experiencia nueva, como si nunca hubiese besado antes de esa forma a nadie, dejándome a mí misma un poco en aquel gesto, mostrando una parte de mí que siempre había permanecido oculta.

Comenzamos una lucha de dientes y manos en la que ambos queríamos tocar más, llevar las riendas, tener el control, pero a la vez deseábamos que el otro nos retase a tenerlo él.

Su cuerpo era cálido, terso, pero no muy trabajado, sino con esa naturalidad que corría por la sangre de Bruno de un modo propio.

Sus manos, rápidas, apretándome como para marcarme o memorizarme, dejando retazos de él, indicios de que había pasado por allí.

Su sexo duro y grande apretado sobre mi estómago; caliente, suave, húmedo en la punta.

Dios... era tan... tan... sexual. Vivo. Alucinante.

Estaba empapada, tanto que sentía mis muslos mojados.

Lo abrazaba por los hombros y metía las manos en su pelo, áspero y enredado. Él posaba las suyas en mis nalgas, acercándose tanto a su cuerpo que respirar nos costaba, y levantándose un poco del suelo.

—Jimena, debe de ser pecado tenerte tantas ganas...

Gemí y le agarré una mano para que me acariciara los pechos. Lo hizo, maldiciendo todo el rato, como un niño hiperactivo deseoso de jugar con todo lo que tenía delante.

Solo éramos manos, saliva, piel acariciada, aire entrecortado.

Me cogió en volandas y me sentó sobre la superficie fría de madera de un viejo aparador lleno de fotos. Abrí las piernas y se colocó entre medias, sin dejar de palparme rápido, de agarrarme del pelo, de besarme sin cesar lo que pillaba por delante.

—Bruno... —lo llamé, echando la cabeza hacia atrás mientras me

mordisqueaba el cuello.

—¿Qué quieres? Dímelo...

—Fóllame. Con los dedos. Quiero sentirte en mí.

Y lo hizo, gruñendo, introduciendo uno y después otro. Mientras yo le besaba el pecho, le mordía los pezones, le decía que quería que me hiciese todo lo que se había imaginado desde la cama de aquel piso que un día nos había unido.

Lo quería todo.

—Te me resbalas, Jimena... Joder...

—Llevo así desde que te conozco.

—Tengo un desnudo muy potente —bromeó; yo le mordí el labio con furia.

—Cállate y haz algo más útil con la boca.

Y aceptó mis órdenes.

Se llevó mi pezón a los labios y lo mordió. Absorbió mi carne con destreza. Me lamió hasta que estaba tan hinchada bajo sus dedos que supo que estaba a punto de correrme...

Bruno

Me volvía loco. Su modo de controlar la situación. De ser un igual en la cama. De no tener tabúes, ni pudor, ni nada que entorpeciera lo que estábamos haciendo. De pedir lo que quería obtener y de dar lo mismo a cambio.

Era jodidamente flipante.

Una chica que vivía contenida en sí misma a todos los niveles y que no podía expandirse más en el plano físico.

Saqué mis dedos de su interior y me los llevé a la boca, saciando mi curiosidad de una vez por todas.

Era deliciosa.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? —susurró; pero lo hizo con una sonrisa, recordando las veces en las que yo la limpié de pasta de dientes o restos de comida e hice lo mismo.

Convirtiendo aquel asalto pasional y loco en un acto cómplice, por mucho que ella quisiera ignorarlo.

Después se quejó, lloriqueando al sentir mi ausencia en sus pliegues, mientras yo buscaba un condón en mi pantalón y me lo ponía con más calma de la que sentía.

—Tranquila, que voy a sustituirlo por algo mejor.

Jimena me regaló una sonrisa espléndida, grande, llena de luz, de ganas, de ella misma, sin rastro de control, de contención, de barreras y yo... pues le abrí las piernas todo lo que pude agarrándola por debajo de las rodillas y se la metí hasta el fondo, recreándome en la humedad que hacía que recorrerla fuera fácil, encajando a la perfección, guardándome sus gritos en la memoria, observando cómo sus pequeñas manos se pellizcaban los pezones, atrapando yo la carne de sus muslos con fuerza entre mis dedos, gimiendo demasiado alto, como un puto animal desmedido que acaba de encontrar eso que lo hace sentirse tan vivo que nunca nada volverá a ser como antes.

—Bruno... me corro, me corro...

Apretó mis nalgas con sus pies, consiguiendo que mis embestidas fueran aún más profundas, y se arqueó hacia atrás, dándome una visión perfecta e inolvidable de su cuerpo expandiéndose, de su orgasmo saliendo libre de su boca, de su piel estremeciéndose, de su sexo contrayéndose alrededor del mío, abrazándolo, exprimiéndolo, provocándome un orgasmo abrasador, largo e

intenso que me dejó sin fuerzas hasta tal punto que me desplomé sobre su menuda figura, con mi pelo haciéndole cosquillas en el cuello y mis labios susurrándole sobre el sudor de su piel.

—Me cago en la puta, Jimena...

Jimena

Nos mantuvimos un par de minutos quietos, respirando entrecortadamente y sin hablar. Las manos de Bruno seguían bajo mis rodillas, sujetándome con firmeza para no caerme. Las mías alrededor de su cuello.

Aspiré el olor de su hombro, mojado por el sudor de ambos, por mi saliva, por todo eso que se desprendía en el ambiente con el buen sexo, y me encantó la mezcla resultante.

Acababa de follar con Bruno y no me arrepentía, como había pensado que ocurriría después de hacerlo.

¿Cómo podía arrepentirse una persona de probar algo tan bueno? Era de locos.

Sin embargo, la incomodidad comenzaba a colarse entre nosotros, porque Bruno era una persona de hablar las cosas, de ponerles nombre, sabor, olor, sentido, y yo todo lo contrario.

—Jimena, tengo que soltarte.

Noté el temblor de su brazo por aguantar tanto tiempo en esa postura y sonreí.

Nos separamos y me bajé de un salto de su mueble. Al hacerlo, Bruno soltó una carcajada y me arrancó una fotografía que se había quedado pegada a mi culo desnudo. Era de un grupo de gente celebrando un cumpleaños.

—Si recogieras de vez en cuando, no te pasarían cosas así.

—Créeme, follar sobre fotos familiares no es una rutina del estudio.

—Bien, porque fetichismos, yo, los justos.

—¿Tienes alguno? ¿Las pelucas a lo Luis XIV?

Recordamos aquella noche en la que llegué agotada por haber tenido que escribir sobre algo que me resultaba tan intrascendente y estúpido como famosos con gustos sexuales fuera de lo común.

—No. Pero no veas tú lo que me pone un bombero —le dije con picardía, subiéndome el tanga por las piernas. Bruno frunció el ceño.

—Vaya, qué decepción. No pensé que fueras tan predecible. No me has preguntado, pero te alegrará saber que yo soy un facilón. Me gusta todo.

Su sonrisa infantil deslumbró el cuarto, en el que solo habíamos encendido la luz tenue de una lamparita de estudio. Me encontraba bien, calmada; como si, al explotar en un orgasmo, mi cuerpo se hubiera soltado de parte de esa

tensión acumulada.

Eso había sido todo, un buen polvo, y Bruno y yo nos habíamos desprendido de eso que nos ataba.

Le devolví la sonrisa mientras terminaba de vestirme.

—Es cierto, no te he preguntado.

Nos pusimos la ropa en silencio, pero en uno cómodo.

Bruno sonreía continuamente sin necesidad de mirarlo; era algo que se sentía sin más. Yo a ratos también.

—Tengo que irme.

—Vale.

Me acompañó a la puerta. Nuestros pasos sonaron acompasados.

Él no se puso ni el jersey ni el abrigo, lo que me dio a entender que no pretendía acompañarme a casa. De algún modo supe que las ganas de hacerlo le podían, pero yo ya conocía demasiado a ese Bruno como para saber que él a mí también y que sabía que prefería irme de allí sola.

—Ya nos veremos —le dije, girando la llave echada y abriendo la puerta.

—¿Por qué me suena a «ha sido un placer, gracias por tus servicios»?

—Quizá porque lo ha sido —bromeé a medias; él soltó una carcajada—.

Gracias por enseñarme tu estudio. Me ha gustado.

—Gracias por haber dicho que sí. —Asentí.

—Adiós.

Antes de dar el primer paso lo dijo, porque a Bruno las palabras siempre le pesaban si no las liberaba. Eso también lo sabía.

Sabíamos mucho sin darnos cuenta y sin ser conscientes de lo que eso significaba.

—Jimena, volverá a pasar.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque te ha gustado tanto o más que a mí.

Y tenía razón en ambas cosas, en que me había gustado como a él y en que volvería a pasar, porque, sin aún saberlo, acababa de meterme de lleno en la cueva del dragón y nada volvería a ser lo mismo.

Yo no volvería a ser la misma.

—Ya está hecho.

Me dejé caer sobre la cama y el grito de Laura me retumbó en la cabeza como si una sartén me hubiera golpeado en la cara.

—¡No me lo puedo creer! ¡Quiero todos los detalles! Todos. Y ya. Escupe,

Jimena.

No se los di.

No me parecía muy agradable compartir con Laura la sensación de tener la polla de Bruno dentro, el calor de su cuerpo, la humedad de su boca en mis pechos, de sus dedos explorando en mi interior. Daba igual que ella me hablara con alegría de la calidad del semen de su marido y de la permeabilidad de sus trompas, yo no servía para eso.

Y lo que era aún peor... no quería hacerlo. Quería guardarme aquel encuentro para mí, porque había sido... diferente, como si mis sentidos hubieran descubierto un mundo de sensaciones nuevas con las que familiarizarse.

Quería repetirlo. Quería conocer el sabor de Bruno. Probar con él otras maneras de llegar al final. Jugar. Quería repetirlo, sí, y aquello solo significaba que la sensación de que habíamos terminado con lo que compartíamos no había sido más que una ilusión pasajera.

—Nos hemos acostado. Ya está.

—No. No está. ¿Y qué tal? ¿Un polvo trascendental que os ha cambiado la vida? ¿Viste lucecitas de colores? ¿Tu corazón palpité con el primer beso? ¿Vais a salir algún día a cenar? Ya sabes, ¡rollo cita clandestina, Jimena!

—No digas chorradas. Es sexo. Y... ha sido buen sexo. Eso es todo.

—Te odio tanto cuando te pones en este plan... —replicó, enfurruñada.

—¿Qué quieres que te diga? Nos desnudamos. Nos besamos. Nos tocamos. Me la metió. «Pim, pam». Me corré y se corrió. Final feliz. Sexo, Laura. No es necesario oír pajaritos cantar ni ver unicornios volar.

—Los unicornios no vuelan.

—Depende de lo que te fumes.

Laura se rio. Yo sonreí y me mordí el labio con fuerza al recordar la cara de Bruno diciéndome que llegaban los fuegos artificiales.

Era tonto. Mucho. Tonto como esos niños del colegio que te chinchán y que tienen siempre un chiste en la boca para hacerte reír, aunque no siempre lo consigan.

—Espera, espera. Has dicho que os desnudasteis antes de besaros.

—¿Y?

—¿Como que «y»?

—Vale. Jugamos un poco. Me estaba volviendo loca y, como no se decidía, me quité la camisa.

—¡Oh! —ahogó un grito de incredulidad.

Laura era más liberal de lo que parecía y muy tolerante, además de curiosa, en temas de sexualidad, pero cuando se trataba de la suya propia siempre había sido tan clásica que solo practicaba tres posturas: arriba, abajo o de lado. Solo una vez se había emborrachado tanto que Íñigo había conseguido un glorioso orgasmo con ella a cuatro patas.

—Sí. Oh. Ha sido... ha sido genial.

—Dime que no te estás poniendo cachonda mientras hablas conmigo.

—Te mentaría.

Estallamos en carcajadas.

Y es que era cierto, solo de recordar lo bien que habíamos conectado me humedecía.

Ya me lo había dicho Bruno una vez en aquel piso: «Lo haríamos muy bien. Que lo sepas».

Yo también lo había intuido, pero nunca me hubiera imaginado que tanto.

—¿Y qué va a pasar ahora? Jimena —su tono de voz cambió; se volvió serio, duro—, no pienses que no estoy contigo en esto como en todo lo demás, pero ¿qué pasa con la tal Iris? Por lo que me has contado, no parecen tener una relación normal, pero aun así... Tú no sabes lo que es tener un compromiso con alguien, pero yo sí, y es una putada inmensa.

—No lo sé. No es mi problema, Lau —le dije a la defensiva, aunque en el fondo sabía que estaba mintiendo.

—No, tienes razón. Es el suyo, pero si te enredas con él pasa a ser también tuyo. Las relaciones a tres, sean consentidas o no, nunca funcionan.

—Nadie ha hablado de relación. Solo necesitábamos quitarnos la espinita y ya está.

—¿Ni siquiera tienes remordimientos?

No. No los tenía.

Sabía que estaba mal que Bruno, en el caso de tener una relación con Iris, se hubiese acostado conmigo, pero no sentía nada más allá de lo que hubiese entre él y yo.

¿En qué me convertía eso? No en alguien bueno.

Sin embargo, había algo en el modo de actuar de Bruno desde el principio que me decía que aquello no estaba mal.

«Mi vida no es fácil y no quiero que pienses que esto es una aventura...».

Sus palabras, sus gestos, su manera de ser hasta el momento... todo eso me decía que detrás de las murallas que habíamos creado había algo mucho más complicado que una infidelidad.

Por otra parte, si para Bruno aquello no estaba mal y yo no quería nada más de él... ¿por qué me lo iba a parecer a mí?

Y aquella revelación, de repente, me dejó helada.

Nos educan para ser buenas personas, compartir, comprender al prójimo. Ponernos en sus zapatos y entender sus pasos y la dureza de su camino. Y allí estaba yo, tan mía que ni siquiera pensaba en la posibilidad de hacer daño a una tercera persona de la que no sabía nada ni tenía intención de saber. ¿Y por qué? Porque había descubierto algo más.

Había descubierto que cuando Bruno me besó tenía que ser así. La sensación desconcertante de que daba igual cuándo y cómo, pero que, antes o después, aquello tenía que ocurrir. Y que yo, una persona práctica, creyente de los actos y no de las palabras, de las que tenían que ver para creer y no al contrario, estaba dejándome guiar por primera vez por las sensaciones que me producía un chico.

Había creído en algo antes de tenerlo.

Supongo que nunca sabemos lo egoístas que podemos llegar a ser, hasta que nos vemos en la tesitura de serlo.

—Mira, Laura. No espero que me entiendas.

—Y no lo hago, pero te quiero. Y necesitas vivir, Jimena. Aunque te llesves un par de golpes por el camino y aunque se los des a otros. No seré yo quien te diga que frenes para una vez que te atreves a saltar.

—De todas formas, ya se ha acabado.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú.

Y era verdad. Ni ella ni yo nos creímos mis palabras y, dos días después, me descubrí cogiendo el móvil de mi primo y buscando entre sus contactos el de Bruno.

Tardé tres horas en atreverme a dar a la tecla de enviar. Tres horas en las que me insulté mentalmente un montón de veces. En las que pensé que no era buena idea repetirlo, mientras saboreaba las ganas de volver a verlo y nos imaginaba saciándonos mutuamente.

No obstante, al final caí; porque caer es demasiado fácil, siempre, aunque al hacerlo se nos olvide de golpe y porrazo que lo difícil de verdad es levantarse de la caída.

Jimena: El otro día no me enseñaste muy bien el estudio.

Bruno: ¿Tirando de tus contactos para conseguir mi número? Cómo me gusta...

Jimena: ¿Cómo estás tan seguro de quién soy?

Bruno: Porque solo tú le entrarías a un tío de este modo y porque no suelo hacer visitas guiadas en mi estudio, ya te lo dije. Ahora ya tengo yo tu teléfono memorizado, tortuga, creo que no eres consciente de lo que has hecho...

Jimena: Insisto, eres un anfitrión pésimo.

Bruno: ¿Llamas «pésimo» a uno que hace que te corras de ese modo?

Jimena: Sí.

Bruno: ¿Es un reto?

Jimena: Solo si te atreves a mejorarlo.

Bruno: Ven.

Jimena: Si estás trabajando, no importa.

Bruno: ¿Ahora te echas atrás?

Jimena: No, pero no quiero que dejes tus deberes sin terminar por mí. Soy una chica responsable.

Bruno: Acabo de quitarme los pantalones. ¿Te parece suficiente muestra de responsabilidad por mi parte?

Jimena: Deberías echar la llave.

Bruno: O vienes o me la casco, tortuga.

Jimena: Eres un guarro.

Bruno: Y tú una calentapollas. Y te funciona de maravilla.

Jimena: No necesitas tú mucho estímulo.

Bruno: Ven, Jimena. O llegarás al postre.

Jimena está escribiendo...

Bruno: Deja de escribir y ven. YA.

Cuando llegué, todo estaba oscuro, pero la puerta estaba abierta.

Entré y eché la llave.

Enseguida lo noté en mi espalda. Me abrazó por detrás y me retiró el pelo del cuello para besarme, poniéndome la piel de gallina y consiguiendo que me flaqueasen las piernas.

Su nariz se paseó por mi nuca y gimió contra mi oído.

—Me encanta cómo hueles, pero es aún mejor cuando follas. Se multiplica, ¿sabes?

Me estremecí.

Un suspiro después, giré sobre mis pies y me lancé a su boca.

Nos besamos como locos, con mucha lengua, saliva, dientes. Igual daba.

Bruno me agarró por debajo de las nalgas y me subió a su regazo. Lo rodeé con las piernas por la cintura y echó a andar a trompicones sin dejar de comerme la boca hasta la habitación aquella llena de trastos que daba cobijo a mi sombrero.

Ni el polvo, ni el desorden, ni la ropa por el suelo, ni nada me preocupaba, porque solo podía pensar en desnudarlo y desnudarme y volver a sentirlo.

Era electricidad pura lo que Bruno y yo teníamos; lo que generábamos.

—Eres un mentiroso, llevas los pantalones puestos.

Se rio y me apoyó en la butaca. Estaba revestida de una especie de terciopelo rojo que en otra vida fue suave, pero que en esta era lo más parecido a un papel de lija.

Se alejó y se fue quitando la ropa hasta quedar desnudo frente a mí.

Menudo desnudo el de Bruno. No, debería matizar un poco más. Menudo desnudo el del Bruno excitado. Se me secaba la garganta.

—Ya no.

—Ya lo veo.

Se arrodilló frente a mí y tragué saliva con fuerza. Metió las manos bajo mi vestido y sonrió al llegar a mis bragas. Levanté un poco el culo y se deshizo de ellas. Después fue rápido; agachó la cabeza y pasó la lengua entre mis piernas. Lento, a conciencia, haciendo un puto sonido jodidamente erótico con el que consiguió que me abriera todo lo posible para darle mayor acceso a mí.

Bruno lamió hasta que yo me retorció tanto, con mis manos tirando de su pelo, que supo que estaba al límite. Entonces se levantó y habló, con la voz ronca y su boca húmeda.

—Date la vuelta, Jimena.

Dudé. Hasta en una situación como esa me costaba ceder el control. Pero Bruno sonrió de medio lado y se agarró la polla con la mano, moviéndola y provocándome una oleada desconcertante en todo el cuerpo.

Lo hice. Se lo di.

Sin saber que aquello implicaba mucho más que un polvo a cuatro patas apoyada sobre el respaldo de una butaca.

Bruno

Yo fumaba pegado a la ventana abierta de la sala; daba a un pequeño patio de vecinos. También miraba de vez en cuando a Jimena, que seguía desmadejada sobre la butaca con los ojos perdidos en esos mundos que no comprendía y que le pertenecían solo a ella.

Había sido brutal.

El domingo, después de dejarla marchar sola, había llegado a la conclusión de que era imposible mejorar aquel asalto improvisado, pero lo habíamos hecho.

Ni en mis años locos y desenfrenados con Iris recordaba un sexo tan bueno, tan cómplice, tan natural, tan todo.

Aquella vez yo había acabado en pelotas y ella solo se había quitado las bragas. La postura, con ella de espaldas y yo entrándole desde atrás, me volvía loco, pero más aún tocarla, probarla, oír los gemidos que soltaba por la boca sin cortarse un pelo.

Su modo de decir mi nombre.

Tenía algo; algo que me resultaba adictivo.

—Tengo que irme.

—No, espera un poco.

Lo dije sin pensar porque no quería que se fuera, pero también sabía que no tenía excusa alguna para pedirle que se quedase.

—¿A qué? ¿Quieres hacerlo otra vez? Lamento decirte que esa postura cansa y que tú estabas trabajando antes de esto.

Negué con la cabeza y entonces me la inventé.

—Quiero enseñarte unas fotos.

Ella dudó, le dio vueltas a la decisión, la meditó bien, como siempre hacía, y después asintió.

—Vale.

Solo entonces pude soltar el aire contenido.

—Dime que no eres tú.

Se reía, mientras pasaba una fotografía tras otra.

No tenía muy claro qué iba a enseñarle, solo quería que se quedase un rato más conmigo, que no saliese corriendo después del orgasmo y me dejara la

sensación de que lo que compartíamos era algo vacío; sobre todo cuando no lo era.

Lo íbamos llenando de cosas sin darnos cuenta. O sin querer hacerlo.

Tampoco quería irme a casa.

Así que había sacado una vieja caja con recuerdos de mi juventud. Momentos con amigos, borracheras, viajes, tonterías varias de esas que a cualquiera le harían reír.

—Te mentiría.

—Dios, Bruno, pensé que ibas a enseñarme algo profesional, no... no...

—Señaló las instantáneas colocadas sobre la alfombra y se echó a reír de nuevo.

—¿No fotos de mis años locos?

—¡Llevas un lazo rosa en el pelo!

—Y, aun así, esa noche ligué.

Me dio un manotazo en el brazo y siguió observando a mi yo adolescente con una media sonrisa.

Estaba sentada sobre la alfombra con las piernas cruzadas. Yo me había tumbado de costado, sujetando la cabeza con mi mano, solo con los calzoncillos y la camiseta puestos. La situación era normal. Muy normal. Me gustaba. Pese a que con ella nunca nada fuera muy normal del todo, como pasa con las cosas especiales de la vida.

—Eres de esos.

—¿De cuáles?

—De los chicos capaces de hacer caer a una chica con cuatro palabras bonitas y dos chistes, aunque lleves un tutú y un lazo en el pelo. Una sonrisa de Bruno y ¡pum!, enredada a sus caderas y sin saber cómo.

Solté una carcajada, mientras Jimena desviaba la vista de las fotos a mí de vez en cuando.

No podía mentirle, siempre había tenido facilidad para conseguir a la chica que me gustaba, pero tampoco me atraía la idea de que su impresión sobre mí no encajara con la realidad. Había sido un poco golfo... pero un golfo de los que caen a la primera de cambio y de los que se comprometían. Un tonto soñador y un romántico.

Quería contárselo todo, compartir con ella quién era y a qué me debía, pero sabía que, de hacerlo, no volvería a verla así, y la tentación de tenerla para mí por más tiempo ganaba. Así que me mordí la lengua y me escudé en el humor.

—Siendo honesto, sobre todo si llevo un tutú.

—Qué espanto.

—Es un disfraz, Jimena. ¿Nunca has salido disfrazada a hacer el memo con tus amigos?

Le acaricié el muslo por debajo de su vestido.

—No, desde los doce años.

Subí la mano y me encontré con la puntilla de sus braguitas.

—¿Y tampoco te has disfrazado con otros fines?

—¿Me estás proponiendo algo? —susurró, alzando un ceja en mi dirección.

—Quizá. —Una lista interminable de disfraces obscenos vistiendo su cuerpo pasaron por mi cabeza a toda velocidad; le acaricié la mejilla—. Aunque me gustarías de todos los colores.

Ahí estaba, un límite sobrepasado aquella tarde.

—Ya. Tengo que irme.

—Lo suponía. Te llamaré.

Se levantó, cogió sus cosas y se peinó con los dedos frente a una fotografía enmarcada que colgaba de la pared y cuyo cristal reflejaba su rostro, un poco somnoliento después del sexo.

Le sentaba realmente bien follar, como si perdiera un poco la compostura y se la viera más serena.

—No, Bruno...

—Lo harás tú, vale. No voy a separarme del teléfono más de dos centímetros hasta entonces —dije, fingiendo estar exageradamente ilusionado.

—Quizá.

—Quizá.

La acompañé a la puerta, pero para mi sorpresa se giró, con el labio atrapado entre sus dientes y esa mirada curiosa que tanto me fascinaba.

—Bruno...

—¿Qué?

—¿Qué quisiste decir con eso de los centímetros? En la nota de la puerta.
—Me reí.

Ahí estaba, la verdadera Jimena que se escapaba por los poros de su piel como si de haces de luz atrapados se tratase. Curiosa, inquieta, viva.

Recordé la nota que no pude evitar dejarle, a sabiendas de que hacerlo la enfadaría.

Gracias por celebrar mi cumpleaños, Jimena. Pese a que te vieras un poco obligada a acudir a la fiesta. Ahora que ya he podido atisbar levemente todo lo que escondes, no pienses que esto se va a quedar así.

La próxima vez me he propuesto llegar a los diez centímetros.

¡Que tengas un buen día, tortuga!

—Te lo diré la próxima vez que nos veamos.

Frunció el ceño y se lo relajé pasando el dedo por encima de la arrugada piel.

—¿Me estás chantajeando?

—No. Solo te estoy informando.

Y tuve ocasión de hacerlo, porque Jimena no tardó en volver...

Jimena: ¿Qué haces? ¿Fotografiando algo interesante?

Bruno: Revelando una sesión de un bebé tan rollizo que parece una coliflor vestida de tul rosa.

Jimena: Apasionante.

Bruno: No sabes cuánto. ¿Tú? ¿No trabajas?

Jimena: Sí, pero en cinco minutos tengo una hora para comer. ¿Sabes que mi oficina pill a siete de tu estudio?

Bruno: ¿Los has calculado?

Jimena: ¿No me conoces? Lo calculo todo.

Bruno: ¿Y esa información tan relevante quiere decirme algo? Ya sabes que de cerebro ando escaso.

Jimena: Tú, yo, un sándwich de tomate y queso y la butaca insalubre de tu estudio en mi hora de la comida.

Bruno: Acepto, pero solo por curiosidad, ¿qué planes tienes para el sándwich? Nunca me hubiera imaginado esa clase de trío.

Jimena: Algo se nos ocurrirá ;)

Y se nos ocurrió. Sexo sucio y ruidoso sobre el suelo de mi estudio, y

después compartir el sándwich con mi cabeza sobre su ombligo.

De ese modo fue como Jimena y yo nos adentramos en una rutina nueva, desafiante, que nos mantenía permanentemente despiertos. Yo me adapté con rapidez a sus deseos, esos que se basaban en que ella mantuviera el control de lo nuestro, que siguiéramos viéndonos a su ritmo, cuando a ella le apetecía y siempre que pareciese que allí no había otra cosa más que un montón de sexo un poco guarro y algún que otro momento cómplice.

Sin embargo, las cosas estaban cambiando.

¿Que cómo me di cuenta? Porque las palabras pueden parecer simples, directas, cargadas del significado que queremos darles, pero los actos... los actos hablan por sí solos y son los que al final nos dejan desnudos y vulnerables frente a la vida, y Jimena comenzaba a hacerlo.

«Nos comimos los centímetros poco a poco, Jimena. Al principio era un riesgo dejar menos de treinta contigo y ahora, si dejamos uno al vernos, tenemos frío».

Eso le dije, y ella permaneció en silencio, y después me hizo callar también con su boca sobre la mía. Dos meses antes, me habría soltado un comentario hiriente o habría salido corriendo.

En ocasiones, me dejaba rozarla después de follar como animales. Nos quedábamos traspuestos unos minutos en los que recobrábamos la compostura y yo movía los dedos sobre su piel, haciéndole cosquillas que le gustaban, aunque no lo dijera. Pequeños pasos de mis yemas que dibujaban caminos secretos en su espalda, en sus muslos, en su vientre.

Otras, charlábamos de tonterías; nunca de nada demasiado serio o demasiado específico; nada que a ella le mostrase lo que de verdad estábamos construyendo, pese a sus negativas a creerlo.

—El amor es así, Jimena —le dije un día, refiriéndome a una película que ambos habíamos visto recientemente.

—No me hables de amor. No tienes ni idea —me replicó con suficiencia.

—¿Por qué no?

—Porque no sabes nada, nadie lo sabe.

—Dame tu definición. Del amor.

Se callaba, y yo le dejaba tiempo.

Incluso cuando parecía que había dado por finalizada una conversación, la

mayoría de las veces no era así, sino que reflexionaba con calma, hasta que de pronto parecía encontrar lo que quería expresar y lo soltaba. Controlando cada paso, cada palabra, cada mínimo gesto.

—El amor... nos lo venden como algo que te completa, que te ayuda a respirar, que te hace feliz, que te llena.

—¿Y no lo es?

—Eso no existe, Bruno. En realidad es todo lo contrario. No somos más que cuerpos que se atraen. Después... todo desaparece y queda la sensación de ahogo, de que siempre te falta algo, de que queremos más y es imposible encontrarlo en una persona.

Yo la observaba alucinado.

—¿Estás de broma? ¿De quién coño has estado enamorada para pensar así?

—Yo nunca me he enamorado. Ya te lo dije.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué dices eso? —preguntó; pero no lo hizo molesta, sino con esa curiosidad que siempre la acompañaba.

—Porque solo alguien que lo ha estado puede hablar así de ello. Aunque sea una experiencia negativa.

No me debatió. No sé qué pasó por su cabeza en aquel momento; nunca lo he sabido, en realidad, pero al verla reaccionar a conversaciones de ese tipo me decía que Jimena estaba descubriendo de mi mano una perspectiva nueva del mundo en el que habitaba.

—¿Qué es para ti, entonces?

La miré. Era una pregunta fácil.

—El sonreír solo con oír su nombre por la calle. Cerrar los ojos, imaginarte la vida y que esa persona esté a tu lado. En una partida de Trivial, elegirla en tu equipo la primera, aunque se le dé fatal. Que te gusten sus partes feas solo porque esas también son ella. Cosas así.

Algunas tardes nos reíamos tanto que por sus ojos se deslizaban pequeñas lágrimas que yo secaba con mis pulgares.

—¡Eres idiota!

—No te avergüences, Jimena. Los pedos vaginales son algo natural.

—¿Tan natural como tu olor de pies?

Ella corría por el estudio solo con la ropa interior, escondiéndose detrás de los muebles para que no la atrapase, mientras se reía a carcajadas que yo

almacenaba en mi cabeza, en el álbum que llevaba su nombre.

—Te la estás ganando. Voy a hacer que te mees a cosquillas.

—Seguro que te pone. Eres un guarro.

—Tú sí que me pones...

Y gritaba cuando la cogía en volandas, pataleaba y me arañaba la espalda. Después me besaba y nos enredábamos de nuevo.

También volví a hacerle fotos. No siempre, ni siguiendo ninguna rutina, pero sí cuando los dedos me lo pedían, porque estaba demasiado guapa con una camisa mía puesta como para no guardármelo; desnuda asomada a la ventana; pintándose los labios en el espejo del baño al terminar de follar.

Las personas se convierten en casas, y Jimena y yo nos convertimos en aquellas semanas en esa buhardilla con encanto escondida del resto del mundo que acaba siendo un refugio en el que desaparecer.

Aprendí tantas cosas de ella... mirándola, tocándola, respirándola.

Pude estudiar desde cerca la contradicción andante que era. Lo había sabido desde la primera noche que habíamos compartido la cena y unas copas de vino en aquel piso, pero en la seguridad del estudio todo cobró más nitidez.

Tan fuerte, tan frágil. Tan cohibida cuando se negaba a sí misma cosas, tan atrevida cuando se dejaba llevar por sus deseos. Tan encerrada la mayor parte de los días, tan liberada cuando la tocaba entre las sábanas. Tan pequeña en apariencia, tan grande por todo lo que escondía.

Jimena luchaba por mantener bajo control las cosas más incontrolables de la vida. Como la imprevisibilidad del deseo, del amor, de los sentimientos que nos hacen más humanos y menos fríos.

Sin embargo, a su vez, ella misma era un absoluto caos, porque decía una cosa y pensaba otra. Creía algo y demostraba lo contrario. Deseaba ser alguien diferente, pero solo era Jimena, ¿y qué hay peor que vivir en una lucha constante con nosotros mismos?

No comprendía por qué no se quería lo suficiente para aceptarse. Por qué encontraba irritante que se le olvidaran las llaves dentro de casa, pese a que se esforzara continuamente por ser un ejemplo claro de responsabilidad. Por qué se tenía tanto miedo, cuando era tan fascinante que yo no había encontrado a nadie como ella.

Creía llevar su vida como de verdad quería, pero era un completo desastre.

Leía libros que no le gustaban solo porque se consideraban grandes obras de la literatura que todo el mundo debería leer, y devoraba novelas románticas en la tranquilidad de su dormitorio, fuera de los ojos de los demás, con mirada anhelante.

Se clavaba las uñas en las palmas cuando algo la sacaba de quicio para no mordérselas, porque ese gesto era un síntoma de nerviosismo que no se concedía, pero después lo hacía sin darse cuenta cuando se quedaba embobada viendo una película o simplemente pensativa mirando el techo.

Decía que no era de las que lloraban con facilidad, pero lo hacía a menudo. No con lágrimas, pero sí por dentro. No había que ser muy listo para saberlo.

La mayor parte de las veces fingía que lo hacía, pero en realidad no la comprendía. Era como un acertijo de esos de los que vas descubriendo pistas poco a poco, como un puzle al que le faltaban piezas.

Jimena era la definición de «caos» concentrada en el cuerpo de una chica preciosa que no salía de casa si no combinaba cada complemento de su ropa y casi nunca sin tacones, porque, aunque no saldría de sus labios esta confesión, tenía complejo de bajita, pero que por las noches se masajeaba los pies porque en el fondo odiaba llevarlos y se quejaba de la superficialidad de la sociedad viendo *reality shows* en los que las chicas parecían muñecas de plástico de colores estridentes.

Jimena era la persona más diferente a mí con la que me había cruzado en la vida y a la vez tan normal que no comprendía cómo ella misma se consideraba tan poco humana, porque Jimena sentía sin parar, solo que hacerlo le producía un sufrir ilógico y por eso se lo negaba.

La conocí aquellas semanas, sí; conocí incluso lo que podía alejarla de mí y, aun así, no hice nada por remediarlo.

Ojalá hubiera sabido hablar a tiempo. Ojalá ella me hubiera dejado hacerlo. Ojalá Jimena no hubiera tenido tanto miedo de sí misma. Ojalá tantas cosas que, solo de recordarlas, todavía se me atragantan.

Jimena

Oliver le daba vueltas a un plato de ensalada, mientras despoticaba sin cesar sobre su último encuentro, supuestamente casual, con esa ex que nunca llegaba a serlo del todo.

—Y no lo entiendo, joder. Se supone que no quiere volver a intentarlo, pero no deja de llamarme y darme por culo con reproches.

—Ajá.

Yo fingía escucharlo apoyada en la ventana y jugueteaba con los restos de un trozo de pan.

—¿Qué sentido tiene?

—¿Ninguno? —le devolví la pregunta, sin tener la menor idea de qué era lo que él quería escuchar.

—¡Exacto! —«Bien, Jimena, bien»—. Quiero creer que...

Dejé de prestarle atención en algún punto de su discurso.

La cafetería tenía una cristalera enorme a través de la cual entraba la luz. El sol de mayo llenaba el local, pero gracias al aire acondicionado no nos cocíamos.

Lo vi enseguida entre las mesas. Algo insignificante; un detalle sin importancia del que nadie era consciente, excepto yo. Pensé en que si él hubiera estado allí conmigo lo habría visto primero.

Es increíble cómo puede cambiar tu manera de observar el mundo después de conocer cómo lo hace otra persona.

—Jimena, me he hecho un *piercing* en la polla.

—Le encantará. —Parpadeé y lo miré ante el estruendo de sus carcajadas—. ¿De qué te ríes? ¿Qué pasa?

—Eso quiero preguntarte yo. —Me dio un pellizco en la punta de la nariz

—. ¿En qué piensas?

Suspiré.

La sonrisa de Oliver me dijo que ni me esforzase en inventarme una mentira, porque ya sabía la respuesta.

—¿Ves ese rayo de luz que entra? —Señalé un rincón a un par de metros más allá de nuestra mesa—. El que choca contra aquella silla. —Él asintió, confuso; creo que pensó que me estaba volviendo loca del todo—. A Bruno le encantaría.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Ya. Debería grabarte para que te vieras.

—Olvidalo.

—¿Cómo van las cosas con ese tío? No has vuelto a llamarme con fines indecentes, así que supongo que bien.

—Tú tampoco has vuelto a llamarme.

—Venga, Jimena. Que nos vamos conociendo.

Suspiré resignada. Mentirme continuamente resultaba agotador.

—Vale. Nos va. Nos vemos de vez en cuando.

—Huy, cuánta información desconocida —dijo con sarcasmo.

—¿Por qué todos sois tan cotillas?

—No me insultes, la rara eres tú. Que seas rancia no significa que los demás lo seamos.

—No soy rancia, respeto la intimidad, que no es lo mismo.

—¿Vas a contarme algo o vamos a seguir hablando de gilipolleces?

Lo reté con la mirada, hasta que chasquéé la lengua y acepté que él había ganado.

Oliver y yo habíamos avanzado mucho en nuestra relación. Tanto que hasta dejaba de comportarse como el caballero andante que aparentaba ser de cara al mundo (y que de hecho era la mayor parte del tiempo) y se desnudaba conmigo con un grado de confianza que nunca antes había tenido con un tío.

Éramos amigos, amigos de verdad. Como con Íñigo, pero con el marido de Laura la relación era más paternalista que otra cosa, y con Oliver era algo diferente. Era algo más parecido a lo que tenía con Laura.

Me gustaba, aunque implicase abrirme con él más de lo que acostumbraba.

—Nos vemos cuando salgo de trabajar; casi todos los días que él puede, en realidad. Y el fin de semana. Más de lo que deberíamos, sin duda.

—¿Así que estáis saliendo?

—No. Follamos, Oliver.

—¿Como lo hacíamos tú y yo? —Mi expresión fue una mezcla entre confusión y rotunda negación—. Por tu cara ya tengo la respuesta.

—Es diferente.

—Es algo más.

—Es... diferente. No lo sé.

No tenía nada que ver y yo lo sabía. Y Bruno también. Y Laura. Y ahora Oliver.

Daba igual lo que me escondiese, la verdad se colaba y cada vez se me

agarraba con más fuerza.

—Te gusta.

—¿Si te digo que sí, que me gusta, me dejarás cambiar de tema?

—Sí.

—Vale. Pues sí, me gusta. —Sonrió, satisfecho; después retumbó en mi cabeza parte de su monólogo anterior y abrí la boca alucinada al darme cuenta de una confesión que había pasado por alto—. ¿¡En serio te has hecho un *piercing* ahí!?

Su rostro se desencajó, mientras mi mano señalaba su entrepierna, y al minuto se transformó en uno de absoluta sorpresa.

—¿Estás loca? —Respiré de nuevo, aunque un poco decepcionada—. Ibas a pedir que te lo enseñara, ¿verdad? —Asentí, sonriendo con inocencia—. ¡Será posible!

Nos reímos abiertamente, y pasamos el resto de nuestro descanso hablando de tonterías, como lo bien que le quedaría un anillo colgando de lo que ya le colgaba, mientras un haz de luz iluminaba un rincón del local esperando en algún momento ser fotografiado por alguien que supiese apreciarlo.

Bruno

Bruno: Tortuga, deberías venir a ver esto.

Jimena: ¿Con «esto» te refieres a lo que escondes bajo tus calzoncillos de padre de los setenta?

No entendía su aversión por mis calzoncillos sueltos y a ser posible de tela, en vez de esos bóxeres apretados que tienen que ser hasta malos para la salud que a ella tanto le gustaban.

Bruno: También, pero como excusa creo que te encantaría ver las fotos de la sesión que he hecho hoy.

Jimena: ¿Crees que me interesa algo ver a un puñado de niños vestidos de marineros por su primera comunión? Creo que tendrás que esforzarte un poco más para llevarme hoy al catre, Dávila. Estoy molida.

Bruno: ¿Quieres una pista?

Jimena: No.

Bruno: Te mueres de curiosidad.

Jimena: Me es indiferente tu vida en general, ¿no te ha quedado claro ya?

Bruno: De acuerdo, pero tú misma... ¿Te dicen algo las palabras «fuego» y «manguera»?

Jimena: En diez minutos estoy allí.

Jimena entró en el estudio un miércoles cerca de las ocho de la tarde.

Hacía calor; junio había hecho acto de presencia tan caluroso que parecíamos estar en pleno agosto. Llevaba un vestido liviano de color rojo y unas sandalias. El pelo recogido en una coleta despeinada. La nuca sudada.

La cogí por las mejillas con fuerza al entrar y la besé con todas esas ganas que sentía cada vez que la veía. Era superior a mí.

—Bruno... esto está muy bien, pero ¿yo no venía a ver mangueras? Y ni se te ocurra sacártela de los pantalones.

Me eché a reír y sacudí la cabeza, resignado.

Agarré su mano y me senté frente al ordenador con ella en mis rodillas. La piel se nos unió en el acto porque ambos estábamos pegajosos, pero hasta aquella sensación me gustaba.

Se me estaba colando Jimena, dentro, agarrándose con fuerza incluso cuando no la tenía cerca.

—¡Madre mía, Bruno!

Su grito emocionado me despertó y la rodeé por el estómago, apoyando la barbilla en su hombro mientras ella pasaba las imágenes como una loca.

Habíamos avanzado mucho en casi dos meses de encuentros esporádicos para poder estar cómodos en esa posición tan íntima, pero aún quedaba mucho por recorrer.

La observé sin reparo mientras ella se recreaba con los cuerpos perfectos de otros.

Una puta sesión en paños menores de los bomberos del parque de la zona. Un reportaje con intenciones benéficas para el que había colaborado de manera gratuita y que sabía que le encantaría, a pesar de que al lado de esos cuerpos yo pareciese un blandengue enano y deforme.

—¿Te gusta? Joder, no contestes. Me gustan hasta a mí.

Soltó una carcajada y se giró para dejarme un beso húmedo, espontáneo, libre...

—Me encanta. Podían haberte dejado... ya sabes, un traje...

Eché la cabeza hacia atrás, riéndome por su mirada pícara, incluso un poco infantil, que me demostraba que Jimena tenía un lado divertido, pese a que ella no lo viese.

—Siento decepcionarte. Además, seguro que no me quedaba tan bien como a ellos.

—¿Bromeas? Estarías tremendo con cualquier cosa.

Nos besamos y ahí estaba de nuevo; la chispa, la complicidad; las caricias que ya no solo eran sexo en sí, sino algo más a lo que yo me entregaba sin reservas, pero que ella temía y por eso obviaba.

Se dio la vuelta y, allí mismo, a horcajadas tras el mostrador, lo hicimos, despacio, agradeciendo en silencio que yo hubiera sido lo bastante listo como para bajar la verja a la mitad antes de que ella llegara, porque hubiese sido capaz de hacerlo igual con todas las luces dadas y la puerta abierta.

Lo hicimos con la ropa puesta, bebiendo los gemidos del otro y muy lento, pegados por el sudor mutuo y por eso que ya nos había enganchado sin

remedio.

Mientras la miraba a los ojos con las manos apretando sus muslos, pensaba en lo jodido que era todo aquello; pensaba en que había comenzado a ocurrir desde el primer día, porque yo me conocía tanto que ya sabía que, si Jimena me daba algo, dos minutos después, iba a querer dárselo todo.

Incluso lo que no podía.

—Vaya, ha estado genial.

—¿A pesar de no tener chaqueta ignífuga ni gorro de bombero?

—Habríamos muerto achicharrados, ¿te imaginas qué calor tiene que dar eso?

—Por primera vez, me alegro de que seas una chica tan práctica.

Le guiñé un ojo y ella se levantó sonriente, desapareciendo en el lavabo.

Al momento, cogí el teléfono y envié un mensaje.

Bruno: Tío, no puedo quedar hoy, me ha surgido algo.

Pau: ¿Y ese «algo» usa ropa interior pequeña?

Bruno: Lo siento, Pau.

Pau: Tranquilo, disfruta.

Me estaba convirtiendo en esa clase de persona que deja colgado a su mejor amigo por una tía con la que ni siquiera podía hacer planes a corto plazo. Pero me daba igual. Solo deseaba estar con ella todo el tiempo que me concediese y ¿en qué me convertía eso?

El sexo había estado bien, como siempre, pero me sentía... raro.

Quería abrazarla; y no diez segundos después del orgasmo, no. Quería cogerla en brazos y tumbarla en el suelo; hacernos un ovillo y hablar de la vida. O callar. O mirarla.

Suspiré, me pasé las manos por el pelo con fuerza hasta notar dolor en la raíz y comencé a asfixiarme. La situación con Jimena empezaba a resultarme grande, densa y pesada.

—¿Me das un poco de agua fría? Estoy asfixiada.

«Como yo», pensé.

Pero lo suyo era puramente físico, como todo, y lo mío venía tan de dentro que no sabía cómo enfrentarme a ello sin reventar mi mundo entero.

—Sí, claro.

Fui hasta la pequeña nevera que tenía en el estudio y le entregué un botellín de agua.

Iba a marcharse en cuanto terminase, lo sabía. Y no quería. Así que hice lo de siempre, busqué en mi cabeza lo más rápido que pude una excusa. Me estaba convirtiendo en un experto en eso, en inventarme excusas para alargar lo inevitable.

—¿Tienes un rato? Tengo que elegir las mejores y seguro que a ti se te da mejor que a mí.

—¿Mirar fotos de bomberos medio desnudos? Tú sí que sabes cómo hacer feliz a una chica, Bruno.

Asentí, aunque por dentro pensé que no, que no tenía ni puta idea, porque Jimena... ya me tenía atrapado y a mí ella se me resbalaba.

Jimena

—Jimena, ¿qué quieres ser de mayor?

Llevábamos un rato estudiando las fotografías de la sesión calentorra que había tenido la suerte de realizar Bruno a un parque de bomberos de la capital. Bueno, supongo que para él lo que se dice suerte... no era, pero para mí había sido una sorpresa más que agradable.

Aun así, lo sentía extraño. Estaba pensativo, con el rostro un poco arrugado, los ojos con su eterno brillo menguado. Como si en su cabeza tuviera algo dándole vueltas que se negase a decir, y en él eso preocupaba. Porque todo nos iba bien, no había nada que decir.

¿O quizá sí?

Cada vez nos veíamos más, era cierto, pero ¿qué había de malo en eso?

Nos funcionaba. Nos servía a ambos. No nos provocaba nada que doliese; o al menos a ratos.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Ya soy mayor.

—No. Me refiero a cuál sería tu vida perfecta. ¿Te imaginas siendo una abuelita encantadora rodeada de nietos? ¿Viviendo en Laponia? ¿Siendo una experta en moda y recibiendo premios por ello? ¿Casada con un futbolista famoso e insultando a la prensa rosa acampada en tu puerta?

Alcé la mirada y la clavé en la suya. ¿A qué venía eso?

Bruno retiró el rostro y siguió observando la pantalla del ordenador como si lo que había dicho fuese algo normal y corriente sin ningún significado más profundo implícito. Como si no me hubiera preguntado por el futuro cuando yo le había dejado claro que en nosotros solo había presente.

Aun así, no pude evitar pensarlo. Y me encontré con una nada absoluta y vacía.

Lo intenté. Juro que me esforcé. Pero no vi nada.

Sí, era fácil imaginarme en un buen puesto laboral que me aportase estabilidad económica y motivación personal, o enamorada de una buena persona con la que compartir una casa preciosa con jardín y vacaciones paradisiacas los veranos, pero no.

Esa no era yo. Era otra Jimena que no existía.

¿Y qué quería la de verdad? ¿A qué aspiraba? ¿Qué deseaba, aparte de tener a Bruno día sí día también entre las piernas? No encontré nada. Y la nada

aterra.

—Tengo que irme.

—¿Qué te pasa? ¿Qué piensas? No pretendía... Ni siquiera sé por qué lo he dicho.

Supe que mentía, que lo había dicho por algún motivo. Que en la cabeza de Bruno había algo luchando por salir; supe que lo había hecho para tantear un terreno al que no le permitía acceder. Para desestabilizarme.

También me acordé de la conversación que había mantenido con Oliver sobre él; pensé en todo eso que ya sabía que saldría a la luz antes o después, pero yo no estaba preparada.

—Tranquilo.

—¿Qué está pasando, Jimena? —Se restregó la cara en un gesto nervioso, lo cual me confundió más aún e hizo que me tensara, porque ahí estaba, un primer indicio que me decía que Bruno no era la clase de persona capaz de callar las cosas demasiado tiempo—. Yo sé lo que me pasa contigo, pero no me digas que tú no, porque no me lo creo.

—Déjalo.

—No puedo; hoy no. Tengo que hablar contigo.

—Ya, pero yo no quiero —respondí con dureza.

Me dirigí a la puerta y él me siguió. No comprendía cómo, de repente, el ambiente había cambiado tanto. Se había enrarecido de un modo que no entendía y al que no le encontraba sentido.

—Espera.

—¿Qué quieres?

Colocó su mano en mi espalda y cerré los ojos un segundo, porque presentí lo que estaba a punto de suceder.

—No te mentí. Cuando te dije que no era una rutina follarme a nadie aquí. Nunca traigo a nadie al estudio.

—No deberías decirme eso.

—Ya, es mejor la mentira, ¿verdad?

Me giré, con las manos cerradas en puños y repentinamente enfadada, incluso sabiendo que no tenía motivos sensatos ni adultos para estarlo.

—No, es mejor el silencio, Bruno. Dijimos que nada de palabras.

—Eso lo dijiste tú, Jimena. Sabes que no se me da bien esto.

Lo miré y vi lo harto que estaba de todo.

Y es que siempre supe que Bruno no sería capaz de soportar mucho tiempo aquella situación y aun así acepté; dejé que ocurriese porque me gustaba.

—Pues habla, pero dime lo que deberías haber dicho.

Su rostro se crispó. Me estaba comportando como una niña caprichosa, pero es que no sabía de qué otro modo hacerlo.

Cuando se vive demasiado tiempo dentro de un caparazón, hasta respirar otro aire distinto cuesta.

—¿El qué? ¿Que aquí me follo a todas? Sí, mira. —Posó sus manos sobre el mostrador y el ruido que hizo contra el cristal me estremeció—. Aquí mismo me he follado a mi ex setenta y siete veces. Todavía huele a ella. Allí —señaló la puerta del lavabo—, a la camarera de un bar. Y a mi vecina en el suelo del estudio. Y a otras tres chicas de las que no recuerdo el nombre sobre la misma butaca que a ti.

Dolió. Por primera vez, imaginarme a Bruno enredado con otras mujeres me hizo daño. Vi el rostro perfecto de Iris, sus ojos azules, su sonrisa de infarto, y dolió. No quería convertirme en eso, pero ya estaba sucediendo y con lo que estaba sintiendo se confirmaba mi teoría, esa que decía que sentir dolía, que, en mi caso, no podía estar atado a nada positivo.

Me estaba volviendo loca.

De pronto, me quedé sin aire y abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Has dicho «ex»?

—Sí, he dicho «ex». —Bruno se pasó la mano por el rostro y comenzó a hablar, mientras yo intentaba interiorizar lo que suponía todo aquello. Ni siquiera sabía qué decir; no comprendía nada y a la vez esa confesión lo cambiaba todo, le daba más importancia a los actos de Bruno; a todo lo que habíamos vivido—. Te lo intenté decir desde el principio, que esto no era una aventura sin más. Yo no soy así, por mucho que prefieras pensar que sí.

—Me mentiste.

—No, te oculté la verdad porque tú me lo pediste. Mi vida no es fácil, pero parece que a ti te da igual todo lo que se salga de follarnos como animales.

—Exacto, por eso mismo esto lo cambia todo.

—¡Joder, Jimena! —exclamó, horrorizado—. ¿Preferías que fuese una aventura en toda regla?

—No me juzgues.

Fue la primera vez que vi la decepción en sus ojos, que me miró como si fuera la peor persona del mundo; posiblemente lo era. Lo que nunca me hubiese imaginado fue que Bruno comprendiese tan bien mi razonamiento, por muy enrevesado que fuese.

—Preferías ser la otra, ¿verdad? Así era más fácil para ti. Así tenías motivos reales para no poder sentir nada y que solo fuera sexo. Para que yo no me mereciera más. Pues lamento decirte que nunca lo has sido. Puedes seguir mintiéndote lo que quieras, pero no cuentes conmigo. Me gustas y solo follo contigo, esa es la realidad.

Levanté la mirada y me enfrenté a la dureza de la suya.

Creo que fue entonces cuando Bruno lo vio en mí; vio el miedo en mis ojos. También la necesidad de huir. Y, debajo de todas esas cosas que me hacían comportarme como una estúpida cobarde y loca la mayor parte del tiempo, algo mucho más determinante.

Bruno vio en aquel instante que yo ya lo quería, pero aún no había sido capaz de enfrentarme a ello.

Así que, como única salida posible, le susurré las palabras que sabía que antes o después tendría que pronunciar, pero nunca pensé que tan pronto. Apenas habían pasado dos meses de nuestro primer encuentro y la sensación de querer cada día más me azotaba con fuerza.

—Teníamos un trato. Tú y yo. El ahora. Y ya.

—¿Y si...? —dudó.

—¿Y si qué? Dilo —lo provoqué.

Tragué saliva y cerré los puños, esperando a que Bruno dijese algo que rompiera del todo aquel trato y me diese la excusa perfecta para acabar con ello, aunque no fuese lo que en verdad deseaba.

Pero ¿qué deseaba? ¿Por qué me había confundido tanto su pregunta sobre un futuro hipotético? ¿Por qué sentir algo por él me parecía suficiente motivo para correr? ¿Por qué sacar a Iris un poco de la ecuación me producía terror en vez de alivio?

La respuesta estaba tan clara que era normal que Bruno ya la supiera.

«Háblame de ella. Pídemelo algo que no pueda cumplir. Oblígame a decirte adiós sin culparme por ello».

Pero no lo hizo, solo dejó un puñado de insinuaciones en el aire.

—¿Y si está dejando de servirme? El trato.

«¿Y si a mí también, Bruno?».

Porque, hasta ese momento, no había sido consciente de cómo estaban las cosas. Hasta que Bruno no me lanzó esa pregunta, no me había dado cuenta de que lo único que me hacía feliz en mi vida, lo único que me emocionaba y que me hacía sentirme plena eran esos ratos con él.

Necesitaba salir de allí.

No obstante, antes de desaparecer para ahogarme en esos pensamientos que no podía obviar, no pude evitar preguntárselo.

—¿Qué quieres tú, Bruno? Ser de mayor.

—¿Yo? Feliz.

—¿Así de fácil?

—Sí.

—Sabes que no consiste en eso —afirmé, girando la cara sobre mi hombro para mirarlo a los ojos.

—Pero es que es cierto. Solo quiero ser feliz. Día a día. Ahora hago fotos, disfruto de una semiindependencia, tengo buenos amigos y follo con una chica preciosa cuando me deja. —Sonrió comedido pero sincero—. Eso me hace feliz. Pero quizá mañana ya no lo haga.

No lo dijo molesto, pero sí que vi en sus ojos algo oscuro, algo que no debía estar ahí y que intuía que los míos también lo reflejaban. Bruno ya sabía que yo me iría. Y, de no hacerlo, era consciente de que en algún momento aquel acuerdo absurdo dejaría de servirle.

—¿Y qué harás entonces?

—Entonces lucharé por conseguir lo que pueda proporcionármelo. —No fue una amenaza ni nada por el estilo; solo lo dijo porque Bruno de verdad pensaba así, pero el caso es que lo sentí como tal; de repente, vi la posibilidad inmediata de echarlo de menos otra vez; quizá más que la primera, y me dolía, pese a querer acabar con ello. Estaba atrapada en una calle sin salida—. Jimena, ¿qué estás pensando? Date una tregua, anda. Deja de pensar tanto y actúa. Vive, joder. No puedes controlarlo todo. Es triste que lo intentes siquiera.

Y de verdad lo era.

—Vale.

—¿Qué? —preguntó, sorprendido por mi respuesta.

—Que vale. Al menos hoy. Ahora.

Me quité el vestido por la cabeza y lo dejé caer al suelo.

Decidí en un segundo que, si aquello comenzaba a tener un final escrito, iba a aprovechar todo el tiempo que tuviéramos en ser esa Jimena que no pensaba y que se dejaba llevar con una facilidad pasmosa en los brazos de Bruno.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que me apetece. Sin pensar. No quiero hablar más, Bruno, pero has dicho que follar conmigo te hace feliz. —Me quité el sujetador y las braguitas;

él me observaba, cauto, pero con ese brillo en su mirada despertando lentamente al hacerlo—. Y esto sí que puedo ofrecértelo. Así que hazlo. Fóllame otra vez, Bruno.

Fueron unos segundos tensos, llenos de sentimientos callados y de palabras sin pronunciar en los que pensé que sería capaz de echarme a llorar cuando llevaba años sin hacerlo, y después... pues simplemente lo hizo. Y vaya si lo hizo...

Bruno

No fue sexo diferente al de las otras veces y a la vez fue algo totalmente nuevo, porque nos follamos con rabia y con miedo; con el cuerpo muy cerca pero con las mentes muy lejos.

La mía en todo lo que ya sentía por Jimena y que no podría callar mucho más; la suya en buscar maneras de huir, motivos para justificar que aquello no podría salir bien.

Fue muy pasional, muy sentido, incluso fue bonito dentro de esa tristeza que irradiábamos.

Ella se entregaba, como siempre que nos desnudábamos, pero parecía que le costaba respirar, como si todo aquello la superara.

Aun así, pensé que no era algo que no hubiese sentido en ella con anterioridad y me equivoqué, porque aquello consiguió desbordarla.

Al terminar e incorporarme, su expresión me pilló desprevenido.

Sentí como si una mano me estrujara por dentro hasta dejarme sin aire en los pulmones. Un parón en el corazón en el instante exacto donde tienes que estar más vivo que nunca. Un pellizco en las tripas hasta que sale sangre. Una patada en las pelotas.

Algo así.

Algo grande, fuerte, intenso, doloroso, tan físico que no comprendía que respondiera a un estímulo que destilaba pura emoción.

Y es que Jimena abrió los ojos al separar su cuerpo del mío y sus lágrimas descendieron por las mejillas hasta eclipsar al resto del mundo, e incluso a mí mismo.

Nunca había sentido nada igual.

Sus ojos acuosos parecían más grandes que nunca, como dos pozos llenos de infinidad de cosas buenas, malas, regulares y con la capacidad de asfixiarme y yo... joder, no me había cruzado nunca con una mirada en la que querer perderme para siempre.

Su piel aceitunada brillaba según las gotas se deslizaban traviesas, sin pedirle permiso. Tenía los labios fruncidos en una mueca de decepción por no haber sido capaz de controlarlas.

Ay, mi Jimena... tan dueña de sí misma y a la vez tan esclava.

Sin embargo, no parecía avergonzada, solo molesta por encontrarse tan

expuesta cuando llevábamos semanas jugando ella a esconderse y yo a intentar buscarla.

Estaba tan guapa, tan cercana, tan humana... que quise fotografiarla, pero vi en sus ojos una súplica de que no lo hiciera. Tampoco era el momento.

También quise abrazarla, pero sus brazos me lo prohibieron sin ni siquiera moverse un ápice de donde estaba sentada.

Lo quería todo, pero solo hice lo que sabía que iba a permitirme. Le pasé un dedo por el rostro y atrapé algunas muestras de ese torrente de emociones que la desbordaban y que no comprendía.

—Bruno, no...

—Ssshhh... Esto es bueno. No digamos nada, ¿de acuerdo?

Asintió, agradecida por no obligarla a darle sentido a esa reacción tan significativa después de la charla que habíamos mantenido.

Acallé sus intentos de escapar de nuevo con el pulgar, y ella sonrió bajo mi contacto. Lo sustituí por mi boca, sin poder evitar la tentación de saborear lo que ella estaba sintiendo en ese instante.

No me apartó, aunque tampoco respondió.

Le besé la piel, los párpados, las pestañas húmedas y volví a sus labios, que ya no eran un muro infranqueable, sino una sonrisa tranquila, sosegada, blanda.

—Regálame una salada.

—¿Qué?

—Una sonrisa salada, Jimena.

Y ella me la concedió.

Después quise ponerle la ropa interior y el vestido, pero no me lo permitió. Lo que hizo fue deslizarse por la butaca hasta caer sobre la alfombra y me tendió la mano, cerrando los ojos, ofreciéndose a mí.

Y no hablo de sexo, no. Hablo de mucho más. Porque con ese simple gesto Jimena me regaló por primera vez todo lo que era en aquel instante.

Y yo... pues yo me tumbé a su lado, la abracé con fuerza y lo cogí todo.

Joder, Jimena.

Volví a casa pasadas las nueve.

Lo hice cansado y satisfecho, después de aquel episodio con Jimena en el que me demostraba una vez más que lo nuestro se estaba convirtiendo en algo grande, pese a que lo hiciera sin los cimientos apropiados.

No obstante, también decaído.

Habíamos tenido nuestra primera discusión, pero no era solo por eso.

Era por la certeza aplastante de que había ocurrido lo que yo ya sabía; me había enamorado como un imbécil de Jimena.

Verla tan vulnerable, tan orgullosa, tan terca, tan imperfecta que había sido capaz de confesar que prefería que yo siguiera con Iris, pese a lo mal que eso estuviese. Verla llorar por no querer sentir y hacerlo con tanta intensidad. Verla tan... humana.

El amor consiste en eso, ¿sabes? En ver la peor versión de una persona, esa parte que cualquier otra odiaría, y que te parezca fascinante de algún modo que no comprendes. Querer abrazarla y decirle al oído que no pasa nada, que incluso aunque sea una cabrona insensible a ti te late el corazón más fuerte.

Debería haberle plantado cara y poner las cartas sobre la mesa, decirle que era todo o nada, pero que aquellos encuentros clandestinos que para mí nunca lo fueron ya no me servían, se me quedaban cortos, no me llenaban lo que necesitaba, y hacerle tomar una decisión. Debería haberle contado que, para que lo nuestro funcionase, yo necesitaba primero solucionar ciertos aspectos de mi vida, y que con ella a mi lado todo me resultaría más fácil.

Pero no hice nada de eso, porque se desnudó y yo caí como el idiota que era.

¿Qué podía hacer si no?

Que se te plante delante en pelotas la persona que te trastorna y te diga que te la folles, a ver qué haces. Y que, al terminar, llore, pidiéndote silencio.

Si no aceptas sin más, es que no la quieres ni una pequeña parte de lo que yo ya quería a Jimena.

Cuando abrí la puerta, me recibió el olor a queso fundido de una pizza en el horno. Pizza precocinada otra vez; maravilloso.

Dejé mi bolsa en la entrada y me metí en el baño directamente y sin saludar, dispuesto a darme una ducha de agua fría y no solo quitarme el calor del cuerpo, sino también la sensación de desconcierto, pesadez y miedo que me había dejado aquel par de horas con ella en el estudio.

Cuando estaba corriendo la cortina para meterme en la bañera, la puerta se abrió y el perfume de Iris me abofeteó.

—Llegas tarde. Dijiste que hoy estarías a en casa a las ocho y son las nueve y cuarto.

—Tenía un compromiso.

Metí un pie y abrí el grifo. Después el otro, sin girarme y notando sus ojos

posados en mi cuerpo desnudo, pero sin sentir ya nada más que una triste indiferencia que resplandecía entre ambos.

—¿Ah, sí? Déjate de eufemismos conmigo, Bruno.

—¿Qué quieres oír entonces?

—La verdad. Yo no soy uno de tus ligues tontos.

—Pues vale, había quedado para follar. ¿Te sirve?

—Eres un imbécil —susurró, con la voz temblorosa.

No estaba de humor para pelear. No con ella después de haber visto a Jimena llorar.

—Iris... hoy no, ¿vale?

—Así que es eso. ¿Has discutido con «comosellame»? Mira tú por dónde, ya me cae algo mejor.

Corrí la cortina y dejé que el agua fría me empapara.

—Dame un respiro. En cinco minutos salgo.

—¿Cómo se llama?

—No te importa, joder —exclamé más alto de lo debido; al momento me arrepentí—. Lo siento. Lo siento mucho, de verdad. ¿Qué tal el día?

—Bien. Vino mi madre. Fuimos a comprar algo de comida y después a esa cafetería tan bonita del final de la calle.

—Me alegro —asentí—. Deberías salir, Iris.

—Ni que tuvieses algo que me fuera a sorprender a estas alturas.

El portazo retumbó en todo el baño.

Puse las manos en los azulejos y agaché la cabeza, dejando que el chorro me golpease la nuca con fuerza. Estaba agotado. Confuso. Perdido en mi propia vida.

Ni siquiera podía culpar a Jimena de no ser normal y dejarse llevar sin más, cuando yo tampoco podía hacerlo del todo. Mi vida era complicada; más aún cuando era yo el que había elegido que lo fuese.

Salí al rato, ya más calmado, me puse el pijama y me enfrenté a todo aquello por lo que llevaba tanto tiempo luchando, sin hacer caso a esa voz interior que me decía a ratos cada vez más habituales: «¿Será algún día suficiente?».

Quedé a comer con Pau en un bar cerca de su oficina.

Necesitaba pedirle perdón por el plantón del día anterior y de rebote desahogarme un poco. No obstante, aquello acabó siendo un monólogo patético de un Bruno cabizbajo y sin peinar, y con la cabeza apoyada en una mesa de madera llena de manchas de ketchup, mientras él se atiborraba a

patatas fritas y me dejaba pequeños toquecitos de consuelo en la nuca con la otra mano.

—¿Le has hablado a Iris de ella?

—Sabe que me veo con alguien.

—No me refiero a eso. Con Jimena es diferente.

—Ese es el maldito problema —dije, enfurruñado como un crío.

—Sé que lleváis así... —Pau intentó recordar a cuánto ascendían mis intentos civilizados de compartir techo con Iris sin relación romántica que se torciera de por medio, pero fue incapaz. No podía juzgarlo, porque, entre idas y venidas, habíamos cortado una docena de veces y me había echado de casa otras tantas. Elevábamos el amor a la categoría de desastre mundial—. No sé ni cuánto. ¿Por qué intento vamos?

—El tercero de la era post «nos acostamos cada vez que no estamos juntos y volvemos a estropearlo». Pero esta vez lo estamos cumpliendo de verdad.

—¿No habéis vuelto a hacerlo?

—No. Llevamos once meses oficialmente separados. Ella alguna vez lo ha intentado, pero no puedo. Ya no.

—Dios sabe que no lo entiendo, pero si ella ahora folla alegremente con el profesor ese de Arte de su colegio y tú con Jimena... ¿no sería más fácil dejaros vivir de una vez?

Lo era; el problema radicaba en que Iris no era una persona fácil y eso lo complicaba todo.

—No es sencillo. Conoces a Iris, y...

—Bruno, Iris no está bien.

—Eso no importa. —Negué con la cabeza y Pau levantó las manos expresando su incompreensión—. Se lo prometí, tenemos un trato y...

—Lo sé. El precio a pagar es alto —terminó la frase por mí; después pasó al otro punto importante de ese triángulo que no lo era; ojalá lo hubiera sido; hasta me hubiese sentido menos la mierda que me sentía—. ¿Y a Jimena? ¿Le has hablado de esto?

—¿A Jimena? Con Jimena no se puede hablar de nada. Si le dijera que me he enamorado de ella, me denunciaría por acoso, así que puedes hacerte una idea. —Él se rio—. Es un bloque de hormigón.

—Me encantaría conocerla.

—No debería soportar su actitud; es egoísta, cobarde y fría, pero lo cierto es que me vuelve loco.

—Siempre has tenido muy buen ojo —dijo, burlón.

Y qué razón tenía... parecía tener un puto radar que se activaba al cruzarme con las tías más raras y desquiciantes del planeta.

—No seas capullo. Hicimos un trato, ¿sabes? Pero no creo que sea capaz de no romperlo durante mucho más tiempo. Supuestamente es sexo sin complicaciones, pero es verla y querer pedirle matrimonio.

Pau estalló en carcajadas y yo lo acompañé. Hacerlo me sentaba bien.

Lo jodido de todo eso era que me conocía tanto que sabía que lo decía en serio; que era un tarado cuando me obcecaba con algo, o con alguien en este caso, y que pedirle a Jimena que se casara conmigo cada vez que me sonreía de verdad y no a medias era un esfuerzo constante que tenía que controlar si no deseaba que me cortase los huevos.

—Tu maldito problema es que no dejas de firmar acuerdos con mujeres desequilibradas, Bruno. Con lo fácil que es, ¡por el amor de Dios! Conoces a una tía medio normal, la invitas a cenar, la besas y, si tienes suerte, antes o después te acuestas con ella. Pero tú no. Tú vas firmando tratos absurdos que no sirven para ti y que te destrozan poco a poco.

Joder... era la realidad de mi vida concentrada en unas frases, y era lamentable.

—Por favor, no he venido a que me eches la bronca. Ya he tenido suficiente.

—De todos modos, ¿por qué no puedes seguir así? Cumples con esas obligaciones para Iris que te has inventado y te follas a Jimena cuando os pique. No lo veo una mala solución.

—No lo era.

—¿Y qué ha cambiado?

Todo. Había cambiado todo...

Él me estudió el rostro compungido y dejó caer su cuerpo contra el respaldo, suspirando con pesar al entenderlo antes de que le diera forma con las palabras.

Podía haber sido una situación fácil, incluso cómoda para todos, pero... lo complicamos de un modo que fue el pistoletazo de salida para poner nuestra vida del revés.

—Que la he jodido, Pau. Me he enamorado de ella.

—Tú siempre te enamoras.

—No. De verdad.

—Oh, vaya. ¿Y qué vas a hacer?

—No tengo ni puta idea.

—¿Crees que ella siente algo por ti?

«¡Sí!», quise gritarle, porque lo había visto en sus ojos, en la manera de pedirme con ellos que lo dejase estar. Pero no lo hice. Me guardé aquello para mí, para cuando ella estuviera preparada o para cuando yo la obligase a estarlo.

—Es posible. Aunque con Jimena... nunca se sabe.

Volví a casa más tranquilo. Hablar con Pau siempre funcionaba un poco así, como un calmante de esos que te dejan la sensación de que nada es tan malo; o como una buena droga. Así funcionan los amigos de verdad.

Le di vueltas al asunto mientras me arreglaba para ir a trabajar aquella noche y también de camino hasta la discoteca de turno. Lo hice cuando me planté en un *photocall* de una conocida marca de ron y fotografié a cada persona que entraba con un collar de flores y unos sombreros de lo más horteras. Incluso cuando la chica guapa de la barra me invitó a una copa al terminar de trabajar y coqueteó conmigo.

Pensé en Jimena todo el tiempo. En las ganas que tenía de verla siempre, aun cuando otras me ofrecían un plan interesante al que ni siquiera me veía tentado a decir que sí. Aun cuando me cabreaba su forma de ser, tan hermética al tratarse de emociones. Aun cuando sabía que lo mejor era olvidarme de ella, porque ni yo iba a poder ofrecerle lo que deseaba ni era lo que ella quería.

Pensé mucho, sí, pero no sirvió de nada, porque, al igual que Jimena era especialista en pensar y sentir con la cabeza y encerrar bajo llave el corazón, yo era todo lo opuesto, y no sabía vivir si no era por lo que me hacía correr más rápido la sangre por las venas.

Así que salí de la discoteca y me fumé un cigarro apoyado en un banco que daba al paseo marítimo. Escribí sin pensar, sin meditar si era un valiente, un romántico o un gilipollas integral, y pulsé «enviar» sin pizca de remordimiento.

Bruno: Ni el pasado ni el futuro. Lo he captado, tortuga. Tú y yo somos un ahora. Un AHORA gigante que me mantiene permanentemente despierto. Mañana lo estaré hasta las tres en la discoteca en la que nos encontramos aquella noche por casualidad. Te propongo algo. Tú, yo, una copa y lo que quede de noche en tu cama. Nada más.

Nunca me hubiese esperado que ella estuviera despierta a esas horas, pensando en a saber qué, pero con la intuición de que lo hacía en lo mismo que

yo.

Jimena: Bruno, esto se está complicando.

Bruno: No tiene por qué hacerlo.

Jimena: No quiero que Adrián se entere.

Bruno: ¿Por qué?

Jimena: Porque no.

Bruno: Volveremos de madrugada y me escaparé por la ventana por la mañana.

Jimena: ¿Desde un tercero?

Bruno: No infravalores mis aptitudes.

Tardó en responder, como si dudara sobre qué decir y qué no y, al hacerlo, sonreí, porque me di cuenta de que Jimena también seguía abriéndose poco a poco sin ser consciente.

Jimena: ¿No tienes que volver a dormir a tu casa?

Bruno: No te importa. En eso consiste, ¿no?

Jimena: Supongo.

Bruno: Entonces, ¿qué? ¿Me pongo guapetón para la dama?

Me la imaginé con una de sus caras de mala leche, como cada vez que le decía alguna tontería, aunque sonriera con los ojos.

Jimena: Sí.

La vida se nos seguía enredando y nosotros... nosotros decidimos dejárnoslo hacer.

Jimena

Recuerdo aquella noche como si hubiera acabado hace apenas dos minutos. Tan nítida, tan llena de tanto, tan esclarecedora que aún duele, como sabía que iba a doler en el mismo instante en que le dije que sí.

Me puse una falda negra lápiz, una camiseta blanca que dejaba mi estómago al aire y sandalias negras de tacón. Estaba un poco inquieta, como si presintiese que algo estuviera a punto de suceder, aunque no comprendía muy bien el porqué, ya que me había prometido mantener la situación bajo control en todo momento.

Llamaron al telefonillo y Adri lo cogió, porque seguía en el baño maquillándome.

—¡Es Oliver, peque!

—¡Dile que tardo un minuto!

Había indicios como aquel que me decían que estaba bajando la guardia, como el pequeño detalle de no estar preparada esperándolo a la hora, puntual como nadie, pero que yo seguía pasando por alto.

—Estás muy guapa —dijo Adri, al verme salir del lavabo.

—Gracias.

—¿Estáis juntos?

—Somos amigos —contesté, omitiendo que en mi interior no estábamos hablando de la misma persona.

—Ya. Amigos. —Le hice una mueca y él sonrió paternalista—. Pásalo bien.

Cuando salí del portal, me encontré con Oliver sonriente, como siempre, y guapísimo. Llevaba unos pantalones de pinzas color crema, zapatos de cordones y una camisa azul marino con las mangas dobladas a la altura del codo.

—Hola, estás increíble. ¿Estás segura de que no quieres que nos escapemos tú y yo y plantemos al tío raro de los rayos de luz?

—No, tonto. Y no lo llames así.

—¿Por qué? Te estás riendo.

—Precisamente por eso.

Puede parecer algo fuera de lo normal, incluso fuera de lugar, pero me llevé a Oliver a tomar una copa y a hacerme compañía mientras Bruno

terminaba de trabajar. Me aterraba llegar allí demasiado pronto y parecer desesperada sentada sola en la barra.

Se lo pedí y él aceptó, y podría decirse que parecía hasta emocionado. Según él, por tener una oportunidad de conocer a la persona que me alteraba tanto como para necesitar un apoyo moral cuando parecía capaz de enfrentarme a un ejército vikingo yo solita.

—Desde que te ves con Bruno pareces humana.

Esas fueron sus palabras.

Un rato después, no tuve más que verlos uno junto al otro para saber que no me había equivocado y que daba igual lo que la gente pudiese opinar al respecto, porque ninguno de los tres nos ceñíamos a lo que la sociedad proclamaba que estaba bien o mal.

Bruno vivía con su ex y se acostaba conmigo. Yo solo quería follar con él y envejecer feliz, sola y rodeada de gatos. Oliver... bueno, Oliver sí que era más clásico en ese sentido, aunque había tenido un rollo conmigo y ahora compartíamos demasiados detalles morbosos sobre nuestras aventuras por separado como los buenos amigos en los que nos habíamos convertido, lo que para él, acostumbrado a las relaciones estables que acaban en matrimonio con hijos, ya era una modernidad sin igual.

Y es que ¿sabes qué? Que al final eso no son más que límites generales que no siempre valen para todos. Somos matices grises en un mundo blanco y negro.

—Dime que no es el que lleva un peto vaquero.

Me giré y lo vi en la otra barra que bordeaba la pista de baile fotografiando a una pareja muy acaramelada. Llevaba el viejo peto que yo pensaba que solo se ponía para estar por casa y por el que tanto me había reído de él (y con él). No pude evitar soltar una carcajada, porque el muy condenado se lo había puesto para conseguir precisamente eso.

Llevaba una camiseta blanca debajo y unas chanclas. No sabría decir si parecía recién llegado de una playa de Australia o si se trataba de uno de los desaparecidos hermanos Hanson que forraron carpetas hace ya tantos años con aquel éxito de título impronunciable.

Sentí un calor repentino; y no fue sexual ni nada parecido, fue... fue más de dentro, más de estómago.

—El mismo.

—Genio y figura.

—No lo sabes tú bien.

Observamos a Bruno hacer fotos con su eterna sonrisa a los grupos que disfrutaban de la noche. Alguna chica se le agarraba al cuello y él se deshacía de ella con mimo y consiguiéndolo sin que dejase de sonreír.

Descubrí que me gustaba mirarlo, porque se movía con una soltura y con una seguridad tal que yo admiraba. De nuevo a la vista los polos opuestos que éramos.

Nos tomamos una copa. Oliver disfrutó de mi nerviosismo y de que hubiera acabado colgada por un tipo como Bruno, hasta que este nos vio y se acercó ávido.

—Hola, tortuga.

Me dio un beso en la nariz antes de que pudiera ni siquiera reaccionar y se giró hacia Oliver, que nos observaba con los brazos cruzados la mar de divertido.

No se me pasó por alto que eché de menos que me besase en los labios.

—Bruno, Oliver. Oliver, Bruno —dije con desidia.

—Encantado.

Se dieron un apretón de manos, ambos sonriendo y estudiándose de arriba abajo, pero más que con sentido competitivo lo hicieron con curiosidad.

—Igualmente. He oído hablar mucho de ti —soltó Oliver, y yo quise matarlo con un picahielos que visualicé tras la barra.

—¿En serio? Lamento no poder decir lo mismo. Jimena y yo aún estamos trabajando en eso de la comunicación.

El picahielos pasó a resultarme hasta un juguete para niños por todo lo que deseé hacerle a Bruno tras ese comentario.

—Es dura, pero acaba cayendo. Ten paciencia.

—Eso espero.

—A mí ahora hasta me escucha cuando le hablo. Y me da consejos.

—Vaya, es un gran progreso.

Los miré alternativamente, como en un partido de tenis, hasta que reaccioné.

—¿Hola? ¿Os importa dejar de hablar de mí?

—No —dijo Bruno sin mirarme.

—Lo cierto es que es divertido —replicó el otro, y ambos sonrieron—. ¿Quieres una copa?

—Me encantaría, pero aún me queda media hora —negó Bruno, mirando el enorme reloj dorado de una de las paredes.

—Te esperamos aquí, entonces. —La mano de Oliver se posó

amistosamente en el hombro de Bruno unos segundos, dándole un apretón.

Yo estaba tan alucinada por la facilidad de algunas personas para conectar que llegué a pensar que nos habían metido alguna clase de pastillita en la copa.

—No la dejes beber mucho, no le sienta demasiado bien.

—Créeme, lo sé —confesó mi supuesto amigo, mirándome con ternura.

—Aunque pensándolo bien... ¡a lo mejor me viene de perlas para lo que tengo en mente esta noche! —Bruno alzó las cejas con picardía y me dio otro beso distraído en la nariz, antes de darle una palmada en la pierna a Oliver y desaparecer, con la cámara al cuello, trotando por el local—. Hasta ahora, tortuga. Pórtate bien.

En cuanto se largó, me encaré con Oliver, que me observaba mordiéndose sus mullidos labios para no echarse a reír.

—¿Qué coño ha sido eso?

—¿El qué?

—Tú y Bruno. Y yo aquí. Eso.

Se encogió de hombros y quise pegarle un puñetazo.

Si Bruno por si solo ya me sacaba bastante de quicio, no quería ni imaginarme lo que podrían llegar a conseguir los dos juntos.

—No lo sé. Es simpático. Me cae bien. Nunca me lo hubiera imaginado así. Y tú eres rara. Y un poco seca. Ha sido bastante normal.

—No creo que «normal» sea la palabra.

—Eres tú la que me ha traído. ¿Qué esperabas? ¿Que nos partiéramos la cara? ¿Que marcáramos territorio? Ninguno de los dos somos idiotas, sabemos cuál es nuestro sitio en todo esto.

—No.

No se trataba de eso, Oliver tenía razón.

Entonces, ¿qué esperaba? Pues no estaba muy segura, pero quizá se acercaba más a una especie de solidaridad por parte de mi amigo. Que hubiese visto a Bruno y hubiera querido alejarme de él o algo por el estilo y no lanzarme a sus brazos.

—Entonces deja de pensar de una vez o acabará explotándote el cerebro. Disfruta. ¿Te gusta el tequila?

—No.

—Pues será tequila, entonces.

Pidió dos, haciendo una señal a la camarera e ignorándome a mí.

—Te odio.

—No es verdad.

Y no, no lo era. Lo quería mucho ya a Oliver, aunque tardé años en ser capaz de decírselo.

Bruno

—¿Quieres dejar de sonreír?

—No puedo.

Era incapaz.

Había conseguido terminar sobre la una y media, dejando a Gael a cargo de todo, y me había sentado con Jimena y Oliver a tomar una copa que se convirtió en una pelea entre los dos de a ver quién era capaz de sacar más de quicio a Jimena.

Había ganado yo, por supuesto; la duda ofende. Incluso él me había dado la mano con admiración por esa capacidad innata con la que había nacido, mientras nuestra víctima sucumbía a la tentación y acababa mordiéndose una de sus uñas pintadas de rojo.

Supongo que era eso o tirarme la copa a la cara.

Oliver era un buen tipo, lo supe en el acto. Quería a Jimena, pero no lo hacía de un modo romántico, ni siquiera sexual aunque lo hubieran tenido en algún momento al conocerse, sino que la miraba con ese deseo de protección que a algunas personas les sale de inmediato ante la gente que les importa.

Quizá por eso me confié, porque que él me aceptase enseguida tenía que significar algo. Como que también veía eso que se respiraba cuando Jimena y yo estábamos juntos, peleando, mirándonos.

Se había retirado rápido y habíamos prometido vernos pronto, como si fuera una estupidez pensar siquiera que eso no ocurriría en el futuro.

Y todo aquel intercambio había crispado a Jimena, la había confundido todavía más.

—¿Y eso? Porque tengo que decirte que parece que estás colocado.

—Porque te tengo para mí. Y fuera del estudio. No te creas que no me gusta tenerte allí, pero esto hace... que parezca una ocasión especial.

Puse la mano sobre su muslo. Estaba tan jodidamente guapa que me costaba no ponerle las manos encima.

—¿A qué te refieres?

—¿Ese era Oliver con el que te acostabas?

—¿Por qué piensas que ya no lo hago? —preguntó a su vez y un poco a la defensiva, entrando al trapo.

Pero no lo hacía. De algún modo, yo sabía que ninguno de los dos se había acostado con nadie más desde que empezamos con aquello. Ni tampoco me molestaba el saber que ellos lo hubieran hecho antes; Jimena y yo nunca nos mecimos en el mundo de los celos, al menos en los que no tenían razón de ser.

—Simplemente, lo sé. Parece buen tío. Viste como mi padre, pero entiendo que te gustase.

Eso la enfadó y sacó las garras, lo que me confirmó que el sentimiento de aprecio era mutuo entre ellos y me gustó saber que Jimena había hecho amigos desde su llegada, que se había abierto a alguien con quien poder contar cuando las cosas se torcieran.

Sabía que podía contar con su primo, pero por alguna razón lo habíamos mantenido al margen de lo nuestro y no quería que estuviese sola si se trataba de despedazarme a mí.

—¿Y lo dice el que se ha escapado de la granja del tío Joe? —Señaló mi peto y me alegré más que nunca de la decisión de ponérmelo aquella noche—. ¿En serio? Oliver tiene un gusto exquisito para la moda. Y es inteligente. Y divertido cuando tiene que serlo. Deberías aprender algo de él.

—Si es así, ¿qué haces aquí conmigo?

—No lo tengo muy claro, ya que lo preguntas —dijo molesta, retirando mi mano de su pierna, pero lo único que consiguió fue que me acercara y la tocara con las dos.

—¿Quieres que te lo diga yo?

Deslicé una de ellas por debajo de la tela y tembló.

—¿A qué estás jugando, Bruno?

Sonreí y la ignoré.

—¿Eso es tequila? Uhm, cada vez me cae mejor Oliver.

Olí su vaso y me bebí la mitad que ella había dejado.

—¿Por intentar emborracharme?

—No, por intentar que te relajes un poco. —Fue a rechistar, pero le tapé la boca con los dedos y le acaricié la mejilla—. Estás preciosa, por cierto.

Suspiró y, antes de que hablara, la besé. Un beso profundo y lento que me supo a poco.

Al separarnos, con su rostro aún acunado entre mis manos, susurró una intención, pero estaba tan perdida por mi actitud que sonó más a súplica.

—Creo que deberíamos irnos.

—¿A tu cama?

—Sí. Era el plan, ¿no?

—No. Aún es pronto.

—¿Qué pretendes, Bruno? Dímelo. Estoy a punto de salir corriendo, y lo peor es que lo sabes y estás disfrutando de ello.

Lo sabía.

Sin embargo, había tenido todo el día para pensar en aquel encuentro. Para pensar en Jimena y en mí, en cómo habíamos manejado nuestra historia desde el principio y había llegado a la conclusión de que nunca me había sentido partícipe totalmente de ella.

Jimena siempre había llevado las riendas, exceptuando cuando conseguía mediante excusas tontas compartir con ella algo más que un polvo perfecto.

Y ya no me valía.

Así que había decidido hacer todo lo contrario, al menos por una noche. Hablar si me apetecía. No acabar follando si nos estábamos divirtiendo haciendo otra cosa, como conocernos. Parecer por una vez una pareja normal sin las presiones que siempre nos acompañaban.

Si salía mal, se acabaría; era posible. Pero si salía bien...

—Una noche, Jimena. Apaguemos los teléfonos y olvidémonos de todo. No te pido tanto. Son las dos de la mañana, solo te estoy pidiendo hasta el mediodía.

—¿Para qué?

La abracé, rodeando su cintura con mis brazos, reteniéndola.

—Tú y yo, el ahora y todo lo que se nos ocurra. Déjame ser yo sin más, sin el miedo a hablar más de la cuenta y que te alejes de nuevo. Y déjate llevar sin pensar en las consecuencias. Solo hoy, pero siendo Bruno y Jimena. Los de verdad. Sin restricciones, tratos ni normas. Sin control, sin nada más que lo que nos apetezca.

Ni siquiera tenía un plan. Deseaba salir de ese bar con ella de la mano y echar a andar hacia donde nuestros pies quisieran. Solo necesitaba que dijera que sí.

¿Y qué ocurriría de no hacerlo? ¿Nos despediríamos y nos desearíamos suerte en la vida? ¿Volveríamos a encerrarnos en mi estudio o en su casa, nos follaríamos y después nos dejaríamos el sabor del vacío en los labios?

Nunca lo sabré, porque ella aceptó y la noche entonces brilló con una luz nueva.

—Vale...

Jimena

Salimos minutos después y lo hicimos cogidos de la mano y con los teléfonos desconectados, ajenos al resto del mundo. Fui consciente de que no caminaba de ese modo con un chico desde los dieciséis años. No era algo que me gustase, porque era un gesto que me resultaba más íntimo que un beso, pero se lo permití.

Bruno había conseguido con sus palabras que me soltase de una vez por todas de eso que me había mantenido permanentemente alerta hasta entonces; se había deshecho del último hilo de control que me quedaba.

No, fue peor, porque en realidad no me solté de eso, sino que me di cuenta de que nada me sujetaba. Nada. Nada que no fuese yo misma.

Además, solo era una noche.

—¿Dónde vamos?

—Si pudiéramos coger un avión ahora mismo, ¿dónde irías?

—No vamos a coger un avión —espeté, menos segura de lo que quería aparentar, porque haber aceptado esa libertad con él hacía que pudiese esperarme cualquier cosa de alguien como Bruno.

—¿Y qué? Pero podemos imaginárnoslo. Venga, tortuga. Sal un poco del caparazón. Cierra los ojos, ¿dónde te gustaría estar al abrirlos? Piensa que tienes que llevarme a mí también, no estás jugando tú sola.

Lo hice. Nos paramos en mitad de la calle y cerré los ojos.

No sé qué hubiera pensado de no haberlo tenido a mi lado. Quizá París, Nueva York o Milán. Destinos que siempre había tenido como prioritarios por ser cuna de la moda. Ciudades bonitas llenas de posibilidades, pero elegidas por un sentido más práctico que por la belleza que albergaban.

Sin embargo, de repente recordé algo. Un documental que habíamos visto Adrián y yo hacía muy poco en una de nuestras «noches locas» de televisión y palomitas y que me había hecho pensar en Bruno automáticamente.

Y allí me fui, con él de la mano.

—Vale. Ya está.

Los abrí y me encontré con su rostro infantil muerto de curiosidad.

—¿Y?

—Riviera Maya.

—Poco original —dijo, bostezando para fingir aburrimiento.

—No he terminado. Playa del Carmen. El desove de las tortugas.

Nos miramos lo que pareció una eternidad y una sonrisa empezó a dibujarse a la vez en la cara de ambos. Lo había sorprendido y eso nos gustó a los dos.

—¿En serio?

—Ajá. Y volveríamos en octubre. Es cuando las liberan.

—Buena elección.

Me agarró por los hombros y seguimos andando. Ni siquiera sabía a dónde nos dirigíamos, pero ya no importaba, porque Bruno tenía razón. Era divertido viajar con él sin salir de la ciudad. Dejarme guiar con su mano en mi clavícula. Con su aliento rozando mi sien a cada paso.

—¿Tú?

—El archipiélago de las Svalbard, Noruega.

—¿El Ártico?

—Muy bien, señorita. Hielo, osos polares y uno de los amaneceres más bonitos del mundo. Estamos en junio y ¿sabías que de abril a agosto el sol no llega a ponerse? Te llevaría allí ahora mismo y haríamos unas fotos bajo una manta.

—No creo que llevemos ropa apropiada —le dije, mirándome el modelito muy mono pero poco útil para el frío destino que había escogido.

—¿Podemos volar cerrando los ojos y no cambiarnos de ropa? Un poco más de imaginación, Jimena. De hecho, yo ya te veo con aquel gorro de gato que te regalé, un abrigo de plumas gigante y acurrucada entre mis piernas con un termo de café caliente en las manos.

—Parece un buen plan. —Era perfecto, incluso sentí un escalofrío, como si Bruno hubiera traído con él el aire helado del Polo Norte; después torcí la nariz y le recordé la única norma que habíamos impuesto aquella noche—. Aunque se supone que nuestro trato acaba por la mañana, ir allí le pondría fin.

—Te equivocas, te dije al mediodía. Por eso he elegido un amanecer que no parece acabar nunca.

Bajamos las escaleras que separaban el paseo marítimo de la playa de la Barceloneta. Me apoyé en su hombro y me quité las sandalias. La arena estaba fresca. Había parejas y grupos desperdigados dejándose llevar por el calor de la noche. Nos acercamos a la orilla y caminamos.

—¿Cuál es tu color favorito? —le pregunté, y fue fácil.

Era una pregunta tonta, pero es que en eso consistía, en atreverme de una vez a preguntarle lo que quisiera saber de él; de conocernos; de ser Jimena.

—El rojo. El tuyo el negro, ¿a que sí?

—En realidad, no. Siempre me ha gustado el verde.

Meditó un poco mi respuesta y asintió, como si esa información sin importancia le dijera mucho más de mí.

«El negro». ¿Era una metáfora de cómo me dejaba ver a los demás?

—Lógico, eres una tortuga.

—Idiota...

Nos reímos.

Unos metros más en silencio y, de pronto, Bruno me cogió del codo y me giró, quedando atrapada entre sus brazos. Coloqué las manos por inercia sobre su pecho y respiré con fuerza antes de hablar.

—¿Qué haces?

—¿No te parece que hace una eternidad que no nos damos un beso?

No pude evitarlo. Su mirada, su mano en mi cuello, la luna reflejándose en el agua, la música de los bares de fondo... todo tan tan... hortestamente de película que eché la cabeza hacia atrás y estallé en carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? ¿Por qué te ríes?

Pero Bruno había empezado a reírse conmigo pese a que no entendiera nada, mientras me observaba, sujetándome el rostro entre sus manos.

—Era todo demasiado idílico, joder. No he podido evitarlo, lo siento. Ya sabes que estas cosas me dan urticaria.

—Debes de ser la persona menos romántica del planeta.

—Lo sé. Me merezco que me tires al agua.

—No me tientes. Pero me gusta.

—Y sigo sin entender por qué —le confesé.

—Porque eres rara y lo raro mola. De toda la vida.

Me perdí en su sonrisa.

Nunca en la vida me hubiese imaginado acabar fascinada por una mirada como la de Bruno, tan tierna rayando lo infantil; obnubilada por unos ojos verdes redondos y tan expresivos que me asustaba oír sus pensamientos locos a través de ellos; seducida por una actitud tan despreocupada, tan ligada a hacer lo que de verdad le dijera el corazón en cada momento; por un tío que me dijera que yo molaba.

Y es que Bruno irradiaba pasión por cada poro de su piel; naturalidad; vida en el sentido más literal de la palabra.

Quise darle algo. Me di cuenta de que él no había dejado de hacerlo, de regalarme momentos, sensaciones, su apoyo constante, su preocupación, todo

lo que podía a cada instante, y que yo solo me había dado a trozos y de una manera puramente física.

—A lo mejor puedo arreglarlo.

—No voy a dejar que me lo hagas delante de todos esos borrachos. — Señaló a un grupo de jóvenes, susurrando las palabras contra mi pelo y frunciendo el ceño, pensando que, como siempre, volvía a dejarme guiar por lo sexual que flotaba entre nosotros y por seguir ignorando todo lo demás.

Me dije a mí misma que no. Que lo menos que podía hacer era concederle a Bruno esa noche, aunque fuese la única.

—No me refería a eso. Estoy hablando en serio.

—Oh, vale.

—Pero no se me da bien.

—A todo se aprende.

—Lo estoy intentando, Bruno. De verdad. Al menos esta noche. Te lo he prometido y creo que te lo mereces.

—Tú también te lo mereces, aunque no te lo creas.

No me lo merecía; por egoísta, por cobarde y por muchas otras cosas; pero ahí estaba Bruno, demostrándome de nuevo que él sí, deseando compartir hasta esa concesión conmigo. Era un puto encanto.

Cogí aire e intenté dejarme llevar por lo que pensaba y sentía al mirarlo.

—Me gusta tu pelo.

—Gracias.

Sin duda... no era un buen comienzo.

Él se rio de mí con ganas.

—No te rías. Esto no es fácil.

—Perdona.

Me abrazó más fuerte por la cintura y lo intenté de nuevo, animada por su expresión de agradecimiento pese a que aún no hubiera hecho nada.

—No es muy suave, de hecho creo que te vendría bien usar suavizante, pero me encanta la sensación al hacer esto con los dedos.

Levanté la mano y la metí entre sus mechones enredados. Bruno pasó la lengua por sus labios, humedeciéndolos y repentinamente serio.

—A mí también.

—Tienes un culo estupendo, pero eso ya lo sabes. Y las piernas. Y... bueno, no voy a decirte que estás bastante bueno, porque ya eres consciente de ello.

—Nunca viene mal que te lo recuerden.

—Y me encanta cómo te brillan los ojos ante las cosas que te gustan. Ante las fotos, las chocolatinas insanas que comías hasta a escondidas para que no te riñera. Ante mí.

No pude mirarlo al decir eso. Fui incapaz. Me costaba un esfuerzo inhumano abrirme y él lo sabía; el corazón me latía frenético y me sudaban un poco las manos contra la tela vaquera de su ropa.

Una de las suyas se coló por debajo de mi camiseta y dejó pequeñas caricias cálidas que me reconfortaron.

—Ya es suficiente, Jimena. No tienes por qué seguir con esto.

—Sí. Sí que tengo. —Me costaba, pero, de algún modo, la necesidad de seguir era aún más grande que la de huir—. Odio las chorradas que dices, pero creo que las odio porque me hacen reír sin poder controlarlo.

—Hacerte reír es adictivo, aunque me conviertas en un completo idiota.

—Y tienes una capacidad innata para descolocarme, y eso me asusta, Bruno.

—¿La cosa no iba de halagos? ¿O es que ya hemos pasado a la parte mala? —preguntó divertido, liberándome un poco de la tensión, pero yo ya estaba descontrolada y necesitaba soltarlo todo.

—Es un halago, créeme. Haces que... me olvide de quién soy y simplemente sea. No sé explicarlo mejor.

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

—Todo. Lo de parecer blandita también.

—En realidad soy pésima. —Sonreí y él me acompañó.

Lo era; se me daba de pena.

—Un poco, pero a mí me vale. ¿Sabes lo más curioso? Que a mí me pasa lo contrario.

—¿A qué te refieres?

—Contigo soy alguien que no había sido hasta ahora.

Y ahí estaba de nuevo; Bruno y yo, tan opuestos, tan todo.

—Bruno, ¿no te parece que hace una eternidad que no nos besamos?

—Pensé que, ahora que había conseguido darte cuerda, no te ibas a callar jamás.

Bruno

Besé a Jimena. Ella me besó también. Nos besamos.

Como antes; como tantas veces; pero no. Fue diferente.

Y es que aquella noche que nos regalamos fue la primera vez que me pareció estar con esa Jimena que había permanecido escondida desde el principio.

Podía haber intuido que aquello nunca sería del todo un comienzo para nosotros, porque nos quedaba mucho por decir y yo aún callaba demasiado, pero me dejé envolver por la magia del juego, del espejismo de lo que podríamos ser algún día, por las emociones dejadas libres y por ese halo tan especial que tanto me atraía de Jimena.

Fuimos paseando hasta el bar más cercano que pillamos y pedimos algo para saciar nuestra sed. Yo una cerveza, Jimena un zumo de piña. Salimos a escondidas del local para poder llevarnos los cascos y seguimos andando hasta un banco desde el que se veía el mar.

Decía que le gustaba el olor a salitre; yo estaba tan acostumbrado toda la vida teniéndolo al lado que nunca me había parado a apreciarlo. Al fin y al cabo, ese era el olor de mi hogar.

La hacía reír con juegos estúpidos de preguntas, le metía mano a la mínima oportunidad y me dejaba besar por ella y por esa impulsividad que nunca antes nos había acompañado, pero que había florecido de su interior con ganas.

—Pero tienes que contestar rápido, sin pensar en nada. Lo primero que te venga, ¡pum!

—Vale, ¡vale! —gritaba nerviosa, porque era una negada para todo lo que fuese improvisar.

—Una película.

—*Vacaciones en Roma*.

—Una ciudad.

—París.

—Alguien a quien admires.

—Mi primo.

—Alguien a quien te tirarías si pudieras.

—Mmm... James Dean.

—Solo tú hubieras elegido a un muerto.

—Lo lógico es elegir a alguien imposible, Bruno. ¿Quién sabe si no llegaré a cruzarme algún día de mi vida con Olivier Martínez?

—Oh, claro, no recordaba lo práctica que eres. Que me perdone la princesa. —Puse los ojos en blanco ante su escasa modestia—. Caería rendido a tus pies.

—Cállate y sigue. Estoy en racha.

—¿Te has arrepentido alguna vez de hacerlo con alguien?

—Sí, créeme.

—¿Con quién?

—No te importa.

—No te acuerdas de su nombre.

—De algunos ni de su cara.

Y estallamos en carcajadas.

Me encantaba su falta de pudor para cosas que a otras chicas les haría morir de vergüenza, y más aún su pudor extremo cuando se le escapaban gestos de cariño, como el retirarme el flequillo con los dedos.

—Dulce o salado.

—Salado.

—Fantasía: trío u orgía.

—Orgía, por supuesto.

—Eres el amor de mi vida.

—Tú eres un salido.

—¿A quién quieres más en el mundo?

—A mí.

—No me lo creo.

—Pues es cierto. Te toca.

No lo era, pero aún le quedaba mucho a Jimena para ser capaz de abrirse del todo.

Cambiamos los papeles y tardó minutos en ser capaz de decir algo; yo, mientras tanto, me burlaba de ella y le dejaba besos en el cuello y en el escote, lo que la ponía aún más nerviosa.

—¡Ya lo tengo! Una comida.

—De rodillas.

—¡Bruno!

—Vale, vale. Gofres flotando en chocolate y nata.

—Eeehh... —Se daba toquecitos en la boca con inquietud y yo la

observaba, pensando una y otra vez en lo jodidamente enamorado que estaba de ella—. ¡Una canción!

—*Hay un fuego*, de La M.O.D.A.

—No la conozco.

—Pues deberías. Te resultaría muy esclarecedora, habla de esa pasión que tanto buscas.

—Un... mmm...

—Se te da de pena.

—¡Ya lo sé! —gritó, pellizcándose el antebrazo.

—Puedes preguntar lo que quieras, ¡soy fácil!

—¿Por qué estabas desnudo la primera vez que entré en el piso?

Vale, ahí estaba, por fin una pregunta que ella de verdad deseaba hacer, seguramente desde hacía meses.

—Me emborraché, estaba solo y me quedé escuchando música y llorando.

—¿Llorando?

—Sí, no pongas esa cara. Lloro con facilidad.

—Yo no.

Y su respuesta dijo demasiado, al recordar ambos aquel día en que besé sus lágrimas hasta que se secaron.

—Me lo suponía.

—Pero... ¿por qué desnudo? —preguntó, ladeando la cabeza, estudiando mi reacción.

—¿Por qué no? Vale, no me deja en muy buen lugar, pero la ropa me olía a hostias y tenía intenciones de... ya sabes, quererme un poco ya que nadie lo hacía.

Se rio de nuevo, con esa risa ronca que tanto me gustaba, y entonces entró a matar.

Así era Jimena. Blanco o negro, no había lugar para los intermedios.

—¿Cuántos años habéis estado juntos?

—Nueve. A intervalos. Lo cogíamos, lo dejábamos. Nunca hemos sido muy estables y a la vez esa inestabilidad seguía una rutina. Un desastre con un cierto orden, por así decirlo. Siempre he tenido la sensación de que lo teníamos todo perfectamente descontrolado.

—¿La quieres?

—Claro que la quiero.

—Eso está bien.

Supongo que fue el momento perfecto. Que nunca lo había tenido tan fácil

para explicárselo todo. Pero ¿sabes qué? Que yo también era un poco egoísta y no quise estropear aquello. No quise romper ese ambiente tan cómplice para una vez que Jimena se mostraba emocional. No quise que pudiera acabar antes de tiempo.

Tuve miedo. Miedo de asustarla, de perderla, miedo de no acabar la noche enterrado entre sus piernas.

¿Estúpido? Sí. ¿Inmaduro? Mucho.

Me acojoné, sin saber que por ello iba a joderlo todo.

—Venga, Jimena. Ahora es cuando me preguntas que si la quiero de ese modo.

—No voy a hacerlo.

—Vale, pues ya te lo digo yo. —Fue a callarme, pero se lo impedí—. Me has dado libertad, ¿recuerdas? No estoy enamorado de Iris. Hace tiempo que eso se terminó.

—Ella te quiere.

—Sí. Los dos nos queremos.

—No. Ella aún te quiere del otro modo. De ese modo.

Ay, Jimena... qué miedo le tenía al amor; no era capaz ni de pronunciar su nombre por si aparecía como un genio a su llamada.

—Cree hacerlo, yo no estoy tan seguro.

—¿Cuántas novias has tenido?

—Antes de Iris... muchas. Me lo pasé bien.

—Fuiste un golfo.

—Y de los buenos. No voy a engañarte. Era bastante legal, pero la mangué más de una vez y me llevé algún que otro tortazo. ¿Y tú?

—¿Que si era una golfa? Sí, ya que la sociedad considera eso cuando una chica hace lo que le viene en gana. En ti, suena simpático, en mí, sucio.

—Por mi parte no era un insulto, lo sabes, ¿verdad? Solo es una manera de hablar —me defendí, porque odiaba esas injusticias; Iris también las había sufrido.

—Lo sé. Tú no eres de esos. Tuve... una época un tanto alocada.

—Me cuesta creerlo.

—Experimenté a una edad normal, los quince, dieciséis... tuve un «noviete» con el que estrenarme y todas esas cosas. Y lo dejé. A partir de ahí... digamos que aprendí mucho. Me gustaba el sexo.

—¿Ya no?

—Bueno, siempre me ha gustado. El problema es que por entonces lo

asociaba siempre con el alcohol y las drogas. Nada fuerte, no te asustes, pero tonteeé, como todo el mundo, supongo.

—Yo nunca me he fumado ni un porro.

—¿En serio? —Me miró asombrada y sonrió—. Tienes pinta de haberte fumado docenas.

—Lo sé, por muy mal que suene eso. Tuve un vecino que se quedó tocado y se hinchaba a porros, así que tenía pánico a acabar como él. Me pasaba el día dando charlas a mis amigos. Parecía parte de la campaña del estado.

—Yo primero de bachillerato lo pasé fumada. No recuerdo una sola clase en la que no estuviera sonriendo y como en una nube.

Me costaba imaginármela.

—Porros, fiestas, sexo... ¿En qué momento te convertiste en «Jimena, embajadora del brócoli y del orden»?

—Cometí errores.

—Cuéntamelos.

—No quiero parecer peor de lo que ya soy.

—Me gusta como eres, Jimena, ya te lo he dicho. No todas las personas tienen que parecer una fiesta andante. Es lo bonito de la vida. Además, a lo mejor después de tu historia me gustas mucho más y soy capaz de decirte que me he enamorado de ti.

Me dio un codazo y yo suspiré con pesar, porque pronunciarlo en voz alta no aligeraba nada mientras ella pensara que estaba bromeando.

Después me contó su historia.

Todos tenemos una. Mejor, peor, más entendible o menos. Todos.

Lo más sorprendente de aquella noche fue que, sin saberlo, Jimena y yo intercambiamos los papeles y ella acabó confiando en mí y sincerándose de eso que escondía, y yo fui incapaz de abrir la boca.

—Era popular, guapa y llamaba la atención. No dejaba de ser un pueblo. Una chica un tanto rebelde que se dejaba llevar sin pensar en los límites. No me interesaba nada ni nadie. Solo quería sentir, porque no sentía nada, Bruno. Salía con chicos que solo me provocaban rechazo, excepto si sabía lo que se hacían en la cama. Mis amigas dibujaban corazones en carpetas y soñaban con su primera vez perfecta y yo me emborrachaba y acababa haciendo una mamada en un parque. Me ofrecían una raya y la probaba, porque ¿y si así lograba sentir algo de eso que me contaban y que no entendía? Pero el vacío nunca desaparecía. Me pasaba las normas de casa por el forro. Repetí curso y me expulsaron dos veces. Mi madre lloraba y a mí me daba igual. Me pegué

con una chica que me sacaba dos palmos y le puse un ojo morado. ¿Cómo? Ni idea, pero se había reído del vestido de Laura. Un día, bebí mucho y acabé acostándome con el novio de una amiga. No es excusa, pero te juro que estaba muy borracha y que no recuerdo apenas nada. Bueno, la cara de ella sí que la recuerdo. Fue como el golpe que necesitaba para abrir los ojos y darme cuenta de lo que estaba haciendo, pero, en cambio, los cerré un poco más. Lógicamente, ella no volvió a dirigirme la palabra. Era un bicho y me odiaba, así que un día, un poco después, me levanté y decidí que no quería volver a ser esa Jimena, porque ni era buena ni me aportaba nada positivo. Mucho menos al resto.

—¿Qué hizo que tomaras esa decisión?

—Nada.

—Siempre hay un detonante.

Suspiró y lo soltó. Lo hizo sin mirarme, con los ojos clavados en el mar que estaba siendo testigo del despertar de Jimena y yo con los míos clavados en su perfil.

—Mi abuelo. Aún vivía. Me encontró cuando ya tenía dieciocho años dando tumbos por la calle una madrugada. Había discutido con Laura, la única amiga que me quedaba, por una tontería y había acabado haciéndola llorar, porque además se me daba de vicio ser cruel. Me metió vestida bajo el grifo de agua fría de la ducha y me habló hasta que me eché a llorar y me quedé medio dormida. Me dijo cosas como que las personas podemos elegir estar solas, pero que cuando alguien nos elige a nosotros tenemos el deber de, al menos, no hacerle daño. Que ser egoísta no es un defecto si se sabe controlar y no se convierte en una justificación para todo. Que la persona que fuera en aquel momento determinaría la que iba a ser en el futuro y que, si no me gustaba, aún estaba a tiempo de cambiarla. Consejos, frases hechas, hasta refranes que me regaló mientras me abrazaba y me decía que no pasaba nada por sentirme perdida, pero que lo que nunca debía hacer era dejar de buscarme hasta encontrarme ya que, si lo hacía, entonces sí que la habría jodido. Dijo «jodido», y mi abuelo nunca decía tacos; esa tontería me impactó e hizo que todo tuviera más significado. Al día siguiente, me levanté y me di tanto asco a mí misma que me duché, me vestí y fui hasta casa de Laura. Le pedí perdón y después me encerré en mi cuarto. No salí en meses; solo para terminar el curso, aprobar y preparar mi huida a Madrid como la nueva Jimena. Entonces las cosas cambiaron. Mejoraron. Se volvieron tranquilas y me gustó sentirme así. Fue como si, de repente, el prohibirme hacer ciertas

cosas y conseguir cumplirlo me ofreciera seguridad y una sensación plácida. El control me proporcionó todo eso.

—Es una buena historia.

Entonces me miró. Sus ojos brillaban. Su aliento olía a piña.

—¿Sabes lo peor? Que nunca encontré un motivo. Nos encanta justificarlo todo. Ese tío es agresivo porque en el colegio le hacían *bullying*. Esa tía es superficial porque lo fueron con ella y ahora se está vengando de su infancia infeliz. Pero las cosas no siempre funcionan así. Yo no tenía motivos para ser déspota con la gente que me quería. Simplemente... hacerlo me daba un poder que no conseguía de otro modo. Lo sustituí por el control y todo fue a mejor. Lo que tengo claro es que soy como soy y esa Jimena siempre será una parte de mí.

—¿Quién no ha tenido una mala adolescencia? A veces no sabemos gestionar lo que nos toca.

—No nos cuentan que hay personas en el mundo a las que las emociones les vienen grandes —susurró—. No nos preparan para ello.

Después hizo algo totalmente inesperado. Jimena se acercó a mi cuerpo y se apoyó en mi costado, dejando su mano sobre mi estómago y la cabeza en mi hombro. Lo más parecido a un abrazo espontáneo.

Tragué saliva y la rodeé muy fuerte, guardándome las palabras.

Condenándome.

—Gracias por contármelo.

—No pensaba hacerlo nunca, pero... qué coño, es nuestra noche.

—Nuestra noche. Eso suena de lujo.

Jimena

—¡Mira, Bruno!

Abrí los ojos emocionada y le señalé lo que había descubierto en la acera de enfrente.

—¿El qué? ¿Qué pasa?

—¡Allí!

—¿El fotomatón?

—Sí, en mi pueblo había uno.

No parecía entender nada. Le agarré la mano y tiré de él para cruzar, pero parecía resistirse.

—¿Sabes que siete de cada diez bebés se hacen en sitios oscuros y sucios como ese? —dijo con cara de asco.

—¿Eres fotógrafo y nunca te has hecho fotos en un fotomatón? Esto sí que no me lo esperaba.

—La pregunta no es esa. La pregunta es ¿te he hecho fotos profesionales cojonudas y me estás pidiendo que nos hagamos unas ahí?

—Sí, tiremos el dinero.

Lo empujé como pude y corrí la cortina. Obvié que estaba pegajosa.

Confieso que, de haberlo pensado un poco mejor y no haber estado borracha por todo lo que respiraba a su lado, ni loca habría puesto un pie ahí dentro. Olía a alcohol rancio, a tabaco y a algo sucio. Sucio en plan depravado.

—Vale, pero solo porque tu impulsividad repentina me pone muy cachondo.

Leí las instrucciones en alto mientras me reía entre palabras, porque me ponía un poco nerviosa una tontería tan grande. Como si tuviera quince años y fuese a hacerme fotos bonitas con un chico. Quizá porque nunca había hecho cosas como esa. Quizá porque era un gesto inesperado más que le estaba regalando a Bruno y un poco a mí misma.

Él maldecía detrás de mí y tapaba un chicle pegado al asiento con un trozo de cartón que había cogido del suelo de la calle para poder sentarnos. A ratos también se reía.

Era divertido.

—Vale, ya está. Tenemos diez segundos. Siéntate.

Me obedeció y yo me acomodé en su regazo, mientras nos colocaba bien para que saliéramos ambos en el recuadro que marcaba la pantalla.

No tardé en sentir su mano por debajo de mi camiseta y un pellizco fuerte en el pezón.

—¡Estate quieto! ¡Bruno!

—¿Tengo que decir «patata»?

Me entró una risa muy tonta, mientras me retorció sobre sus piernas intentando escapar de las cosquillas, pellizcos y mordiscos con los que me atacó.

—¡Si ni siquiera estás mirando a la cámara!

Le giré la cara en el último momento como pude y así salimos, desternillados de risa, feos como nunca pero vivos. Muy vivos.

—Son un espanto —susurré, horrorizada al verme con la boca abierta y medio ojo cerrado.

—Son geniales.

Le arranqué a Bruno la tira de fotos y las guardé en el bolso. Saqué más dinero.

—Vamos a hacer otras.

—Iremos al estudio y te haré las que quieras, pero por favor... es como pedirle a Ferran Adrià que disfrute en ese turco de mi calle que ha conseguido intoxicarme tres veces.

—¿Y por qué vuelves?

—Porque soy idiota y es lo único que abre toda la noche por esa zona.

Me reí y le revolví el pelo. Estaba muy guapo.

Me incorporé lo justo para levantarme la falda todo lo posible, darme la vuelta y sentarme a horcajadas sobre él, dándole la espalda a la cámara. De no haber sido por la cortina que nos separaba del mundo, la imagen habría resultado indecente.

Le pasé las manos por la cara, por las mejillas, por la mandíbula, por los labios. Quería besarlo con la libertad de no tener que parar nunca. Y eso era nuevo para mí.

Aquella noche no solo quería acostarme con Bruno, no, también quería dormir a su lado.

—¿Si me siento así, te callarás un rato?

—Vale, así igual hasta salgo sonriendo.

Solo quería besarlo, sentir sus labios sobre los míos, sus manos dibujando caminos en mi piel, su aliento ayudándome a respirar.

Dios... el nudo de mi garganta se intensificó.

—Bruno...

Fue una súplica, un intento de que me explicara qué era lo que venía a continuación, porque estaba muy perdida y no me refería al calor que ambos sentíamos al presionar nuestros sexos a través de la tela.

No obstante, él solo creyó que con ese gemido le estaba pidiendo más y metió su mano entre ambos para desabrocharse la cremallera. Di las gracias porque fuera de esa clase de petos cuando vi cómo se la sacaba y la pegaba sobre mi tanga antes de apartarlo con los dedos.

—Igual ya no me parece mal del todo eso de hacer un bebé en un fotomatón.

Me tensé, cogí mi bolso y saqué a toda prisa un condón de la cartera.

—Odio los niños.

—¿En serio? Yo quiero tener media docena. De esos ruidosos que andan descalzos y comen arena.

—Yo exterminaría sobre todo a esos que comen arena.

Era raro tener una conversación de ese tipo mientras le colocaba yo misma el preservativo y él gemía con la cabeza apoyada en la pared.

—Tendremos que negociar, porque he decidido hace unos veinte minutos que voy a casarme contigo.

—Cierra el pico y mete las monedas.

Se las tendí y se incorporó. Yo aproveché el movimiento para colarlo en mi interior.

Ambos ahogamos un grito de placer.

—¿Qué? ¿Quieres hacer fotos ahora?

Me subí un poco y me dejé caer de nuevo sobre él.

—Será un bonito recuerdo...

—Joder, Jimena...

Y lo hicimos rápido e intenso dentro de aquel cubículo, regalándonos palabras que no eran bonitas, sino más sucias incluso que aquel fotomatón.

Pese a todo, lo recuerdo como uno de los instantes más placenteros que compartimos. Lo sigo haciendo, a veces, mirar aquellas fotos que nos repartimos y anhelar todo lo que perdimos.

Tanto tiempo después sigo siendo incapaz de mirar el rostro de Bruno, aunque sea en papel fotográfico, y no sentir nada.

Bruno

Descubrí que seguía sin tener poderes mágicos cuando vimos amanecer sentados sobre un césped y el sol comenzó a brillar con fuerza sobre nuestras cabezas.

No dijimos nada antes de levantarnos y dirigirnos hacia su piso, respetando que el adiós había llegado.

Después del asalto del fotomatón, nos habíamos quedado allí un rato abrazados. Ella sobre mí con la cabeza hundida en mi cuello y yo dejándome abrazar.

Ni siquiera que unos jóvenes pasados de copas hubieran corrido la cortina y nos hubieran aplaudido nos había sacado del trance. Bueno, Jimena les había enseñado el dedo corazón con gran elegancia, y ellos se habían reído antes de que ella volviese a tirar de la cortina para ocultarnos.

También nos habíamos besado de nuevo, con mi polla aún dentro de ella, a media asta, como me había susurrado entre risas.

Besos nuevos, lentos, tranquilos.

El sexo con Jimena siempre fue increíble, no puedo decir lo contrario.

Digamos que siempre he sido una persona activa y con ella... con ella los contadores se habían puesto a diez mil desde el primer día y dejaba de pensar. Una puta tensión sexual bestial que era lo que nos había hecho fijarnos el uno en el otro desde el primer minuto.

Aun así, había algo que me gustaba más y que se confirmó aquella noche en la que también follamos, pero sobre todo nos besamos.

¿Algo que me gustaba más que el sexo? Sí, joder, y juro que no estoy loco.

Había algo en el modo en el que me besaba que conseguía que acabar enterrándome en ella no fuese el objetivo final en el sentido físico de la palabra, sino que hubiera sido capaz de cortármela con tal de poder seguir lamiéndole la boca eternamente.

Suena guarro, lo asumo, pero me hacía sentir algo que nunca antes había experimentado con tanta fuerza. El temblor de rodillas de las novelas, los saltos mortales en el estómago de los poetas, yo qué sé; para mí era la mota de luz en una fotografía y que hacía a esta perfecta.

Besarla era como respirar después de sumergirse en el agua.

Había algo acojonante en el hecho de verla acercarse a mi boca por

voluntad propia y deseo, y en sentir que ella también conseguía dejarse llevar.

Un beso de Jimena era... era para mí una vida entera condensada en unos segundos, por muy hortera que suene. El clímax de una buena película. El orgasmo viendo porno. Todo y nada.

Yo qué sé...

Iris siempre decía que yo era un soñador atrapado en el cuerpo de un mortal bastante estúpido. Y es posible que tuviese razón. Mi madre ya me decía cuando era solo un crío que la intensidad se me desbordaba. Pero yo también estaba en lo cierto al defender que ver a Jimena con la claridad con la que lo hacía no era el producto de los sueños locos del *dreamer* de la vida que todos decían que era, sino que era la puta verdad más real con la que yo me había cruzado.

¿Y qué hay que dé más miedo que la verdad?

—Iba en serio.

—¿El qué?

Estábamos fuera de su portal. Despeinados, sudados, con los pies sucios y cara de sueño, pero creo que nunca nos habíamos visto sonreír tanto el uno al otro. Parecía que se nos iba a romper la cara en pedazos.

—Lo de antes. He decidido que voy a casarme contigo.

—Déjate de tonterías. ¿Ves el sol? —Señaló al cielo—. Se acabó el tiempo.

—Dame un beso.

Lo hizo. Se acercó descalza, con las sandalias colgadas de su mano, y me agarró las mejillas con firmeza antes de comerme la boca. Y es que no fue un beso de «hasta mañana», sino uno de «si no te vas ya, te como entero».

—Vete.

Me empujó y abrió la puerta, pero antes de que entrara del todo le cogí la mano y la obligué a volverse.

—Cásate conmigo, Jimena.

—Vete a la mierda, Bruno.

Pero no fue la antigua Jimena arisca y seca la que lo dijo, sino una que se estaba partiendo de risa ante las tonterías que me salían por la boca sin control.

La verdad es que, a ojos de cualquiera, parecía que íbamos drogados hasta arriba de algo que nos hacía muy felices.

—Va en serio. Voy a pedírtelo a partir de hoy hasta que me muera.

—Estás loco.

—¿Y qué? ¿Loco por ti? ¿Por la vida? ¿Por el amor? Es mucho mejor que estar muerto por dentro.

Me metí y la estampé contra una pared. Le besé los párpados, la barbilla, las tetas por encima de la camiseta.

—Vete. Sal del portal. Alguien está bajando en el ascensor.

—Un día dirás que sí.

—Ni siquiera bromees con ello.

—Me suplicarás que sea yo el que me case contigo. Lo sé.

Me mordió el labio y echó a correr por las escaleras antes de que quien fuera que bajara se la encontrara con esas pintas al abrir la puerta y conmigo implorándole estupideces.

—¡Ni en tus mejores sueños!

—¿Por qué, Jimena? ¡Estamos en la edad de quedarnos con la culpa de lo que hacemos, no con las ganas!

Paró en seco antes de subir el siguiente tramo de escalones que la hacían desaparecer de mi vista y me lanzó un beso.

—Adiós, Bruno.

—Adiós, amor.

Y la llamé «amor», porque no encontré otra palabra que la definiese mejor.

Jimena

De no haberlo estado ya, Bruno hubiera conseguido enamorarme solo con esa noche.

Con cada instante que guardo a buen recaudo de lo que supuso para mí.

Con cada beso, cada sonrisa, cada palabra.

Fue como si, según los minutos pasaban a su lado, me fuera desprendiendo de una capa protectora que ya no me servía. Porque no me había protegido de Bruno y de nada valía seguir cargando con ella.

Me pasé los dedos por los labios en el descansillo y sonreí.

Cuando abrí la puerta, me encontré con Adrián. Parecía preocupado.

—Eh, ¿dónde estabas? Te he llamado mil veces.

—Tenía el móvil apagado. Lo siento.

—¿Estabas con Bruno?

Su pregunta me paró en seco. Y supe que daba igual lo que le dijera porque, de algún modo que desconocía, mi primo ya sabía que aquella noche había sido únicamente de Bruno y mía.

—¿Qué? ¿Qué voy a hacer yo con Bruno?

—Jimena, es importante.

Dejé de fingir y comencé a inquietarme de verdad.

Era imposible que le hubiera pasado algo, porque acababa de dejarme en el portal, pero sin duda la preocupación teñía los ojos de mi primo.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Me llamó Gael a eso de las tres.

—Su compañero.

—Sí. Tiene mi teléfono de casualidad porque conozco a su jefe de verdad, al que le paga el sueldo. Fue quien nos presentó a Bruno y a mí en su bar.

—¿Qué te dijo?

—Que él se había marchado contigo y que sabía que eras mi prima.

Nos miramos sin pestañear. Sé que en ese momento Adri se preguntaba muchas cosas. También supe que lo había decepcionado un poco por no haber compartido lo que fuese que tenía con Bruno con él y, sobre todo, por haberle ocultado información esa misma tarde.

Me sentí mal.

—Vale, sí. Hemos pasado la noche juntos, pero acaba de irse a casa. Bruno

está bien. ¿A qué viene tanta preocupación?

—Iris apareció por la discoteca buscándolo como una loca sobre las tres de la mañana, no sé más. Gael solo me dijo que era importante, pero ninguno de los dos habéis cogido el maldito teléfono.

—Perdona. Lo apagamos adrede. Fue una tontería.

—¿Qué está pasando, Jimena?

Sentí la necesidad de disculparme; de disculparnos a ambos. Como si lo que habíamos hecho Bruno y yo no estuviese mal; al menos no a nuestros ojos, que eran los que me importaban.

El problema era que también me importaba cómo se veía todo a través de la mirada de mi primo.

Eso es lo que ocurre cuando dejas que las personas se cuelen en tu vida, y por eso evitaba a toda costa involucrarme, pese a que desde que había llegado allí no había dejado de hacerlo.

—Él ya no está con ella. No en ese plan.

—No sé nada de su vida ni me interesa. No somos de esa clase de amigos.

—¿De qué clase de amigos sois entonces? —Necesitaba entenderlo y había llegado el momento; las preguntas; las respuestas; y por ambas partes—. Lo metiste en tu casa, Adri.

—Ven, haré café.

Mi primo y yo nos sentamos en el sofá con un par de tazas de café recién hecho. Ni siquiera me cambié de ropa y, pese a lo cansada que estaba, la intranquilidad por todo lo que estaba ocurriendo hacía que el sueño pasase a un segundo plano.

—Nos conocimos jugando al póker, eso era verdad. El dueño del bar, Cooper, y yo nos conocíamos de algún torneo y él es amigo de Bruno. Había conocido a unos tipos que organizaban partidas clandestinas en su casa y acabamos todos allí. Se jugaban mucho dinero y... bueno. Me gusta. Me resulta fácil ganar. Lo que no sabíamos ninguno de los tres es que no era gente ni de fiar ni con la que llevarse mal. Ya me entiendes.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo que no te conté es que nos conocimos mejor porque yo me pasé de listo con uno de esos tíos y acabé debiéndole dinero.

Me quedé a cuadros. Adri parecía avergonzado y lo comprendía, porque él y yo no éramos personas que rompieran los esquemas al otro a menudo.

Éramos previsibles, pragmáticos, sensatos.

O quizá muy buenos fingiendo ser algo que en realidad no éramos.

—Pero tú tienes dinero. Al menos, más que Bruno.

—Sí, pude pagarle, pero hay gente para la que su orgullo no tiene precio. Digamos que insulté su inteligencia sin darme cuenta y Bruno consiguió que no me partieran la cara. No soy muy bueno captando las insinuaciones, ya me conoces.

Di un trago largo a mi café, intentando imaginarme a Bruno metiéndose en una pelea. No fui capaz. Sí lo veía capaz de defender cualquier injusticia que se encontrara, porque él era así, pero no enfrentándose a unos matones con su sonrisa de niño y su collar de bolitas.

—No tiene pinta de matón.

—Y no lo es. Estaba cagado, pero no lo supe hasta que nos largamos de allí. Me lo confesó después. —Compartimos una sonrisa sincera—. Lo invité a tomar algo y charlamos un poco. Profesiones, el póker... ya sabes, cosas sin importancia.

—¿Cómo acabó en tu piso?

—Coincidimos en alguna que otra partida, pero sin más. Cada vez que nos veíamos, yo le recordaba que le debía una y... bueno... al final se la cobró. Me pareció justo. ¿Cómo no confiar en alguien capaz de defenderte sin conocerte?

No lo sabía, porque yo no lo había hecho, no había confiado en él y, de algún modo, Bruno se había comportado conmigo igual, cuidándose desde el primer día sin conocerme.

—Lo fue. Fue justo.

Nos quedamos callados, yo pensando en todo lo que nos había dado Bruno a ambos sin darnos cuenta. Tan generoso. Tan transparente. Adri observándose a mí de una forma extraña; como si por primera vez tuviese delante de él un acertijo del que hasta entonces no hubiera sido consciente.

—¿Y tú? Nunca me lo hubiera imaginado, peque.

—Ya. Yo tampoco. Al principio, créeme, lo odiaba. —Mi primo se rio ante la rabia que me provocaba solo recordar aquellos primeros días—. Pero luego... pasó algo. No sé en qué momento, ni cómo, pero... supongo que yo le gusté y él me despertó.

—¿Y qué pasa con ella?

—No lo sé. En realidad no hemos tenido más que un rollo, no es nada.

—Pero dices que hay algo.

—Sí.

Qué bien entendió Adri lo nuestro desde el primer momento. Supo enseguida que Bruno y yo no habíamos sido nada, pero que siempre había habido algo.

Algo grande, espeso, esperando crecer si lo dejábamos.

Yo había necesitado meses para verlo. Para creerlo.

—Quizá deberías hablar con él. De ese «algo».

—Quizá. ¿Crees que debería llamarlo?

—Ahora no. Creo que le va a caer una buena. Pero no lo dejes, por muy perdida que estés.

—Gracias, Adri.

Y es que en ese punto del camino ya estaba realmente perdida, mi primo no había podido intuirlo mejor. Y ya no perdida en plan no sé quién soy o qué me gusta, como había creído hasta entonces, sino que estaba perdida dentro de mí misma. Dentro de mi caparazón.

Puede parecer igual, pero no lo es en absoluto.

Yo creía conocerme tanto que había pensado que, de seguir viéndome con Bruno, acabaría haciéndome daño y me anticipaba al dolor, pese a que esa decisión me doliese en sí misma.

Había estado tan segura de querer controlarme todo el tiempo a nivel emocional, incluso cuando se me daba de pena y acababa haciendo todo lo contrario, descontrolándome a su lado, que eso me había bastado para clavar el freno y decirle a Bruno constantemente con los ojos, con mi cuerpo, con mis huidas y con mi silencio que no, que yo no lo quería, que no podía hacerlo, porque él no me estabilizaba, no me calmaba, no me aportaba nada más que un vacío en esa sensación de seguridad futura, aunque me llenara en todos los demás aspectos de mi vida.

Me había comportado como una niña egoísta que huía del príncipe azul, concedora de que eso no existía, pero que había acabado chocándose con él; que él me había encontrado.

Me había pasado los años riéndome de mis amigas cuando buscaban a su hombre perfecto y llamándolas ingenuas, y me había dado de bruces con uno que no podía ser más imperfecto, pero que me hacía sentir otra persona dentro de mi propio cuerpo. Una intrusa. Una versión de mí que aborrecía, porque a esa no podía controlarla de ningún modo.

Una Jimena que deseaba llorar cuando se lo imaginaba abrazando a otra y que lo echaba de menos cuando no lo tenía cerca, como si le faltara un trozo de piel.

El jodido príncipe había llegado con una coleta en el pelo, jerséis de lana y una cámara de fotos colgada del cuello. Una cámara con la que no dejaba de inmortalizar momentos que me daba miedo guardar, que me aterrorizaba que se convirtiesen en losas que no me permitiesen avanzar cuando él se marchase.

Porque al final lo haría.

Se cansaría de mis dudas, de mis miedos, de mi incapacidad para decirle lo que deseaba y merecía oír. O quizá Iris lo llamaría para que volviera bajo su techo, ese que seguía perteneciéndole, y Bruno me dejaría sola, entre sábanas con olor a sexo y restos de instantes, con la diferencia de que habría que sumarle las consecuencias de que yo ya lo quería.

Y luego estaba lo otro, que yo me agarraba con uñas y dientes a la idea de que el amor no existía, aunque lo viera mecerse entre nosotros. Creía en la conexión, en la química de cuerpos y en el compromiso a largo plazo con el que muchas personas se ataban, sí. ¿Pero en ese amor de las películas? No.

Yo creía que todo tenía el cartel de *The end* al final, como los clásicos en blanco y negro, y que aquellos que nunca llegaban a separarse lo hacían por comodidad, por cobardía, porque la vida es más fácil si te apoyas en otro, pese a que aquello que un día los unió se hubiera disipado hacía tiempo.

Llevaba toda la vida luchando contra eso, diciéndome que cederle tanto a alguien por amor no era más que una traba enorme que hacía a las personas débiles, vulnerables e insatisfechas.

Que dejar mi vida bajo el control de un sentimiento tan grande no suponía más que una traición hacia mí.

No lo sé... la cuestión era que seguía deseando crearme todas esas memeces que solo había forjado como un mecanismo de protección contra el dolor de corazón, pero en el fondo había otro conflicto interno que se tornaba como mucho más esencial y que comenzaba a retorcerme por dentro cada vez que Bruno me tocaba, me sonreía, me respiraba cerca.

Y es que había otra traición que se me antojaba más inmensa aún: el no hacer aquello por lo que te brillan los ojos. Eso que él me había enseñado al hablar de la fotografía; ese brillo que se despertaba voraz al mirarme a mí.

Con Bruno los míos lo hacían. Mucho.

No necesitaba observarme en un espejo para saberlo, porque lo veía a través de los suyos. Con Bruno yo brillaba de forma entera y como nunca, y ni satisfacción laboral, realización personal o zapatos rebajados de forma escandalosa habían logrado eso.

Sí lo hacía Bruno y su manera de cogerme en brazos entre risas para

llevarme a la superficie que se le antojase y desnudarme.

Bruno y el modo en que cerraba un ojo y torcía los labios cuando se escondía detrás del objetivo de su cámara.

Bruno y la sensación de las yemas de sus dedos en mis rodillas, mientras veíamos algún *reality* de esos absurdos de la tele, en aquellos días que compartimos espacio, hacía lo que me parecía una eternidad.

Bruno aquella noche regalándome un amanecer eterno en el Polo Norte con los pies enterrados en una playa de Barcelona.

Bruno y su olor a libertad.

Simplemente... Bruno.

Le di las buenas noches a mi primo a la una del mediodía y me metí en la cama después de una ducha rápida. Miré el móvil una docena de veces. No encontré nada.

No dudé; escribí y lo envié sin pensar.

Jimena: ¿Va todo bien?

Después sonreí, porque la sensación de liberación fue brutal.

¿Así funcionaba? ¿Así se sentía una cuando dejaba el control de lado y se dejaba llevar por donde la vida quisiera llevarla? Pues si lo era... resultaba agradable.

Pulsé un número y respondió al segundo tono.

—Lau...

—¡Hola, Jimena! ¿Qué tal?

Las palabras se agolparon en mi garganta con tanta fuerza que las solté sin más.

—Me he enamorado de Bruno.

—¡La hostia!

Y no gritó por la confesión, según ella lo supo desde que nos vio mirarnos aquella noche que nos encontramos con él, sino por haber sido capaz de decírselo de ese modo; por reconocerlo en alto y asumirlo.

«Pareces otra», me decía.

Y yo pensaba en que, si aquello era algo positivo, me hacía concluir que hasta entonces yo no había sido una persona buena para ella. Para la gente que me quería.

Hablamos casi una hora. Le conté todo. Me reí con Laura recordando el

momento fotomatón y la dejé reírse de mí mientras me gritaba que había sucumbido hasta al romanticismo besándome con él en una playa a la luz de la luna.

Fue divertido, especial, algo único entre nosotras.

Le confesé mis inquietudes y mi preocupación.

Le hablé de Iris y de cómo él lo hacía utilizando un tono diferente si se trataba de ella o de mí.

Le dije que lo quería y que me daba miedo, pero que aún nadie había encontrado una cura para los sentimientos y debía aguantarme y soportarlo.

Después de colgar, revise el móvil e intenté dormir unas horas.

No supe nada de él durante toda la semana.

Bruno

Dejé a Jimena y volví a casa paseando sin prisas. Recordando cada instante y haciéndoles un «clic» mental para almacenarlos en el álbum de nuestra historia. Alargando un poco más las sensaciones de esa noche para mí, aunque ya fuese de día y ella no estuviese a mi lado.

Sonriendo como un completo imbécil.

Al pasar por una pastelería, entré y compré unas galletas de chocolate y unos pasteles de limón. Eran los favoritos de Iris y, de un modo un tanto egoísta, deseaba que estuviera de buen humor aquel día para que no me robase esa sensación de felicidad perpetua que Jimena me había dejado.

Dos manzanas antes de llegar a ver mi edificio, recordé que el móvil seguía en mi bolsillo sin vida. Lo encendí y un minuto después empezó a pitar como loco.

Lo saqué y mis pies se paralizaron.

La bolsa se me cayó al suelo y sentí un chasquido dentro del pecho.

Después eché a correr como no había corrido nunca en mi vida.

Iris: Bruno, te necesito. Coge el puto teléfono.

Pau: Tío, ¿dónde diablos estás? Iris me ha llamado a casa de madrugada, a Amanda casi le da un infarto. Está desesperada. Llámame en cuanto puedas.

Adrián: Sé que estás con Jimena y no quiero molestar, pero Gael me ha llamado y parece una emergencia.

Papá: Cariño, soy mamá desde el móvil de tu padre. ¿Qué ha pasado? Adela dice que su mochila no está y que faltan prendas del armario.

Iris: No voy a perdonártelo jamás.

Iris: Esto solo me demuestra que nunca va a ser suficiente.

Iris: Te odio, Bruno. Te odio con todas mis fuerzas por haberme hecho pasar por esto a mí sola.

Iris: Ven, por favor.

Iris: Te necesito...

Jimena

El sábado decidí darle una sorpresa.

Siendo honesta, lo que decidí fue hacer algo para acabar con la quemazón que no dejaba de crecer en mi interior según pasaban los días y seguía sin saber nada de Bruno.

Dudas. Miedo. Dolor. Rabia. Añoranza.

Adrián sí que había conseguido hablar con él, pero su respuesta había sido un simple «todo está bien» en el que yo no estaba incluida.

El jueves le había mandado una foto de una tortuga caminando hacia la orilla, pero su silencio había sido suficiente respuesta.

No entendía nada y tenía un orgullo tan arraigado que mi primera decisión fue odiarlo y no volver a llamarlo, pero echarlo de menos era algo demasiado nuevo para mí como para poder soportarlo, así que, siguiendo el consejo de Oliver, me puse un vestido corto blanco de guipur y unas menorquinas blancas.

—Ve a por él, Jimena. ¿No has perdido el control del todo? Házselo saber y disfruta de la sensación de que nada importa por una vez en tu vida.

Y lo hice, muerta de miedo, pero con la adrenalina corriendo furiosa por mis venas.

Sabía que trabajaba esa madrugada cubriendo una fiesta ibicenca en honor al comienzo del verano; me lo había contado la noche que pasamos juntos.

Así que me planté allí decidida a decirle a Bruno que aceptaba que algo había cambiado, que el sexo desde hacía tiempo ya no era solo sexo, y que si estaba dispuesto podía incluso invitarme a cenar en algún restaurante con velas y compartir un postre, o alguna otra memez que le hiciese ilusión. Que hablar ya no me parecía tan mala idea, pero que iba a tener que ayudarme él, porque yo no tenía ni idea de cómo hacer funcionar algo de lo que llevaba toda la vida huyendo.

Que le cedía el control.

Me sentía una Jimena valiente, impulsiva, nerviosa y quebradiza, pero inesperadamente contenta.

Al llegar, lo vi enseguida. Llevaba unos pantalones cortos de lino y camisa a juego. Le sentaba de miedo ese look, con chanclas de dedo y su pelo algo alborotado. Parecía recién aterrizado de la misma Ibiza y quise comérmelo a

besos.

Me mordí una uña para no hacerlo.

Me acerqué por detrás y le toqué el hombro. Se giró sonriendo, pero, al verme, su rostro se descompuso lo suficiente como para saber que no me quería allí. Y yo necesitaba entender el porqué.

—Bruno, ¡hola!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sin mirarme a los ojos.

—Vaya, yo también me alegro de verte.

—Jimena, estoy trabajando.

—Ya, cuando me follabas en el estudio también y no te importaba. ¿Qué está pasando, Bruno?

Fui hosca y su semblante cambió un poco, como si mis palabras a él también le doliesen. Ni siquiera lo reconocía; parecía que tuviera los hombros hundidos, como si toda aquella vida que siempre irradiaba se le hubiese escapado.

Para bien o para mal, siempre fue demasiado expresivo.

—No es el momento.

—Pues dime cuándo lo es, si se te ha olvidado hasta cómo se contesta al teléfono.

—Igual es que no quiero contestar.

Respiré hondo, intentando recuperar ese autocontrol que ya no me pertenecía y no perder los estribos, porque Bruno se merecía ese tiempo y espacio que él siempre me había cedido cuando lo necesitaba.

—Vale. Hemos cambiado los papeles. ¿Es una especie de venganza? Ahora que yo soy simpática contigo y quiero verte, tú te transformas en un imbécil insensible. Supongo que me lo merezco.

—No... no... Joder, Jimena. Esto me cuesta. No...

—A mí no. Venir aquí, pedirte que si te apetece salir otro día conmigo, decirte que... no sé, que te he echado de menos. Es algo que hago todos los días —repliqué con sarcasmo.

—No puedo seguir con esto. No es el momento.

Fue a darse la vuelta y dejarme plantada, pero se lo impedí agarrándolo del brazo.

Bruno se tensó.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No hagas que sea más difícil.

—¿Y esto es todo?

—Sí.

Cerró los ojos. Yo parpadeé confundida.

—No.

—Jimena...

—No me da la gana.

Y entonces Bruno, el mismo Bruno dócil, paciente, risueño, comprensivo y tierno que yo había conocido... me gritó.

—¡No quiero verte! ¿¡Qué no entiendes de eso!?

Un grupo de chicas que parlotaba a nuestro lado se calló de repente y nos observaron boquiabiertas. Bruno sacudió la cabeza y se alejó dándome la espalda.

Yo me quedé bloqueada, sin comprender qué era eso que subía por mi garganta y se quedaba detrás de mis ojos, esperando poder ser expulsado en forma de lágrimas. Pero no. Ya había llorado delante de él y no pensaba volver a hacerlo. Yo no lloraba, yo huía, pero en ese momento ni huir servía, porque había sido Bruno el que había salido corriendo.

Un cuchicheo a mi derecha me hizo volverme y encontrarme con cuatro miradas llenas de lástima dedicadas a mí.

—¿¡Qué coño estáis mirando!?

No podía dormir.

Cada vez que cerraba los ojos las palabras de Bruno, su expresión de dolor, el sonido hosco de su voz y su cuerpo decaído se me aparecían insistentes.

Abrí la ventana y dejé que la brisa veraniega me rozara. Casi podía respirar mejor.

Siempre había sido una persona tan cuadriculada y analítica que mi mente llevaba un par de horas creando esquemas que me ayudaran a explicar el comportamiento de Bruno, pero no encontraba nada.

Bruno había resuelto el acertijo que hasta entonces había sido yo para él, y ahora era él el que suponía un enigma a mis ojos.

Me puse música muy bajita. Necesitaba algo que me hiciera oír menos las voces de mi cabeza y que pusiera voz a esos sentimientos que comenzaban a asfixiarme. Necesitaba exteriorizarlos y, sin Bruno a mi lado, no sabía hacerlo.

Zahara cantaba *El frío* cuando mi móvil vibró sobre la mesilla.

Bruno: Abre.

Me levanté descalza y corrí hacia la puerta con el corazón en la garganta.

Lo hice.

Esperé de puntillas apoyada en la pared, hasta verlo aparecer cabizbajo, triste, completamente agotado y se me vino el mundo encima.

«¿Esto es lo que se siente cuando quieres a alguien? ¿Este dolor al verlo sufrir? ¿Este deseo de darle lo necesario para evitarle ese pesar? ¿De ignorar su silencio de toda una semana, su actitud resentida y sin sentido, su rechazo, y solo querer abrazarlo?».

—Hola.

—Hola.

Lo agarré de la mano y lo guie hasta mi dormitorio.

Él cerró la puerta y se quedó quieto, como si estuviera bloqueado, más perdido incluso que yo.

—Perdóname, Jimena. —Le temblaba la voz.

—No hay nada que perdonar.

—Sí que lo hay.

—Es verdad, pero tú a mí también y nunca te lo he pedido. Creo que me saldría una hernia de tener que hacerlo —le dije, intentando sin éxito hacerlo sonreír.

—Lo siento mucho.

—Ya lo has dicho.

—Estaba frustrado con mi vida y lo pagué contigo.

—¿Quieres que hablemos?

—¿Hoy?

—Sí.

Dudó. Y me dio igual su respuesta, porque solo con tenerlo allí después de nuestro frío encuentro me valía. A esas alturas ya sabía que Bruno me quemaba y a la vez calmaba ese dolor. Que derretía la escarcha que me cubría con su calor.

—Llevo meses intentándolo, pero... hoy no. Hoy no puedo. Hoy solo quiero...

Al alzar la vista, me di cuenta de que tenía los ojos rojos y me quedé sin aire.

No quise imaginármelo llorando, no quise comerme la cabeza intentando averiguar por qué Iris le hacía tanto daño cuando llevaba meses prohibiéndole

compartir eso conmigo, no quise saber nada más de él que cómo tocarlo para que se corriera como nunca antes lo había hecho. Solo deseaba sentirlo, que me sintiera, y que todo dejara de existir por un intervalo de tiempo en el que solo estuviéramos Bruno, Jimena y la electricidad resultante de nuestros cuerpos unidos.

El deseo, el sexo, el instinto animal; lo demás sobraba.

Quería hacerle olvidar lo malo y que allí no hubiera sitio para nada más que para cosas buenas.

Quería demostrarle que yo también podía ser buena para él como él lo había sido conmigo.

Quería quererlo.

Lo besé como respuesta, más despacio que nunca, con los ojos cerrados y, segundos después, ya estábamos desnudándonos sobre mi cama.

Silenciosos, acompasados.

Bruno empujaba entre mis piernas con mimo, con delicadeza.

Sus manos no funcionaban igual, ya que me apresaban los muslos con fuerza, como si se aferrase a mí para mantenerse a flote. Yo levanté una de ellas y me sujeté al cabecero; con la otra, lo agarré a él del pelo, recordando la primera vez que lo hice y la sensación tan especial que descubrieron mis dedos.

Él gemía en mi oído y yo me mordía la lengua continuamente para evitar no solo que se escuchara al otro lado del pasillo donde dormía mi primo, sino para evitar también decir algo de lo que después me arrepintiese.

Como que a veces creía odiarlo por hacerme sentir frágil, por haberle cedido ese control que tanto me había costado construir. Confesarle que también lo odiaba a ratos por quererlo a él, cuando era el menos indicado para hacerlo.

Por quererlo, simplemente, cuando nunca antes lo había hecho con nadie más.

—Jimena, joder...

—Cállate.

No quería que hablase. No quería que nos dijéramos nada, ni que permitiésemos entrar en aquel cuarto algo más que no fuéramos nosotros dos.

—Sabes que no puedo. Contigo no...

«Contigo no...».

Dolía.

«¿Con ella sí?», me preguntaba sin cesar. ¿En eso consistía?

«No, Bruno no me haría eso. Bruno no es así. Me lo ha dicho él mismo».

¿Y qué significaba que yo pensase eso? ¿Que estaba celosa? ¿Que la situación ya era insostenible? Me estaba volviendo loca; se me estaba yendo de las manos.

Sentir... era devastador.

Me incorporé, y él me acompañó agarrándome por las caderas y subiéndome a su regazo. Mis pezones rozaron su pecho y jadeé contra su boca. Él apretó mis nalgas entre sus manos y siguió embistiendo.

Lo notaba muy dentro en esa postura y no me sentía pequeña, a pesar de que me movía a su antojo con una facilidad que asustaba, porque con Bruno... con Bruno me sentía grande; ese había sido el maldito problema desde el principio.

—Me estás matando un poco más por dentro... Follarte es una puta droga, Jimena...

—No hables.

Soltó una risita ante mi orden y le mordí el labio con fuerza. Su polla dio un brinco en mi interior.

Nos mecimos durante unos minutos más, en silencio. Un silencio solo roto por el choque de los cuerpos y las respiraciones erráticas, hasta que comencé a temblar y entonces Bruno me agarró por la mejilla con una mano para clavar los ojos en los míos, como hacía siempre, y observar cómo el orgasmo me arrastraba sin remedio hasta acabar desmadejada sobre su pecho.

Él me movió un par de veces más y se relajó también tras soltar un gruñido sobre el lóbulo de mi oreja que me estremeció.

Lo obligué a salir de mí y me tumbé.

Él se levantó para deshacerse de la protección y después se tumbó a mi lado.

A oscuras. Con el olor del verano entrando por la ventana. Con el suyo en cada rincón de mi espacio; de mi vida.

No quería mirarlo. No podía, porque aquel Bruno que un día tuve a mi alcance ya no estaba; a mi lado estaba otro; uno más roto, lejano y que no me pertenecía.

Pero igual daba.

Porque sentía que me rompía cada vez que le cedía un poco más de espacio, pero no hacerlo... me consumía. Y cuando me tocaba... cuando me tocaba, me sentía saltando por un precipicio sin cuerdas. Y después estaba lo otro; la necesidad de estar a su lado cuando sabía que había algo más ajeno a

mí que le hacía daño constantemente.

Y eso, todo eso, era el amor.

En aquellos días aprendí mucho, como que al amor no le importan las razones, ni los motivos, ni si actuamos bien o mal, porque tiene un sentido propio que le da cuerda y significado a todo lo que arrastra.

Yo había pasado noches inventándome teorías y versiones de su vida. Había creído que no me importaba ni me importaría nunca lo que tuviese o no con Iris, pero en el fondo sí que lo hacía. Había sido un fantasma entre nosotros que se mecía silencioso y que por eso no lograba que desapareciese nunca del todo.

Y sí, por fin hablaba de amor.

Y es que da igual que intentes huir de ello, al final siempre te encuentra.

Bruno me abrazó por detrás y dejé que lo hiciera. Para él tocarme era un impulso irrefrenable, porque era así, cariñoso, sobón, un hombre de actos y yo... yo no era nada de eso; yo era un desastre que no sabía lo que quería, que me encontraba perdida en mi propio mundo, en el caos que me rodeaba.

Le había cedido el control y me aterraba hacerlo.

La vida... era la vida la que me daba miedo.

No obstante... ya no podía frenar y me sentía a su merced.

Su mano se acopló en mi estómago, calentándomelo, y yo me quedé quieta, simulando que estaba dormida. Con todo eso aún por decir que ninguno de los dos dijimos, porque lo habíamos alargado demasiado tiempo como para poder hacerlo sin consecuencias; como rompernos en dos.

Así que él se mantuvo callado, disfrutando de esa tranquilidad momentánea que yo le estaba regalando, y yo simulé que la respiración se me ralentizaba y que el sueño podía conmigo.

Minutos después, sus labios se pegaron a mi pelo y lo oí suspirar con dolor, con pesar, como si cargara con algo dentro que tuviese que dejar escapar para poder seguir respirando.

Y es que lo tenía; Bruno era de esas personas que si no decían las cosas se agobiaban y no podían dormir siquiera, así que lo hizo, dijo aquello que yo menos necesitaba en aquel instante. Unas palabras susurradas que consiguieron desequilibrarme del todo y lanzarme al vacío.

—Eres la forma que tiene el mundo de mostrarme lo bonita que podría llegar a ser mi vida.

Bruno

Me fui de allí, dejándola dormida hecha un ovillo. Tranquila. Preciosa.

No tenía que haber ido; mucho menos para quererla y marcharme. Pero habíamos acabado haciendo eso, queriéndonos, dejando lo demás fuera. Obviando que la realidad no se trataba solo de Jimena y de mí en su cama.

Me sentía mal; conmigo, con ella, con todo.

¿Nunca has tenido la sensación de que tu vida te prepara una emboscada de la que no puedes salir por mucho que te esfuerces? Pues así me encontraba yo, luchando por descubrir el modo en que las únicas dos piezas que me hacían feliz en el mundo encajaran de alguna forma y no fueran incompatibles.

Y, como resultado, nunca me había sentido tan triste; tan jodido.

Abrí la puerta de casa a las tres y media de la mañana. La fiesta había sido un caos, pero Gael me había convencido para dejarlo solo y que me marchase una hora antes a hablar con Jimena. El chaval se merecía un pase VIP al cielo; quizá un sueldo digno en cuanto pudiera ocuparme de eso.

El piso estaba completamente en silencio.

Entré en el dormitorio principal y vi a Iris dormida, con su pelo negro estirado sobre la almohada, tan distinto al de Jimena pese a ser del mismo tono.

Podía palpar la capa de decepción que lo cubría todo desde el sábado anterior.

Los muebles. Las paredes. A nosotros.

Me desnudé, me puse una camiseta de pijama y me fumé un cigarrillo en la ventana antes de tumbarme en el sofá y quedarme dormido respirando aún el olor de Jimena pegado en mi piel.

No, miento, porque antes de hacerlo le escribí un mensaje.

Nunca me había dolido tanto la vida.

Bruno: Siento haberlo hecho tan mal, Jimena. Siento haber tirado de ti para ahora dejar de hacerlo. Siento no haber llamado a Pau o a mi hermana y haber acabado durmiendo en aquel piso; así nunca me hubiera cruzado en tu camino. Siento que lo nuestro sea, pero que no pueda llegar a ser.

Jimena

—No lo entiendo.

—Dale. Golpea.

Mi puño izquierdo hizo un ruido seco contra el saco de boxeo.

—¿De qué coño va?

—El hombro, Jimena.

Oliver me tocó el brazo, colocándomelo recto.

—Es un cabrón. Un niño. Un cabrón.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Nada. Respetarlo.

Golpeé lo más fuerte que pude hasta sentir que me temblaba la mano.

Estábamos en el gimnasio de Oliver. Él vestido con ropa deportiva y yo en vaqueros cortos y una camiseta de tirantes.

Evidentemente, no había ido allí a hacer ejercicio, sino que había salido sin saber adónde dirigirme, cuando la casa comenzaba a caérseme encima después de haber recibido el mensaje de Bruno el día anterior.

Había acabado llamando a su timbre y su hermana me había dicho que estaba en el gimnasio del final de la calle. Suerte que era uno de esos familiares en los que te dejaban entrar buscando a uno de los socios por tener una crisis personal.

Estaba desquiciada.

—¿Qué? ¿De parte de quién estás?

—De la tuya, pero, y no te enfades, no estás siendo justa.

—¿A qué te refieres?

—Llevas meses dándole largas. Ahora que te sueltas de una vez, y de qué modo, no lo juzgues por hacer lo mismo.

—Tendría que haber llamado a Laura —refunfuñé.

—¿Para que te diga lo que quieres oír?

—Es posible.

Tragué saliva. Me dolía la mano y no podía dejar de golpear cada vez con más fuerza que la anterior, a pesar de que no tenía ni idea de boxeo y que parecía más una loca soltando guantazos sin sentido, pero hacerlo me aliviaba esa tensión de forma momentánea. Lo que no disolvía era el otro dolor; uno de

otra clase que se había arraigado con fuerza dentro de mí, echando raíces y dejándome sin aire.

—Jimena.

—¿Qué?

Otro puñetazo.

Los ojos se me nublaron.

—Mírame.

—No.

Y otro.

—Eh, pequeña.

Su cuerpo se interpuso entre el saco y el mío y me paró, dejando mi puño en el aire y pasándole a él a un centímetro de la mandíbula.

—No.

—¡Eh!

Me agarró con fuerza por los hombros y me apretó contra su pecho.

Entonces lo hice.

Dejé escapar parte de eso que no podía salir en forma de lágrimas que mojaron la camiseta de Oliver y que sentí como pequeñas agujas retorciéndose en mi piel.

Yo no lloraba, el problema era que yo... ya no era yo.

—Me duele...

—Oliver tiene razón, pero aún tenéis una conversación pendiente, es lo único que sé.

—Ya.

Después de desahogarme con él, volví a casa y me encerré en mi cuarto a llamar a Laura. Necesitaba de su buen hacer, de su optimismo romántico, de su mundo de arco iris y piruletas en forma de corazón.

—Hasta que no la tengáis, no podréis cerrar lo vuestro.

—¿Y qué pretendes que haga?

—No lo sé.

—El amor es una mierda.

Y no sacamos mucho más en claro de aquella conversación; hasta Laura parecía poco dispuesta a creer en nuestra historia.

—Eh, peque. ¿Vemos una peli o algo?

—Como quieras.

Me tumbé en el sofá y Adri encendió la televisión. No era capaz de concentrarme en nada. Llevaba toda la semana igual. Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Sin hacer gran cosa, porque nada me llenaba.

Bruno se había llevado consigo el sabor de las cosas.

—Ayer lo vi.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿Y?

—Quizá te siente bien saber que no parecía mucho mejor que tú. De hecho, daba pena verlo.

Podría haber funcionado; la antigua Jimena se hubiese regodeado en su dolor, por capullo. Pero ya no era ella y su pesar solo me recordaba al mío, al nuestro y me incrementaban las ganas de ir a buscarlo y consolarlo.

—No funciona.

—Lo siento.

Me quedé callada, reflexionando sobre eso; sobre que ya no era la Jimena de siempre, pero tampoco sabía muy bien en quién me había convertido; en que tenía que conocerme de nuevo.

No fui consciente de lo que comenzaban a transmitir por la televisión hasta que la voz del narrador me sacó de mi estupor.

—Existen siete especies de tortugas marinas en el mundo, de las cuales todas se encuentran amenazadas o en peligro de extinción. Seis de estas especies se encuentran en México, y cuatro se pueden observar en las costas de Quintana Roo.

—Súbelo.

Adrián subió el volumen, mirándome de reojo mientras yo me incorporaba con los ojos clavados en la imagen.

—La liberación se produce de julio a noviembre, según pasa el período de tres meses que necesitan las tortugas para nacer. La temporada se desarrolla siendo octubre el mes más álgido para la actividad de liberación de tortugas.

Me mordí una uña, mientras observaba en silencio aquel instante tan bonito y revelador.

Una tortuga caminaba sola por la arena hasta que el agua la rozaba. Pequeña, frágil, sola. Y, al llegar al mar, simplemente... se dejaba llevar.

Me levanté.

—¿Qué pasa, Jimena?

—Tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—Tengo que verlo.

Salí corriendo por el pasillo bajo la mirada absorta de mi primo.

—No sé si es buena idea. ¡Llámallo primero!

—¡No! Tengo que... tengo que...

Tenía que verlo, sin más. Me sentía como esa pequeña tortuga, temerosa, pero segura de cuál era la dirección correcta adonde dirigir mis pasos.

La vida a veces es de lo más ocurrente.

Hubiera sido fácil ir a su estudio y plantarle cara allí, pero, al hacerlo, me encontré con el rostro del que supuse que era Gael.

—Hola, Jimena. ¿Cómo estás? —preguntó sonriente, confundíendome al reconocerme.

—No nos habíamos visto antes.

—Yo a ti sí. El día de... —Carraspeó incómodo, refiriéndose a aquella noche que pasé deambulando por la ciudad con Bruno—. Te vi en la barra con tu amigo.

—Ah, ya. ¿Está Bruno?

—No. Le surgió algo y tuvo que irse a casa.

—Creo que te explota.

Se rio y yo lo acompañé, un poco sorprendida por haber hecho aquel comentario.

—En realidad esto no es trabajo. Son... fotos personales.

Eché un vistazo rápido a lo que ocupaba parte del mostrador y vi que eran fotos de una chica en blanco y negro.

—¿Podrías decirme su dirección? Es importante.

—Claro. Apunta.

Saqué el móvil y lo anoté con rapidez, sonriéndole agradecida.

—Gracias. —Me dirigí a la puerta, pero me giré en el último momento—. Son muy bonitas, por cierto. Es guapa.

—Lo sé.

Y él se sonrojó.

También podía haber sido fin de semana, y entonces Bruno no hubiese estado en su casa y sí pululando cámara en mano por alguna discoteca, fiesta o boda al aire libre.

Sin embargo, eran las ocho de la tarde de un miércoles de principios de julio y estaba en su piso.

Podría haber contestado al telefonillo y decirme que no era un buen momento; entonces yo me hubiese dado la vuelta, insultándome por haberme dejado llevar por mis impulsos cuando eso siempre acababa mal y volviendo a vestirme la ropa de la antigua Jimena que ya no era. Pero llamé al timbre y la puerta se abrió como si esperasen mi llegada.

Subí en el ascensor hasta el sexto. Lo hice con miedo, pero ¿conoces esa sensación de que estás haciendo lo correcto, pese al presentimiento de que quizá no acabe bien?

Me vi guiada por eso, por la necesidad de acabar de una vez por todas con lo nuestro; incluso ante la posibilidad de encontrarme cara a cara con Iris sin saber qué decir.

Y sí, la vida es de lo más ocurrente, porque llegué a la puerta de Bruno y me encontré con una mano abriéndola mientras hablaba a esa persona a la que estaban esperando y que, claramente, no se trataba de mí.

—Abuela, estamos haciendo un volcán... Oh. Hola. ¿Quién eres?

—Hola. ¿Está Bruno?

Una niña de unos diez o doce años, no supe calcularlo bien, me observó sorprendida y después sonrió.

Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos azulados. Un vestido de flores y aparato en los dientes. Alta, esbelta y preciosa.

—Sí. Un momento, está trabajando.

—Gracias —susurré, sin encontrarme la voz.

—¡Papá! ¡Preguntan por ti!

Y todo se paró...

El aire. El tiempo.

Sentí que las manos me hormigueaban, que mi pulso se disparaba, que las piernas me temblaban.

Sentí que el caos me agarraba de la mano y me llevaba con él.

Unas pocas palabras que condensaban un mundo entero en el que nunca se me había permitido entrar.

Una verdad absoluta y desgarradora más grande que cualquier otra cosa que pudiese haber nacido entre nosotros.

Un todo en el que yo no estaba incluida.

El universo de Bruno.

—¿Has dicho que estoy trabajando? Es tu proyecto de ciencias, embustera.

—Trabajando por mi futuro. —Su risa infantil retumbó por el pasillo.

—¿Quién es, Luna?

—Una chica.

Lo vi aparecer mientras ella se perdía en su habitación. Camiseta de tirantes y pantalón corto de flores. El pelo revuelto. Los ojos cansados. Su piel bronceada. Su sonrisa, la misma que se fue desdibujando hasta desaparecer al encontrarse conmigo.

—Jimena...

—No.

Mi nombre en su voz me resultó desconocido. Se convirtió en el acto en un extraño para mí.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No digas nada.

Levanté la mano mientras daba dos pasos atrás, totalmente descolocada por lo que acababa de descubrir, y entonces él se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Creo que mi aparición allí fue tan inesperada que ni siquiera había sido consciente de quién me había abierto la puerta.

Palideció y comenzó a temblarle la voz.

—Espera, quería contártelo, pero...

—No... No puedo.

Me giré y bajé las escaleras corriendo, dándole vueltas a cada segundo transcurrido desde que había pisado ese descansillo, hundiéndome en unos pensamientos que me hacían asumir por fin lo que siempre creí y olvidé por el camino al confiar ciegamente en Bruno.

Me había abierto del todo a él y me había mentido, engañado, utilizado.

Me había desnudado capa a capa, pidiéndome confianza y permitiéndole entrar, y él nunca lo había hecho conmigo.

Porque Bruno tenía algo más grande que cualquier otra cosa y me lo había ocultado. ¿Y qué clase de persona oculta algo así?

Digerí de golpe que Bruno al final me había hecho ese daño que yo había intentado evitar a toda costa y del que tanto había huido siempre. Bruno, el que iba de sincero por la vida, de directo, de transparente. El que siempre me estaba exigiendo más. El que me echaba en cara sin cesar que yo me escondía.

Salí del portal ya corriendo, sin saber muy bien cuándo había comenzado a hacerlo.

Me faltaba el aire.

Me sobraban sentimientos que no sabía cómo exteriorizar.

Crucé la calle y me metí en la primera cafetería que vi. Me aterraba que

Bruno hubiera salido corriendo detrás de mí y enfrentarme a él.

No podía. No quería. No lo soportaría sin derrumbarme.

Pero él no lo hizo y eso me rompió un poco más.

Pedí un café y me senté en la mesa más alejada de la cristalera.

El local olía a comida y a humanidad, pero no me importaba. Nada lo hacía más que el dolor interno que me estaba consumiendo.

Eso era el amor y era algo horrible.

No supe qué hora era hasta que sentí el ruido de la escoba a mi lado.

Alcé la cabeza y me di cuenta de que el bar estaba vacío. Solo quedábamos el camarero y yo.

—Lo siento.

—No te preocupes. Aún tengo para un rato.

Sonreí agradecida.

Dos minutos después, posaba un plato con un pedazo de bizcocho delante de mí y un nuevo café.

Fue suficiente para salir de mi mutismo y reventar.

Me eché a llorar. Al igual que había hecho días atrás con Oliver, pero delante de un desconocido y sintiéndome profundamente sola. Como si al abrirse por fin las compuertas ya no tuviera sentido el no permitirme hacerlo.

Él se paró y me dio un apretón confortable en el hombro.

—Pasará. Todo al final lo hace.

—Duele.

—Lo sé.

—Tiene una hija. Una hija. El jodido Bruno tiene una hija que casi es tan alta como yo.

—Eso no es muy difícil —dijo, refiriéndose a mi escasa estatura con humor.

Fue gracioso y sonreí por su intento, pero ni siquiera era capaz de reírme.

—Una hija.

—Suena complicado, pero las cosas bonitas lo son.

—Pero duele.

—Sí, cielo. La vida lo hace continuamente.

Me comí el bizcocho mientras él limpiaba la cafetería en absoluto silencio.

Me sentí bien allí con aquel desconocido que me comprendía. Supongo que estaba tan acostumbrado a que los clientes compartieran parte de su vida con él que ya lo consideraba una rutina.

El caso es que me di cuenta de que me sentía más en casa allí que en el piso de Adri. Un piso que nunca había sentido mío del todo. Un lugar en el que era obvio que no encajaba.

Y, entonces, ¿por qué había sentido que sí que tenía un hogar tan lejos del mío?

Porque Bruno me lo había enseñado; me había mostrado que el mundo a su lado resultaba bonito, sencillo, distinto. Como en casa. Un mundo que de repente no me pertenecía. Que nunca lo había hecho.

No quería volver a aquel piso. No podía.

Volver a ver a Bruno... tampoco era una opción.

Enfrentarme a eso que nos ataba y que nos había hecho llegar a estar en ese punto se había tornado de repente en un imposible.

Además, yo no entendía muy bien qué era lo que ocurría en su vida, pero él ya había elegido con sus actos.

El trabajo que no me llenaba... Una relación que no lo había sido en ningún momento... Una casa que no era hogar... Un vacío que creí que se había ido llenando haciendo más ruido que nunca en mi pecho... La sensación de ni siquiera saber quién era.

Me di cuenta sentada en esa mesa que no quería volver a nada que tuviera algo que ver con esa Jimena que había llegado a Barcelona, porque yo ya no era ella.

Porque ya no me encontraba en nada.

¿Y qué hay que hacer cuando uno se pierde?

Comenzar a buscarse desde cero; construirse de nuevo desde los cimientos.

Me levanté de allí y me despedí, dándole las gracias a aquel desconocido por haber servido de zona segura en un momento tan crucial de mi vida.

Eché a andar camino al piso de Adrián con un montón de decisiones tomadas, asumiendo por fin que ya era la hora de dejarme mecer por el caos del que llevaba años huyendo y que era lo único que sabía con seguridad que aún formaba parte de mí.

El caos

Desorden o confusión absolutos.

Bruno

—Papá, ¿va todo bien?

—Sí, no pasa nada.

—¿Quién es?

—Era del trabajo.

—Vale.

Se dio la vuelta clavando sus pies en el suelo con brusquedad, como siempre que quería demostrarnos que estaba enfadada, y se dirigió a su cuarto.

—¡Luna! Espera...

Un portazo con todas las ganas fue su respuesta.

Suspiré con fuerza y me mordí la mano para no gritar o lanzarme a pegar hostias a la pared como un tonto.

No tenía que haber sucedido así.

No obstante, había tantas cosas que no habían ido como debían que no tenía derecho ni a sorprenderme.

Fui a la ventana del salón y me fumé un cigarro; ausente, confuso, un poco bloqueado y sintiéndome demasiado solo. Luna puso la música a todo volumen dentro del santuario que era su habitación; me tenía de ese grupito de chicos de moda que cantaban a un amor que dudaba mucho que conocieran hasta las pelotas.

Los ojos de Jimena no se me iban de la cabeza. Su sorpresa, su rabia, su confusión, su tristeza. Me pasé la mano por los míos y apagué el cigarrillo en el cenicero que escondíamos en el alféizar.

Cogí el teléfono, tentado a llamarla, pero después lo tiré sobre el sofá, porque una llamada no iba a servir de nada. Necesitaba verla, decirle que lo sentía, explicarme y borrar de mi mente la decepción que había visto en su mirada de hielo por fin derretido.

Pero no lo hice.

Porque sabía que Jimena necesitaba tiempo para digerirlo, porque Luna estaba conmigo y no podía dejarla sola y porque estaba tan perdido que no sabía ni qué hacer para no joder ya mi vida del todo.

Terminé el volcán de Luna. Sí, no era el padre del año para muchas cosas y supuestamente tenía que hacerlo ella sola, pero pintar me relajaba y ya estaba lo bastante confusa como para evitar una nueva bronca aquel día. Así que nos

di una tregua a ambos.

Iris llegó sobre las nueve. Parecía contenta.

No dio muestras de captar mi estado y parloteó durante la cena. Luna le daba vueltas a la comida de su plato fingiendo escucharla, aunque con la cabeza también lejos de allí, y yo masticaba en silencio.

Vimos un rato la televisión, mientras Luna chateaba con una amiga desde el móvil de su madre y yo observaba asqueado en lo que se había convertido mi vida. En lo que había permitido que ella nos convirtiera.

Lo había intentado todo; mantener un contacto constante cuando me había mudado a casa de Adri, sacando tiempo de donde no lo tenía para que ninguna me echara en falta más de lo debido; las había ido a ver a la salida de la escuela, pese a que Iris, según el día, no me permitía acercarme; había pagado las facturas; había cedido en cosas que no compartía porque, al fin y al cabo, su madre era ella y no yo; había fingido que todo iba bien demasiadas veces, incluso delante de nuestras familias; había hecho todo lo que me había pedido pensando siempre en ellas antes que en mí.

Y nunca me había sentido tan infeliz.

Aun así, cuando esos pensamientos se cernían sobre mí, pensaba en ella. Porque lo único que importaba era Luna. Ella; siempre ella. El motivo por el que todo cobraba sentido. Incluso perder a la única chica que me había hecho creer que mi vida podía ser distinta. Porque Jimena tampoco se merecía verse arrastrada por una situación que nos venía dada y que solo nos había restado sin ni siquiera haber empezado a sumar en lo nuestro.

Me asomé a su cuarto poco después de que se hubiera acostado. Me apoyé en la jamba con los brazos cruzados y la observé leer bajo la lamparita. Le encantaban los libros de brujas.

—¿Cuándo vais a dejar de mentirme? —preguntó, sin levantar la vista de la página.

—Cariño, no...

Dejó caer la novela en su regazo y me miró alzando una ceja. A ratos me parecía una adulta en miniatura.

Me acerqué y me senté a su lado.

—Lo hacéis continuamente. Y no lo entiendo.

—Yo tampoco.

—Esa chica no es del trabajo, ¿a que no?

—No.

—Te estabas agarrando a la puerta para no correr tras ella.

Tragué el nudo de mi garganta y la abracé, pasando el brazo por encima de sus hombros, asombrado por que tanta inteligencia se condesase en alguien con tanto aún por crecer.

—Es una larga historia.

—¿Algún día me la contarás?

—Algún día. Te lo prometo.

—Vale.

—¿Me crees?

—Te creo.

Le di un beso en el pelo y me fui de allí sin mirar atrás por miedo a que mi hija viera a su padre llorar por una mujer.

Jimena

Bruno y yo nos vimos una última vez.

Me mandó un mensaje unos días después y quiso invitarme a comer por ahí, pero yo me negué.

¿Qué sentido tenía cuando nunca antes lo habíamos hecho? No éramos amigos, no éramos expareja, no éramos nada más que un sentir extraño.

Además, cada vez que pensaba en él, tenía la sensación de que no lo conocía y de que, de tener una nueva posibilidad, tampoco deseaba hacerlo.

Aquel encuentro me había dejado la certeza de haberme enamorado de un Bruno que no existía. Había caído en el amor y al final había resultado ser lo que siempre creí que sería: una decepción enorme, un estado asociado a sentimientos negativos.

Así que acepté verlo en el piso de Adrián.

Recuerdo que hacía un calor sofocante de ese tipo que avecina tormenta de verano, y que por las ventanas abiertas entraba el olor a las primeras gotas del asfalto mojado.

Llevaba un viejo vestido de algodón azul e iba descalza; la antigua Jimena se hubiese vestido con ropa que la hiciera sentir segura, se hubiese recogido el pelo en un moño y no hubiera permitido que él fuera testigo de sus ojeras y su rostro cansado, pero en aquella ocasión ni siquiera me arreglé. Me estaba perdiendo en detalles como esos y no me importaba.

Abrí la puerta y lo esperé apoyada en la pared del pasillo. Su frescor me hacía bien.

Al verlo, lo sentí de nuevo; el dolor, el amor.

Lo mismo me daba; puedes llamarlo como quieras.

—Hola, Jimena.

—Hola. Ven. Vamos al salón. ¿Quieres tomar algo?

—Agua, estoy asfixiado.

Caminamos uno delante del otro por el pasillo y yo me colé en la cocina a por una jarra helada y dos vasos, mientras Bruno se dejaba caer en el sofá.

Noté que me temblaban las manos al llevar la bandeja.

Me senté en la butaca; él bebió agua. Después habló.

—Lo siento.

—Yo también.

Crucé las piernas encima del asiento y lo observé lentamente. Pantalones cortos y una camiseta estampada con pequeños monigotes en posturas tontas. Chanclas. Su collar de bolitas; me imaginé a una niña haciéndolo y regalándoselo y todo cobró sentido.

En realidad lo habían hecho muchos detalles que me decían que Bruno no era el crío, sino que había uno en su vida. Como la esencia de esa colonia fresca de niños a la que a veces olía en vez de acompañarlo el aroma masculino de un perfume más acorde para su edad. Como aquellas fotos de su única exposición que me transmitieron ternura, que no lograba comprender y que eran ella. Eran retazos en movimiento de su hija. Sus manos entrelazadas. Una rodilla arañada por tardes de juegos. Un mechón de pelo en movimiento por un salto alegre.

Era un hogar materializado en fotografías; Iris la parte carnal y una niña mostrando la emocional.

—Háblame de ella.

Bruno suspiró, pero sonrió. A mí se me cerró la garganta.

—Se llama Luna. Tiene once años y cuatro meses; ella lo especifica siempre. Le gustan los delfines, jugar al baloncesto y las acelgas. ¿A qué niña le gustan las acelgas? —me preguntó, frunciendo el ceño, como si fuera algo incomprensible para él—. Es lista, divertida, una vaga indecente y un poco terca, pero hasta eso me parece algo positivo al tratarse de ella. Su color favorito es el verde, como el tuyo, y me admira más de lo que merezco.

—¿Dónde está su madre?

Parpadeó, de repente confundido por mi pregunta.

—Iris es su madre, Jimena.

—Pero... no lo entiendo. Me dijiste que estuvisteis juntos nueve años y si ella tiene once... —La última pieza encajó en mi cabeza y todo se volvió más turbio; más complicado, si cabía. Bruno no era su padre biológico y el puzle comenzaba a incomodarme cada vez más—. ¿Dónde está él?

—No lo sé. Iris tampoco.

Asentí. Intenté imaginármelos como una familia, compartiendo instantes, rutinas, recuerdos; pero no pude. Todo era negro. Sabía tan poco de ese Bruno que hasta me costaba asociarlo con el que había conocido yo en ese piso y después en su estudio.

Con mi Bruno de aquella noche.

¿No te ha pasado nunca? Creer conocer a alguien y que de repente te cuente algo que te haga verlo como una persona nueva; así me sentía. Como si yo solo

hubiera sido el escape, las vacaciones, la otra sin serlo. Quizá lo merecía después de cómo me había comportado con él, pero aun así arañaba por dentro.

—Así que eres padre.

—En realidad, no.

Pensé en mi vida, en mi infancia sin un padre al lado.

No había sido triste, porque no puedes echar de menos lo que no has conocido; pero sí que puedes echar en falta lo que sí que has tenido, aunque no te perteneciera.

Quise decírselo; quise que supiese que se merecía aquel título solo por haberlo aceptado.

—Lo eres en lo que importa. Yo tengo un padre en algún lugar del país, Bruno. Mi madre incluso sabe en qué ciudad vive. Pero no considero que lo tenga, por muy vivo que esté. Luna no sabe dónde está el suyo, pero tuvo la suerte de encontrar uno en el camino. Eso es lo que importa. Y es afortunada por ello.

Tragó saliva, conmovido por mis palabras.

—Parece que ni en eso cumplo...

—Cuéntamelo. Necesito entenderlo.

Y por fin llegó, la historia de Bruno.

—Éramos un desastre. Jóvenes e inexpertos en todo lo importante de la vida, y nos creíamos capaces de todo. —Sonrió, pero esa sonrisa no le llegó a los ojos, porque recordar aquello le resultaba agri dulce—. Nos equivocamos. Cuando la conocí me enganché. Ella... ella tenía problemas. Se había quedado embarazada siendo una cría y no sabía dónde estaba el padre. Trabajaba en moda, se juntó con gente que no le convenía, tuvo problemas de alimentación, tomaba pastillas... hizo todo lo que no tenía que hacer una chica tan joven; mucho menos una con una niña que dependía de ella. Al principio, Adela, la madre de Iris, se ocupó de Luna, pero entonces yo llegué y... bueno, me enamoré de ella, de la niña, de la idea del amor y de formar una familia a los jodidos veinte años. Me convertí en padre sin darme cuenta; no en uno muy bueno, aunque hacía lo que podía. Los dos primeros años nadie me trataba como tal, pero cuando Iris y yo bajamos el ritmo y nos fuimos a vivir juntos... fue como si aceptara todo lo que eso conllevaba. —Hizo una pausa y después se giró y me dedicó una de sus sonrisas inmensas; una llena de orgullo—. El día que me llamó «papá» supe que ya estaba perdido. Asusta, ¿sabes? Pero lo hace más la posibilidad de perderlo. O de que te lo arrebaten.

Bajó la voz al decir lo último. Me transmitió su miedo; su impotencia.

Yo quise abrazarlo, pero no lo hice.

—Pero no siempre os fue bien.

—No. A ratos éramos felices y creímos que funcionaría, pero otros queríamos matarnos. Iris y yo siempre fuimos una pareja muy tóxica con una niña en medio que no entendía por qué su madre a veces lloraba, sin aparente motivo, y por qué algunas semanas su padre dormía en el sofá. Ambos lo intentábamos, pero ella tenía problemas que yo no sabía resolver y después... estaba lo otro. Que en algún momento dejé de quererla.

—No lo aceptó. Sigue sin hacerlo.

—Digamos que Iris es bastante inestable. Daría la vida por Luna, pero no estaba preparada para ser madre y aquello lo condicionó todo. Quería comerse el mundo y el mundo la devoró. O eso es lo que ella cree.

Me embargó un sentimiento extraño; por un lado, la desprecié por hacerle tanto daño y me desprecié a mí por sentir celos de ella por nunca poder llegar a tener ese vínculo con Bruno, por muy tóxico que fuera; por otro, la compadecí, porque incluso comprendía que se sintiese tan perdida como para atarse a él, pese a que el amor ya no los uniera.

—¿Cómo llegasteis a esto?

—Las cosas empeoraron. Me echaba de casa y hacíamos vidas separadas durante un tiempo, como cualquier pareja de divorciados con una niña en común. Me jodía no ver a Luna tan a menudo, pero respiraba mejor. Hasta que Iris me llamaba llorando diciéndome que me necesitaba y yo volvía, porque, aunque no estaba enamorado de ella, la quería y no soportaba verla sufrir. Mucho menos sabiendo que la niña comenzaba a ser consciente de todo lo que sucedía y de que en esa casa se sonreía poco si yo no estaba. Un día me harté y le dije que no pensaba volver. —Torció el gesto, recordando un momento claramente doloroso—. Que se había acabado y que solo hablaríamos sobre lo concerniente a Luna. ¿Sabes qué fue lo que me dijo? Que Luna no era mi hija.

—Qué hija de... —El insulto me salió solo—. Perdona.

—No importa, es verdad, se comportó como tal. Encontró la forma de manipularme y yo caí, porque a día de hoy sigo sin saber cómo gestionar esto.

—Pero os veis con otra gente. Ella sabía lo... lo...

Ni siquiera sabía ponerle nombre, porque ¿qué habíamos sido Bruno y yo? Nos veía como uno de esos acertijos con los que mi primo me retaba de pequeña; lo triste de todo era que, por mucho que me esforzase, rara vez hallaba la solución, y con Bruno me sucedía lo mismo.

—Lo nuestro. Llámalo por su nombre, Jimena.

—No creo que estés en condiciones de exigirme nada —contesté a la defensiva, sintiendo que volvía un poco al pasado.

—Sí, ella sabía lo nuestro —continuó como si nada, mientras yo pensaba en todas aquellas veces en las que Bruno hablaba con Iris por teléfono o que corría en su busca, y que por fin comprendía que no eran por ella, sino por Luna—. Siempre que nos hemos separado un tiempo ambos conocíamos a otras personas. Fuimos muy liberales desde el principio en ese sentido. El problema no es el sexo.

—¿Cuál es?

—Cuando tú apareciste, se convirtió en la ocasión más larga que hemos estado separados. De hecho, ya llevamos un año sin acostarnos ni nada que se le asemeje. Iris había empezado a visitar a un terapeuta que le estaba haciendo ver las cosas de una manera más sensata. Pero entonces...

Sacudí la cabeza y caí. Los teléfonos apagados. Llamadas de preocupación. Y Bruno y yo viajando sin movernos del sitio y materializando recuerdos en un fotomatón.

—Aquella noche. ¿Qué pasó?

—Luna lleva un año complicado. Mi ausencia, nuestras discusiones, alguna recaída de su madre... no somos el mejor hogar para una niña que está formando sus propias ideas de cómo funciona el mundo. Los críos ven el amor, Jimena. Y nosotros lo rompimos en pedazos hace ya mucho tiempo. Aquella noche Luna discutió con su madre, cogió una mochila con sus cosas y se escapó. Nosotros apagamos los móviles. Cuando volví por la mañana, Iris estaba desquiciada. Luna ya dormía en su cama. La habían encontrado en la estación de autobuses; pretendía irse a casa de una amiga suya que vive en el sur.

La culpabilidad me azotó con fuerza y recordé a la Jimena que se decía que por ese motivo no había que dejarse llevar nunca sin meditar las posibles consecuencias.

A ratos me echaba de menos.

—Lo siento mucho.

—Fue una chiquillada, aunque casi nos mata. Está castigada hasta los diecinueve.

—Si le hacéis eso, a los dieciocho se largará. —Sonreímos.

—Y no la culparé por ello. El caso es que yo no estuve allí para ellas.

Entendía sus remordimientos, su responsabilidad y su compromiso, de

verdad que lo hacía, pero lo demás no.

—Bruno, lamento mucho todo lo que has tenido que pasar, pero sigo sin comprenderlo.

—Cuando llegué, Iris estaba fuera de sí. Nunca antes la había visto en ese estado, Jimena. Y dijo tu nombre. Hasta entonces habías sido para ella una chica más sin importancia, pero que, al llamar a nuestros conocidos intentando localizarme, todos supieran de tu existencia hizo que se diese cuenta de lo que significabas para mí. —Me encogí, sintiendo cómo el dolor lo llenaba todo—. Durante años había sido capaz de sobrellevarlo, ¿sabes? Yo le había prometido siendo un crío que cuidaría siempre de las dos, pasara lo que pasara. Incluso habíamos conseguido un equilibrio al torcerse lo nuestro. Vivíamos juntos como la familia que éramos, pero ambos salíamos con otros. Era hasta cómodo para mí. Sencillo.

—¿Qué hizo que fuera diferente?

—Tú.

—¿A qué te refieres?

No sé por qué se lo pregunté, porque ya sabía la respuesta. Creo que solo quise escucharlo por última vez de sus labios. Deseé percibir de nuevo la realidad de lo que habíamos tenido al alcance y que yo no había sabido ver, ni creer, ni comprender.

—A que por primera vez no era solo sexo, Jimena.

Me miró y yo me encogí un poco más en mi asiento.

—No, no lo era —confesé.

—Había que incluirte en la ecuación.

—¿Y? —pregunté con miedo.

—Y lo hizo. Iris me dio a elegir.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Necesitaba aire.

La sensación que me llenaba el pecho era extraña; quería abrazarlo y a la vez zarandearlo. Consolarlo por haber tenido que pasar por tanto, estrecharlo entre mis brazos por tener el corazón tan grande, decirle que su hija tenía mucho que admirar en él. Sin embargo, a la vez quería gritarle que era un cobarde por no haberme contado su historia cuando yo compartí con él la mía, por haberme dejado confiarme sin recibir nada a cambio.

—Di algo.

—No hay mucho que pueda decir.

—Algo habrá.

—Eres un gran padre.

—Estoy hablando de nosotros, Jimena.

Me di la vuelta y entonces exploté.

—¿Y qué quieres que te diga, Bruno? No hay un nosotros. Has elegido, y no te estoy echando nada en cara. Entiendo que contra eso nunca podría ganar ni tampoco quiero hacerlo, pero...

—Dilo.

—Me decepcionas. Yo... siento que no te conozco.

—Me conoces.

—No. El Bruno que conozco no se dejaría manipular así por una mujer. Lucharía por su hija, pero no se dejaría vencer. Le haría entender que el amor no se compra, ni consiste en hacer al otro desgraciado.

—¿Te crees que no lo he intentado? —susurró; noté cómo el peso de su mundo se cernía sobre él con una fuerza aplastante; llevaba tanto cargando con aquella situación que no le quedaba energía—. Legalmente ella no es mi hija, Jimena. Nunca lo reconocimos como tal. Ni siquiera llegamos a casarnos, eso lo hubiera hecho más fácil. Si Iris lo considera, puede prohibirme verla y, si lo hace, yo me muero.

Me moví inquieta porque sus últimas palabras me ahogaron.

La odiaba; odiaba a Iris con todas mis fuerzas, aunque también la compadecía por ser una persona tan desgraciada.

—Necesita ayuda.

—Lo sé. Y se la estamos brindando desde hace años. Solo necesita abrir los ojos de una vez, asumir nuestros errores y darse cuenta de que la felicidad está a su propio alcance y que no depende de mí. Iris me hace daño, pero seguimos siendo familia y eso nunca cambiará. No espero que lo entiendas.

Asentí. Bruno llenó su vaso de agua y le dio un sorbo.

Me fijé en su boca y después me tensé, recordando por qué tenía motivos para estar enfadada con él.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Ya sabes la respuesta. Lo intenté, Jimena. Te juro que lo necesitaba, pero cuando tú estuviste al fin preparada para escuchar, yo necesitaba más tenerte cerca. Y cuando lo conseguí... ver cómo te ibas abriendo fue alucinante. No podía frenarte y, de contártelo, hubieras vuelto a huir.

—Me engañaste, Bruno.

—No lo hice, solo...

—Me hiciste creer que confiabas en mí para que yo lo hiciera. Hiciste que me enamorase de un Bruno que no sé quién es; ni siquiera sé si existe.

Lo dije; le dije que me había enamorado de él, y Bruno cerró los ojos un segundo y se estremeció.

—Soy el mismo, Jimena.

—No, no lo eres, porque el Bruno que está aquí sentado hoy tiene una vida en la que yo no encajo, y la comparte con una hija y con una mujer que lo necesitan. Un mundo en el que no me dejaste entrar. Y no hablo de contármelo o no, ya cargo con mi culpa, hablo de que no conozco a ese Bruno porque tú no quisiste. Y ese Bruno eres más tú que nadie. ¿No lo entiendes?

—Jimena...

Comenzaba a faltarme el aire de nuevo.

La situación se me descontrolaba demasiado y no dejaba de caminar de un lado al otro del salón, descalza y gesticulando de manera exagerada, pero es que sentía cómo comenzaban a extenderse por mi cuerpo las ganas de soltarlo todo, de exteriorizarlo en forma de lágrimas o con palabras que no sabía pronunciar.

—¿A qué has venido hoy?

—Teníamos que hablar las cosas. Mi vida será un desastre, pero esto quiero hacerlo bien. No quiero arrastrarte a nada y me sentía en el deber de pedirte perdón y decirte que siento que no pueda ser. Que ahora mismo no puedo darte nada. Pensé que sí, pero el único día que lo intenté mira lo que pasó.

—Tienes razón. Y yo tampoco lo quiero. Ya no. Los dos tenemos cosas que resolver. Deberías marcharte.

—Estás cambiada.

—Me da la sensación de que no dejo de hacerlo desde que llegué a este piso. —Sonreí con falsedad.

Bruno entonces señaló con los ojos dos cajas de cartón, aún sin montar, apiladas en un rincón del salón.

—¿Para qué son las cajas?

—Me marchó.

Su expresión se volvió sombría y retiré la vista; era incapaz de leer en sus ojos que no quería que lo hiciese.

—Jimena...

—No digas nada.

—¿Vuelves a casa?

—No, pero tengo que encontrarme y aquí no lo he conseguido.

—Siento haber roto todos tus planes.

Entonces me di cuenta de que era verdad que lo había hecho, pero más aún lo era que había conseguido muchas más cosas en mí y que nunca le había dado las gracias por ello.

Me planté frente a él y lo hice; le di un poco más de mí, incluso cuando sentía que comenzaba a quedarme sin nada.

—Los rompiste, es cierto, pero también me hiciste ver que no eran los adecuados. Me despertaste, Bruno, y por eso tengo que darte las gracias. También por quererme incluso cuando no lo merecía. Gracias por tratarme como si valiera la pena.

Se me rompió la voz al final y me abracé lo más fuerte que pude, todavía allí en medio, paralizada frente a él y sintiendo que la mirada se me nublaba.

—Estoy enamorado de ti.

—Bruno...

Dos lágrimas se deslizaron y yo cerré los ojos, dejándolas escapar de un salto y empapando mis mejillas.

—No te imaginas cuánto.

—No me hagas esto.

Pequeña. Perdida.

—Quiero que lo tengas claro. Pero la quiero más a ella.

Asentí, los abrí y entonces dejé que todas las lágrimas silenciosas que guardaba salieran. Me gustó imaginar que eran la manera de expresarle a Bruno todas esas palabras que nunca fui capaz de pronunciar.

—Y por eso sé que esto está bien, aunque me duela como nunca nada lo ha hecho antes.

Bruno

—Ven.

No contestó. No me miró a los ojos. Pero me obedeció.

Se acercó al sofá y se dejó caer a mi lado. Yo la abracé.

Olía a algo que no sabría describir, a vida, a intensidad, a fuerza, pese a estar llorando sobre mi hombro por segunda vez desde que nos conocíamos. Y a restos de ese perfume caro que para mí ya solo podría llevar su nombre.

Subió los pies en mi regazo y recordé cuando ni siquiera era capaz de hacer ese gesto. Cuando siempre era yo el que tenía que acercarla, atraerla a mí, y allí estábamos, diciéndonos adiós con Jimena tan cerca de mi cuerpo que no podía ni respirar.

Alzó los brazos y me rodeó el cuello con ellos. Con fragilidad. Con inseguridad. Con vulnerabilidad. Como si nunca antes se hubiese agarrado así a nadie. Como si englobase mucho más que ese simple acto. Y es que lo hacía.

—Jimena...

—Ssshhh. No hables...

—Cuéntamelo. Sabes que puedes hacerlo. Dime qué quieres que haga. Dime cómo quieres que sea.

—No hablemos más, por favor. No hay mucho más que decir. Tú ya has elegido y yo tampoco puedo darte lo que mereces. Así que solo hazlo y después vete.

—¿El qué?

Levantó la cabeza y sus ojos llorosos me suplicaron antes que su voz.

—Enséñamelo, Bruno.

—No sé a qué te refieres.

Pero sí que lo sabía.

—Hazme el amor, Bruno. Enséñame cómo habría sido. Por favor. Necesito saberlo. Necesito sentirlo por una vez y sé que solo puede ser contigo.

Ahí la tenía. Por fin. A la Jimena de verdad desnuda del todo y un poco rota.

La cogí en brazos y la llevé a su cuarto.

Ella se dejó hacer.

Le quité el vestido despacio. Llevaba un sujetador blanco con pequeñas flores rosas y unas braguitas brasileñas en color azul.

Le deslicé la goma de pelo con cuidado hasta que su melena se soltó, y la peiné con los dedos para que perdiera la forma.

Me encantaba su pelo.

Me incorporé y me quité la camiseta.

Ella desvió la mirada hacia mi tatuaje y vi cómo su significado cobraba forma en sus ojos; un tatuaje dedicado a la única persona por la que daría siempre todo, incluso mi propia felicidad.

«Me gusta pensar que la Luna siempre está ahí, incluso si no estoy mirando».

Noté que respiraba de forma entrecortada, y es que estaba nervioso. Demasiado. Lo bastante para que ni siquiera se me hubiera puesto dura. Pero es que... es que aquello no iba de eso.

Aquello era nuestro adiós.

Habíamos tenido solo una noche de verdad y únicamente nos quedaba aquel momento.

Me desabroché el pantalón y acabó en el suelo junto a su ropa. Sonrió al ver mis calzoncillos de superhéroes. Yo solté el aire contenido y me arrodillé entre sus piernas.

Parecía pequeña, más que nunca.

Blanda. Suave. Ligera.

Una chica distinta, una versión desnuda y transparente de una Jimena que nunca antes había visto.

Era ella, sin más.

Le besé una rodilla y su mano se metió entre los mechones de mi pelo.

Su piel se erizó.

Paseé mis dedos por sus muslos y gimió mi nombre. Mi boca recorrió sus escasas curvas y la posé sobre la tela de sus braguitas.

Entonces me embargó una sensación extraña. Como cuando aguantas mucho tiempo un sentimiento y después, al exteriorizarlo, no puedes contener las lágrimas... pues algo parecido. Parecido y a la par único. Algo que solo me había pasado con ella.

Se echó hacia atrás hasta quedar tumbada en la cama y aproveché la postura para quitarle la ropa que le quedaba. Hice lo mismo con la mía y después me coloqué sobre su cuerpo, abriéndole levemente las piernas.

Tenía los ojos cerrados y respiraba a trompicones, pero no era por la excitación, o al menos no solo por ella, era... eran suspiros de miedo.

—Sshhh... tranquila.

Los abrió, y entonces fui consciente de lo que Jimena me estaba regalando. De que aquello era mejor que una primera vez. Que nuestra noche especial. Que una reconciliación. Que el álbum de nuestros mejores recuerdos. Que todo.

Que no era sexo, joder, que lo estábamos haciendo.

Que nos estábamos queriendo del mejor modo que sabíamos y me negaba a que aquel encuentro un día cayera en el olvido.

Me levanté un momento en un impulso y me observó extrañada. Cogí la cámara que siempre llevaba en la mochila y volví con ella. Al verme, cruzamos una mirada que dijo muchas cosas y su respuesta afirmativa me dijo mucho más; me dijo que ella también quería guardarlo.

Cogió mi polla con sus manos y se la metió dentro.

Ese fue el primer «clic».

Su boca abierta, sus ojos clavados en los míos, sus pezones duros, su piel erizada y brillante.

Jadeé y embestí en su interior, después agaché la cabeza y le lamí un pecho, mientras pulsaba de nuevo el botón.

Ella gritó.

Sus manos se agarraron a mis caderas, con firmeza, con toda esa fuerza y esa rabia que en Jimena estaban siempre de más, incluso cuando se sentía tan triste.

Quise que me marcara con sus dedos, que se quedase para siempre dibujando mi piel a pellizcos, llevármela de algún modo en ese momento tan vulnerable, tan nuestro, tan íntimo, y no devolvérselo nunca.

La quise para siempre en mi cama, en mis brazos, en mi vida.

Jimena echó la cabeza hacia atrás y pasé la lengua por su cuello, dejando pequeños mordiscos. Ella jadeaba, pero no hablaba. Rara vez lo hacía.

No me importó, porque me decía mucho más con sus gestos, con esa pasión desmedida y con su modo de taladrarme con los ojos que con cualquier discurso o declaración romántica posible.

Jimena me miraba y yo... y yo lo sentía por dentro, como un torrente de energía que fluía hasta doler. Nunca había sentido el amor así, como electricidad, como un embiste de fuerzas.

Cogí sus manos y entrelacé los dedos con los suyos sobre su cabeza.

Después me paré, cesando ese movimiento constante y rítmico que tan locos nos volvía.

—No dejes de mirarme, Jimena. No te me pierdas.

Tragó saliva con dificultad y asintió. Y entonces cerró las piernas y su gesto me impulsó de nuevo lo más dentro posible de ella.

Guió nuestras manos, aún unidas, hacia un lado, donde reposaba la cámara. Sonreí.

—Estoy cerca, tortuga. No sé si podré controlar que no parezcamos nosotros.

—No me importa, solo quiero...

Asentí, besándola con todo lo que era en aquel instante, comprendiéndola y haciéndola sentir comprendida, porque lo entendía.

Jimena necesitaba materializar ese momento en algo que, cuando hubiera acabado, lo viera y le recordara que había sido real.

No sé las veces que apreté el objetivo, no sé si estuve empujando en ella un minuto o mil, lo único que sé es que aquella última tarde que pasamos juntos dos personas se amaron sin conciencia, sin tabúes y sin ponerse límites.

Supongo que el amor puede manifestarse de muchas formas y que, al fin y al cabo, es algo que se siente, pero no se ve; que la vida está llena de cosas materiales y espirituales, concretas y abstractas, y los sentimientos se engloban dentro del segundo grupo en ambos casos.

Sin embargo, nunca he vuelto a experimentar algo en mi vida tan tangible y tan visible como hacer el amor con Jimena aquella tarde de verano.

Porque sí, el amor se hace y nosotros lo hicimos tanto que fue inevitable que, al despedirnos, nos destrozáramos un poco más.

Jimena

De la noche a la mañana, todo cambió.

Mi manera de ver el mundo, mis pasos, mi percepción de las cosas, el modo de sentirme en mi propia piel.

Entré en una especie de túnel temporal en el que la Jimena que un día fui y en la que me había convertido colisionaban.

Tardé solo dos semanas en marcharme del piso de Adrián y asentarme en una casa de alquiler que compartía con otras tres chicas con las que ni siquiera intenté entablar relación alguna. Me convertí en un fantasma tanto dentro como fuera de aquel piso del que no soy capaz de recordar ni el color de las paredes.

Pasé el verano trabajando, dejándome el aliento nadando en la piscina hasta que me dolían los músculos y fingiendo que todo seguía igual cuando salía por ahí con Oliver y compañía.

No conocí a nadie y tampoco lo eché en falta. Solo de pensar en el sexo me bloqueaba; como si cualquier estímulo que hubiera asociado en algún momento con sentir algo mi mente y mi cuerpo lo negaran para sí.

Guardé bajo llave el recuerdo de hacer el amor con Bruno y borré su número.

No volví a verlo, aunque sí que recibí un sobre en el piso de Adrián con algunas de las fotos de ese último encuentro y que escondí en un cajón.

Dentro de él no había escrita ni una triste palabra; aunque supongo que las imágenes ya hablaban por sí solas.

Puede parecer que todo iba mal en mi vida, y de algún modo era cierto, pero por otra parte fue como si me diera una tregua a mí misma y simplemente me dejase descansar.

Como si me vaciara.

En agosto, pasé dos semanas en casa.

Mi madre y mi abuela me sirvieron para despejarme y desvincularme de todo lo negativo que aún asociaba con Barcelona y lo vivido en ella.

Laura me ayudó a divertirme de nuevo, a reír, a reflexionar y a lamentarme.

Ocuparme un poco de ella me hizo sentirme útil y aceptar que también yo

podía ser una buena amiga.

Me demostré que dejarse mimar por la gente que te quiere no era una muestra de debilidad y que intentar dar lo mismo a cambio me hacía feliz.

Regresé al terminar las vacaciones, más calmada, más a gusto conmigo misma y con la certeza de que comenzaba a conocerme y de que lo que veía no estaba tan mal.

Me fui reinventando paso a paso.

En el trabajo me esforcé el último mes en aprender todo lo posible para exprimir al máximo mi beca, pero me encontré rechazando una oferta de continuar en la empresa cuando Carmen me lo propuso.

Llevaba dos meses sin actualizar el blog con nada que no fueran entradas automatizadas escritas tiempo atrás sobre temas que no me interesaban lo más mínimo, y tampoco me importaba. Ni siquiera los gritos de asombro y decepción de Oliver consiguieron que meditase la decisión.

Nunca había estado tan segura de que decir que no era lo correcto, pese a que el camino se volviese más pedregoso para mí, teniendo en cuenta que volver a casa de mi madre no entraba entre las opciones posibles en caso de que no encontrase otro trabajo a corto plazo.

Sin embargo, tuve suerte y enseguida me vi aceptando una oferta.

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

—He conseguido un trabajo como teleoperadora en una compañía telefónica. Empiezo el lunes.

—¿En qué departamento?

—En reclamaciones.

—Te doy dos días.

Esa fue solo la respuesta de Laura, pero sabía que todo mi entorno pensaba lo mismo cuando comencé a trabajar en aquel cubículo, por mucho que me animasen.

No obstante, resultó que esconderme detrás de un teléfono y aguantar las quejas de clientes insatisfechos se me daba bastante bien.

Creo que estaba tan dormida que incluso me gustaba la sensación de escuchar las emociones ajenas, aunque estas fueran el enfado, el desprecio y la desilusión.

Dos meses después, Oliver me consiguió una entrevista en una tienda de bolsos de firma con la excusa de la campaña de Navidad. Se trataba de un

stand en un centro comercial. Lujoso, elegante y cómodo. Un buen trabajo para mí, según él, y en el que pagaban mejor que en el que tenía, además de estar más relacionado con mi formación y en el cual prometían estabilidad a largo plazo.

Fui a la entrevista bastante segura, porque ni siquiera estaba nerviosa. No fue muy bien y confieso que no me esforcé lo más mínimo en agradar a la encargada de realizarla, pero le di a Oliver las gracias por preocuparse por mi futuro fingiendo que tenía posibilidades.

Supongo que a él le costó mucho más que a mí asumir que, de algún modo, estaba tirando por la borda todos esos años de estudio y esfuerzo, pero de lo que no se daba cuenta era de que, incluso si acabamos dedicando nuestra vida a algo completamente contrario a lo que nos hemos estado preparando, nunca es tiempo perdido.

Cada minuto es aprendizaje, siempre, y nos ayuda a ser quienes acabamos siendo.

Yo había necesitado estudiar, escribir en un blog, conseguir una beca, mudarme a Barcelona y conocer a un fotógrafo guapo y muy sabio que me había ayudado a conocerme y me había enseñado la importancia de la pasión en la vida.

Aquel día, de vuelta a mi nueva casa, callejeé para alargar el paseo, mientras le contaba a mi madre por teléfono lo mal que me había ido la entrevista, porque con ella no era necesario mentir.

La ciudad estaba bonita, con los escaparates llenos y las calles iluminadas por las fiestas.

Cuando le colgué, crucé a la acera de enfrente para curiosear los vestidos que exhibían los maniqués de una tienda.

Entonces lo vi.

A su lado. Abandonado y oscuro.

La fachada de tablas de madera y la puerta estaban pintadas de un amarillo descascarillado. El escaparate lleno de cartones y basura. Un letrero medio arrancado en la parte superior indicaba que en algún momento había albergado una floristería.

Me asomé, limpiando un poco el cristal de polvo.

No era muy grande, de suelos de madera oscura, de forma rectangular y techos altos. Sin embargo, lo mejor de todo era que tenía al fondo una escalera de caracol que llevaba a un altillo que se veía desde abajo como si tuviera una

especie de balcón.

Era perfecto.

Sonreí, apunté el teléfono y me fui a casa sintiendo que de forma repentina el corazón comenzaba a latirme de nuevo por algo que le daba motivos para hacerlo.

—¿¡Que has hecho qué!?! —gritó Oliver, escupiendo parte de su refresco sobre el plato.

—He alquilado un local.

—¿Para qué?

—Quiero vender sombreros, Oliver.

—Sombreros —repitió, estupefacto.

—Sí. Y volver a coser. Quizá carteras, tocados... cosas sencillas. Hace mucho tiempo que no lo hago.

Él me miraba boquiabierto, mientras yo le sonreía ampliamente y pensaba en todos esos planes que ya veía cumplidos con claridad en mi cabeza.

Negó con rotundidad y se pasó las manos por la cara, mientras volvía a estudiarme como si me hubiera vuelto loca.

No, peor, como si no me conociese.

Quizá es que ya no lo hacía.

—Podrías haberlo intentado desde dentro. Podría haber colado tus trabajos a los de arriba en la empresa, Jimena, y mantendrías tu sueldo mientras tanto, joder.

—Gracias por tu apoyo, padre que nunca tuve —le dije con sarcasmo.

Después me metí una patata frita grasienta y bañada en kétchup en la boca.

Llevaba una semana alimentándome a base de nachos y fritos varios y me sentía fenomenal. Ni siquiera me avergonzaba el que él hubiera pedido para comer una ensalada ligera.

Mi vida era una novedad constante.

—Ni siquiera sé si eres buena.

—Dijo el experto en moda...

—Ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía; Oliver y yo siempre habíamos tenido un modo muy parecido de ver las cosas. Analítico, razonable, pragmático. Y aquello no lo era en absoluto.

Había visto un local paseando por la calle y me había enamorado de un pálpito. De un sueño que tuve de niña y que había olvidado al hacerme adulta

demasiado pronto.

Había recordado las tardes en el pueblo viendo a la abuela coser; enseñándome a hacer remates, a meter dobladillos.

Odiaba jugar a las muñecas, pero, sin duda, las mías eran las mejor vestidas de las de todas las niñas de mi clase.

Había recuperado en un instante momentos borrados de mi memoria porque eran una ilusión más propia de una idealista que de una persona sensata y responsable.

Me había visto haciendo un pase de modelos en el pasillo de mi casa con mi madre y mis abuelos como únicos espectadores, mostrándoles las creaciones que yo misma había hecho con los restos de los retales de mi abuela.

Lazadas con rejilla para el pelo que me daban un aspecto de lo más sofisticado a los diez años; bolsos con trozos de tela vaquera y flores hechas con cordones de los zapatos; un fajín de seda con lentejuelas cosidas formando corazones.

No sabía si esa decisión impulsiva acabaría siendo el mayor error de mi vida, pero había encontrado aquello por lo que sí que me brillaban los ojos.

—Pero me gusta hacerlo. Creo. Me gustaba.

—¿Cómo vas a pagar la inversión inicial?

—Le he pedido un préstamo a Adri.

—Jimena... no...

—No digas nada. Oliver, no sabía que lo deseara tanto. Lo vi... y, bueno, de repente en mi cabeza era precioso, con la fachada en rojo envejecido y un cartel en forja negra y con el nombre en blanco. Incluso había una pequeña pizarra con el horario en la puerta y macetas con pequeñas flores de colores. Vi el escaparate lleno de sombreros, diademas y tocados con plumas y toda clase de tejidos. Vi los muebles y las paredes en blanco. Vi mi máquina de coser en el piso de arriba. Me vi a mí y... no lo sé. ¿Qué sentido tiene? Ninguno, soy consciente. Me he vuelto completamente loca. Lo asumo. Pero nunca había deseado tanto algo. Iba a morirme de no hacerlo.

Él me observó cauto; después su rostro se suavizó y me cogió la mano por encima del mantel, apretándola con fuerza entre la suya y sonriendo como solo lo hacen las personas que te quieren, aunque no terminen de comprenderte del todo.

—Sí que lo tiene, Jimena. Creo que no hay nada que pudiera tener más sentido. Te ayudaré, ¿de acuerdo? Lo conseguiremos.

Bruno

Mi vida perdió color. Creo que no hay un mejor modo de explicarlo.

Los primeros meses fueron difíciles y a la vez más fáciles que nunca.

Todo se serenó en casa de una manera en la que nunca antes lo había hecho. Volvimos a parecer una familia; atípica, pero familia; al menos de cara a la galería.

El humor de Iris mejoró gracias a mi aceptación de que las cosas eran así porque yo había querido entrar en su juego, y las vacaciones también obraron milagros en su carácter. Seguíamos sin compartir cama, pero sí intimidad, porque al final ¿qué hay más íntimo que compartir un hogar con una persona, responsabilidades y promesas?

Pese a ello, me autoimpuse un celibato que solo rompía en la soledad de mis duchas.

Luna había aprobado el curso con buenas notas, así que tenía pocas tareas que hacer y me acompañaba al estudio cada vez que yo se lo permitía, encantada de aprender el negocio familiar, como ella decía, y de posar como si fuera una modelo de veinte años pintándose los labios y subiéndose el top para enseñar el ombligo.

Yo, mientras tanto, iba interiorizando la adolescencia que me esperaba y disfrutaba de poder estar con ella. La miraba y me decía a mí mismo que todo aquello que sufría con su madre tenía sentido y merecía la pena. Pese a que la hubiera convertido en una moneda de cambio.

Te preguntarás que por qué lo hice; por qué no me marché de allí y asumí que Iris me manejase a su antojo. No es sencillo de entender, pero mucho menos de vivir.

Solo puedo decir que, cuando quieres tanto a alguien, cuando lo más importante de tu vida es una niña que aún no puede decidir por sí misma, eres capaz de hacer lo que sea por miedo a perderla o con tal de aportar a su felicidad.

A veces salía con Pau y con Amanda; otras noches me perdía un poco en el *Hendrix*, donde me dejaba cuidar por Cooper y por Gael; como cualquier joven con sus amigos, pese a que por dentro sintiese haber envejecido mil años de golpe.

Y, de esa forma, mi vida volvió a ser como lo fue antes de que Jimena

apareciera en ella, pero lo hizo en blanco y negro, como si todo se hubiera difuminado y lo que antes me parecía una buena vida ya no lo fuera tanto.

Llegué a evitar a Adri y él también lo hizo. Era como si no fuese cómodo para nosotros el saber que siempre pensaría en Jimena al verlo; dejé que un problema con su prima enfriase nuestra relación y nunca me perdonaré esa decisión.

A ella no volví a verla.

Y pese a esa sensación constante de serenidad que siempre aporta la comodidad de lo conocido, fue la época más complicada de mi vida.

—¿Crees que le gustará? No lo he encontrado en rojo.

Iris me enseñó un conjunto de braga y sujetador azul cielo y maldije por lo bajo. Estábamos comprando unos regalos de Navidad y era para Luna. Su primer conjunto adulto para una niña de once años que comenzaba a desarrollarse lo que a mí me parecía demasiado pronto.

—Le encantará. Lo que quiere es que sus amigas vean que lleva un sostén. Créeme, el color es lo de menos.

—¿Sostén? —Las risas de Iris llenaron la tienda—. No estamos en el siglo XVIII, Bruno.

—Me niego a decir «sujetador» y «Luna» en la misma frase. «Sostén» me suena más medieval, con todo lo que eso conlleva.

Sacudió la cabeza y me agarró del brazo antes de coger otra percha y plantármela en las narices sonriendo con descaro.

—Podría comprarme uno de mi talla. Este sí lo tienen en rojo.

Rojo. De encaje. Con ligero incluido. Sexi.

Bostecé.

—Es bonito. Puedo regalártelo yo, si quieres. Aún no te he comprado nada. No estoy muy inspirado.

Ella suspiró resignada ante el poco interés que mostraba y lo metió dentro de la cesta.

—Hecho. La inspiración ya la pongo yo.

—Papá, ven. Vamos a leer los deseos del árbol.

Luna nos esperaba de rodillas bajo el abeto lleno de adornos y rodeada de regalos. Manteníamos la tradición desde hacía años de colgar cada uno un papel enrollado de una de las ramas con un deseo escrito y antes de abrir los paquetes los leíamos en alto.

Era bonito, aunque aquel año todos mis deseos me parecían insulsos y me había costado una eternidad escribir algo que no consistiera en hacer las maletas y largarme.

—¿Por cuál empezamos? Por el de mamá.

—Vale, ¡vamos allá! —Iris lo desenrolló y leyó en alto—. «Deseo que sigamos siendo tan felices como hasta ahora».

—¡Qué aburrida, mamá!

—Pero es verdad.

Hacía eso continuamente, lanzarme indirectas para demostrarme cuánto me quería con ellas, lo que se estaba esforzando por hacerlo fácil, por darme las gracias por seguir a su lado, aunque ya no hablásemos de esa clase de amor.

¿Y yo qué sentía? Nada más que un vacío enorme que se llenaba poco a poco de un desprecio que nunca antes había albergado por ella. Y después me sentía mal y una persona horrible por pensar así de un ser querido que, obviamente, tenía problemas emocionales que quizá también eran culpa mía por no haber sabido gestionar.

Todo me venía grande, me asfixiaba, se me retorció por dentro.

—Papá, te toca. —Yo no me moví.

Si hubiera sido más valiente, me habría marchado de esa casa en ese preciso momento.

—Trae, que lo leo yo —dijo Iris, cogiendo mi papel. Me conocía tan bien que sabía que me faltaba el aire—. «Deseo ir a nadar con tortugas marinas».

¿Y esta tontería?

Luna se echó a reír y yo no pude más que acompañarla, soltando un poco esa tensión acumulada, pese a que lo hiciéramos por razones diferentes.

—¡Cómo mola! ¿Me llevarías?

—¿Con quién iría si no? —le mentí, sintiéndome peor aún.

—Genial. Ahora el mío. «Deseo que Mateo sepa que existo». —La fulminé con la mirada; llevaba todo el curso obsesionada con ese chico—. No me mires así, papá. «Y algún día tener un hermano».

Fue la gota que colmó el vaso. Yo me levanté de un salto y suspiré con fuerza.

—Necesito una copa.

Iris se echó a reír y me miró con la ceja alzada y una ilusión en su mirada que me dolió, porque era real y aún albergaba esperanza cuando yo estaba tan roto.

Luna se lanzó a abrir sus regalos mientras chillaba como una loca y yo me

serví una copa de vino, dando un trago largo mientras pensaba en tortugas y en osos polares.

—¿No vamos a hablar de los otros deseos?

—Iris, no...

—Es una tradición.

—Ya no tiene sentido.

—Para mí lo tiene.

Estábamos en la habitación que seguíamos compartiendo y ella se había acercado a mí con esa actitud pícaro que tanto me enloquecía en el pasado y que desde hacía meses me resultaba superficial y un poco exagerada.

Recordé cuando después de acostar a la niña intercambiábamos otros deseos, casi siempre subidos de tono, fantasías u ofrecimientos que nos regalábamos.

Era excitante, pero a veces eran más sentidos, como promesas o declaraciones de intenciones.

—Voy a darme una ducha.

Le di la espalda, pero, antes de salir, ella habló y todo lo acumulado se me retorció una vez más por dentro, doliendo tanto que supe que ya estaba hundido del todo.

—Deseo volver a aprender a hacerte feliz.

—Iris...

—Te toca.

Su voz se rompió y supe que estaba llorando.

Yo me rompía también. Cada vez más.

Estaba allí con ella y seguía haciéndole daño. Daba igual que pensase que mis decisiones eran las más correctas, pese a que no lo fuesen para mí, porque ni así conseguía hacerlo.

Era un fracasado.

—Déjalo.

—Por favor... —suplicó.

Y yo le di lo que quería, porque, aunque supiese que era mentira y que aquello alimentaba aún más una situación insostenible, hacerla sufrir me mataba.

—Deseo volver a serlo contigo.

Los días se sucedían así, con momentos en los que nos acercábamos un

poco para después yo alejarme otra vez.

Las semanas volaban y yo me dejaba llevar por ellas, por la seguridad que me aportaba una vida que un día me hizo feliz y a la que comenzaba a acostumbrarme de nuevo.

No sé si llegué a odiar a Iris alguna vez. Supongo que creí hacerlo, pero, en el fondo, el saber que ella no era mala persona, sino que no sabía gestionar sus emociones, me podía, y dejé rápido de luchar.

¿Sabes? Ni fue fácil ni la mejor decisión, pero ya pagué las consecuencias con creces de mis errores.

Eso es lo que ocurre, que, por mucho que sepas que no es lo correcto, a ratos no puedes más y te dejas querer, aunque no sea lo que desees, solo por la necesidad de recordar lo que es sentirse querido.

Empecé a permitir que Iris me mimara; a responder a sus sonrisas; a decirme que era lo mejor para ella, para su estabilidad y para la felicidad de nuestra hija.

A fingir que lo pensaba de verdad.

A creérmelo.

No obstante, otras veces la vida me asfixiaba tanto que quería escapar como había hecho Luna aquella noche meses atrás; coger una mochila y largarme sin dejar ni una nota. Decirle a Iris que no podía más, que estaba harto, que la odiaba a ella, a mí, en lo que nos había convertido y lo que nos estaba haciendo por ser como era.

A veces quería zarandearla y gritarle que era imposible quererla. Aunque me hiciera ser un cabrón. Aunque en el fondo no lo mereciese. Aunque fuese mentira.

Y todo porque el precio a pagar, por evitar que fuese Luna, había sido Jimena.

Una Jimena que recordaba callada, ausente, diciéndome con sus ojos que la había decepcionado después de darse por entero cuando era el mayor miedo que tenía. Jimena hecha una bola en el sofá el último día, pero ocupando medio mundo con su presencia. Jimena con la voz firme, neutra, pero dejando entrever con cada gesto de indiferencia que no comprendía nada, que le dolía quererme, que el daño se le clavaba dentro y que solo era culpa mía.

Jimena perdida, tan poco preparada para comenzar nada a mi lado si no se reconciliaba primero con ella misma.

Hay quien dice que el amor, si no es fácil, no es amor. Que cuando las personas llegan a estos extremos sin razones que parezcan de peso en el fondo

no hablamos de este sentimiento. Yo pienso que parte de lo bonito de enamorarse está en eso, en que sea un gran reto, un acertijo gigante, algo que nos dé tanto miedo como ansias por descubrir cada uno de sus matices. Algo que nos despierte y nos active, y que nos descongele por dentro.

Pau decía que no me entendía; que no comprendía por qué no podía ser: «chico conoce a chica, conectan y son felices». Yo qué sé. Cada cual somos un universo entero y, en mi caso, vivía todo con tal intensidad que hasta los conflictos más sencillos se convertían en montañas que escalar. ¿Y por qué? Porque no veas lo increíble que es llegar a tocar la cima...

Eso había sido con Jimena. Dos personas opuestas en muchos aspectos y muy iguales en el sentir; en su caso esa intensidad se tornaba negativa y dolor, y tenía que aprender a gestionarlo. En el mío era la hostia en verso, pero claro... había otras cosas que para mí tenían más peso. Y Luna no era ni siquiera una elección.

La vida no siempre nos deja elegir el final más bonito de todos.

Entré en un estado que no le desearía ni a mi peor enemigo. Veía mi casa como si no fuese mía, como si la viese por primera vez. A Iris. A esas rutinas que un día fueron calma y sosiego.

Me asqueaba mirarme al espejo y solo me consolaba ver a Luna reírse, escucharla contar sus inquietudes y advertir cómo su felicidad compensaba el yo haber sacrificado la mía.

Por las noches comencé a hacer algo chungo que lo empeoró todo más aún.

Cuando la casa dormía, me sentaba en el salón y miraba algunas fotos elegidas que podía dejar allí sin que nadie me hiciera preguntas que no quería tener que responder.

Todas las demás las guardé en el estudio y tardaría mucho tiempo en volver a mirarlas.

Iris pensaba que se trataba de una serie abstracta de luces y sombras, pero yo sabía que no era solo eso. Era mi secreto. Mi consuelo.

Era la curva del cuello de Jimena cuando dormía. La sombra de su cabello sobre la alfombra de su habitación. Los rayos de luz que entraban por la cristalera de mi estudio aquella tarde que follamos hasta desgastarnos; después compartimos una tarrina de helado de pistacho y hablamos de un cuento infantil que su abuela le leía de pequeña. La manga de una camisa mía que ella se puso después de hacerle el amor con un concierto de piano de fondo.

Era una secuencia desordenada de lo que habíamos sido Jimena y yo antes de que lo estropeará todo.

—¿Qué hora es?

—Las siete. Estoy agotado.

Volvía de una fiesta de Año Nuevo y me quité los zapatos y el jersey en la semioscuridad del dormitorio. Era uno de esos días en los que me pesaba demasiado la vida como para intentar disimularlo delante de ella y lo percibí rápido.

Sentí que se levantaba y me rodeaba la cintura por detrás, abrazándome.

—Bruno, gracias por todo lo que haces. Por lo que te esfuerzas por nosotras.

—No tienes que dárme las.

—Sí tengo que hacerlo.

Asentí y le agarré las manos apoyadas en mi estómago; sin embargo, estaba tan cansado que, en vez de obligarla a retirarlas como había hecho en los últimos meses, le di un pequeño apretón de agradecimiento.

—¿Sabes? Tengo otro regalo para ti, pero no sé si querrás desenvolverlo.

Me giré y la miré confundido. Ella sonrió de medio lado y dio un paso hacia atrás.

Se quitó el cinturón de la bata y su cuerpo enfundado en el minúsculo conjunto rojo de lencería que yo le había comprado apareció ante mis ojos.

—Nena... no...

—Estamos bien, ¿no? Y te gusto. Siempre te he gustado. No puedes ocultarlo.

Mi pantalón se había abultado levemente. Una reacción instantánea ante un estímulo físico.

Era preciosa, una de esas chicas que hacen girar rostros al pasar; de esas por las que cualquiera podría perder la cabeza; una cara llamativa, de ojos grandes y azules y boca llena. Una figura digna de seguir protagonizando anuncios de ropa en las revistas. Una copa C, unas curvas marcadas, unas piernas largas.

Y mi erección nos demostró a ambos que mi cuerpo seguía vivo, pero nada más, porque me sentí completamente vacío. Estaba un poco excitado, sí, por la visión y por la ausencia de sexo, pero el deseo de tocarla, acariciarla, besarla y tenerla no apareció.

—Sabes que no... Estoy cansado, Iris.

Se puso nerviosa y se acercó hasta agarrar mi camiseta a la altura del pecho. Los suyos se apretaron, saliendo un poco por encima del encaje.

Tragué saliva.

Su olor se internó por mi nariz; Iris olía al pasado, a noches locas de sexo y alcohol, a una juventud terminada, a reproches, desprecios, chantaje y manipulación.

A tristeza.

—Déjame hacerte feliz. Déjame intentarlo —suplicó.

Su mano se deslizó por mi torso hasta posarse en mi entrepierna.

—No hay vuelta atrás, nena. Esto está roto.

Se arrodilló y suspiré apartando la vista un segundo, mientras sus dedos desabrochaban la cremallera de mi pantalón y lo bajaban un poco.

—Lo arreglaremos. Siempre lo hacemos. Confía en mí. Una vez más, Bruno. Saldrá bien. Te lo prometo.

Observé el brillo de sus ojos a través de sus largas pestañas y exhalé con fuerza, recordando que Iris también olía a familia, a hogar, a lo único bueno que había conseguido mantener en toda mi vida.

Sonrió, acercó su boca a mi piel y me rendí, cerrando la puerta con nosotros dos dentro.

Horas después, me incorporé desnudo con Iris a mi lado y odiando a Jimena, aunque no tuviera mucho sentido. Odiándola por haberme despertado tanto que, desde que le dije adiós, me daba la sensación de que vivía dormido.

Me levanté, me di una ducha y ayudé a Luna a hacer unas pulseras de un juego nuevo que le habíamos comprado por Navidad. Una de ellas acabó en mi muñeca y fue lo único que me hizo sonreír de verdad en todo el día.

Por la noche, Iris se sentó a mi lado en el sofá y puso la cabeza en mi regazo; yo le acaricié el pelo hasta que se quedó dormida.

Y así empezó el año, conmigo de nuevo en la casilla de salida y aceptando que el amor a veces no llega para quedarse, sino para enseñarnos a tomar decisiones y a madurar. Para mostrarnos que en ocasiones tenemos que dejar de mecernos por el caos y mantener controlados nuestros sentimientos.

Jimena me enseñó todo eso y mucho más.

Jimena me ayudó a demostrarme que amaba tanto a alguien que estaba dispuesto a sacrificar mi felicidad por la suya.

Jimena me mostró que no hacía falta compartir la sangre para ser un buen

padre y eso se lo agradeceré toda mi vida, pese a que nuestra historia nunca pudo llegar a ser.

 Mi Jimena, la niña de ojos color mostaza que contaba historias con la mirada y que creía estar hundida en un constante caos.

 La misma Jimena cuyo recuerdo me mantuvo a flote en la peor época de mi vida.

Jimena

Nunca pensé que la peor época de mi vida a nivel emocional iba a convertirse en una de las más felices.

Trabajaba de lunes a viernes recibiendo llamadas en el departamento de quejas de una compañía telefónica. Los fines de semana servía hamburguesas en un local céntrico por las noches. Ahorraba cada céntimo que me sobraba después de restar mis gastos básicos de alquiler, comida y cosas por el estilo. Dormía poco y comía mal.

Estaba agotada.

¿Y a qué dedicaba las tardes? A soñar.

Nunca había tenido tanto control sobre mi vida teniendo en cuenta que andaba a ciegas, arriesgándome sin tener claras ni siquiera mis posibilidades de éxito.

Oliver y Edgar me ayudaron a limpiar y a pintar el local.

Tuve que invertir un dinero que no esperaba gastar en arreglar las tuberías del pequeño aseo y la escalera de caracol para que fuera segura y no acabara matándome antes de tiempo. Pedir licencias, dar de alta los suministros, comprar muebles, buscar proveedores.

Encontré a una chica en internet que restauraba muebles antiguos y que se adaptaba a las posibilidades reales de cada cliente. Le hablé de mi proyecto y, sin querer, acabé contándole mi historia al completo; se enamoró de la idea romántica de dejar todo mi plan de vida y empezar de cero y, con su ayuda, convertí mi pequeño local en una preciosidad de estilo *vintage*. Se llamaba Sara y había conseguido hacer despegar su negocio siguiendo su instinto, un poco como yo, y me regaló un par de cuadros preciosos pintados por ella como recuerdo.

Me encantó sentir que no estaba sola en el mundo y que había gente que en algún punto del camino se había encontrado tan perdida como yo.

Percibía que las cosas fluían, que me iban bien.

Y después estaba lo otro, el volver a crear.

Saqué mi viejo maletín del armario donde había ido almacenando tejidos, apliques o cualquier material que encontraba en tiendas y que no podía evitar comprar sin ningún fin aparente. Mi madre me envió por correo mi vieja

máquina de coser y dos cajas desde mi casa en las que me reencontré con pequeños tesoros guardados que ya no recordaba. Compré mucho más y me senté con la ilusión de una niña simplemente a disfrutar.

Y lo logré.

Conseguí pintar la fachada y la puerta tal y como me las imaginaba, y Oliver me regaló una pequeña placa de aspecto antiguo en la que encargó que pusieran mi nombre.

Lloré cuando lo vi y lo abracé tan fuerte que después se quejó de que le dolía una costilla.

No pude recuperar mi blog por política de mi antigua empresa pero no me importó, porque Adrián se encargó de hacerme uno nuevo y una página web con los que comenzar otra vez, adaptándolos a la tienda y a lo que a mí me apeteciese.

Caía rendida en la cama por las noches después de hablar con Laura o con mi madre.

Era feliz. Mucho.

Me di cuenta de que nunca lo había sido con tanta claridad y que todo eso lo había conseguido con la ayuda de personas que me querían tanto como para apostar por un sueño ajeno; pero, sobre todo, fui consciente de que lo había logrado por mí misma.

Y es que gracias a conocer a Bruno y a enamorarme por primera vez, aprendí que no siempre te cruzas con las personas para compartir la vida con ellas.

A veces el amor tiene otros objetivos, como hacerte despertar y descubrir que te mereces ser feliz, por muy mal que hicieras las cosas en el pasado.

Que mereces la pena.

A veces el amor se cruza en tu camino para enseñarte que sentir no es malo y que el vacío puede llenarse de muchas maneras... y después se va.

A mí Bruno me enseñó eso, que una vida en la que no te brillen los ojos es una vida controlada, pero no es una vida plena.

Me enseñó que vivir en armonía con el caos interior de cada uno puede ser un desastre, pero un desastre genial.

Y, por encima de todo, me mostró que yo ya no era ni control, ni desequilibrio, ni caos, sino que yo era... simplemente, Jimena.

Simplemente, Jimena

Ser consciente significa tomar consciencia del momento presente, sin juzgar, sin reflexionar o pensar. Ser capaces de observarnos a nosotros mismos sin juzgarnos y mostrar quiénes somos realmente.

Jimena

La puerta se abre y el tintineo me avisa de que alguien ha entrado. Me asomo por la barandilla y el griterío de tres chicas jóvenes me recibe. Dos de ellas tienen el pelo rubio con las puntas teñidas de rosa, lo que supongo que será la última moda; la tercera tiene el pelo oscuro recogido en una trenza y un mechón azul brilla entre sus cabellos.

Apago la máquina de coser y bajo las escaleras.

Me las encuentro mirando embelesadas la nueva colección de bolsos de fiesta.

—Buenos días. ¿Puedo ayudaros?

—Hola, venimos a recoger un encargo de mi madre, Luisa Figueroa —dice la rubia más bajita de las dos.

Asiento y las dejo de nuevo solas, mientras voy al almacén a por la sombrerera. Se trata de una pamea con base de sinamay y de seda fucsia con flores en marfil.

—Es precioso... ¿te imaginas llevarlo con los tacones que vimos el otro día? —pregunta la morena con ojos soñadores.

Tocan con delicadeza el vuelo de uno de mis diseños; es rojo, ajustado en la cintura y que después se ensancha hasta llegar a la mitad del muslo.

—Nacho se moriría si te ve con este vestido.

—¿Tú crees?

Sus carcajadas me hacen sonreír y pienso en lo que hubiéramos disfrutado Laura y yo en una tienda como la mía a su edad.

Calculo que tendrán quince o dieciséis años; sus mochilas llenas de libros les cuelgan de la espalda. Mientras yo le muestro a la hija de Luisa el resultado del encargo antes de envolverlo en papel de seda y cerrar la caja, las otras dos observan maravilladas las coronas y diademas metálicas de las vitrinas.

Los ojos de la morena están clavados en mí; en ellos creo leer admiración, como cuando yo miraba a las chicas mayores y cruzaba los dedos deseando ser como ellas.

Le sonrío hasta que aparta la vista un poco ruborizada.

—Dale las gracias a tu madre. Y le dices que la próxima vez puedo llevarle yo el pedido, si no puede acercarse por el trabajo.

—Muchas gracias, Jimena.

Cuando se marchan, subo de nuevo al taller y continúo un par de horas cosiendo, con música bajita de fondo, hasta que la puerta suena de nuevo a eso de las ocho y sonrío en el acto.

—¡Comida china, cerveza tostada y *Rebelde sin causa!*

Me levanto y me encuentro con el rostro sonriente de Oliver alzando un par de bolsas hacia mí. Lleva puesto el traje, lo que me dice que ha venido directamente del trabajo a buscarme. La corbata cuelga de su cuello con el nudo deshecho.

—¡Eres el hombre de mi vida!

—Espero que no.

—Idiota...

Charlamos un rato en lo que yo termino de recoger y, después, paseamos hasta llegar a mi piso. Se encuentra apenas a diez minutos caminando de la tienda; es pequeño y un cuarto sin ascensor, pero solo mío.

Nos ponemos cómodos y Oliver coloca la comida en la mesita baja del salón, mientras yo preparo la película.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Bien. He conseguido la campaña.

—¡Felicidades! —Él sonríe con orgullo, pero sus ojeras me dicen que hasta ese esfuerzo le cuesta—. Estás agotado, ¿verdad?

—Es posible que veas la película sola. —Bosteza y yo le revuelvo el pelo; no hay duda de que, en cuanto ponga la cabeza en el respaldo del sofá, caerá rendido—. Lo siento.

—No pasa nada, así tengo a James Dean para mí sola. ¿Qué tal van las cosas con Patricia?

Desde que la conoció hace un par de años en una fiesta, se le ilumina la cara al escuchar simplemente su nombre. Es automático.

—Van.

—Bien.

—Bien. —Nos quedamos callados, mirándonos, hasta que él no puede más y lo pregunta, mientras yo me echo a reír—. ¿No vas a preguntarme por nada de la boda?

La maldita boda que, desde que decidieron casarse, no ha dejado de ser el tema central de todas las conversaciones de su entorno. Menos cuando está conmigo, claro.

—No, Dios. Es nuestra «noche de tíos», como ella la llama. Cerveza,

comida y cine, Oliver. Yo no hablo de flores.

—Tienes una tienda donde tus principales clientas son invitadas de bodas, Jimena. Te pasas el día haciendo flores de tela y cositas «cuquis».

—Por eso. Esto es ocio, no trabajo.

Suelta una carcajada y yo pienso en que bendita la hora en la que decidimos que los jueves eran solo nuestros e inauguramos oficialmente la «noche de tíos», como la denomina Patricia y hecho que no me ofende en absoluto, bebiendo cerveza a morro, picoteando comida rápida y viendo una peli, escuchando música o charlando de nuestras cosas, dejándonos lo políticamente correcto fuera y siendo nosotros, sin más.

—Sigo sin entender por qué dejamos de follar y no nos enamoramos.

—Ni me lo recuerdes.

—Ya, da grima.

Ponemos cara de asco y un estremecimiento me recorre entera solo de imaginármelo, y después nos reímos, porque nos resulta alucinante recordar un pasado en el que nos tocábamos desnudos. Es como si aquello hubiera ocurrido en una realidad paralela.

Cómo cambian las cosas, ¿no te parece? Conoces a un chico, te atrae, tú lo atraes, salís, intimáis y un día comenzáis a conoceros y lo cambia todo, porque traspasa una barrera y se convierte en familia y pensar en sexo con él en algo así como incesto.

Me río de él cuando se le queda un trozo de zanahoria colgando de un diente y después brindamos y nos dejamos caer en el sofá, saciados, con la sensación de estar en casa y felices.

Porque sí, en algún punto del camino Oliver y yo aceptamos que éramos más felices cuando compartíamos pequeños instantes como este.

La semana pasa con la tranquilidad de los últimos meses, quizá ya años.

He cumplido los treinta y puedo asegurar que me gusta mi vida.

Mi piso de paredes blancas y sombreros colgados en ellas, mis cojines de colores imitando las escamas brillantes de las sirenas (o de sardinas, según Oliver), mi dormitorio, todo blanco y con dos cuadros con solo dos palabras escritas en negro sobre el cabecero.

«Inhale». «Exhale».

Dos palabras que leo cuando me levanto cada mañana y que me serenan en el acto.

«Respira, Jimena».

Porque he aprendido a hacerlo. A no pensar más de lo debido, aunque a veces aún lo haga y me agobie, sobre todo cuando las facturas no cuadran o el trabajo se me acumula, pero he dejado de hacerlo por cosas sin trascendencia, inevitables o incontrolables.

He aprendido a disfrutar, a aceptarme como soy, tanto la parte neurótica que sigue ordenándolo todo por categorías en casa, como la alocada y un poco impulsiva que dejó un camino más o menos recorrido para buscar aquello que la llenaba.

He dejado de necesitar dar una imagen perfecta delante de los demás, de exigirme tanto como para que cada paso de mi vida pareciese un problema sin solución y de esconderme cuando de emociones se trata. Ahora las dejo libres, pese a que a veces aún me cuesta.

Me han convertido en madrina de un niño que berrea poseído cada vez que lo toco, pero no me importa, porque lo hago de vez en cuando y no porque Laura me obligue, sino por iniciativa propia. Creo que incluso lleva marcadas con una cruz las ocasiones en el calendario.

He tenido citas, algunas desastrosas y otras medio decentes, y he acudido a ellas no con el objetivo de encontrar un desahogo puramente físico, sino con la mente abierta a cualquier posibilidad que la vida quisiera plantarme delante de mis ojos.

He asumido que el control no tiene razón de ser cuando se trata del amor y me he dejado llevar, aunque no haya funcionado.

Podría decirse que me he reconciliado conmigo misma, me he aceptado como soy y he descubierto durante el proceso que la felicidad también consiste en eso.

Lo he echado de menos, pero como se echan de menos esas vacaciones de verano que te marcan y que sabes que nunca volverán a repetirse; con la certeza de que fue bonito, de que sucedió, de que siempre será uno de los mejores recuerdos de tu vida y de que, aunque dejó un hueco vacío en forma de cicatriz, sabes que no era imprescindible para que seas feliz.

Es martes. Paso la mañana con la hermana de Oliver ultimando los detalles de su vestido para la boda.

Al mediodía como con Patricia, la futura novia, que está histérica y lleva todo el mes dándome el coñazo con algunos regalos para las invitadas que me ha encargado; pero, como la adoro y Oliver la quiere, respiro hondo y la escucho con una sonrisa inmensa, como si me emocionase tanto como a ella el

gran día.

La tarde transcurre tranquila, así que aprovecho para realizar algún pedido pendiente a proveedores y actualizar la página web, hasta que la puerta se abre y entra una nueva clienta.

—Hola.

—Hola, ¿necesitas algo?

—Voy a echar un vistazo.

—De acuerdo, cualquier cosa me dices.

Sigo con mis tareas concentrada en la pantalla del ordenador, mientras ella recorre las vitrinas con lentitud, observándolo todo en silencio durante unos cinco minutos antes de acercarse al mostrador y quedarse quieta delante de mí.

Alzo la cabeza y me fijo en su expresión, entre temerosa e inquieta.

—¿Va todo bien?

—Me acuerdo de ti.

—¿Perdona? —Entonces me fijo en ella y por fin caigo en la cuenta de que es una de las chicas que acompañaban a la hija de Luisa una semana atrás; la de pelo castaño oscuro con el mechón azul—. Ah, sí. El otro día. La hija de Luisa y sus amigas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te gustó algo en especial?

—Todo. Pero no me refería al otro día.

Frunzo el ceño y espero a que siga hablando, porque no la entiendo y hay algo en ella que me confunde, aunque no logro entender el qué.

—No te sigo, lo siento.

Coge aire y entonces lo suelta, nerviosa, con las palabras a trompicones, como si se le atascaran por miedo. De este modo su juventud es más palpable que nunca, aunque físicamente parezca ya toda una mujer.

—Me acuerdo de ti. Ya nos habíamos visto antes.

—¿De qué estás hablando?

—Viniste a mi casa. Hace unos cinco años.

Rememoro a tientas, porque recordar el pasado siempre trae consigo sentimientos que aprietan un poco e incluso que ahogan, y entonces viajo atrás en el tiempo y me encuentro frente a una niña que me abre la puerta antes de que mi mundo se desmorone. De cabello castaño oscuro, ojos azules y aparato en los dientes.

—¿Luna?

Sus ojos grandes brillan. Después me tiende una mano y sonrío con

aparente alivio, como si el hecho de que aún la recuerde le dijera mucho más de lo que significa.

—Sí. Encantada de conocerte. Papá no llegó a presentarnos.

Y, aunque sé que es imposible, lo veo a él en ella, en su mirada, en su sonrisa, en su manera firme de apretar su mano entre la mía.

Veo a Bruno frente a mí cuando llevo cinco años prohibiéndome hacerlo.

Lo veo, y todo vuelve.

Luna

Creo que siempre lo supe. Me refiero al hecho de que Bruno no sea mi padre.

Como si hubiera algo que no encajaba en nuestra vida; algo que no terminaba de cuadrarlo todo; un presentimiento. El caso es que la mente infantil no razona de la misma manera que la de los adultos, y comprendía lo que ellos no llegaban a entender y no lo hacía con cosas que parecía que daban por supuestas.

Cuando miro atrás, lo veo en todos mis recuerdos.

A los dos.

A Bruno siempre con su sonrisa, siempre inventándose juegos que compartir conmigo, leyéndome por las noches, bailando por el salón, enseñándome a hacer fotos en su estudio. En ocasiones me daba la sensación de que era como vivir con otro niño de mi edad; siempre haciéndome reír, siempre mostrándome que crecer era fácil y divertido.

A mamá siempre protegiéndome, buscando la aprobación de él, mirándolo con admiración, queriéndonos a ambos.

No podría haber tenido una mejor infancia que la que ambos me dieron.

Sin embargo, con los años comencé a verlo. Un halo de tristeza que daba igual cuánto intentasen ocultarlo, porque ahí estaba y nos acompañaba adonde quiera que fuéramos.

Él lo llevaba en los ojos, cuando se sentaba a fumar en la ventana y observaba la calle, como si se le hubiera perdido algo muy lejos de allí.

Quizá alguien.

Como si no tuviese suficiente con nosotras.

Mamá fingía peor; la abuela me decía que ella era más débil y que por eso tenía que hacerla reír siempre que pudiera, porque tenerme a su lado le daba las fuerzas que le faltaban.

Éramos felices, pero, según fui creciendo, me di cuenta de que lo eran conmigo, pero no entre ellos. Creo que se pensaban que con diez años yo seguía siendo una niña que no veía a su padre durmiendo en el sofá cuando se levantaba a media noche al servicio o que no oía a su madre llorar encerrada en su dormitorio. Que no veía que mamá le buscaba la mano a Bruno con necesidad, como si fuera una niña perdida que se agarrase a él para no quedarse atrás, y a él aceptarla casi con obligación, pero con los ojos vacíos.

Los adultos dicen que con dieciséis años no se puede saber qué es el amor, pero no estoy de acuerdo. Es cierto que nunca me he enamorado, pero eso no significa que no identifique el sentimiento cuando lo veo. O que, cuando no está, no lo eche en falta.

Papá lleva años enseñándome a verlo a través de un objetivo.

Y digo «papá» (aunque ahora me guste llamarlo por su nombre delante de mis amigas ya que, según Cris, es más glamuroso) porque siempre lo ha sido, incluso cuando no pudo aguantarlo más, mamá lo echó definitivamente de casa, me contaron la verdad y estuve unos meses sin apenas poder verlo.

A ella nunca la perdonaré por aquello, aunque todos me repitan una y otra vez que le pudo el miedo. Y sé que las personas se equivocan y que hay que perdonar a la gente que queremos, pero también me han enseñado que, cuando se quiere a alguien, se desea su felicidad por encima de todo y, durante un tiempo, mamá nos la negó a ambos.

Los adultos tienden a ser de lo más contradictorios; supongo que me tocó aprender a una corta edad que los padres también son humanos y no superhéroes que pueden con todo o villanos dispuestos a amargarnos la vida, como creían mis amigas.

Aun así, la relación con mamá sigue mejorando (ella me ha prohibido rotundamente llamarle Iris), pese a que siga contando los días para cumplir dieciocho y poder mudarme con Bruno.

Aunque, bueno, supongo que lo importante aquí es hablar de Jimena y no de mí...

Tardó mucho tiempo en hablarme de ella.

Lo hizo un día de madrugada, sentados en la arena de la playa.

Tenía trece años, había cogido una mochila y me había intentado fugar de casa con el que creía que iba a ser el amor de mi vida.

Era la tercera vez que les daba un susto de muerte así a mis padres.

Yo sabía que marcharme a escondidas no estaba bien, pero era mi modo de llamar la atención de dos adultos que se pasaban el día odiándose sin darse cuenta de que yo lo veía todo.

Aquella vez el detonante había sido el que Bruno hubiera cogido sus maletas para siempre. Me había pedido perdón con lágrimas en los ojos mientras mamá lo asesinaba con la mirada y le susurraba que ninguna de las dos queríamos volver a verlo, aunque yo llorara porque en realidad deseaba marcharme con él y me sentía abandonada.

Fue él el que me encontró, llamó a mamá para decirle que estaba bien y

después le colgó el teléfono prometiéndole llevarme a casa cuando saliera el sol.

No sé a cuál de los dos nos gustó más desobedecerla.

Pasamos la noche por ahí juntos hablando; fue la primera vez que me sentí como una persona mayor y no como una niña. Y es que Bruno casi siempre me trató como a una igual y eso hacía nuestra relación especial. Con Bruno no importaba equivocarse, porque él lo hacía continuamente.

—Estuve hace unos dos años aquí mismo con una chica.

—¿Con mamá?

—No. Con Jimena.

Fue la primera vez que escuché su nombre y sonó como si fuera importante.

No lo sé, hay cosas que se saben enseguida, da igual la edad que tengas y que hayas vivido poco. Y mi padre puso la misma cara que cuando encontraba la foto perfecta o comprábamos chocalinas para atiborrarnos cuando mamá no estaba.

—¿Una amiga tuya? Nunca me has hablado de ella.

—No, pero te prometí que un día lo haría. ¿Recuerdas aquella chica que llamó a la puerta de casa y que después salió corriendo?

—El día del volcán.

—El día del volcán —repitió, asintiendo; ambos nos quedamos en silencio unos segundos, recordando aquel día en el que me enfadé tantísimo con él por seguir mintiéndome con todo y muy confundida, sin saber que mi padre estaba diciéndole adiós a alguien a quien quería—. Era... una amiga.

—Tengo trece años, si te acostabas con ella mientras estabas con mamá, dímelo. Estoy harta de que no seáis directos.

Entonces se giró y me miró fijamente, de esa manera en la que siempre me miraba cuando deseaba que me tomase en serio lo que iba a decirme.

—No es solo que me acostara con ella, es que la quería.

—¿Y mamá?

—A tu madre siempre la querré, Luna, pero hacía tiempo que ya no la amaba de esa manera. Ni siquiera estábamos juntos cuando Jimena apareció. Solo... solo éramos una familia.

Entonces todo se aclaró un poco en mi cabeza, pese a que era muy pequeña para comprender bien el puzle que era mi vida. Y odié a mi madre, con fuerza, porque no dejaba de prohibirnos cosas a ambos que nos hacían felices.

¿Y qué persona que te quiere hace eso? Una muy egoísta.

—No entiendo cómo puedes seguir queriéndola después de todo.

—Eh, escúchame bien. —Se puso serio y tragué saliva. Cuando quería, Bruno sabía cómo parecer un padre de los que dan miedo, pese a que nunca alzase la voz enfadado conmigo—. Tu madre es maravillosa, no es perfecta, pero hace todo pensando en tu bien, ¿vale? Cometerá errores, como todos, pero entrará en razón. Esto es pasajero. Tienes que volver a casa, cuidarla en mi lugar, porque yo ya no puedo hacerlo, y entre los dos llegaremos a un acuerdo. Confía en mí.

—¿Es porque no eres mi auténtico padre?

—No. —Pero vi la tristeza en sus ojos; esa tristeza a la que ya estaba demasiado acostumbrada.

—Porque yo no quiero otro. Me importa un pepino si mañana se presenta en casa. Tú eres el único padre que quiero.

—¿Aunque sea un desastre? —preguntó, con los ojos mojados.

—¿Estás de broma? El padre de Cris es un sargento y le hace sentir que siempre está metiendo la pata por todo.

—Ah, claro, y conmigo eso no pasa, porque el que meto la pata suelo ser yo.

—Sí.

Nos echamos a reír y me pasó el brazo por encima de los hombros, abrazándome. Yo me agarré a él con toda la fuerza que fui capaz.

—Me alegro, porque no voy a dejar que te libres de mí tan fácilmente. Pero tienes que dejar de escaparte de casa o acabarás atada a una cama.

—Te lo prometo.

—Bien.

Miramos el mar. Habíamos ido allí a bañarnos muchas veces, pero, no sé por qué, de noche lo veía diferente.

Una pareja abrazada pasó riéndose delante de nosotros e intenté imaginármelo con otra chica que no fuese mi madre haciendo eso mismo, abrazándola y riéndose feliz.

Quise conocerla.

—Háblame de ella. De Jimena.

Sonrió contra mi pelo y me besó en la cabeza.

—Era algo egoísta, orgullosa, desconfiada, con mal genio y muy pero que muy terca. Tenía una etiquetadora con la que marcar las cosas y comía verdura y platos aburridos todo el tiempo.

—Todavía no entiendo por qué te gustaba.

—Porque eso solo fue el principio. También era divertida, curiosa,

responsable, valiente y ¿sabes qué contestó a la pregunta de viajar con los ojos cerrados?

—¿Se la hiciste? —le pregunté sorprendida, porque era un juego que nosotros teníamos desde que me alcanzaba la memoria.

Nos gustaba cerrar los ojos por las noches e imaginarnos en otros lugares, en todos esos sitios que algún día visitaríamos juntos y fotografiaríamos.

—Quiso ir a ver tortugas marinas.

Él no se dio cuenta, pero me cabreeé un poco al recordar que ese había sido uno de sus deseos del árbol unas Navidades pasadas. Me enfadó porque se me hizo obvio que su deseo no era compartir ese viaje conmigo, sino con ella. Con Jimena.

En ese instante comprendí un poco a mi madre, porque yo también lo quería solo para mí.

El amor nos convierte en seres de lo más egoístas.

—Parece simpática, aunque sigo prefiriendo ir al Kingda Ka.

—Creo que comienzo a estar mayor para la montaña rusa más grande del mundo.

Nos reímos.

Dijo que vomitaría a todas las personas que estuvieran mirándonos desde abajo y que después tendría que cargar con él auestas. Jugamos a imaginarnos ese escenario de lo más asqueroso, hasta que volví al tema y su sonrisa desapareció.

—¿No has vuelto a verla?

—No. A veces las cosas no pueden ser, Luna. Los adultos tenemos tendencia a estropear las cosas.

—Podrías buscarla e invitarla a cenar. Algo romántico. ¡Mándale flores!

Se rio.

—Seguramente me las tiraría a la cara. No le gustaban nada los gestos románticos.

—Qué rara.

—Un poco.

Pero ambos sonreímos, porque nos gustaban las cosas raras. Como echarle maíces tostados a la ensalada o comer queso con chocolate.

—¿La echas de menos?

—A veces. Le hice muchas fotos, ¿sabes? Cuando me acuerdo de ella, las miro.

—¿Me las enseñarías?

—No debería contarle esto a mi hija adolescente, pero no todas son para menores de dieciocho años.

—¡Ay, papá! —grité, poniendo los ojos en blanco y dándole la espalda muerta de vergüenza.

¿Pero te cuento un secreto? Me encantaba que me dijera cosas así, como si fuera mayor de lo que me trataban los demás, con confianza, con esa naturalidad con la que Bruno siempre ha tratado las cosas, aunque no se pareciese en nada a los padres de mis amigas. Y nunca quise que lo hiciera, porque era el mejor de todos.

Se levantó de un salto y me ofreció su mano para ayudarme a mí a hacerlo.

—Vamos al estudio. Te presentaré a Jimena.

Y lo hizo.

Y, tres años después, no me puedo creer haberla encontrado y no haberlo hecho antes, con la de veces que he pasado por delante de esta tienda.

Supongo que las cosas llegan en el instante exacto en el que tienen que llegar.

Jimena

—Encantada. Eres mayor.

—Tengo dieciséis años.

—Eres muy alta.

—O tú bajita.

No puedo evitar sonreír un poco, porque su respuesta me parece graciosa.

Ella me mira con una curiosidad que no se molesta en ocultar y con...
¿aprobación?

Yo, mientras tanto, pienso en que nunca se me han dado bien los niños, pero al instante soy consciente de que frente a mí ya no está esa niña que siempre hubo en mi cabeza, sino una adolescente de ojos inteligentes que me saca una cabeza.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí, Luna?

—No le he dicho que te he visto —se disculpa, antes de nada.

—¿Y vas a hacerlo?

—¿Te acuerdas de él? —cambia de tema.

Y me recuerda a Bruno, cuando le daba giros a la conversación para guiarme hacia donde él quería llegar sin hacerme sentir incómoda, o incomodándome más que nunca, depende del caso.

—No creo que sea una conversación para tener contigo, Luna.

—No has respondido.

Cierro los programas abiertos en el ordenador y me pongo a recoger un cajón que está impecable, solo por hacer algo con las manos.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Por eso. Mi madre dice que cuando ni el tiempo cura una herida es porque sigue sangrando por dentro.

—Es lista —le susurro.

—Sí. Tanto como para aceptar que no se portó bien con Bruno.

—Me alegra saber que os van bien las cosas.

Le sonrío como si no me importara y, algo más tranquila después de la impresión inicial, sigo trabajando con ella al otro lado del mostrador observándome cauta.

No sé qué pretende, pero necesito transmitirle que todo aquello ya no significa nada para mí más que un puñado de recuerdos. Que ni siquiera soy la

misma.

Hasta que habla, y algo dentro de mí se retuerce.

—Sale con alguien. De hecho, ya han elegido la fecha para la boda. —Se acerca hasta el mismo vestido rojo que estudió la semana anterior con sus amigas y lo toca con los dedos con una delicadeza que me estremece; como si temiera romperlo al hacerlo—. No sé si me dejarán ponerme un vestido como este, pero, si no es así, me encantaría que me hicieras uno que apruebe mi madre.

Me he imaginado a Bruno en mil contextos diferentes. Con Iris y Luna formando una familia y siendo felices. Solo, viajando por el mundo y mandándole postales desde cada destino. Viviendo con una chica guapa y haciéndole fotos a ella entre las sábanas, como un día me hizo a mí. Cada noche en una cama diferente, dando tumbos por la vida sin demasiado sentido.

Pero nunca a punto de casarse.

¿Y cómo es posible que me duela? ¿Cómo es posible que ahora mismo solo escuche su voz como un eco constante diciéndome que va a pedirme matrimonio hasta el día que se muera?

Cinco años después aún escuece, porque una parte de todo aquello se quedó dentro de mí.

—Sí, claro. Tendrías que venir con un adulto para tomarte las medidas y hablar de todo un poco. Presupuesto, materiales...

Saco la agenda para buscarle una cita, pero ella sigue hablando como si yo no estuviera delante.

—Van a poner una carpa al aire libre. Mi padre dice que lo mejor es que va a poder estar todo el día descalzo. Ya hay apuestas sobre cuánto tiempo aguantará con la pajarita puesta.

«Dos minutos», estoy a punto de decir, pero me muerdo la lengua.

Y es que me resulta fácil verlo así, descalzo, con la camisa por fuera y bailando con una sonrisa radiante. Haciendo el tonto y poniendo muecas para que su hija se ría mientras la ceremonia se lleva a cabo. Como si aún lo conociera.

—Luna, gracias por venir, pero tengo que seguir trabajando.

Me incomoda. Me molesta saber que imaginármelo pasando por el altar del brazo de otra me afecta. Me cabrea que una cría de dieciséis años se dé cuenta.

—Se llama Antonio.

—¿Qué?

—El novio. Aunque le gusta que lo llame Toni, dice que suena más juvenil. Sonríe abiertamente y se cruza de brazos con altanería.

Yo quiero estrangularla, pero de repente me recuerda un poco a mí. No sé por qué. O a él. O a nosotros. Es raro. Me desconcierta.

Al final me siento en la banqueta y asumo que me ha pillado, porque es obvio que no es Bruno el que va a dar el gran paso, sino su madre. Y todo eso supone demasiada información. Y más todavía el que ella haya venido solo para contármelo precisamente a mí.

—Vale. Muy inteligente por tu parte. ¿A qué has venido?

—Solo quería saber si no me estaba equivocando.

—¿A qué te refieres?

Pero no me contesta. Se da la vuelta sin más y se dirige a la puerta.

Su coleta se mece con gracia a cada paso que da.

—Volveré.

—Espera.

Me levanto para detenerla, pero es muy lista como para necesitar pedírselo.

—Tranquila. No voy a decirle que te he visto.

—Vale.

—Adiós, Jimena.

Desaparece y me quedo ahí sentada y muy quieta, mirando una grieta del suelo. Pensando en lo que acaba de suceder. En Luna. En Bruno. En la vida. En tortugas, amaneceres y rayos de luz colándose por persianas.

Cuando consigo reaccionar, cojo el teléfono.

—Laura, ¿puedes hablar?

—¿Con un adulto por primera vez en todo el día? ¡Sí, por favor!

Oigo gritos infantiles y me imagino a mi amiga con puré en las orejas y sin ducharse desde hace días, mientras los mellizos, que acaban de cumplir su primer año de vida, agitan sus bracitos en las tronas que yo les regalé y el pequeño Íñigo, de tres años, corretea detrás del perro intentando cabalgarlo.

Sí, tres niños y un perro; si Laura se propone algo, lo hace a lo grande.

—No adivinarías ni en mil años lo que me acaba de pasar.

—¿Te has tragado una lentejuela?

—Sí, y ha sido tan alucinante que he tenido que llamarte por teléfono — replico con sarcasmo.

—Perdona, es la costumbre cuando tienes tres niños de menos de tres años.

—Ha venido a verme Luna.

—¿Qué Luna?

—La hija de Bruno.

—Bruno... —medita unos segundos, pero yo se lo perdono, porque la pobre no duerme desde hace demasiado tiempo como para pensar con claridad

—. ¿¡Tu Bruno!?

—Sí, mi Bruno.

—¡La leche! ¿Y qué quería?

—No lo sé.

—¿Te estás mordiendo las uñas?

—No —le digo, con un dedo metido en la boca.

—Mentirosa.

—¿Y ahora qué, Lau?

—¿Cómo que ahora qué? Te mueres por averiguarlo, Jimena.

Y asumo que es cierto, que la vida a veces nos sorprende y que lo único que puedes hacer es dejarte guiar hasta averiguar adónde te lleva y si el viaje merecerá o no la pena.

Bruno

—Papá, tenemos que hablar.

Levanto la vista de la mesa y me encuentro con Luna con los brazos en jarras y expresión seria. Impone igual que lo hacía su madre cuando la conocí y tenía solo unos pocos años más, aunque además en la niña se ve esa seguridad que en Iris brillaba por su ausencia; esa fuerza que no se de dónde coño habrá sacado.

—Miedo me das cada vez que dices eso.

Entonces parpadea con inocencia y comienza a parlotear sobre ropa como la niña que aún es a ratos, lo que me hace tranquilizarme un poco y dejar de pensar en drogas, embarazos adolescentes y toda clase de conflictos que no sabría sobrellevar sin quedarme calvo.

Sí, asumo que no llevo muy bien según qué cosas.

—He encontrado el vestido perfecto. ¡Es rojo! Tiene un tul por debajo de la falda. Y unas piedritas en los hombros. Es precioso. Tan precioso que si no me lo compras para la boda de mamá seré triste y desgraciada para el resto de mis días.

Pongo los ojos en blanco y ella me responde con un puchero y un pataleo que me hace sonreír aunque no quiera.

—Un vestido no tiene la clave de la felicidad, Luna. Solo es tela.

—No me vengas hoy con tus sermones de *hippy*, por favor. —Alzo una ceja y cruzo los brazos para escuchar su propuesta; porque habrá una, es única negociando—. Tengo dieciséis años, es el momento de equivocarme dando importancia a cosas que no la tienen. Ya habrá tiempo de descubrirme a mí misma y darme cuenta de las tonterías que pensaba a esta edad, pero lo haré a los veinte, te lo contaré y te haré sentir un padre orgulloso.

—Deberías estudiar Ciencias Políticas.

—Por ese vestido, lo haría.

Sacudo la cabeza y la hago sufrir unos segundos en los que junta las manos como si estuviera rezando; Luna, que no ha rezado en toda su vida.

—Vale. Iremos.

—¡Genial! Mañana a las siete. —Se medio sube a la mesa de un brinco, me planta un beso en la mejilla, me revuelve el pelo como si fuese un crío y sale de la habitación—. ¡Te mando la dirección y nos vemos allí, que he

quedado antes con Cris!

—¿Cuántos meses tengo que trabajar para pagarlo? —le grito.

Al instante, su rostro vuelve a asomarse.

—No seas exagerado. Además, eres el padre molón, tienes el deber de malcriarme.

—Ya te malcría bastante Antonio —le digo, sintiéndome como un niño enfurruñado.

—Llámalo Toni. Sabes que Antonio lo odia y yo sé que lo haces por eso.

—¿Por qué? No va a volverle a crecer el pelo por hacerse llamar como cuando tenía veinte. —Nos reímos.

Es un buen tipo y adora a Iris y cuida de Luna, no le puedo estar más agradecido por todo lo bueno que nos ha traído, pero tampoco puedo evitar reírme un poquito de él cuando estamos solos, porque a veces me da la sensación de que también hace el papel de padre conmigo.

Nos hemos convertido en una familia de lo más peculiar.

—¿Estás celoso?

—¿De que esté con tu madre? No. ¿De que te intente comprar con regalos? Un poco.

Luna se ríe y la veo tan mayor por un momento que me da hasta miedo. El tiempo pasa y a ninguno nos da tregua.

—Solo son caprichos. —Me guiña un ojo, repitiendo la frase que siempre le digo y con la que intento enseñarle cada vez que me pide que le compre ropa, maquillaje o chorradas por el estilo—. Las cosas importantes de la vida no son cosas.

—Buena chica.

—Pero sigo queriendo ese vestido.

Me río y se marcha, dejándome solo trabajando.

Pienso en que, pese a lo vivido, conseguimos hacer un buen trabajo con ella y eso lo compensa todo.

Me parece increíble haber llegado a un punto en el que somos felices de un modo que nunca lo conseguimos bajo el mismo techo.

Iris con ese hombre bueno veinte años mayor que ella que llegó en el momento justo en el que necesitaba ser salvada de sí misma. Una figura un poco paternal que a ambos nos ayudó sin pretenderlo.

Ella y yo, después de un nuevo intento de relación que acabó en fracaso como todos los demás, llegando a odiarnos, hasta que toqué suelo y no pude continuar. Cogí mis maletas y me largué.

Ni siquiera puedo comprender cómo lo soportamos tanto, cómo lo estiramos hasta el punto en que nos ahogaba y que al soltarlo pensé que llegaría a matarnos; pero no.

Fue Luna, con su inteligencia y su capacidad de observación, la que le hizo entender a su madre que daba igual lo que nos alejara a ella y a mí, ya que seguiríamos siendo padre e hija.

«Aunque estemos lejos, nos llevamos dentro», le dijo.

Es fascinante cómo los niños nos dan lecciones de vida continuamente.

Solo fue necesario que Luna se fugara de casa una tercera vez en su corta vida para que su madre asumiese que nunca podría retenerla ni aunque la atase a su cintura.

Iris lo pasó mal. No puedo justificar todas sus decisiones, porque la mayoría fueron incomprensibles, cobardes y destructivas, pero sí puedo comprender su miedo. Puedo entender que no tuvo una adolescencia al uso, que se vio obligada a crecer muy rápido y a ser madre demasiado pronto. Que no tuvo tiempo de hacerse adulta y madurar, cuando se vio obligada a ayudar a otra persona a hacerlo. Que nos quisimos mucho, pero no supimos cómo. Que se rompió y sin mí no se sentía capaz de dar un solo paso.

Y es que cada persona experimenta un proceso diferente hasta que se encuentra a sí misma.

Yo tardé en darme cuenta de que fingir algo que no soy no era la solución y por eso me marché.

Jimena no fue capaz de entender que la vida no era vida del todo sin un motor que la guiara.

Y es que nunca es tan fácil como en los cuentos, pero ¿sabes qué? Que eso es lo mejor de todo, porque es real y cuando sientes esa realidad en los dedos ya nada importa, ni siquiera lo que perdiste por el camino, porque siempre tendrás su recuerdo.

Jimena

—Hola.

—Hola.

Luna entra por la puerta con un paraguas rosa que deja apoyado en el paragüero de la entrada, una sonrisa radiante, el pelo suelto y trayendo un olor a colonia de lo más dulce; creo que es de fresa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te dije que volvería. Vengo a probarme el vestido rojo. ¿Puedo?

Suspiro, armándome de paciencia, y asiento.

La miro de arriba abajo para calcular si le valdrá o tendré que sujetárselo con pinzas.

—Sí, claro. Usas una mediana, ¿verdad?

—Sí.

—Creo que te servirá. Si necesitas ayuda para abrocharlo, dímelo.

Se lo cuelgo dentro del probador y ella se encierra con una risita tirando de la cortina.

Me da miedo; sé que es solo una cría, pero hay algo en ella que me incomoda por cómo se comporta.

El sonido de la puerta me hace girarme y encuentro el motivo de ese estremecimiento extraño que Luna ha traído consigo; era la anticipación de lo que guardaba en secreto y que estaba a punto de ocurrir. No sé si odiarla, si darle una paliza o felicitarla por su osadía.

Él entra y se limpia los pies en el felpudo de la entrada para no mojar el suelo.

Yo lo observo con un nudo en la garganta y miles de pequeñas agujas enhebrándose en mi estómago.

—Hola, venía a buscar a mi... —Levanta la cabeza y ahoga un suspiro al encontrarse de frente con su pasado; conmigo—. Mi... hija...

Y nos miramos. Con asombro. Con familiaridad. Con temor. Con orgullo mutuo por ver en lo que nos hemos convertido.

Lleva el pelo más largo agarrado en una coleta. La barba crecida. Los ojos tan verdes y brillantes como los recordaba. Parece el mismo y a la vez otro; otro que suma cinco años de vida y experiencia.

Vaqueros y jersey de lana. En eso no ha cambiado mucho.

Él estudia mis pantalones negros con raya diplomática y mi camiseta blanca, y creo que piensa que yo tampoco he cambiado tanto.

Pero ambos lo hemos hecho. Mucho. Aunque no lo bastante como para no reconocernos en los ojos del otro.

—Papá, ¡ya estás aquí! —Luna sale y lo hace sin vestido, que sigue colgado de la percha, y con una mirada culpable que salta alternativamente de mi rostro al de Bruno, valorando si ha cometido el error de su vida o si su plan ha resultado ser una idea brillante—. Me ha mandado Cris un mensaje, dice que está en la acera de enfrente. Voy a buscarla y en un rato vuelvo, ¿vale? ¡Hasta luego!

Y desaparece sin más a la carrera, mientras nosotros seguimos absortos, mirándonos como si lleváramos tanto sin vernos que tuviéramos que acostumbrarnos.

Bueno, espera, es que eso es lo que está ocurriendo.

Carraspeo y paso la lengua por mis labios, humedeciéndolos antes de hablar. Sus ojos se desvían un segundo hacia mi boca y la suya dibuja una sonrisa.

—En algún momento alguno de los dos debería decir algo —susurro.

Suspira, titubea y sus palabras salen sin ser meditadas primero.

—Me ha salido una cana. A los treinta y cuatro —suelta sin más, devolviéndome a la realidad.

Se señala un lateral de la cabeza y exploto a reír.

La tensión desaparece.

Creo que es la primera vez que lo miro y no siento miedo.

—Solo tú resumirías cinco años así.

—Cuando no sé qué decir, sigo hablando sin pensar. —Se pasa la mano por el pelo y deja salir su electricidad, esa que me sacaba de quicio y me incomodaba, pero que ahora me parece tan parte de él que percibo enseguida cuánto la echaba de menos—. Podría decir que estás preciosa. Que te sienta bien el pelo más corto. O que creí verte una tarde en el supermercado leyendo la tabla nutricional de un bote de tomate, pero fui a saludarte, no eras tú y al marido de la chica en cuestión no le hizo mucha gracia. O que debería dejar de decir chorradas, robarte uno de esos anillos que vendes, ponértelo en el dedo, pedirte de nuevo que te cases conmigo y joderle la boda del año a Iris. Y no estoy loco. Es que... guau. No esperaba verte y recordarlo todo tan de golpe.

Coge aire al terminar y yo lo expulso, recreándome en ese dolor que sentía cuando lo veía, pero que ha vuelto en forma de hormigueo; en un dolor que ya

no es tal, porque ahora me provoca cosquillas.

—Ya lo veo.

—¿Cómo lo harías tú? —Miro a mi alrededor y levanto los brazos, señalándole el resultado de lo que ha sido mi vida en los últimos cinco años —. Ya. Así que *Simplemente, Jimena*.

Pronuncia el nombre de mi tienda con lentitud, como si lo saboreara, o eso me parece.

—Sí.

—Habré pasado por aquí cincuenta veces y nunca me lo hubiese imaginado.

—Yo tampoco. Tu hija es una arpía.

—Lo sé.

Nos reímos. Es extraño hacerlo juntos después de tanto tiempo. Y más aún que la causa sea Luna.

—Es muy guapa.

—Habrá salido a mí —bromea Bruno.

—Perdona, no quería... no me he dado cuenta.

—No importa. Me gusta cuando se da por hecho que soy su padre.

—Me ha contado que os vais de boda —le digo, cambiando de tema a uno más seguro.

—Sí. En septiembre. Me he comprado una pajarita de lunares. —Sonríe, como si ponerle una pajarita al cuello fuese una gran proeza—. ¿A ti cómo te va todo?

—Bien. No me quejo.

—Yo tampoco.

—Bien.

—Bien.

Volvemos a quedarnos en silencio. Recuerdo que nunca fuimos de los que se incomodaban ante ellos, sino todo lo contrario, los que los valoraban y los llenaban de otras cosas.

No debería estar recordando esto.

Me muevo y me coloco detrás del mostrador, fingiendo hacer algo en el ordenador.

—No sé si deberías ir a buscarla, tengo que cerrar y aún no se ha probado el vestido.

—No creo que se arriesgue a entrar. Si la cojo, la destrozo.

Su gesto me hace reír. Pienso en que me gustaría verlos juntos, porque es

extraño que a Bruno lo llame «papá» una chica de dieciséis años.

Nunca lo vi como tal, por mucho que intentase imaginármelo.

—Bueno, entonces me ha gustado verte. Tengo que apagar esto.

—A mí también. ¿Quieres que te espere y te invito a un café? En lo que la bruja vuelve.

Dudo. Y lo miro. Y él me mira.

Veo su sonrisa infantil, pese a que su rostro ya esté más curtido.

Debería decirle que no. Sí, debería, pero no quiero.

Y eso ahora lo cambia todo.

—Está bien, pero uno rápido. Vienen a recogerme.

Apago las luces y él me espera en la puerta. Ni siquiera me planteo que aún me quedan veinte minutos para la hora de cierre.

Salimos y corremos uno al lado del otro hasta la acera de enfrente, porque empieza a llover más fuerte y ninguno tenemos paraguas; al entrar en la cafetería, me quito la chaqueta y la sacudo.

—¿Solo y sin azúcar? —me pregunta, como si hubiéramos tomado el último café juntos ayer y no hace años.

Yo no soy capaz de recordar cómo le gustaba a él, aunque sí su expresión de alivio cuando le daba un sorbo como un completo adicto. Me gustaba ver cómo se curvaban sus labios ante detalles sin importancia como ese, pequeñas cosas que lo hacían feliz.

—Sí. ¿Nos sentamos?

—Claro.

Bruno elige una mesa en la que puede ver la calle por si Luna vuelve. El camarero nos acerca las tazas y yo pongo las manos en la cerámica para calentarlas, mientras él le paga después de darme cuenta de que ni siquiera me he acordado de coger la cartera.

Doy un sorbo y lo pillo mirándome fijamente, pero sin sonreír, sino serio, meditabundo.

—¿Qué?

—Nada. Es raro.

—Puede. Siempre lo fuimos un poco.

Suspira y da un sorbo a su taza antes de señalar la tienda con la cabeza; ambos observamos el local de enfrente y pienso en lo bonita que se ve desde esta cristalera, con su fachada roja, sus flores en la entrada, mi nombre en la placa que Oliver me regaló.

—Cuéntamelo. Cómo llegaste a eso.

—Fue... No lo sé. Pasé una época un poco vacía. Me di cuenta de que no me conocía, sino que me había ceñido a un plan que no era para mí. Me mudé. Dejé el trabajo...

—¿Dejaste la beca?

—Terminé el año y me ofrecieron seguir, pero lo rechacé. —Su mirada se llena de un orgullo que me calienta el pecho.

—Borrón y cuenta nueva, ¿no?

—Algo así. Y un día... lo encontré.

Compartimos un gesto de asentimiento, porque ambos recordamos aquellas conversaciones en las que Bruno me hablaba de la pasión, de encontrar aquello por lo que te brillan los ojos.

—Y te lanzaste.

—Sí. Alguien me dijo que solo tenía que esperar a encontrar lo mío y apostar por ello. Al principio fue duro, no te creas, pero poco a poco fui haciéndome un hueco. ¿Y cómo va tu estudio?

—Bien. Arreglé el escalón. —Me muerdo el labio para no reírme, pero no puedo evitar ruborizarme, porque pensar en aquel estudio me trae de vuelta demasiadas sensaciones olvidadas—. Contraté a Gael. Conseguí una colaboración en una revista y viajé un poco el año pasado.

—¿Has vuelto a exponer alguna vez?

—No. Perdí a la única musa que encontré, supongo.

Tuerce la boca y las palabras me salen solas, provocándolo como me gustaba hacer tanto tiempo atrás.

—¿Qué veías en ella que ahora no encuentras?

—En ti —especifica.

Yo carraspeo, pero no me achanto.

—¿Qué viste en mí, Bruno?

—No lo sé, solo sé que no lo he visto en nadie más.

Las gotas golpean cada vez con más fuerza contra el cristal. Su pelo se ha encrespado un poco por la lluvia. El local huele a café recién hecho y a bollos de canela.

Bruno no deja de mirarme como si aún viera todo aquello, como si supiese algo que yo no sé, como si estuviese fotografiándome por dentro. Como siempre. Como nunca nadie más me ha mirado en todo este tiempo.

Una figura pegada a la puerta de la tienda me hace despertar y me levanto.

—Tengo que irme.

Él sigue mi mirada y se tensa un poco cuando lo reconoce.

—¿Es Oliver?

—Sí. —Se calla, pero no deja de mirarlo bajo su elegante paraguas negro, mientras mi amigo saca el teléfono, marca y el mío comienza a sonar sobre la mesa—. Dilo —lo apremio.

—¿Qué?

—Nada.

Me río, porque no entiendo cómo pudo ocultarme tanto en su momento cuando Bruno no ha sido capaz de esconder ni una sola emoción en toda su vida.

—¿Por qué te ríes?

—Te sigue costando un esfuerzo increíble no soltar todo lo que te pasa por la cabeza.

—¿Lo quieres?

—Mucho.

—Jimena... —me suplica, porque sé que me está preguntando otra cosa, una que abarca mucho más.

—Locamente y de un modo demencial —contesto, gesticulando de un modo exagerado.

—Vale.

Agacha la cabeza con pesar y yo me pongo la chaqueta, mientras mi móvil vuelve a sonar sobre la mesa.

Y dejo de esconderme, porque yo ya no hago eso; ya no le encuentro sentido.

—Yo también estoy de boda. Se casa el mes que viene.

Mira a Oliver y asiente, complacido por mi respuesta.

—Dale la enhorabuena de mi parte.

—Ya. Adiós, Bruno. Gracias por el café.

—De nada.

—Y dile a Luna que la próxima vez que me la juegue traeré de vuelta a la antigua Jimena.

Su carcajada es lo último que escucho antes de salir con una sonrisa enorme en la cara y sin preocuparme por empañarme.

Supongo que, igual que se puede viajar, también se puede bailar bajo la lluvia solo con cerrar los ojos un segundo si es con la persona adecuada.

Bruno

—Debería castigarte.

Entramos en casa discutiendo. No sé muy bien por qué, si porque me ha pillado totalmente desprevenido, si porque preferiría que no me lo hubiera ocultado para haberme preparado y no sentirme un completo imbécil delante de Jimena o porque me da miedo la manipuladora en la que se está convirtiendo mi hija.

—No me importa.

—¿Qué? —La miro confundido y su sonrisa me cabrea aún más; odio cuando no la pillo, así que ataco con lo único que se me ocurre—. Te has quedado sin vestido, por listilla.

Pone los ojos en blanco y se tira a mi lado en el sofá, con las piernas cruzadas y mirándome con tanta expectación que me asusta.

—Cuéntamelo todo.

—No pienso hacerlo.

—Pero ¿fue bien? —Enciendo la televisión, ignorándola—. Oh, vamos, papá.

Ella me roba el mando, la apaga y después lo esconde debajo del cojín de su asiento.

Suspiro sonoramente, apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos, pensando en ella.

En Jimena, con sus ojos color mostaza, grandes y expresivos. En su sonrisa, como la que ya conocía, pero más fácil de provocar. En su manera de destacar, pese a seguir siendo igual de diminuta. Una Jimena más relajada y más segura que la que vi la última vez.

—No fue mal.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no fue mal. No nos ignoramos. No nos gritamos. No estuvimos incómodos. ¿Te vale?

—No. No me vale. ¿Sale con alguien?

Gruño y pienso en lo idiota que he tenido que parecerle al preguntarle por Oliver, como si tuviese algún sentido después de no saber nada el uno del otro en cinco años; como si lo tuviera cuando nunca llegamos a tener nada claro lo nuestro. Como si me doliese la posibilidad de que otro lo hubiera logrado.

¿Cómo puede dolerme algo que nunca llegué a tener?

A mi lado, Luna carraspea para hacerme volver a la Tierra.

—No. Me dio a entender que no.

—Eso es genial.

—¿Qué pretendías, Luna?

—Debería haber sido como en las películas —me dice, molesta—. Os veis, os decís palabras bonitas, os besáis. Pero no, tenías que estropear mi plan cagándote de miedo.

—No hables así.

—Será mentira.

Y no, no lo es, pero prefiero parecer un padre que la riñe por ese vocabulario que ha aprendido de mí, a uno que se muestra cobarde bien pasados los treinta al encontrarse con una chica.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto, porque aún no comprendo por qué ha ingeniado todo esto.

Sus ojos azules se clavan sinceros en mí y se me forma un nudo en el estómago.

—Porque quiero que seas feliz.

—Ya soy feliz.

—Ya lo sé. Pero podrías serlo más. —Luna me coge la mano—. Lo vi en ella, papá. Y también en ti. Os echáis de menos y solo os he dado la oportunidad que no tuvisteis. Puedes dejarla pasar de largo o aprovecharla. Tú decides.

—¿Y qué...? Ni siquiera sé...

—Sé que todo esto es por mi culpa.

Me tenso y aprieto su mano entre la mía, porque nunca quiero que se le pase por la cabeza algo así; si alguien lo hizo mal en su momento fuimos Iris y yo, nuestra inmadurez, nuestro miedo, y no ella.

—Nunca vuelvas a pensar eso.

—Ya sé que no es así, pero me elegiste a mí, y ahora yo la elijo a ella.

Trago saliva y la abrazo. Porque la quiero más que a nada en este mundo. Porque la elegiría todas las veces con los ojos cerrados.

Sin embargo, esta vez me doy cuenta de que no tengo por qué volver a hacerlo. Que no hay necesidad de elección. Que Luna ha elegido por mí.

Pienso en Jimena y lo noto correr por la punta de los dedos. El deseo. La ilusión. La electricidad.

Necesito volver a verla. Necesito averiguar si lo que sentimos entonces

sigue vivo o solo fue pasajero. Necesito darme una oportunidad de ser feliz a mi manera.

Me giro y las ganas me pueden tanto que se me salen solo con respirar; mi hija se echa a reír.

—¿Qué tienes en mente?

—Algo se nos ocurrirá, papá. Déjame ayudarte.

Estoy nervioso; jodidamente nervioso. Así que me levanto y me enciendo un cigarro apoyado en la ventana, pese a su gesto de desagrado.

—Vale. Estoy en tus manos.

—¿Aún tienes esas fotos?

Pasamos la tarde en el estudio, ideando y trabajando codo con codo. Yo hablando mucho por teléfono, y ella emocionada hasta un punto que, como salga mal, creo que no me lo perdonaré en la vida por decepcionarla.

Al día siguiente lo mismo; voy a buscarla al salir de clase y seguimos con nuestro plan, nerviosos, pero disfrutando de ese estado de ilusión repentina que me ha regalado mi hija.

Terminamos un jueves a las nueve de la noche. Nos quedamos callados, observando el resultado y no puedo evitar explotar a reír, mientras Luna me mira como si se me hubiera cruzado el cable definitivo que acabará con mi salud mental.

—¿Qué te pasa?

Me paso las manos por la cara y suspiro profundamente.

Creo que nunca antes he estado tan acojonado en mi vida; al menos no por algo tan bueno.

—Va a pensar que estoy loco.

—¿Y qué?

—Nada. Es increíble. Eres un genio.

—Lo sé.

Apago las luces, le paso el brazo por los hombros y nos vamos de allí con una sonrisa en los labios.

—Entonces, ¿me he quedado sin vestido?

—Te has ganado unos zapatos a juego.

Jimena

A veces no necesitamos conocer de nuevo a una persona, cuando llevamos años sin verla. A veces solo necesitamos que nos recuerden por qué nos enamoramos de ella.

Los viernes suelen ser días tranquilos; creo que es porque todo el mundo está tan pendiente del fin de semana que pospone cualquier cosa para el lunes. Yo incluida, que decidí hace tiempo no abrir los sábados si no era bajo cita, y mañana no tengo ninguna.

Este viernes no es diferente. La mañana transcurre con calma y paso la tarde cosiéndole unas plumas a un sombrero; un encargo fácil y relajante para terminar la semana. Aprovecho para charlar un rato con Laura y con mi madre, vagueando en exceso, pero me digo: «¡es viernes, Jimena!», cosa impensable hace unos años, y disfruto de la posibilidad de relajarme por ser mi propia jefa.

Cuando llegan las ocho, recojo, barro el suelo y apago el ordenador y parte de las luces en lo que me pongo la cazadora.

Entonces, aún con la luz de la entrada encendida, la puerta se abre.

—Hola, Jimena. ¿Tienes un minuto?

Luna asoma la cabeza; su mechón azul resplandece bajo el foco.

Yo suspiro y niego con un gesto rápido, porque hoy no me apetece comerme la cabeza como lo he hecho durante toda la semana; concretamente, desde que esta joven se cruzó en mi vida y la agitó demasiado. Y no es que no me caiga bien, lo cierto es que me gusta su inteligencia y ese punto un poco descarado a la vez que inocente que transmite, pero al verla pienso en Bruno y hoy no tengo ganas.

—Ya estoy cerrando, Luna. Lo siento, pero tendrás que esperar al lunes para probártelo.

—No vengo por el vestido.

—¿Vienes a disculparte por lo del otro día? —Veo su cara de culpabilidad, pero no quiero que se sienta mal, porque en el fondo fue una sorpresa que me agradó, aunque no debería—. No te preocupes, no es necesario.

—En realidad, no. Vengo a darte algo.

Me tiende un sobre de color crema con mi nombre escrito.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Lo cojo y lo hago.

Dentro hay una invitación. En ella veo el nombre de él y el mío y una sola dirección.

Nada más.

Verlos juntos es extraño, pero también reconfortante.

Me tiemblan las manos cuando la meto dentro y cierro el sobre de nuevo.

El hormigueo vuelve; lo noto. Esa sensación de vida que te aportan algunas cosas, algunas vivencias y muy poquitas personas.

Si tienes suerte, solo una.

Luna me mira. Parece nerviosa de ese modo en el que lo están los niños en la mañana de Navidad; me recuerda a Bruno cuando algo lo alteraba.

A ese Bruno que se convirtió en una espina clavada y que ahora ha regresado.

—Tengo que irme.

—Gracias.

—La invitación solo es válida para hoy —recalca, presionándome para que tome una decisión ya, sin pensar.

—¿Por qué me da la sensación de que me estás empujando sin que me dé cuenta?

Sonríe, pero lo hace de una manera que me dice demasiado. Demasiado que ya sé.

—Porque cinco años son muchos, Jimena. Puedes ir hoy o dejar que pasen otros cinco, pero entonces no podréis culpar a nadie más que a vosotros mismos.

—Gracias.

Se marcha, y yo asumo que las espinas pueden intentar sacarse antes de dejar que se enquisten y latan en forma de cicatriz para siempre.

La dirección marcada no se encuentra muy lejos.

Tardo quince minutos a buen paso en encontrarme frente a una puerta de hierro forjado grande, imponente y cerrada.

En un lateral, un solo cartel.

Sala de exposiciones.

Trago saliva, aprieto el sobre con fuerza y empujo el portón, cogiendo aire para enfrentarme a todo eso de lo que nunca tuve que intentar escapar.

Al entrar, me encuentro con una doble puerta acristalada que separa la calle de la sala y en la que se puede leer el título de la exposición actual.

Caótica Jimena, por Bruno Dávila.

Parpadeo confundida al ver mi nombre y su firma, y siento que comienza a faltarme el aire, pero no es por miedo, sino por muchas otras cosas que me empujan a dar otro paso más, y otro, hasta abrir la puerta de cristal y toparme conmigo misma a través de los ojos de Bruno. Con nuestra historia.

Con una definición visual y tangible de lo que es para mí el amor.

Miro a mi alrededor y compruebo que estoy sola.

Una música lenta es lo único que se escucha, como aquellas sesiones en las que él escogía conciertos de piano. Supongo que por fin entiendo por qué; y es que no sabría elegir una mejor banda sonora para este momento; sin letras que emborren nada, solo música fluyendo y envolviéndome.

La sala está a oscuras, excepto por pequeñas luces de led colgando de cuerdas que van marcando el camino a recorrer en el suelo, en las paredes y en el techo, creando una especie de laberinto de luz que me va mostrando retazos de aquellos que fuimos en un piso de Barcelona.

El inicio lo marca una frase.

En el caos está la sencillez.

Sonrío.

Las fotos a su vez están colgadas de hilos transparentes, rodeándome, como recuerdos que flotan en el aire y que me hacen viajar al instante hasta ellos.

Abrazándome como lo harías con un ser querido que ha tardado años en volver.

Acaricio la primera vez que Bruno me hizo una foto, sentada en aquella ventana, muerta de miedo, encogida, perdida en mi propio mundo. Trozos de mi piel desnuda sobre la cama de mi primo, cuando me quité las primeras capas que me protegían y me enfrenté a ese modo de ver la vida que Bruno me estaba enseñando. Instantáneas sueltas de aquella convivencia en la que nos

escondíamos y nos buscábamos sin parar. Por el pasillo, en la cocina, dormida en el sofá sin saber que estaba siendo observada.

Una primera etapa que acaba con la que se convirtió en nuestra primera foto favorita, la de los tres lunares de mi cintura, y otro cartel con una segunda frase escrita.

En el conflicto está la armonía.

Y me digo que sí, que nosotros éramos un conflicto en sí mismo, tan contradictorios, pero que nos manteníamos en equilibrio el uno al otro sin darnos cuenta.

Siento que él me está vigilando desde algún lugar, pero no me importa.

No continuar no es una opción.

Sigo dando pasos por el camino que Bruno ha inventado para mí. Es como un puzle en el que ir encontrando las piezas; un acertijo en el que al final estará la solución correcta.

Fotografías de lo vivido en aquel estudio es lo que me encuentro en este segundo tramo. Casi todas mías y sin posar, sino que son instantes robados en esas tardes de sexo e intimidad en las que él me fue engançando sin ser consciente de lo que suponía.

Hay algunas en las que su presencia se ve, como una de sus manos en mi cintura o su pelo mezclado con el mío sobre una almohada, pero, mire donde mire, solo me veo a mí.

Bonita, distinta, especial.

Una Jimena algo caótica que por fin se conoce y que se ha llegado a querer.

Un tarro de arena en la mitad de ese nuevo pasillo de luces hace que me pare, me agache y viaje entonces hasta aquella playa, esa noche en la que nos quisimos y descubrí que no podía seguir huyendo de lo que sentía por Bruno.

Al fondo, una pared frente a la que cuelga un trozo de una sesión en un fotomatón que me hace reír por lo absurda que es. La lengua de Bruno en mi oído haciéndome gritar. Su mano pellizcando mi pecho. Sus ojos bizcos. Yo sacando la lengua. Y después otra tira partida por la mitad en la que ya no somos risas, sino deseo, besos y placer. Pasión contenida en un papel, con su mano perdida bajo mi falda y su cara escondida entre mi pelo.

Sigo el recorrido que me marca a la izquierda y entro en otro pasillo que empieza de nuevo por una frase.

En el medio de la dificultad está la oportunidad.

Y cojo aire con fuerza al volver atrás hasta ese momento entre las sábanas de aquel piso, cuando le pedí a Bruno que me enseñara cómo sería el amor con él y él me lo hizo, y después lo immortalizamos en esas imágenes que ahora miro y me recuerdan lo viva que me sentí entre sus brazos, pese a que nos estuviéramos diciendo adiós.

Y ya no hay más fotos. Solo un par de metros más de espacios en blanco.

Se me humedece la vista y sigo caminando, porque aún hay algo; tiene que quedar algo. No puede ser que nuestra historia se quede en blanco de repente, de improvisto.

Todas las historias de amor del mundo se merecen un final.

Llego a una cortina blanca por la que se entra a una pequeña sala apartada del laberinto. Tiro de la tela y entonces lo veo y las lágrimas saltan sin permiso.

En la pared, alta y de un blanco impoluto, hay unas palabras escritas con pintura negra con la letra de Bruno.

No quiero que digas que sí.

Solo quiero poder seguir pidiéndotelo y que tú me digas que no hasta que me muera.

Un anillo fino cuelga de un hilo en el medio de la sala y, al reírme y llorar a la vez, se mece por mi aliento, como bailando frente a mí.

La cortina se mueve a mi espalda y sus pasos hacen crujir la madera del suelo.

Después se para.

Yo me giro.

Y entonces lo veo.

Nervioso. Con los ojos brillantes por la emoción y por eso que siempre lleva con él.

Sonríe.

Sonrío.

Y me lo pide, como el loco soñador que es y que tanto choca con la chica terrenal que nunca dejaré de ser.

—Jimena, cástate conmigo.

Me echo a reír y niego con la cabeza, pero esta vez el «no» lleva implícito

un «sí» enorme a muchas otras cosas mil veces más importantes.

Es un «sí» a intentarlo. A conocernos de nuevo. A reencontrarnos. A volver a enamorarnos.

A querernos.

—Ni loca.

Respira aliviado y se deja imantar hacia mí, hasta que sus manos me agarran por las mejillas y me besa a conciencia, como si fuera la primera vez de todas.

Y es que creo que lo es, porque es la primera vez que lo hacemos siendo simplemente... Bruno y Jimena.

En una playa del Caribe. 6:45 pm.

No me puedo creer que vaya a hacerlo.

—Jimena, respira.

No soy yo la que se lo digo, sino que se lo dice ella misma.

—¿Quieres agua?

Le ofrezco un botellín, pero Jimena niega con la cabeza y se muerde una uña con saña.

Estamos en el bungalow que hemos alquilado dos semanas por vacaciones. En la Riviera Maya, para más señas; un regalo que mi padre le hizo a ella por el primer cumpleaños que pasaron juntos y que por fin han podido disfrutar, y al que yo me apunté sin disimulo alguno.

Llevamos diez días tomando el sol, bebiendo cócteles bajo una sombrilla y haciendo submarinismo. También hemos nadado con tortugas marinas, lo cual hizo llorar a Jimena, que con los meses se está volviendo de un blando que no hay quien la aguante bajo la influencia de mi padre, aunque en apariencia sigue siendo la misma chica dura de siempre.

—No, quiero cerrar los ojos y estar en mi cama. —Me echo a reír, porque parece una cría a punto de declararse al chico que le gusta y no una mujer hecha y derecha—. Ni se te ocurra reírte.

—Perdona. Estás preciosa.

—Eso no funciona conmigo.

—Lo sé. Pero es la verdad. —Sonríe un poco y ya me vale.

La verdad es que está alucinante, con su pelo negro suelto que le llega hasta debajo de los hombros, la piel bronceada por el sol y el vestido blanco que compramos antes de venir para la ocasión. Es largo y plisado, dando la imagen de dividirse en rayas, sin mangas, de cuello redondo y con dos aperturas a la altura de la cintura que dejan parte de su estómago liso al aire. Le queda como un guante, aunque aún no comprendo muy bien por qué ha querido ponerse algo tan elegante teniendo en cuenta que va a encontrarse con Bruno en la playa, en bañador y lleno de arena. Cabe la posibilidad de que tenga hasta algún cangrejo anidado en su pelo, porque las vacaciones suelen asilvestrarlo bastante.

—Gracias.

—Va a llorar. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Frunce el ceño—. No me hagas pensar en eso ahora mismo que me

cojo un avión y no volvéis a verme el pelo.

—¿Por qué te da tanto miedo?

—Esto va a ser el «te lo dije» más grande de la historia —me dice, pero, como la mayoría de las veces que se trata de su relación, no entiendo nada.

—¿De qué estás hablando? Creo que prefiero no saberlo.

A veces los miro y aún me cuesta comprender cómo dos personas tan diferentes en tantos aspectos pueden encajar tan bien y a la vez ser tan iguales en muchos otros. Es como si, dependiendo del prisma desde el que los mires, diera la sensación de que son dos gotas que se repelen o que se mezclan formando una. Es extraño.

Supongo que, como mi padre me dice cuando me da uno de sus discursos filosóficos sobre la vida y el amor, no se trata de nada más que de quererse bien, y eso implica querer a la otra persona tal y como es, pese a que algunas de sus cualidades no encajen contigo.

Eso son Jimena y mi padre, porque, por mucho que me cuenten lo que ella ha cambiado, sigue siendo una persona que a ratos tiende a retraerse, a no dejarse ver del todo, como una tortuga dentro de su caparazón.

Sin embargo, él siempre está ahí para darle la mano y ayudarla a salir, con toda esa energía y transparencia que desborda. Como si lo que le faltara a uno lo aportase el otro.

Jimena la madurez, Bruno ese toque infantil que le pone a la vida.

Jimena la contención, Bruno la impulsividad sin control.

Jimena una calma sosegada, Bruno eléctrico la mayor parte del tiempo.

Pero ¿sabes lo curioso de todo esto?

Que en ocasiones Jimena hace gala de esa forma de ser caótica e imprevisible de la que mi padre siempre habla y entonces es él el que tiene que sujetarla para que no se pierda.

Y al final... ¿no consiste un poco en eso?

Le doy un abrazo rápido para infundirle fuerza y sale, dirigiéndose a la playa; diez segundos después, lo hago yo con mi cámara de fotos, porque este momento no me lo pierdo por nada del mundo, y me escondo detrás de una palmera, desde donde tengo una posición privilegiada.

—Hola.

—Hola.

Mi padre se gira y le brillan los ojos como dos soles cuando la ve; siempre le pasa lo mismo, es como si llevase sin verla meses y no una hora.

—¿Qué te pasa? ¿Y ese vestido? ¿Celebramos algo?

—Ahora mismo, te odio como no te imaginas, Bruno.

Tengo que mordirme los labios para no reírme, porque tanto el comentario de ella como la cara de sorpresa de él son para hacerlo con ganas.

Y es que allí está, la Jimena nerviosa que no sabe muy bien por dónde va a salir.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Casi ocho años.

—Ocho. Y dos desde que volvimos a vernos. ¿Y sabes qué?

—Ahora mismo no tengo ni idea de nada. —Su cara es un cuadro.

—Me habrás pedido que me case contigo unas mil quinientas veces. En la cama, en la ducha, dejándome notitas en la tienda, mensajes al móvil, utilizando a tu hija como compinche para sacarme de quicio, en la puta radio.

Mi padre sonríe como un chiquillo, recordando ese día en el que él se las arregló para que todo el barrio escuchase cómo le pedía matrimonio por la radio con una canción hortera de amor de fondo. La reacción de Jimena fue pegar una cartulina en el escaparate de la tienda con un «no» gigante y encerrarse dentro durante horas hasta que la obligamos a salir.

—Ese día fue grandioso.

—En cualquier sitio que se me ocurra.

—¿Has dicho en la cama?

—Es lo primero que he dicho.

—Es que correrme me pone romántico.

Vaya, demasiado tarde para taparme los oídos.

—El caso es que desde el primer día supe que nunca te diría que sí. Ni siquiera lo creí posible el día de la exposición, por mucho que llegara a recibir amenazas en la tienda incluso por ser la mayor rancia del planeta ante un gesto tan romántico.

—Fuiste tú la que decidiste abrirla al público.

Y me digo que menos mal, porque gracias al éxito de aquella exposición tan íntima que Jimena quiso compartir con el resto del mundo, su caché como fotógrafo aumentó y después le llegaron otras ofertas. Al dueño de la sala, que solo se la había ofrecido a Bruno porque se conocían desde hacía años, le pareció una gran idea y días después la publicitaron contando la verdadera historia que escondía, lo que hizo que muchos ojos curiosos se acercaran solo por el morbo que siempre nos da la realidad.

—Sigo sin comprender que después de salir desnuda en algunas fotos a la

gente le llegara más la sala del anillo.

—Para que luego digan que el amor no vende más que el sexo —dice él, risueño.

—A lo que iba, que siempre supe que te diría que no, pero lo que no he comprendido hasta ahora es que creía que era así por las razones incorrectas.

—Te juro que lo intento, pero no te sigo.

Jimena le coge la mano y entrelaza sus dedos con los de él, porque comienza a ponerse nervioso y ella así lo tranquiliza.

—Siempre pensé que nunca te diría que sí porque la idea del matrimonio me produce urticaria, pero estaba equivocada. Te diría que no una y mil veces porque he comprendido de una maldita vez que tú y yo no funcionamos así. Que tenías razón.

—¿Yo? ¿En qué? Nunca la tengo. Vivo doblegado por dos mujeres.

Ellos se ríen y yo también. Lo cierto es que vivir con las dos no debe de ser tarea fácil.

—En que sería yo la que acabaría suplicándote que te cases conmigo.

—¿Qué?

—Bruno... —Jimena le coge la otra mano y cierra los ojos un momento, porque le cuesta la vida hacer algo como lo que está haciendo; Bruno se parte de risa sin poder evitarlo—. No te rías, joder.

—No tienes por qué hacer esto.

Pero ella niega con la cabeza y entonces abre los ojos y lo mira con toda la intensidad del mundo condensada en el pequeño espacio que los separa.

—Sí, sí que tengo que hacerlo. Sé que soy difícil. Que todo el romanticismo siempre lo pones tú y yo me dejo hacer. Y que pasas de cualquier convencionalismo, de hecho podemos presumir de ser una familia de lo más extraña, pero en el fondo eres un romántico, un soñador. Eres blandito, Bruno —él ladea la cabeza y sonríe—, y es uno de los motivos de que me gustes tanto, aunque en el resto de la humanidad me parezca algo horrible. Tú siempre das todo lo que tienes, lo que eres, y yo me amoldo, porque me cuesta sacar todo eso que me haces sentir.

—Lo has hecho muy bien hasta ahora.

—Pero puedo hacerlo mejor, aunque sea a nuestro modo.

—Es el único que importa.

Los observo desde el objetivo de la cámara, y se me humedecen los ojos.

Jimena tan guapa, tan seria, tan directa, con un vestido que es tan ella que lo entiendo todo. Él con un bañador turquesa de flores, una camiseta amarilla

de tirantes y en chanclas.

Tan ellos. Como debería ser siempre.

—Sabes que no quiero pasar por un altar, ni ser la protagonista de una fiesta, ni ponerme un velo, aunque no he podido resistirme a este vestido blanco.

—Estás preciosa y me muero por quitártelo —le dice, metiéndole un repaso y guiñándole un ojo.

—No quiero hijos y me agobio a veces cuando tu familia está muy encima de nosotros. Y tú has respetado todo eso. Todo. Porque me quieres, aunque a ratos siga sin entenderlo. Pero yo también te quiero, y necesito regalarte este momento. Te lo debo.

—Vale.

Bruno traga saliva y ella saca dos anillos que lleva guardados en el escote.

Se le resbala uno de la mano y maldice por lo bajo, mientras él le sonrío con dulzura.

—Perdona, estoy nerviosa.

—No tienes por qué. Somos nosotros, Jimena.

—Pues allá voy. —Coge aire y nosotros dos con ella—. La primera vez que te vi te odié tanto que nunca me hubiera imaginado que acabarías derritiendo todo ese hielo que era mi vida. Cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti, nunca se me pasó por la cabeza que tendría que decirte adiós tan pronto, porque no era nuestro momento. Tampoco que ese adiós duraría cinco años. Pero mucho menos que tendríamos otra oportunidad. No cambio ni un segundo de todo lo malo que pasamos, si el premio consiste en vivir estos dos años contigo, Bruno. Contigo todo es especial. Me río más, me gusto más y soy mejor. Así que, Bruno Dávila, ¿quieres casarte simbólicamente conmigo ahora y aquí mismo?

Una pausa. Un intercambio de palabras entre ellos en silencio y solo con los ojos; los de él humedecidos. Una sonrisa compartida. Y mi padre agarrándola de las mejillas y besándola con todas sus ganas antes de quitarle el anillo de las manos.

—Sí, quiero. Una y mil veces. Dame ese anillo. Claro que quiero. No podría decirte que no a nada ni en un millón de años. Porque te quiero. Te quiero tanto que un día reviento.

Se colocan los anillos mutuamente y él se la come a besos, mientras Jimena se queja entre risas.

—¡Con el «sí» había quedado claro! Eres el mejor de los dos en esto hasta

cuando es idea mía —se lamenta, poniendo cara de niña.

—Tú eres la mejor esposa del mundo, me has dejado casarme en bañador, en chanclas y sin peinar. Y la más bonita de los dos. Y la que sigue sorprendiéndome con cosas como esta incluso cuando ya creo conocerlo todo de ti.

—Pues espera a ver tu regalo de boda.

—¿Está debajo de esto?

Le levanta la falda y le mete la mano sin miramientos, entonces salgo antes de que la tumba en el suelo y vea algo que no pueda superar sin años de terapia.

—¡Papá! Las manos quietas hasta que os haga una foto y desaparezca de vuestra vista. No soportaría veros montándooslo otra vez. —Se ríen, recordando lo mal que llevaron lo de ponerse límites al mudarme a su casa—. Toma, Jimena.

Le doy el sobre y ella se acerca a mi oído para susurrarme lo que ya sé que va a decir.

—Lo has escuchado todo, ¿verdad?

—Sí. Y ha sido perfecto.

—Haznos una foto y desaparece, bruja.

—Me adoras y lo sabes.

Me fulmina con la mirada, pero lo hace sonriendo y dándome las gracias por ayudarla con esto. Yo nunca me cansaré de dárselas a ambos por hacerla aparecer en mi vida, convirtiéndose en una especie de hermana mayor para mí, por mucho que le disguste que se lo diga.

Se gira y le tiende el sobre a Bruno, nerviosa e ilusionada a partes iguales.

—Toma. Ábrelo.

—¿Qué es esto?

Saca el itinerario del viaje a las Svalbard, en Noruega, que ella ha estado organizando a escondidas durante un mes y se queda boquiabierto, mirándola como si le hubiera regalado mucho más en estos minutos sentidos.

Quizá así sea. Quizá para ellos lo signifique todo.

—Tú me hiciste viajar allí una vez cerrando los ojos. Ahora quiero llevarte yo con ellos abiertos. Tú y yo, un termo de café, una cámara, una manta y un amanecer que no parece acabar nunca.

—Nunca acabará, te lo aseguro —susurra Bruno contra sus labios, refiriéndose a ellos mismos.

Sonríen, uno sobre la boca del otro, y se dan su primer beso lento y

profundo como marido y mujer, aunque solo sea ante sus ojos y los míos, que, al final, son los únicos que importan.

El sol comienza a no brillar tanto sobre estas aguas cristalinas. La brisa es cálida y salada, y en el ambiente se respira algo bonito.

Hago una última foto y me marcho, sonriendo, pensando que serán instantáneas suficientes para rellenar los espacios en blanco.

Pienso en que ojalá cuando un día me enamore se parezca mínimamente a esto, dure unos meses, dos años o un amanecer eterno.

Con solo un poco, tendría bastante.

Fin

Agradecimientos

Como habéis podido leer al comenzar esta historia, esta novela está dedicada a todas esas lectoras que han hecho posible que hoy pueda llamarme escritora.

Gracias a cada una de vosotras esta aventura tiene sentido.

Sin embargo, no puedo cerrar este proyecto sin acordarme también de esas personitas que han puesto su granito de arena para que *Caótica Jimena* fuese una realidad.

A Abril, Saray y Alice, gracias por aportar vuestra sabiduría y apoyo a cada proyecto que se me pasa por la cabeza. A Abril por las correcciones, a Alice por la portada y a Saray porque esta historia es también un poco suya.

Y un GRACIAS gigante a las tres, porque los días son más bonitos y menos aburridos desde que ese grupo existe y desde que vosotras estáis en mi vida.

A Cherry Chic por la confianza depositada en mí, por estar cerca, pese a los kilómetros, y por esforzarse por ser cada día mejor.

A todas ellas por hacer que la autopublicación sea también sinónimo de talento y de trabajo bien hecho. Nunca me cansaré de defenderlo.

A mi familia y amigos, por tomarme en serio, por soportarme cuando solo sé hablar de seres imaginarios y por anclarme los pies al suelo cuando sueño demasiado.

A Hugo, por comprender el caos.

Y a ti que estás leyendo esto... gracias por darme alas.

Nota de la autora

Cuando puse el punto y final a la historia de Jimena, lo hice con una sonrisa en la cara, con los nervios a flor de piel y con la sensación en el estómago de que había hecho algo bonito; al menos algo que a mí me había llenado.

Y es que... hay historias que marcan más que otras.

Quizá por lo que cuentan, por el momento en el que las escribes o el motivo por el que lo haces. No lo sé, pero que tienen algo que no te permite escapar de ellas tan fácilmente.

El caso es que con *Caótica Jimena* he vuelto a demostrarme que escribir para mí funciona como la mejor de las terapias. Una mala temporada que se esfumó gracias a sumergirme tanto en el proceso que dejó de tener sentido sufrir por cosas que no podía controlar. Un poco como le pasaba a Jimena.

Por eso, cuando la terminé, me di cuenta de que no me apetecía aún despedirme de ellos, porque me habían ayudado. Que había creado un mundo que seguía llamándome y que se me había agarrado con fuerza por dentro.

¿Os imagináis ya por qué os estoy contando esto?

No me gusta trabajar bajo presión ni ponerme límites antes de tiempo, pero sí que puedo confesaros que aún es pronto para decir adiós a algunos de los personajes que forman parte de la vida de Jimena.

Os estoy hablando de que quizá esta idea que revolotea por mi mente algún día se convierta en mi primera serie; quién sabe...

De momento, comparto con vosotras esta intención; espero que os guste y que tengáis paciencia, ya que, como el final feliz de Bruno y Jimena, las cosas bonitas llegan cuando tienen que llegar.

Ahora sí que me despido, pero lo hago con la cabeza en las nubes y diciendo...

Gracias, Oliver. Gracias por contarme tu historia.

Sobre la autora

Me llamo Andrea Longarela, pero escribo y me muevo por las redes bajo el seudónimo de Neïra. Es la imagen tras la que me escondo y dejo salir a mi parte más lunática, caótica y emocional, aunque detrás de ese disfraz no soy más que una chica normal con un exceso de imaginación que tiendo a tener ataques de verborrea incontenible en mi zona de confort y que me pongo del color de los tomates maduros y titubeo cuando me sacan de ella.

Disfruté de la vida universitaria de Salamanca mientras estudiaba psicología, y actualmente resido en Valladolid, ciudad donde nací, con mi pareja H y mis perros Neo y Lola. Somos una manada la mar de feliz.

Llevo toda la vida escribiendo palabras sin sentido en cualquier superficie apta para ello, desde servilletas hasta en puertas de lavabos públicos, pero a finales del 2014 terminé una novela y, gracias a la confianza de los míos, decidí aventurarme en la selva de la autopublicación.

Me estrené con *La lista de Oliva* en abril del 2015 y le siguieron *La lista de Mario*, *Fuimos un invierno*, *Fuiste mi verano* y *Valiente Vera, pequeña Sara*.

Más de dos años después, sigo viva y con más ganas que nunca de crear nuevas historias.

Además de pintarrajear letras por el mundo, me apasiona el cine, poner banda sonora a los momentos, el chocolate y, por supuesto, leer. Soy vegetariana, adicta a los tatuajes y a las cañas con los amigos. No obstante, mi mayor pasión es perder el tiempo imaginando que vivo otras vidas, historias a las que ahora les doy forma y voz.

Puedes contactar conmigo en:

neira.alg@gmail.com

www.neiracondieresis.blogspot.com.es

O búscame en Facebook, Twitter, Instagram o Pinterest como Neïra.